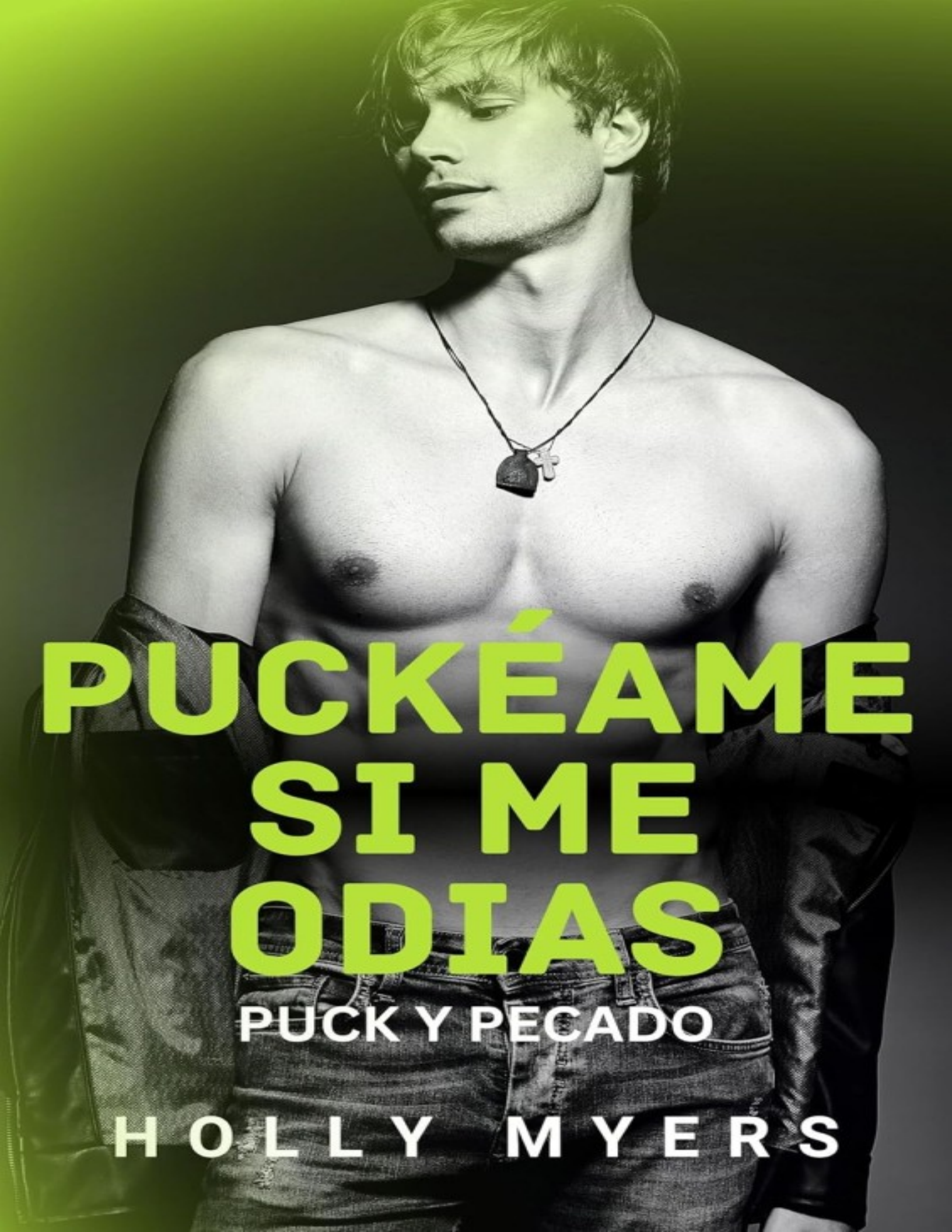

PUCKÉAME SI ME ODIAS
PUCK Y PECADO
HOLLY MYERS

PUCKÉAME SI ME ODIAS

PUCK Y PECADO

LIBRO 1

HOLLY MYERS

ÍNDICE

1. Erik
2. Kayden
3. Erik
4. Kayden
5. Erik
6. Kayden
7. Erik
8. Kayden
9. Erik
10. Kayden
11. Erik
12. Kayden
13. Erik
14. Kayden
15. Erik
16. Kayden
17. Erik
18. Kayden
19. Erik
20. Kayden
21. Erik
22. Kayden
23. Erik
24. Kayden
25. Erik
26. Kayden
27. Erik
28. Kayden
29. Erik
30. Kayden
31. Erik
32. Kayden

33. Erik
34. Kayden
35. Erik
36. Kayden
37. Erik
38. Kayden
39. Erik
40. Kayden
41. Erik
42. Kayden
43. Erik
44. Kayden
45. Erik
46. Kayden
47. Erik
48. Kayden
49. Erik
50. Kayden
51. Erik
52. Kayden
53. Erik
54. Kayden

Postfacio

1

ERIK

¿Habéis oído hablar alguna vez del odio a primera vista? En plan, ¿habéis conocido a alguien que os haga hervir la sangre al instante? Vale, puede que «odio» sea una palabra muy fuerte, pero lo de que te hierve la sangre lo dejo ahí. Esa persona que te saca de quicio y sin la que estarías mucho mejor. Y punto. Todos hemos tenido a alguien así, ¿verdad?

Para mí, ese alguien era Kayden Preston, también conocido como el regalo de Dios para el hockey. Si le preguntaras a él, claro. Esta historia es de traca. Dejad que os cuente cómo fue todo.

Todo empezó el primer día de entrenamiento. Llevaba una semana en Estados Unidos y todavía vivía con la maleta a cuestas. No es que hubiera viajado mucho para llegar a Buffalo, Nueva York, pero no os imagináis la cantidad de papeleo que hay que hacer para cruzar la frontera desde Canadá con una beca de hockey. Y tampoco es que hiciera nada malo. Lo único que hice fue entrar en el vestuario y hacer lo que habría hecho con toda naturalidad en casa.

Encontré la taquilla libre del capitán del equipo cerca de la entrada, metí mi equipación dentro, cerré la puerta y le puse el candado de combinación. Al darme la vuelta, me encontré de sopetón con ese bruto, un tío al que, por lo visto, sus padres no le

habían enseñado ni lo más básico sobre el espacio personal. Estaba tan metido en mi burbuja que podía oler su chicle de menta. Me fijé en sus ojos verdes al instante. Su pecho, que se hinchaba bajo una camiseta blanca y ajustada, casi me rozaba. Su forma de llevar el pelo rubio ceniza, con la raya en medio, me dio ganas de decirle que los noventa habían llamado para que les devolviera el peinado.

Pero eso no era todo. Me había clavado esos ojos verdes con una versión cachas de la mirada asesina. Y por absolutamente nada. En serio. En casa nadie hacía eso ni aunque tuviera motivos. Y, de todos modos, a mí los tíos como ese me la traían floja.

—Joder, tío, ¿es que no puedes ponerte más cerca? —le pregunté.

—Tío, ¿qué coño te crees que haces?

Su voz sonaba firme y controlada, pero aun así detecté una hostilidad contenida que amenazaba con estallar.

Hice una pausa, intentando comprender el tipo de estupidez exacta que pretendía endilgarme. Como no lo conseguí, me erguí y esperé a que me lo explicara.

—¿Te cuesta hablar? —preguntó—. Te he preguntado qué te crees que estás haciendo.

—Guardar mis cosas en mi taquilla. ¿Qué parece que hago?

Farfulló, reprimió una risa y miró a su alrededor en el vestuario para ver si alguien más compartía su diversión.

Todo el mundo seguía a lo suyo. Qué sorpresa.

—Sabes de quién es esta taquilla, ¿no? —Señaló el letrero que había encima, en el que se leía «CAPITÁN». Para él, bien podría haber puesto «PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS».

—Sí, señor. Claro que lo sé.

—Te has equivocado de taquilla, colega. El capitán soy *yo*.

Se señaló el pecho como si su estatus fuera la cosa más obvia del mundo. En serio. Deberíais haberle visto la cara de estúpido y de chulo que tenía. De verdad se creía lo que estaba diciendo. Por un momento quise sacar el móvil del bolsillo y echarle una foto para que os hicierais una mejor idea, pero tendréis que conformaros con esta descripción.

—No sé quién se ha muerto para nombrarte a *ti* capitán —dije—, pero el capitán del equipo soy *yo*. Y ya he guardado mis cosas en la taquilla. Y tengo cosas que hacer. Así que, si no te importa…

Agité una mano hacia él con un ademán vago para espantarlo, aunque no se movió ni un centímetro. Mi intención era dejarlo ahí. ¿Y por qué no? Para empezar, no conocía a ese niñato de nada, y él se creía que podía entrar en el vestuario y mangonearme. Las cosas no funcionan así. Lo siento.

Además, sé cómo funcionan los tíos como él. He visto a gente de su calaña durante años. Lo mejor que puedes hacer con esos tipos es no darles cuerda. Tienen unos egos del tamaño de Toronto. Cuando te los tomas en serio, alimentas su ego hasta que se hincha al tamaño de una provincia entera. Lo más inteligente es cortarles el grifo, que fue exactamente lo que hice con él.

Cuando me dirigí a la puerta del vestuario, me bloqueó el paso. Intenté pasar por su lado, pero volvió a interponerse. Obviamente, no iba a dejar morir la conversación hasta que él lo dijera. Imagináoslo como el evangelio según Kayden Preston.

De nuevo, sin problema.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó.

—Sí, a clase.

—No hasta que me hayas respondido. ¿Por qué te crees que eres el capitán del equipo?

—¿Y por qué no iba a serlo?

—¿Que por qué *no ibas* a serlo? ¿Qué clase de respuesta estúpida es esa?

—No me parece una respuesta estúpida en absoluto. En casa siempre era el capitán del equipo. Es un papel natural para mí.

—En casa. Espera, ¿tú no eres…?

—Erik. Erik De Ruiter.

Normalmente, le habría tendido la mano para saludarlo como es debido, pero esta vez no lo he hecho. Sabía perfectamente lo que los tíos como él pensarían de mi apretón de manos y me he negado a morder el anzuelo. Además, nunca se sabe dónde ha metido las manos.

—Ah, sí, ahora ya sé quién eres —dijo—. Eres el canadiense.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu voz. Hablas un poco distinto a los demás. Como eso de «oot and aboot».

Esperé a que se partiera de risa como cualquier otro imbécil que intenta imitar mal (y digo *muy* mal) el acento canadiense. A ese mismo tipo de gente le encantaba añadir comentarios sobre el sirope de arce, el socialismo y Alex Trebek. Venga ya. Tuvo el suficiente orgullo como para no decir esas cosas, supongo.

En vez de responderle, eché un vistazo por la sala en busca de una salida rápida, pero sin preocuparme si no la encontraba. De nuevo, sin problema.

—¿Y también eres el granjero? —preguntó.

—Sí. ¿Has oído hablar de mí?

—Puede. ¿No es esa una vida de paletos?

—Lo dices como si fuera algo malo.

Se encogió de hombros como si quisiera decir que no lo consideraría ni bueno ni malo. Aunque es verdad. Crecí en el pueblo agrícola de Stevensville, Ontario. Forma parte del área metropolitana de Fort Erie, justo al otro lado de la frontera entre Canadá y Estados Unidos, frente a Buffalo. Como he dicho, no había viajado muy lejos para vivir en otro país. La granja era mi hogar. Representaba los principios y el trabajo duro. En la granja De Ruiter, sigues dándole al callo hasta que terminas el trabajo. Si quería que me avergonzara de mis orígenes, iba a tener que esforzarse muchísimo más.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté.

—Kayden Preston. Ahórrate los aplausos. No necesito presentación.

—No, desde luego que no.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eres Kayden Preston, el jugador de hockey de Buffalo al que metieron en la cárcel por usar los puños fuera del hielo una vez de más.

Se quedó helado, con cara de asombro, como si le hubiera dado una bofetada. Cuando oigáis todo lo que os puedo contar sobre Kayden, desearéis que lo hubiera hecho de verdad.

—Solo fue una vez. —Hizo una pausa en cuanto las palabras salieron de su boca, como si no hubiera tenido la intención de dignificar mi comentario con una respuesta—. Espera un segundo, ¿por qué leches te estoy contando *eso* a ti? No eres nadie. Y, de todos modos, ¿quién te ha contado eso?

—No es ningún secreto, Kayden. Tienes una reputación.

—Sí, bueno, retiraron los cargos, no tengo antecedentes, conservé la beca y… —Se tragó las palabras que le quedaban, gruñó y lanzó las manos al aire porque le había jodido otra vez. Consejo de profesional: consigues eso manteniendo la calma mientras el otro pierde los estribos.

Mis comentarios le habían dejado lo bastante aturdido como para abrirme un hueco por el que pasar a su lado y salir por la puerta del vestuario.

Por supuesto, me siguió. Tampoco fue una sorpresa. No habría sido Kayden Preston si se hubiera quedado ahí parado, de brazos cruzados, aceptando su evidente derrota.

De una forma un tanto extraña, todo el asunto me pareció hasta entretenido.

—Que fueras el capitán del equipo en tu tierra no significa que vayas a serlo automáticamente aquí —dijo.

—Lo sé, pero tengo confianza en mí mismo.

—Ya, pero...

—¿Pero qué? Joder, ¿por qué no me dices por qué *tú* deberías ser el capitán automáticamente?

—Porque siempre he sido el capitán de todos los equipos en los que he estado.

—Vaya, eso me suena. ¿No es la misma lógica que intentaste usar en mi contra hace menos de dos minutos?

—Ni de coña, tío.

—¿Por qué no?

—Yo he estado jugando en Estados Unidos, tío.

Otra vez con lo mismo. No hacía falta que dijera nada más. De hecho, joder, esperaba que no lo hiciera. Pero si lo hacía, sabía por dónde iba a salir. Diría que los estadounidenses eran mejores jugadores de hockey que los canadienses... y mejores que nadie en

todo por defecto. O soltaría algún estúpido comentario sobre cómo los canadienses se *atrevían* a recordarle al mundo del hockey que nosotros inventamos el deporte. Oh, sí, le veía el plumero a kilómetros.

—Buen intento —dije.

—Mira, voy a ser un buen tío y un buen compañero de equipo y te voy a dar hasta el final del día para que quites ese candado y muevas tus mierdas a otro sitio.

—Qué caritativo por tu parte, Kayden. Muchíiiisimas gracias.

—Ah, un listillo, ya veo.

Enarqué las cejas para comunicarle lo extraña que me parecía su propuesta; no, esta conversación entera. De nuevo, a los ególatras como él no hay que darles pie... así que no lo hice.

Cuando intenté pasar por su lado por segunda vez, me plantó una mano en el hombro para detenerme. Uuuuuh, ahora iniciaba el contacto físico. Eso significaba que iba totalmente en serio. Estaba taaaan asustado que podría haberme cagado encima.

Como os he estado diciendo, no hay que achantarse ante estos tíos.

—Me marcho ya —dije—, así que, si fueras tan amable de quitar la mano de mi hombro...

—Te crees que estoy de broma.

A Kayden le subió la voz una octava, intentando crear un extraño tono de broma. Debéis saber que los tíos como él no tienen ni la más remota idea de cómo ser graciosos.

—Oh, estoy seguro de que no bromeas —dije—. Simplemente, elijo no tomarte en serio.

Kayden frunció los labios e hinchó el pecho. Si no hubiéramos estado rodeados por un vestuario lleno de jugadores de hockey, podría haberme soltado un guantazo.

—¿Pero tú me estás escuchando? —Me encogí de hombros. Si hubiera parecido asustado, le habría seguido el juego.

—Recuerda lo que he dicho. Tienes hasta el final del día para cumplir órdenes, colega, o vas a tener problemas muy serios.

Le dirigí una media sonrisa. —Anotado.

2

KAYDEN

Antes que nada, no le hagáis caso a Erik. No sabe contar una historia ni para salvarse el pellejo. Además, lo está entendiendo todo mal. Hizo que pareciera que entré en el vestuario pavoneándome como un gallito, exigiendo la taquilla del capitán sin tener derecho a ella. Y lo que es peor, dio a entender que me ganó en mi propio juego, lo cual es una soberana gilipollez.

La cosa fue así: fui a *mi* taquilla y vi que estaba ocupada. Simplemente intenté señalarle nuestro pequeño malentendido y le di la oportunidad de arreglarlo. ¿Y qué hizo él? Se puso chulito. De verdad se creyó que podía darme la espalda mientras le corregía, como si escuchar a tíos como yo estuviera por debajo de su dignidad.

Menudo error.

Para colmo, no siguió mis órdenes. Odio eso más que nada en este puto universo. En mi mundo, yo doy las órdenes y la gente obedece. Así de simple. En eso consiste en parte ser el capitán del equipo. Como general del vestuario que soy, le di una orden a Erik, y sé que me oyó. En lugar de obedecerla, actuó como si la obediencia fuera opcional, como si quizá las reglas no fueran con él.

Eso ya lo veremos.

Cuando llegué al vestuario a la mañana siguiente, me encontré su candado aún puesto en mi taquilla, como si no hubiera oído ni una palabra de lo que le dije.

Se me tensaron los músculos, apreté los puños y sentí que me hervía la sangre.

Me fui directo a la pista, donde vi en acción el estilo de «liderazgo» de Erik. Flipad con esto: les hablaba a todos en voz baja, como un profesor de literatura inglesa delante de la pizarra. Le faltaba garra. Era como si les estuviera diciendo: «¿Podríais jugar más rápido y más fuerte, por favor?», cuando en realidad debería haberles dicho: *«Moveos de una puta vez, ¿queréis?».*

Ahora un casco le cubría el pelo castaño, pero con las protecciones puestas parecía igual de larguirucho. Alguien tendría que decirle a ese chaval que echara algo de carne antes de que empezara la temporada. Su barba ultrarrecortada era lo único que le daba un aire remotamente parecido al de un jugador de hockey.

Era un blandengue, así de claro. Se le notaba en la forma de hablar a los tíos, en cómo patinaba y en cómo intentaba tirar a puerta. Si quieres triunfar en el hockey, necesitas intensidad. No hace falta pedir perdón.

No es que esa mierda me importara en ese momento. Lo que me importaba era que se había pasado de la raya, tanto con mi taquilla como *conmigo*.

Se detuvo en la línea azul, probablemente porque ya necesitaba recuperar el aliento o pararse a pensar bien qué hacer. Patiné hasta él, frenando en seco lo bastante como para rociarlo con una ráfaga de virutas de hielo.

¿Y sabéis qué hizo? Se quedó ahí parado y se lo *tragó*. En serio. Poco le faltó para darme las gracias y pedirme más. Además, parecía un completo idiota al sacudirse el hielo. Si os digo la verdad, solo por eso ya mereció la pena. Antes de que preguntéis, la respuesta es que sí, lo hice totalmente a propósito y esperaba que se diera cuenta.

—Se acabó el tiempo —dije.

Se miró la muñeca como para comprobar un reloj invisible y luego se encogió de hombros.

—Ah, ¿otra vez con esto? —pregunté.

—¿De qué hablas?

—Hablo de toda esa actitud de «no-tengo-que-hacerle-caso-a-Kayden-Preston» que llevas mostrando tan descaradamente desde ayer.

—No he mostrado nada descaradamente, y no tengo por qué hacerte caso.

—Buen intento.

Esta vez no iba a dejar que controlara la conversación. Di una vuelta hasta el centro de la pista y regresé, frenando en seco de nuevo y lanzándole otra ráfaga de nieve helada a ese capullo.

Otra vez, se sacudió el hielo como si pudiera ignorarme. Era obvio que nunca antes había tratado con alguien como yo.

—No tienes madera de capitán de equipo, ¿lo sabías? —le pregunté.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo. Y yo *soy* algo así como la autoridad por aquí.

Las comisuras de sus labios se elevaron un poco, pero sin llegar a esbozar una sonrisa. Esa mirada decía que no iba a darme esa satisfacción. Sabía a qué jugaba.

—Dime una sola cosa que te convierta en una autoridad en algo —dijo Erik.

—Para empezar, juegas y entrenas a los tíos como un completo nenaza.

—¿*Nenaza*?

—Sí, te he visto entrenar a Anderson hace un momento. Así no se hace.

Ahora *sí* que sonrió y negó con la cabeza con un gesto de esos que yo llamo *«lo que tú digas, campeón»*.

—Yo tengo mi forma de hacer las cosas y tú la tuya. Sé cómo hablar con los jugadores. Soy un comunicador.

Hice un gesto con la mano como si estuviera parloteando para que supiera que, cada vez que hablaba, lo único que yo oía era *bla, bla, bla*.

—¿No me crees? —preguntó.

—Me creo que eso es lo que *haces*. Solo digo que no vale una mierda.

—¿Y cuál es tu forma, entonces?

—Mostrar emoción de verdad, ser intenso, reventarle la boca al otro. No hacer prisioneros. Sin cuartel. *Así* es como juego yo.

Casi me golpeé la palma de la mano con el puño para demostrarlo. En lugar de eso, saqué pecho para mostrar mi orgullo.

—¿Le dijiste eso a los polis cuando te estaban poniendo las esposas por el cargo de agresión?

—No… O sea, cállate.

—Tiene derecho a guardar silencio.

—Corta el rollo.

—Si renuncia al derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga puede ser y será usada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado.

—He dicho que te pires, tío.

—¿Por qué? Si no he hecho más que empezar. Si no puede permitirse un abogado…

—Chitón y mira esto, ¿vale?

Señalé a Ryan Detenbeck, el portero que estaba en la meta, y le ordené que se defendiera de mí. Al menos un jugador sobre el hielo sabía seguir órdenes. Patiné hasta el disco suelto más cercano, lo puse en movimiento con el palo y cargué directo hacia la portería. Los estúpidos comentarios de Erik me habían puesto las pilas.

Echándome hacia atrás, le di al disco tan fuerte como pude, lo suficiente para que un chasquido retumbara por toda la pista. Aunque era rápido, el portero intentó bloquear el tiro, pero el disco se coló directamente en la red.

Como era de esperar. Pero aún no había terminado.

Me deslicé de vuelta a la línea azul, cogí otro disco y me dirigí de nuevo a la portería. Detenbeck bloqueó ese tiro, pero no importaba. Puede que no metas todos los tiros, pero tienes que seguir intentándolo y metiéndole esa misma actitud de ir a por todas por la garganta al portero una y otra vez. Por eso mi tercer, cuarto y quinto tiro entraron todos en la red. Os juro que Ryan Detenbeck no supo ni de dónde le había venido.

Patiné de vuelta a la línea azul, esperando ver una expresión de absoluto asombro en la cara de Erik, pero en su lugar me encontré con esa estúpida mirada inexpresiva. Le rocié con virutas de hielo por tercera vez, más que encantado de restregárselo por la cara.

—Y ahora, ¿qué me dices de *eso*? —Le di un empujoncito en el hombro.

—Échame una mano. ¿Qué se supone que tengo que ver?

—Intento enseñarte cómo se hacen las cosas, eso es todo.

—Vale...

—Una lección básica de hockey para el novato.

—Ajá.

Vale, de acuerdo. Podría parecer que estaba haciendo estas cosas a propósito —y, desde luego, lo estaba haciendo—, pero Erik se había hecho el tonto aposta para sacarme de quicio. Y encima tuvo la desfachatez de actuar como si yo viniera de otro planeta. Cuanto más lo hiciera, más lo acribillaría yo con virutas de hielo. Así de simple.

—Así es como le doy ejemplo al equipo —dije—. Mucha energía, mucha intensidad, explosividad de verdad y no aguanto tonterías. ¿De verdad crees que serías mejor capitán que yo?

—*Sé* que puedo. Además, no se trata de que tú o yo digamos quién debería o no debería ser el capitán. Les corresponde a nuestros compañeros de equipo votar a alguien.

—Exacto.

—Lo que significa que no tengo nada de qué preocuparme.

Se me crisparon los dedos, convirtiéndose en puños. Tenía unas ganas locas de soltarle un puñetazo. Si lo hacía, él escupiría un diente y haría alguna broma de listillo sobre mi detención. ¿De dónde sacaba ese crío tanta confianza? ¿Es que le echan algo al agua en Canadá? Fuera como fuese, tenía la intención de darle a ese gilipollas de Erik De Ruiter un correctivo.

—¿De verdad lo crees, eh? —pregunté.

—Estoy tan seguro como es posible estarlo.

—Sí, bueno, eso ya lo veremos.

Vale, de acuerdo, puede que no tuviera una réplica ingeniosa con la que pillarlo. Además, el chaval era tan cabezota que me

contestaría con algún comentario estúpido dijera lo que dijera. No merecía la pena el esfuerzo.

Volví a dar una vuelta por la línea azul, hice otra parada brusca y le lancé virutas de hielo por enésima vez. Y él *seguía* sin hacer nada. Simplemente se las sacudió como si nada de lo que yo hiciera pudiera molestarle. Ahí teníais a vuestro líder: un blandengue que se quedaba ahí parado aguantando toda la mierda que le echaba encima.

No, gracias.

—Creo que esto está zanjado —dije—. Espero que hayas quitado el candado y sacado tu mierda de mi taquilla como muy tarde una hora después del entrenamiento. Ya que estás, también puedes afilarme los patines.

Me alejé patinando, sin dejarle oportunidad de soltar alguna estupidez. Además, él había tenido la última palabra en el vestuario, y de ninguna manera iba a dejar que eso ocurriera dos veces.

Después del entrenamiento, me duché y me vestí, tomándome mi tiempo y deleitándome con mi victoria personal sobre Erik. Incluso pensé en cómo sonaría esta historia en mi autobiografía algún día. A ver, soy un tío razonable, no iba a presionar a ese capullo con el tema de la taquilla más de lo necesario. Hasta esperé dos horas después del final del entrenamiento, por si acaso.

Cuando volví a la taquilla del capitán, me encontré el candado de Erik todavía puesto, como si ni siquiera lo hubiera tocado. Si pensabais que antes me había cabreado, agarraos.

Esto significaba la guerra.

3

ERIK

—No has quitado el candado —la voz de Kayden me atravesó al día siguiente en el hielo.

No me miró al decirlo, se limitó a seguir lanzando el disco a una portería vacía desde la línea azul. Después de lo de ayer, parecía obvio que Kayden y yo habíamos empezado con mal pie. No me culpaba por ello y nunca lo haría. Y tampoco voy a culparme por mantenerme en mis trece. De ninguna manera voy a cambiar mi forma de hacer las cosas porque a un troglodita que no conozco de nada no le guste. Por otro lado, íbamos a ser compañeros de equipo, aunque se comportara como un gilipollas integral. Puede que no me cayera bien, pero teníamos que llevarnos bien. Yo había defendido la idea de ser el racional, así que intentaría aclarar las cosas.

—¿Por qué iba a quitar el candado? —hice lo que pude por hacerme el tonto.

—Porque tú no eres el capitán del equipo. Lo soy yo. Ya hemos hablado de esto. Después de lo de ayer, creo que te he demostrado por qué.

Dejad que os cuente un secreto: me lo pasé bien picándole ayer, sobre todo cuando empecé a recitarle los derechos Miranda. Ah, claro, podríais llamarlo buscarle las cosquillas, y podría no haber

dicho nada, pero no iba a hacerlo después de la putada que me había hecho. Me estaba rociando con virutas de hielo y no iba a darle la satisfacción de reaccionar. En lugar de eso, contraataqué con palabras y lo puse en su sitio.

El problema era que Kayden no *se quedaba* en su sitio.

Sin problema. De nuevo, sabía qué teclas tocar.

—Tienes razón —dije.

—¿Ves? Te lo dije.

—No, no, no es lo que piensas. Iba a decir que el equipo decide quién es el capitán.

—Entonces, ¿por qué dejaste tu candado en mi taquilla?

—No tenía sentido moverlo. Pensé que más valía dejarlo ahí hasta que el equipo tomara la decisión obvia.

Balbuceó, riéndose un poco. Qué idiota.

—Espera, ¿de verdad crees que tú eres la opción obvia?

—¿Y por qué no iba a serlo?

Me detuve después de eso. Si seguía, acabaríamos discutiendo en círculos sin resolver nada. Nunca malgastaría energía, aliento o neuronas en alguien como Kayden Preston. En realidad, solo quería aclarar un error y no había avanzado mucho. Claro, podría haberme alejado patinando de él, fingiendo que no existía, pero yo no funcionaba así. No me daba miedo, así que iba a abordarlo de frente. Ya le dije ayer a Kayden que soy un comunicador, así que debería haber tomado notas.

—Creo que simplemente ha sido un malentendido, eso es todo —dije—. No es para tanto.

—¿Un malentendido? ¿Así es como lo llamas?

—Sí.

—Mira, colega, si hubiera habido un malentendido, habrías hecho lo más inteligente y habrías dicho: «Sí, señor Preston. Lo siento, no sabía que esta era su taquilla. Lo quitaré ahora mismo y no volverá a ocurrir».

Habló con su voz más suave y patética, llevándose las manos entrelazadas a la cara, burlándose de mí. Además de ser un gilipollas, Kayden Preston también era un iluso.

—Quizá si me lo hubieras pedido amablemente. —Al instante deseé no haber dicho eso. Fue mi primer verdadero paso en falso en mis discusiones con él, pero podría haberle dado la oportunidad que necesitaba.

—¿Pedírtelo amablemente? ¿Como hacen en Canadá? Joder, tío. Actitudes como esa han convertido a vuestro país en el quincuagésimo primer estado.

—Lo que tú digas, colega.

—No soy tu colega, para empezar. Y segundo, aquí en los viejos y buenos Estados Unidos de América hacemos las cosas un poco diferentes. Para empezar, respetamos la grandeza. No le quitamos las taquillas a sus legítimos dueños.

Kayden Preston de verdad hablaba así. No es broma. Era obvio que vivía en otro planeta. De nuevo, responder a eso me llevaría de vuelta a un bucle de discusión sin fin con él. También le estaría haciendo el juego, cosa que no podía permitir.

—Bueno, ¿es eso? —preguntó—. ¿O es el hecho de que vienes de un pueblo de paletos de Ontario?

—Stevensville. Aunque no es que te importe.

—Stevensville, un lugar que no conoce ni Dios y al que nunca va nadie importante.

—¿Y qué me dices de J.L. Kraft?

—¿Quién?

—No me digas que nunca has comido Kraft Dinner, tío.

—¿Eh?

—Vale, vosotros lo llamáis macarrones con queso Kraft en los Estados Unidos.

—Claro que los he comido.

—Pues J.L. Kraft lo inventó. Era de Stevensville.

—Vaya, qué nivel. ¿No tenéis caballos y calesas por caminos de tierra en vuestro pueblo?

—Los teníamos. Los asfaltaron por fin hace un par de años, cuando llegaron las tuberías a Stevensville. Ahora hasta tenemos un semáforo. Solo uno, y falla más que una escopeta de feria. Ah, y una única gasolinera donde un perro se sienta fuera a rascarse y un tipo con un palillo en la boca sostiene una escopeta, rascándose también.

—¿Lo dices en serio?

—No, claro que no lo digo en serio, idiota. Lo he dicho porque intentabas hacerte el gracioso.

—Lo sé.

Sonrió, con aspecto orgulloso.

—Has tenido una gracia que no veas, Kayden.

Kayden se detuvo y me miró dos veces, como si no diera crédito. Se le puso la cara roja. Nadie se había atrevido a hablarle así antes, de eso estaba seguro. Y yo volvería a decir todo aquello porque eso es lo que haces con los tíos como él. Cuando se les suben los humos, les bajas de la burra con palabras, sobre todo con un humor mordaz. Y lo mejor de todo es que nunca pueden seguirte el ritmo.

—¿No es verdad que te criaste en una granja allí? —preguntó.

—Así es. Y muy orgulloso de ello.

—¿Estás *orgulloso*? —Sonrió de oreja a oreja y se llevó las manos al estómago como si estuviera a punto de soltar una carcajada—. ¿De verdad estás *orgulloso* de ser un chico de granja?

—No hay nada en este mundo que preferiría ser.

—Bien, porque no vas a llegar a ser un gran jugador de hockey ni de coña.

—Ahí es donde te equivocas, colega. Las dos cosas van de la mano. La agricultura consiste en trabajar duro. El hockey también. Tienes que ser el doble de duro para trabajar en una granja. Lo mismo para el hockey. No hay nada en este deporte que no se pueda solucionar con trabajo duro y resistencia.

Me enarcó una ceja como si mi comentario le pareciera un poco cursi. En cierto modo lo era, pero lo decía completamente en serio.

—¿Hablas en serio? El hockey requiere talento, intensidad y determinación. A juzgar por lo que te vi hacer ayer, puedes descartar lo de la intensidad. Y eres canadiense, así que también podemos olvidarnos del talento.

—¿Qué tiene que ver que sea canadiense?

Hizo una pausa, sin decir nada. Claro que no. No tenía ningún argumento. Se había metido con que yo fuera canadiense porque era idiota. Y punto.

—En todo caso, ser canadiense debería darme una ventaja natural.

—¿De qué estás hablando?

—Nosotros inventamos el deporte, ¿sabes?

—Oh, oh, ohhhh, ¿eres de esos, eh? ¿Vas a soltarme todo el rollo de que el deporte se inventó en Canadá por un puñado de tíos en un iglú, y que por eso los canadienses sois automáticamente mejores jugadores?

—No iba a hacerlo, pero si quieres nos quedamos con esa versión. Sobre todo con la parte del iglú.

—Tío, eso es una gilipollez.

Me encogí de hombros. Era todo lo que se podía hacer con neandertales como Kayden Preston.

—Piénsalo —dije—. Todos los mejores jugadores de la historia de la NHL eran de Canadá. Wayne Gretzky. Gordie Howe. Bobby Orr.

Puso los ojos en blanco, como si supiera que podía seguir con el tema todo el día. No hacía falta que me tentara.

—Y Sydney Crosby también —añadí.

—Oh, Dios, Sydney Crosby no. Creo que voy a vomitar.

—*Sí*, Sydney Crosby. Y bien, ¿he demostrado mi argumento?

—Ni de coña, tío. Puede que vosotros inventarais el hockey, pero los estadounidenses lo perfeccionamos.

—Vale, nombra algunos jugadores estadounidenses que hayan perfeccionado el hockey.

Me apoyé en el stick, esperando a que soltara nombres con la misma facilidad que yo. No dijo nada. Sinceramente, pensé que le saldría humo por las orejas.

—No se te ocurre ninguno, ¿a que no? —dije.

—Claro que sí. Cállate un segundo.

—¿He mencionado que Mario Lemieux también es canadiense?

Levantó las manos y gruñó. Un poco más de esto y apostaría a que se pondría a gritar. Claro, podría discutir conmigo hasta el día del juicio final —una expresión de granja que nunca usaría delante de él—, pero tenía a Kayden contra las cuerdas.

—Sí, bueno, eso aquí no significa nada —dijo—. Esto es la universidad, no la NHL. Aquí estás abajo del todo y tienes que

abrirte camino para subir.

—Ah, la primera cosa inteligente que dices desde que te conozco.

Frunció el ceño como si a cualquier otro le hubiera soltado un guantazo por ese comentario. Era de esos tíos de sangre caliente sin autocontrol, ¿recuerdas? Pero no iba a pagarla conmigo. Yo ya había ejercido sobre él todo el control que necesitaba.

Justo entonces me di cuenta de que me había acercado a él para aclarar un malentendido y que no habíamos aclarado absolutamente nada. En todo caso, nuestra conversación había empeorado el problema, y por su culpa.

—Solo intentas distraerme —dijo—. Sé lo que es importante. Para empezar, lárgate de mi taquilla.

—Querrás decir «lárgate de mi taquilla, *por favor*».

Sonreí, incluso saqué un poco la barbilla, por si le apetecía soltarme un puñetazo.

—Creo que ya hemos pasado la fase de preocuparnos por los modales, tío. Te doy hasta mañana. Después de eso, más te vale haber sacado todas tus cosas o si no…

—¿O si no, qué?

Cuando clavó los ojos en mí, entendí que se suponía que debía saber el «qué», como si fuera la persona más intimidante que hubiera conocido en mi vida. Sin embargo, no me lanzó la mirada intensa que cabría esperar. No era esa mirada fea destinada a intimidarme para que me sometiera. Aquella mirada presumía de una confianza tranquila muy suya, como si hubiera enterrado a mil tíos como yo antes. Aquella mirada decía que iba a sacar mis cosas de su taquilla porque él me lo había ordenado.

Sin embargo, encontré algo más en aquella mirada. Algo extraño. Nunca había visto nada parecido. Aquel algo me atrapó, forzando una pausa para poder empaparme de ello. Entonces me di cuenta de que había visto esas cosas antes, pero nunca me había detenido a absorberlas.

Al principio, me fijé en que el pelo rubio ceniza de Kayden le caía sobre la frente, pareciendo una coma gigante cuando se inclinaba. Podías perderte en aquellos ojos verde esmeralda. Y luego estaban sus dientes. He oído hablar de la sonrisa de anuncio de dentífrico,

pero los dientes de Kayden eran de un blanco deslumbrante. Intenté apartar la vista, pero me di cuenta de que no podía. Mi atención no se apartaba de él. ¿Era eso normal?

No podía seguir mirándolo así, y no solo porque hasta ese momento había estado ganando la discusión. Parecería francamente raro, un riesgo que no podía correr. Cuando por fin aparté la mirada, comprendí lo poderosa que había sido aquella. Esa imagen me persiguió el resto del día —y más allá—, pero ¿por qué demonios me importaba tanto?

4

KAYDEN

—Has jugado como un nenaza ahí fuera.

Erik pareció un poco aturdido; una expresión que, estoy bastante seguro, compartían todos los Canucks. Le di el alto cerca de la zona de restaurantes porque había desaparecido del vestuario a toda pastilla. Cuando lo alcancé, me di cuenta de que llevaba los AirPods puestos y no había oído ni una palabra de lo que le había dicho.

Se quitó un auricular. —¿Qué?

—He dicho que has jugado como un nenaza ahí fuera.

—Viniendo de ti, lo llevaré como una medalla.

—Por favor, dime que no lo dices en serio.

Ni una respuesta del señorito Blandengue. Siguió caminando y yo seguí detrás. Puede que tuviera que ir a alguna clase o algo que considerara urgente, pero me importaba una mierda. Iba a seguir pegado a él y a asegurarme de que me escuchara.

Quizá pareciera que estaba un poco obsesionado con Erik, pero tenía una buena razón. Ya se había convertido en una distracción y podía ser una piedra en el zapato durante toda la temporada si no le paraba los pies ahora. ¿Que por qué era un problema? Pues porque todavía no había quitado su candado de mi taquilla. Aunque tengo

que reconocerle algo: nadie más habría tenido los cojones de desafiarme dos veces y luego intentar ignorarme.

No me malinterpretes. No digo que eso sea bueno, pero era más valiente de lo que había pensado... o más estúpido.

—La ley del hielo, ¿eh? —le pregunté—. Me lo imaginaba.

—Vale.

—¿Cuál es tu problema, de todos modos? La temporada regular estará aquí antes de que te des cuenta. Querrás salir ahí y ganar, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Pues entonces tienes que demostrar a todo el mundo que estás hecho de una pasta más dura.

—¿Otra vez con esto? Mira, el entrenador Hardison no ha dicho que haya nada malo en mi forma de jugar. De hecho, me ha felicitado.

—No se trata solo de lo que diga el entrenador Hardison, tío. El liderazgo del equipo también cuenta mucho. *Yo* te estoy diciendo que juegas como un nenaza.

—Espabila y mira la realidad, Kayden. Tú no eres un líder del equipo y nunca lo serás. Además, yo podría decir muchas cosas sobre la forma en la que juegas *tú*.

—Pues claro que puedes, joder. Me has visto en acción. Así es exactamente como se juega al hockey.

—Juegas como un maníaco, tío.

—Y *eso* sí que lo llevaré como una medalla.

—Pues yo no lo haría.

—¿Y por qué no?

—Porque no hay ningún orgullo en ello. Juegas como alguien que no tiene control. Cuando la gente pierde los papeles, empieza a cometer errores y todo el equipo sufre.

—Menuda gilipollez. Significa que tengo una actitud de no hacer prisioneros.

—¿Eso es lo que le dijiste a la poli cuando te metían en el coche patrulla?

El pequeño gilipollas se volvió a meter el auricular en la oreja e intentó largarse. Si se lo permitía, volvería a salirse con la suya. Le

puse una mano en el hombro, deteniéndolo en seco. Se creía muy listo, pero iba a ponerlo en su sitio ahora mismo.

—Cállate —le dije.

—No.

—Ya te he dicho que retiraron los cargos.

—¿Y a quién le importa? Sigues teniendo una reputación por algo que podrías haber controlado.

—¿Qué, me vas a salir con la chorrada esa del tribunal de la opinión pública?

—No, solo digo que da igual que te retiraran los cargos. Igualmente perdiste los estribos como un animal. O al menos esa es la historia que corre por el campus.

—Bueno, pues a lo mejor debería aclarar las cosas.

—Adelante.

—Una noche estaba por ahí con unos amigos en el Mister Goodbar de la avenida Elmwood. Estaba a lo mío cuando un macarra se acercó a mi mesa. Te digo que iba de un chulo que no veas. Quería pelea, pero yo ni le hice caso. Para que te enteres, no salí ahí sin más a pegarme con él. Me pareció que todo aquello era una estupidez. Ni siquiera sabía quién era, no teníamos ninguna historia pendiente ni nada por el estilo. No había motivo para liarla.

—Entonces, ¿por qué le partiste la cara?

—Es que no lo dejaba estar. Llegué a un punto en el que me harté. Además, había dejado bastante claro que no se iba a ir sin conseguir su pelea, y al final cedí. Salimos fuera y nos liamos a hostias.

—¿Ves? Eso es una soberana estupidez.

—No, no lo fue. Primero me aseguré de que me cubrieran las espaldas.

Puso los ojos en blanco como diciendo que esa no era la cuestión.

¿Por qué narices le estaba contando esto? No se lo había contado ni a mis otros compañeros de equipo ni a mis amigos. Por supuesto, todos lo sabían. El rumor se había extendido como la pólvora, y la Universidad de Larkin se enteró antes de que los bares echaran el cierre. Estuve en el despacho del entrenador Hardison prácticamente

en el mismo instante en que salí del calabozo, y tuve que responder a unas cuantas preguntas importantes. De repente, vi cómo mis esperanzas y sueños de ser jugador de hockey profesional se iban por el desagüe. O sea, técnicamente tenía *algo* de esperanza. Yo no había empezado nada, y el entrenador Hardison pareció mucho más comprensivo de lo que me esperaba. No me echó del equipo ni me quitó la beca.

Eso sí, se aseguró de que entendiera que mis días como león de Larkin estarían contados si me volvía a meter en líos. Creedme, no me perdí ni una sola de sus palabras.

Si lo piensas, Erik no se equivocaba. No, no, espera. A la mierda. No podía darle la razón, ni siquiera en privado. En el momento en que empezara a estar de acuerdo con Erik De Ruiter, acabaría siendo un blandengue como él.

Sentí que *tenía* que contárselo a Erik, me sentí obligado, como si su estúpido comentario hubiera hecho necesaria una explicación. Eso también eran malas noticias. Se me había metido bajo la piel igual que el macarra del Mister Goodbar. No, no le iba a recomponer la cara como le había hecho al otro. ¿Ves? Tenía mucho más autocontrol del que Erik jamás admitiría que tenía.

—Parte de ser un líder es dar buen ejemplo —dijo—. Y parte de dar buen ejemplo es tomar decisiones inteligentes.

—¿De dónde has sacado eso, tío? ¿De Pocoyó*?*

Esbozó una media sonrisa, sin negar con la cabeza exactamente, pero mostrando suficiente lenguaje corporal para decir que mi respuesta le parecía estúpida… y que *yo* era estúpido. Cuanto más lo pensaba, más me preguntaba si *acabaría* corriendo la misma suerte que el macarra del Mister Goodbar.

—Mira —dijo Erik—, es obvio que no nos llevamos bien. Y probablemente nunca lo haremos.

Me llevé una mano a la mejilla. —No me digas.

—Pero eres mi compañero de equipo. Eres un exaltado y un neandertal, pero sigues siendo mi compañero de equipo, así que voy a taparme la nariz e intentar llevarme bien contigo.

—Exaltado. Neandertal. Taparte la nariz. De Ruiter, estás haciendo un trabajo de puta madre para llevarte bien conmigo,

¿sabes?

—Tú eres el que me ha parado fuera de la pista. Yo no quería hablar contigo. Así que es culpa tuya. A partir de ahora…

Enarqué las cejas hacia Erik, esperando a que terminara la frase con alguna versión de que no deberíamos hablarnos. O eso, o me soltaría cualquier mierda que hubiera aprendido en algún seminario de autoayuda.

—¿A partir de ahora qué?

—A partir de ahora, será mejor que no nos molestemos en hablar a menos que sea en la pista. Y cuando estemos en la pista, asegúrate de que tu lengua se mantenga bien modosita.

—Lo dice el que acaba de insultarme tres veces.

Aquel chaval no se enteraba de nada. ¿Y sabes cómo lo supe? Echó a andar y me dejó atrás antes de que la frase hubiera salido del todo de mi boca. ¡Qué cara! Eché a correr para alcanzarlo. Tenía que decir la última palabra. Así de simple. Si no lo hacía, Erik ganaría, y yo ya sentía que el listón estaba por las nubes.

—Mira —dije—, me reafirmo en todo lo que he dicho.

—Entonces a lo mejor te apetece jugarte el dinero.

—¿Una apuesta? ¿Sobre qué?

—Tenemos un partido de exhibición pronto, ¿no?

—Contra la Universidad de Rochester, sí.

—No voy a cambiar mi forma de jugar por ti ni por nadie. Voy a salir ahí y a jugar al hockey a mi manera. Tú, si quieres, juega a la tuya. Ya veremos quién gana el partido.

—Espera, no estarás apostando a que perdemos, ¿verdad?

Volvió a sonreír a medias. —Apuesto por mi propio juego. Si marco más que tú, yo gano la apuesta. Si tú marcas más que yo, ganas tú.

—No le veo ningún sentido a esto.

—Dudo que se lo veas a nada. Oye, ¿por qué no lo cerramos con un apretón de manos y así puedo ir a clase?

—¿Cómo voy a cerrar nada? No me has dicho qué nos jugamos.

—Veinte pavos.

—¿Veinte pavos? ¿Eso es todo?

—Somos universitarios, Kayden. Nadie se va a hacer rico hasta que yo esté en la NHL.

—Hasta que *yo* esté en la NHL, colega.

Quizá Erik se creía que yo era tonto del todo, pero me di cuenta de lo que había intentado hacer.

Me tendió la mano como si estuviera convencidísimo de que me iba a machacar en la apuesta. Se la estreché porque yo estaba convencidísimo de que era un flojo y de que haría el ridículo en cuanto jugara contra un rival de verdad.

Al darnos la mano, me fijé en sus ojos. No, espera, eso no es. Me fijé en algo *de* sus ojos que me hizo detenerme. Al principio no supe cómo llamarlo. Tenía los ojos azules, pero aquello era algo más que un color. Antes de que terminara el intercambio, me di cuenta de que sus ojos azules parecían un campo de cristales de hielo. Sí, sí, ya sé lo loco que suena. Es como en una novela donde el autor dice que un personaje tiene «los ojos como el océano» o alguna mierda de esas.

Y otra cosa: su mirada era penetrante. Me captó la atención y no la soltó. Esperaba por Dios no haberme quedado ahí parado mirándoselos fijamente —sobre todo si podían pillarme—, pero sentí que me habían envuelto.

Al final, Erik dijo: «Vale, trato hecho», y yo volví en mí como si me hubiera quedado sopa.

No pude responder. Al principio, fue como si se me hubiera congelado el cerebro, pero con todo lo que había pasado, no estaba seguro. Intenté mover los labios, con ganas de aniquilarlo con algún comentario ingenioso, pero juraría que tenía la mandíbula bloqueada. Y me sentía débil, indefenso.

Normalmente me habría preocupado por parecer un completo idiota, pero estoy seguro de que a Erik De Ruiter no le habría importado nada señalármelo. Cuando se fue, intenté olvidarlo todo, como si no hubiera pasado nada. A ver, ¿qué narices hacía yo mirándole los ojos a otro tío o siquiera pensando en ellos?

5

ERIK

—¿Listo para ser veinte dólares más pobre? —le pregunté a Kayden mientras nos preparábamos para saltar al hielo contra los Renegades de la Universidad de Rochester.

—Creía que no querías hablar conmigo.

—He dicho que pensaba que sería *mejor* no hablar. Ya sabes, si no tienes nada bueno que decir.

—Sí, pero tú...

A Kayden pareció que le habían comido la lengua los gatos al intentar responderme. Fue bastante satisfactorio, pero reprimí la risa. Dijera lo que dijera, él se quedaba ahí plantado sin tener ni idea de cómo contestar. Como ya he dicho, a estos tíos hay que hacerles eso, y esta vez funcionó a las mil maravillas.

Que conste que no es por el dinero. Es decir, soy un estudiante universitario sin blanca como la mayoría, pero no hice esa apuesta para hacerme rico. Al principio, pensé que lo había hecho para demostrar algo, pero eso tampoco sonaba bien. La idea de anotarme otra victoria sobre este neandertal me motivaba tanto que me daban ganas de frotarme las manos solo de pensarlo.

Si te soy sincero, desde que Kayden me paró en la zona de restauración, he pasado mucho tiempo pensando también en otras

cosas. Para empezar, en los ojos verdes de Kayden. En su sonrisa imposiblemente perfecta. Daba igual que fuera un imbécil. Ahora que me había fijado en esa sonrisa, no podía fingir que no la había visto... o que no me había perdido en ella.

No lo sabía. Lo más inteligente sería olvidarlo por completo. Dejando a un lado los pensamientos extraños, teníamos un partido que jugar. De exhibición o no, yo era un competidor y no podía permitirme ninguna distracción.

—No te preocupes por ganarme —dijo Kayden—. Deberías preocuparte por ganar a estos tíos. He oído que son unos brutos.

—No me dan miedo. Voy a salir ahí fuera a hacer lo que siempre he hecho.

—Eso es lo que me temo.

Para ser un partido de exhibición, los Larkin Lions habían conseguido una afluencia bastante decente en el Alumni Arena. «Afluencia decente», en este caso, significaba que las gradas estaban medio llenas, lo que al menos nos daría la sensación de jugar en casa. En mi ciudad, nuestro estadio estaba siempre a reventar.

Saltamos al hielo, nos colocamos en la línea azul y miramos hacia las banderas para el himno nacional. Como en casa, por nuestra proximidad a la frontera, ponían en cada partido tanto *The Star-Spangled Banner* como el himno canadiense. Antes de que empezaran los himnos, miré a Kayden, que mantenía los ojos fijos en las banderas. Gracias a Dios. No se daría cuenta de que lo estaba mirando.

Es su pelo también, ¿recuerdas?, me dije. *No solo sus ojos. Te diste cuenta de que tenía un pelo muy bonito. Algo en cómo le caía sobre la frente, y soñaste que se lo apartaba con la mano. Nunca te habías fijado en ninguna de esas cosas en un chico, pero siempre hay una primera vez para todo*.

Claro. Eso tenía que significar algo. No sabía el qué. Pero no era momento de darle vueltas a esas cosas. No solo teníamos un partido que ganar. Ganar a Kayden en nuestra apuesta significaba aún más para mí ahora.

Debo decir que noté un ambiente diferente cuando saltamos al hielo. Y no era por jugar en Estados Unidos en lugar de en Canadá. Kayden había dicho que la Universidad de Rochester era dura. Por lo que pude ver, sus jugadores parecían desde luego más grandes y fuertes que los de bachillerato contra los que competía en mi ciudad.

Sí, ¿a quién quiero engañar? Parecía que podían hacer picadillo a mis rivales de casa. Trevor Trombley, por ejemplo. Incluso con la evidente brecha entre sus dientes, probablemente podría masticar clavos y escupir monedas. Pero me sentía a la altura del desafío. Ya le había dicho al equipo que podían contar conmigo y no iba a defraudarlos.

En el centro del hielo, me preparé, esperando a que el árbitro soltara el disco. Le clavé la mirada a Trombley. Me sacaba al menos ocho centímetros y debía de pesar unos quince kilos más que yo. Perderme en el momento no era nada nuevo. Me pasaba todo el tiempo en casa. Simplemente significaba que me había concentrado al máximo. La clave era mantenerse lo más relajado posible sin perder esa concentración. Pero esta mirada sí era nueva para mí. Trevor Trombley no solo me miraba fijamente, sino que parecía que quería comerme de postre.

Tampoco me preocupó. Todo era parte del juego psicológico que a los jugadores de hockey les gusta emplear. Aprendí rápidamente que no puedes caer en esos trucos y darle la ventaja a otro jugador. Mantuve la vista fija en Trombley, negándome a parpadear.

Cuando el árbitro soltó el disco, me lancé hacia delante, yendo a por él de inmediato, pero Trombley me ganó la partida. Peor aún, en cuanto tuvo el control, me clavó el hombro en el mío y me dejó aturdido.

Fui tras él, decidido a robarle el disco. Primero me clavó un codo en el costado, pero yo puse mi stick delante del suyo y le birle el disco. Luego me di la vuelta, en dirección al territorio de Rochester, esperando dejar atrás a ese bruto. Sin embargo, se movía mucho más rápido de lo esperado. Trombley me siguió el ritmo y me estampó contra las vallas con más fuerza que ningún otro jugador desde que me puse unos patines por primera vez.

Peor aún, perdí el disco. Tal cual. Le robé el disco y luego lo perdí. Así es el hockey a veces. No es el fin del mundo. Se lo digo a los chicos para que no se desanimen. Sin embargo, lo que vino después sí que me molestó. Kayden se coló, le birló el disco a Trombley y consiguió seguirle el ritmo al tipo.

A ver, siempre me alegro de que un compañero de equipo juegue bien, incluso cuando yo estoy haciendo un partido de mierda, pero ese principio no se aplica a Kayden Preston.

Trombley le dio a Kayden un fuerte golpe contra las vallas, pero él no perdió el disco. Incluso tiró a portería, pero falló. No diré que eso me hiciera feliz, pero tampoco me decepcionó. Por supuesto ꟷ quería ganar, pero necesitaba que sucediera bajo mis propias condiciones.

El árbitro se colocó para volver a poner el disco en juego, esta vez desde el lado derecho. Kayden contra Trombley. Trombley lo fulminó con la mirada con la misma ferocidad que a mí. Rogaba a Dios que mi compañero tuviera los mismos nervios de acero. Cuando el disco cayó, Trombley se lo arrebató antes de que Kayden pudiera reaccionar y salió disparado por el hielo hacia nuestra portería. Lo seguí, alcanzándolo, pero pronto noté su stick encajado entre mis patines.

Y acabé de culo en el hielo.

El árbitro pitó para detener el juego. —Dos minutos por zancadilla —anunció a la multitud.

El entrenador Hardison aprovechó la oportunidad para sacarnos a Kayden y a mí del hielo y envió al siguiente turno a la acción. Kayden plantó el culo justo a mi lado en el banquillo. Cómo no. Y a continuación, me diría exactamente lo que se le estaba pasando por la cabeza.

No sería Kayden Preston si hubiera mantenido la boca cerrada.

—¿Quieres ir soltando los veinte pavos ya? —preguntó.

—¿De qué hablas?

—¿Que de qué hablo? Te están pateando el culo ahí fuera. No vas a marcar una mierda, tío.

Su brazo extendido, señalando al hielo, subrayó sus palabras.

—No me están pateando el culo —dije—. Estoy…

¿Estás qué?, me pregunté.

Jugando duro. Haciéndolo lo mejor que podía. Intentando ganar al otro tipo con habilidad, atletismo y trabajo duro.

Claro.

Esas cosas no significaban nada ahora. Ah, sí, claro, ese papelito de chico de granja bueno y sano funcionaba perfectamente en Canadá, pero aquí no iba a colar. Kayden diría eso sin dudarlo si le dieran la oportunidad. De hecho, me lo restregaría por la cara. En lugar de correr ese riesgo, lo ignoré, como le había sugerido que hiciera él conmigo.

El entrenador Hardison nos mandó a nuestro siguiente turno, y yo me armé de valor antes de volver al hielo. Podía demostrarle a Kayden que se equivocaba. No iba a desperdiciar una oportunidad de redención. Trevor Trombley había salido del banquillo de penalización y me miraba como si todavía tuviera ganas de un trozo de mí. Se podría decir que quería terminar lo que había empezado.

Por mí, perfecto.

Esta vez, no dejaría que jugara sucio. No dejaría que me ganara la partida. En lugar de dejar que me golpeara, le demostraría los principios que me habían traído a Buffalo.

Miré a Trombley, dirigiéndome directamente hacia él. Sin miedo. Eso debería callarle la boca a Kayden, pensé. Cuando le quité el disco, sentí su cuerpo rozar el mío de nuevo, probablemente con la intención de darme un codazo en el costado. Lo esquivé con delicadeza acelerando, y tiré a portería. El portero intentó pararlo, pero el disco se le escurrió y entró en la red.

La multitud rugió y yo di una vuelta, con ambos brazos en alto, como si hubiéramos ganado la Copa Stanley. Quería demostrar algo y ese primer gol era un comienzo increíble. Miré a Kayden, cuyo rostro permanecía estoico, como si no fuera a mostrarme ni una pizca de ánimo.

Sin embargo, no pude confundir la rabia en la cara de Trombley. Si antes yo era el almuerzo, ahora iba a ser la cena.

Cuando el árbitro dejó caer el disco en el centro del hielo, sentí cómo el impulso crecía mientras la adrenalina bombeaba por mis venas. Ya llevaba un gol en mi haber y estaba decidido a marcar el

segundo. No solo dejaría en evidencia a Trevor Trombley, sino que Kayden Preston se tragaría sus palabras.

Y entonces ocurrió: Trombley cargó contra mí como si estuviera en una misión. Me estampó con fuerza contra la valla. Vale, no estoy siendo sincero. Mi padre me dijo que dijera siempre la verdad. Fue como si me hubiera arrollado un tren. Pero ni siquiera eso le hace justicia. La cosa no fue solo la dureza del golpe. Me pilló de la forma más inverosímil posible. Tenía el cuello girado en un ángulo anómalo y el impacto me elevó lo justo para que se me despegaran los patines del hielo. Me golpeé la cabeza contra la fibra de vidrio de encima de la valla y, al caer, de nuevo contra el hielo.

Todo el desagradable episodio sucedió a cámara lenta y me sentí impotente, incapaz de detenerlo.

Y de repente, todo se volvió negro.

6

KAYDEN

¡Ese hijo de puta! No creo que haya visto nunca una carga tan sucia como la que Trevor Trombley le ha hecho a Erik. Peor aún, Erik parecía un muñeco de trapo al estrellarse contra la valla y caer al hielo. Me quedé paralizado al verlo, con ganas de taparme los ojos con las manos. A ver, a mí me va el juego duro, pero hacerle eso a un tío a propósito es una soberana gilipollez. Se le notaba en la cara a Trombley que iba a por él desde el principio.

No podía quedarme ahí parado tocándome los cojones. Ah, no, no podía dejar que le hiciera una entrada así a mi compañero de equipo y quedarme de brazos cruzados. Eso no es hockey.

Fui directo a por Trombley, importándome una mierda que fuera más grande y más fuerte que yo. Me daban igual las consecuencias. Me daba igual que fuera Frankenstein sobre patines. Ese tío era mío.

En el momento en que lo alcancé, le quité el *stick* de la mano de un golpe, me quité los guantes, le agarré la camiseta con ambas manos y tiré de él hacia mí. Entonces eché el puño hacia atrás y se lo estampé en la mandíbula. Su cabeza se echó hacia atrás, recordándome a esos tentetiesos que siempre se vuelven a poner de pie después de darles un puñetazo. Habría tenido su gracia si la situación no hubiera sido tan jodidamente seria.

Un escupitajo salió volando de su boca, y todo pareció suceder a cámara lenta. Le di otro golpe, este para machacarle la nariz.

—¿Pero qué coño haces? —prácticamente escupió las palabras.

—¿Y tú qué coño te crees que haces, dándole una hostia así a mi hombre?

Incluso en ese momento, supe lo raro que había sonado eso.

Mi hombre.

Quería decir *mi compañero de equipo*, en serio, pero *mi hombre* fueron las palabras que solté. Me centré tanto en eso que no me di cuenta de la cara ensangrentada de Trombley ni de que sus ojos prácticamente me estaban taladrando.

Cuando Trombley me agarró la camiseta, tomando el control, me sentí atrapado. Lanzó un puñetazo, destinado a mi boca, pero lo esquivé, así que el golpe solo me rozó la cara. Aun así noté el impacto, y comprendí que probablemente me dolería más tarde.

Entonces volví a atacar a ese gilipollas, mi puño golpeó su barbilla, pero sin la velocidad y la ferocidad que yo habría querido. No pasaba nada. Todavía no había acabado con él ni de lejos. Pero aquí es donde las cosas se volvieron aún más locas. De repente, me encontré otra vez fuera del Mister Goodbar, y Trevor Trombley era el capullo que había ladrado al árbol equivocado.

Antes de que pudiera lanzarle otro golpe, un par de manos se interpusieron entre nosotros. En algún lugar que me pareció muy lejano, resonó el sonido de un silbato. Solo porque oyera el silbato no significaba que tuviera que hacerle caso. Después de todo, tenía un culo que patear y el corazón me latía con demasiada fuerza como para pensar en calmarme.

Otro par de manos intentó separarnos, y el sonido de los silbatos se volvió cacofónico.

—Venga, vosotros dos, separaos —dijo una voz.

Pero no quise escuchar. Quería darle una buena a ese tío y no pararía hasta conseguirlo.

Por un momento, sinceramente pensé que tendrían que usar las mandíbulas de la vida para separarnos. Mis dedos se clavaban en la camiseta de Trombley y los suyos en la mía. Habíamos llegado a un

punto muerto, pero yo no pararía hasta haberle dado una buena paliza a Trombley.

—¡Joder, ¿queréis parar de una vez?! —gritó un árbitro.

Sentí un brazo rodearme la cintura, seguido de la sensación de que me separaban de Trombley. Gracias a Dios no me dio un golpe gratis. Mantuve un brazo extendido, como si todavía pudiera alcanzarlo si quisiera. Sobre todo, quería que supiera que esto no había terminado.

Cuando miré hacia abajo, me di cuenta de que uno de los árbitros me tenía rodeado con un brazo por la cintura y me guiaba hacia el banquillo de penalización. Vi a otro árbitro empujando a Trombley hacia el banquillo de penalización contrario, donde ya había pasado su buena ración de tiempo.

El banquillo de penalización me hacía sentir como un animal enjaulado, muriéndome por salir para saciar mi sed de sangre. Y antes de que preguntéis, la respuesta es no, no lo digo en sentido figurado. Quería escapar del banquillo de penalización solo para poder ir a por ese gilipollas de Trombley otra vez.

Mi mente se habría quedado fija en ese pensamiento, además, si no fuera por ver a la gente reunida alrededor de Erik.

Mi hombre.

Dios mío, no podía creer que lo hubiera vuelto a pensar. Una cosa era decirlo en voz alta antes de darle un puñetazo a Trombley y, con suerte, saltarle otro diente. Pensarlo de nuevo mientras estaba sentado en el banquillo de penalización era otra muy distinta. Ver a Erik inmóvil sobre el hielo fue como un gancho en el estómago, uno peor que cuando lo vi recibir ese placaje demencialmente brutal.

Venga, tío, levántate... Cerré los ojos con fuerza, con la esperanza de que estuviera bien cuando los abriera. Al hacerlo, seguía en el hielo, completamente quieto. Respiré hondo para aliviar la agonía.

Normalmente, esas cosas no me preocupaban, pero la gente no se arremolina en torno a un jugador a no ser que esté gravemente herido. En lugar de mirar con desdén el banquillo de penalización

contrario y darle a Trombley algo por lo que preocuparse, me centré en el grupo que rodeaba a Erik.

Los sanitarios entraron en la pista con una camilla. Cerré los ojos y apreté con más fuerza el palo. La cosa pintaba mal. No me arrepentía de haberlo presionado para que jugara con más garra. Así es el hockey. Tenía que aprender a defenderse en algún momento, aunque eso significara salir herido. El problema era que no pretendía que saliera herido de *esa* manera. Supongo que ya te lo imaginas, pero todo aquello me desgarró por dentro como una navaja oxidada.

Los siguientes minutos se alargaron hasta la eternidad. Oh, sí, ya sé lo que suena a topicazo, pero te sientas tú en un banquillo de penalización, viendo cómo los sanitarios atienden al tipo en el que has pensado dos veces como *tu hombre*, y a ver si no te preocupas.

Momentos después, el círculo alrededor de Erik se deshizo, y aseguraron y levantaron la camilla. El público aplaudió a mi compañero de equipo —no a mi hombre, muchas gracias— mientras los sanitarios se lo llevaban de la pista. Hasta los aplausos sonaban tan lejanos como los silbatos de los árbitros cuando habían separado la pelea.

El juego se reanudó y yo era solo un espectador, al menos durante los siguientes minutos. Repito, no me arrepentía de una maldita cosa. Sabía que el entrenador Hardison me respaldaría más tarde. Como ya he dicho, no dejas que nadie le haga esa putada a tus compañeros. Si es necesario, usas los puños para dejar clara tu postura.

Y no iba a dejar de usar los puños.

Cuando los árbitros me soltaron del banquillo de penalización, fui directo a por Trombley.

—Ven aquí, pequeño hijo de puta —dije, sin importarme si podía oírme desde esa distancia.

Cuando cargué contra él, el público e incluso los demás jugadores y los árbitros desaparecieron. Me daba igual que fuera mucho más grande que yo. Ya me había encargado de él una vez y le habría dado una paliza si los árbitros no nos hubieran separado.

Alcancé a Trombley, me incliné, le clavé el hombro en el costado y lo estampé contra la valla.

—¿Pero qué coño haces, gilipollas? —gruñó él, me lanzó un manotazo y falló.

—Te dije que no ibas a placar así a mi hombre.

Esas dos palabras otra vez. Mierda. La primera vez fue un accidente, la segunda fue *menos* accidental. ¿Pero la tercera? ¿Cómo coño iba a explicar eso?

No iba a pensar más en eso. Tenía que patearle el culo.

El partido en sí ya me importaba una mierda. Todo lo que quería era despacharme a gusto con Trevor Trombley. A juzgar por su mirada penetrante, yo también me había convertido en su enemigo público número uno. Cuando lo estampé contra la valla de nuevo, me apartó con el brazo en tensión. Entonces se detuvo. Ambos sabíamos lo que iba a pasar.

Ambos tiramos los guantes al hielo. Le asesté un golpe a Trombley en la mandíbula. Todo volvió a la cámara lenta. Vi mi puño conectar con su cara como si estuviera viendo la repetición de un vídeo fotograma a fotograma.

Trombley me encajó un golpe en la mandíbula que me hizo girar la cabeza. Ojalá pudiera decir que salí de esta de rositas, pero el monstruo ese consiguió conectar al menos un puñetazo. No lo sentí, pero vaya que si lo hizo. Aunque eso no me importaba. No estaría satisfecho hasta haberlo destrozado.

—Venga, vosotros dos, separaos, separaos. —Sonó como si varias voces dijeran lo mismo, como un eco extraño mezclado con un coro de silbatos.

Un árbitro se metió literalmente entre Trombley y yo porque era la única manera de separarnos. Intenté lanzar más puñetazos, pero no acerté ninguno. Una vez que nos separaron, otro árbitro me empujó hacia atrás, mirándome como si hubiera cometido un asesinato.

—Vale, ya has causado suficientes problemas —dijo el árbitro—. ¡Estás expulsado!

Le sonreí. Me importaba una mierda. Podría haberme expulsado de diez partidos, que lo habría hecho todo exactamente igual. Ver a

Trombley forcejear para zafarse de dos árbitros, solo para volver a por mí, me produjo una sensación de satisfacción completamente distinta. Pasara lo que pasara, me había mantenido en mis trece y había hecho lo correcto, sin importar las gilipolleces que hubieran salido de mi boca.

Salí del hielo con el sonido del público aclamándome, pero yo solo podía pensar en Erik.

7

ERIK

No recordaba nada.

Vale, eso no es del todo cierto. Recuerdo la visión del careto de Trevor Trombley. Recordaba el golpe tan feo que me llevé y no podía olvidar ver el hielo precipitarse hacia mi frente. Y recordaba que se me apagaron las luces. Suponía que esa imagen se me quedaría grabada a fuego en la memoria para el resto de mi vida.

Trombley era un monstruo, así de simple. Nunca me había sentido así por ningún jugador de mi ciudad. Algunos eran duros, sí, pero no daban miedo de verdad. Mi instinto me decía que Trevor Trombley me atormentaría en pesadillas durante años. La idea de volver a enfrentarme a él en la temporada regular me revolvía las tripas.

Después de que todo se volviera negro, tuve la sensación de que me llevaban en una camilla. Recordaba una luz brillándome en los ojos y a un hombre haciéndome preguntas. Juraría que la consciencia me iba y me venía. Me desperté en el hospital, sin saber si el partido había terminado ni si habíamos ganado o perdido.

Pasé la noche en el Erie County Medical Center, donde unas enfermeras me dijeron que habíamos ganado el partido por tres a dos. Cuando llegó la mañana, el médico me dijo que había sufrido

una conmoción cerebral y que tendría que tomármelo con calma, lo que significaba nada de hockey durante unas semanas. Cerré los ojos al oír el anuncio. Quise discutir con él, pero sabía que no debía.

Cuando me estaban dando el alta, me dijo que necesitaría que alguien me llevara a casa. Decidí pedir un Uber y relajarme en casa el resto del día. Sentado en el borde de la cama, leí los mensajes de mis compañeros y luego abrí la aplicación de Uber.

Antes de que pudiera pedir el coche, una sombra alta y musculosa ocupó el umbral de la puerta.

—Me debes veinte pavos, colega.

Kayden entró en la habitación, todavía con las gafas de sol puestas. Se sentó en la silla frente a la cama como si no necesitara invitación.

—¿Qué haces aquí?

—Estás en el hospital. Te has lesionado. Eres mi compañero de equipo. ¿Por qué otra razón iba a estar aquí?

—Ya, pero…

—¿Pero qué?

Pero nos odiamos, quise decir. *Eres la última persona que habría esperado que apareciera por aquí. No es que empezáramos con mal pie. Es que hay gente que es como el agua y el aceite*.

Sin embargo, no iba a estropear el momento. No cuando había intentado ser amable.

—Pensaba que tendrías mejores sitios donde estar —dije—. Ya sabes, con las clases y el entrenamiento y todo eso.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto.

—He oído que tienes una conmoción cerebral —dijo—. Menuda faena. Es una putada.

—Bueno, pues yo he oído que te expulsaron del partido.

Asintió, no del todo como si se enorgulleciera de ello, pero yo sabía de sobra que no sentía ninguna vergüenza.

—No solo te expulsaron —dije—. Fuiste a por Trevor Trombley como un maníaco. El monstruo no supo qué le había pasado.

—No podían apartarme de él.

Sonrió de oreja a oreja. Ahora sí que parecía enorgullecerse de haber perdido los estribos. Ya no parecía tan malo. Los matones se

merecían su merecido.

—No, me has dicho por qué has venido y por qué te importa una mierda que esté lesionado. Pero no has dicho por qué fuiste a por Trombley.

—Mira, siempre me han enseñado a jugar en equipo. Creo en ello hasta el extremo. El hockey es un deporte duro para gente dura, pero ese tío te hizo una entrada absurda. No fue solo hockey, colega. Intentaba hacerte daño. No, rectifico. Intentaba sacarte del partido. No puedo quedarme ahí parado y dejar que se salga con la suya. Y no lo haré.

¿De verdad se suponía que debía creérmelo? A juzgar por su tono de voz, joder, sí. Pero tenía que haber algo más. Estaba completamente seguro.

Cuando se echó hacia atrás, me fijé en cómo su potente y esculpido pecho forzaba la tela de su camiseta blanca. Se quitó las gafas de sol, dejando ver de nuevo aquellos impresionantes ojos verdes. Aparté la mirada, al recordar pensamientos que quería olvidar. Me parecían tan extraños. De hecho, me parecían incluso más raros que el hecho de que Kayden apareciera en el hospital. Ignorarlos solo funcionaría hasta cierto punto.

Tenía que significar algo, ¿no? Quiero decir, nunca antes había mirado a otro tío de esa manera. Ahora que lo había hecho, no podía contenerme.

—Te podrías haber metido en un buen lío por lo que hiciste —dije.

Se encogió de hombros de nuevo, como si lidiar con los problemas fuera desde hacía tiempo algo natural en su vida.

—Supongo que nada iba a impedirte hacerlo.

—Ni de coña, tío. Jugaba así en el instituto y así es como voy a jugar en la universidad. Ya te dije que no hago prisioneros.

—Serías mejor matón que capitán del equipo.

Me enarcó una ceja como queriendo decir: *buen intento*.

—¿Y qué hay del entrenador Hardison? ¿No se va a cabrear contigo por que te hayan expulsado?

Asintió, pero no en señal de acuerdo. Fue uno de esos gestos con los que se reconoce una situación peliaguda y se da a entender

que se asumen las consecuencias.

—El entrenador Hardison y yo ya hemos cruzado unas palabras.

—¿Y?

—Y me ha recordado que ya de por sí estoy en la cuerda floja.

—Nunca mejor dicho.

—Sí. —Una pequeña risa se le escapó de la boca y me di cuenta de que era el primer momento distendido que habíamos compartido —. Me ha recordado que podría haber perdido la beca por el incidente del Mister Goodbar y que ser expulsado de los partidos por pelear antes de que empiece la temporada no ayuda a mi causa. Ah, y me ha dicho que no puede dar la cara por mí para siempre.

—Desde luego que no.

—Pero no es de eso de lo que quería hablar en realidad.

—¿Ah, no?

—Pues claro que no.

—Vale, ¿entonces de qué quieres hablar?

—De los veinte pavos que me debes.

—No te debo ni un duro, tío. La apuesta que hicimos fue que yo marcaría más goles que tú en ese partido. Y lo hice.

—¿Y qué más da? Yo habría marcado más que tú si no me hubieran expulsado del partido.

Se señaló a sí mismo como había hecho en el vestuario al declarar su supremacía sobre la taquilla del capitán. Esta discusión era igual de estúpida y yo ya me sentía atrapado. Además, si no decía nada, ganaría él, y no podía permitirlo.

—Oye, que a mí me *dejaron* fuera de combate —dije—. Estoy seguro de que habría marcado muchos más si no fuera por ese matón de Trevor Trombley.

Kayden sonrió, negando con la cabeza, como si yo pudiera poner todas las excusas del mundo. Eso me daba igual. ¿Quieres saber lo que *sí* me importaba?

Sus hoyuelos.

Eso es. Kayden no sonreía lo suficiente, pero cuando lo hacía, aparecían los hoyuelos más increíbles que había visto en mi vida. Quizá me parecían increíbles porque nunca antes había pensado así

de un chico. En cualquier otro momento, habría apartado la mirada, desesperado por negarlo todo. Ahora, quería disfrutar del momento.

Vale, se había descubierto el pastel. Descubrí que mirar a Kayden un poco más de la cuenta era divertido, pero a la vez aterrador. Un placer culpable. ¿Se había dado cuenta de que lo miraba? ¿Sabía lo que estaba haciendo o lo había ignorado? Respiré hondo para calmar los nervios; quería volver a echarle un vistazo, pero vacilé.

—Mira —dije—, ninguno de los dos podría haber ganado esa apuesta porque ninguno habría podido predecir cómo salieron las cosas. Tendría más sentido anularla y ya está.

—Espera, para el carro. Eso es una gilipollez.

—¿Qué es una gilipollez?

—La chorrada que intentas colar. Joder, De Ruiter, pensaba que tenías más honor.

Me dolía al poner los ojos en blanco, pero necesitaba alguna forma de decirle que estaba volviendo a comportarse como un idiota. Claro que, para entenderlo, dependía de que tuviera un cerebro funcional. Había tenido un buen gesto al venir al hospital cuando nadie más del equipo —incluido el entrenador Hardison— había mostrado más preocupación que unos cuantos mensajes de texto.

—Mira, no veo otra forma de zanjar esto —dije—. Ninguno de los dos jugó el partido entero. La apuesta no contaba con eso.

—Creo que me estás tomando el pelo. Simplemente eres demasiado rata para soltar los veinte pavos.

Tenía razón. No en lo de ser un rata. Quiero decir, tenía razón en que no me desprendería de los veinte pavos fácilmente. Hacerlo sería darle la razón a él. Lo último que necesitaba era que el tío más creído del mundo pensara que tenía razón en algo.

—Mira, no soy un mal tío —dijo—. No voy a darte la brasa mientras estás lesionado. Pero que lo sepas, en cuanto te recuperes de ese golpecito en la cabeza, vendré a cobrar.

—Genial. Mira, ya me han dado el alta, así que tengo que irme. Dicen que no puedo conducir hasta casa, así que estaba a punto de pedir un Uber.

Le restó importancia con un gesto.—Te llevo yo.

—¿En serio?

—Claro. Ningún compañero de equipo mío va a volver a casa del hospital en un Uber. Te vienes conmigo.

Vacilé, preocupado por si tenía algún truco siniestro bajo la manga. Lo seguí fuera de la habitación y cogimos el ascensor hasta la planta baja. De momento, ni rastro de nada raro.

Kayden caminaba delante de mí, dejándome vía libre para mirarle el trasero. Me sentía totalmente avergonzado al admitirlo, incluso ante mí mismo. Fijarme en sus ojos y hoyuelos era una cosa. Estaban justo delante de mí. ¿Pero su culo? Eso parecía diferente. Sin embargo, me di cuenta de que mi respiración se agitaba al verlo.

Cuando llegamos al aparcamiento, lo seguí hasta su Toyota Camry. Buen coche para un estudiante universitario. Me subí y me abroché el cinturón de seguridad. Mientras nos alejábamos, le pregunté:

—¿Por qué has venido al hospital?

—Eres mi compañero de equipo.

—No, me refiero a la verdadera razón.

—Esa es la verdadera razón, colega.

Eso no era verdad. Y decirlo cien veces no iba a cambiarlo.

Dios, Kayden Preston podía ser un auténtico grano en el culo.

8

KAYDEN

A Erik no se le puede decir nada. Te hace una pregunta y puedes responderle, pero no se quedará satisfecho. No, a menos que le des la respuesta que a él le gusta.

Y tampoco puedes decirle que se lo tome con calma porque tiene una conmoción cerebral y el descanso es importante para curar cualquier lesión. Para muestra, un botón: apareció por el entrenamiento al día siguiente, cuando en realidad debería haberse quedado en casa. Me di cuenta de que estaba sentado en el banquillo mientras yo lanzaba un montón de discos sueltos a una portería vacía. Y que conste que los metí todos.

Cuando terminé, seguía viéndolo por el rabillo del ojo. *Joder*, pensé. La vida sería mucho más fácil si desapareciera al menos una semana o así. No era solo que se creyera el verdadero capitán del equipo. A estas alturas, ya sabéis por qué quería que se fuera. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?

Se levantó de su asiento, con los ojos fijos en mí. Apartar la mirada no funcionó. Cuando me saludó con la mano, supe que no podía evitarlo. Me armé de valor antes de patinar hacia el banquillo.

—¿Qué haces aquí?

—No puedes mantenerme alejado del hielo. No puedo jugar ahora mismo, pero al menos quiero estar cerca del equipo.

—¿Por qué estás aquí de verdad?

Hizo una pausa y sonrió a medias, haciéndome esperar.

—Si lo piensas bien —dijo—, debería ganar yo la apuesta, porque fui el único de los dos que marcó un gol y, además, me jugué el físico de verdad.

—Joder, De Ruiter, como si yo no me hubiera jugado el físico para nada.

—Ah, es verdad, que te peleaste con ese monstruo.

—Pues claro que sí. Todavía me duele la mano gracias a que la cara de Trombley se topó con ella, para tu información.

Levanté una mano que lucía varios cortes y arañazos de la pelea.

—Pero eso no tuvo nada que ver con ganar el partido —dijo—. Me dijiste que lo hiciste porque somos compañeros de equipo.

—Lo hice porque somos compañeros de equipo.

—Entonces no fue realmente por ganar el partido.

—Mira, ¿no eras tú el que quería anular la apuesta del todo?

—Sí. Incluso te di la oportunidad de poner las cosas fáciles, pero tenías que comportarte como un cabezota de sangre caliente. Tenía que ser.

Ahora me sentía tenso por completo, como si hubiera vuelto a poner su candado en mi taquilla. No os creáis su cuento del chico de granja bien educado. El chaval tiene un morro que se lo pisa. A pesar de todo, no me arrepentía de haber ido al hospital ni de haberlo llevado a casa. Era lo mínimo que podía hacer por mi homb-

Mi hombre...

Vale, de acuerdo, bien. Lo admitiré porque sé que queréis oírlo. Desde que le partí la cara a Trevor Trombley, he pensado en Erik De Ruiter como «mi hombre». No lo hice a propósito y no puedo evitarlo. Si por mí fuera, mis pensamientos sobre él, especialmente esas dos palabritas, nunca habrían entrado en mi mente. Solo os lo cuento ahora porque supongo que no puedo negarlo. Ya sabéis que verlo recibir ese golpe tan feo me impactó como un gancho en el estómago. Eso sí que lo confesaré.

Y no puedo negar que me quedé mirándolo demasiado tiempo cuando lo visité en la habitación del hospital. Peor aún, no paraba de echarle miraditas en el coche.

Incluso ahora, volvía a perderme en sus ojos azules. Ah, sí, me volvía loco, pero también me hacía sentir indefenso. Normalmente, descartaría esa locura, pero esto era demasiado. ¿Sabéis por qué? Porque estaba bueno. No solo guapo, sino bueno.

Eso es todo lo que voy a decir al respecto, al menos por ahora. Me sentía poco preparado —y poco dispuesto— a llevar esos pensamientos más allá. Además, podía hacer algo al respecto. Si ordenaba a esos pensamientos que salieran de mi mente, tendrían que irse.

Problema resuelto.

—¿Estás soñando despierto o qué? —preguntó Erik.

Volví en mí de golpe, como si despertara de un sueño.

—¿Eh?

—Hace un momento parecía que estabas totalmente en las nubes. ¿Qué ha pasado con tu concentración?

Negué con la cabeza, esforzándome por volver a la realidad.

Se ha dado cuenta. Dios mío, joder, se ha dado cuenta de que lo estaba mirando. Una cosa era que Trevor Trombley me oyera llamar a Erik *mi hombre*. Había perdido los estribos y estaba a punto de partirle la cara. No sabía lo que decía. Podía negarlo por activa y por pasiva si quería. Pero esto no había sido en el calor del momento. ¿Qué excusa tenía?

Sin embargo, en general me sentía tranquilo. En cierto modo, robarle aquellas miradas me sentaba bien. Simplemente, no podía dejarme llevar.

—Lo siento —dije—. Me he quedado pensando en lo imposible que puede ser alguna gente.

—¿De qué hablas?

—Hablo de ti, tío. Ni siquiera deberías estar aquí.

—¿Por qué no?

—Porque tienes una conmoción cerebral y no vas a jugar en el segundo partido de exhibición. Tendrás suerte si estás listo para el primer partido de la temporada.

—Me recupero rápido.

—Genial, supongo.

Aparté la vista de él, lo más inteligente que podía hacer dadas las circunstancias.

—Es que no quieres que esté aquí.

Enarqué una ceja. Eso no era verdad. Como capitán del equipo, tenía que preocuparme por todos. Eso significaba asegurarme de que los jugadores lesionados se recuperaran adecuadamente. Si Erik merodeaba demasiado por el entrenamiento —sobre todo para discutir conmigo gilipolleces—, nunca se recuperaría a tiempo para el primer partido de la temporada.

—¿Qué te hace decir eso? —pregunté.

—Estás siendo un cabezota... como siempre. Y ahora ni siquiera me miras.

—No es que no quiera que estés aquí —dije.

—Entonces, ¿qué es?

—Mira, esta conversación no tiene sentido. Voy a volver al entrenamiento, tío. Gracias por pasarte.

—Vale, ahora me estás evitando por completo.

Tenía unas ganas locas de responder, pero me tragué las palabras. Nada de lo que dijera cambiaría nada para este chaval. No tenía sentido contestar. Pero había algo más. Claro que lo había. En el fondo, no quería que estuviera allí, y no solo porque fuera un granjero canadiense que no sabía cuál era su papel.

Si Erik se quedaba, no le quitaría los ojos de encima. Pequeños detalles suyos me distraerían. Cuanto más me fijara en esos pequeños detalles, más me obsesionaría. Cuanto más me obsesionara, más probabilidades tendría de volverme loco. La locura significaba tirar mi temporada de hockey por la borda, pero tendría que enfrentarme a cosas a las que nunca esperé tener que enfrentarme.

Como en este preciso instante. Me resultó casi imposible no mirarle fijamente a los ojos.

¿Ves a lo que me refiero?

Me puse el casco de nuevo, listo para seguir entrenando, pero Erik siguió parloteando como si la conversación fuera a terminar cuando él quisiera.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —dijo.

—¿A qué pregunta?

—A la de por qué fuiste al hospital.

—Ya te he dicho por qué. No es nada personal. Es lo que hace un buen compañero de equipo.

—Eso son chorradas, Kayden, y lo sabes.

—¿Y eso por qué lo dices?

—Porque has sido el único que ha aparecido. El entrenador no ha venido, pero me ha llamado. He recibido mensajes de Ryan Detenbeck y de algunos otros tíos, para asegurarse de que estaba bien. Pero tú has sido el único que ha venido en persona. ¿Estás diciendo que todos los demás son malos compañeros de equipo?

—No pongas palabras en mi boca, tío.

—No estoy poniendo palabras en tu boca. Solo te hago una pregunta.

No voy a mentir. Erik me había acorralado y no podía escapar sin ponerme muy desagradable. No podía permitir que eso pasara porque seguía en la lista negra del entrenador Hardison, y él no bromeaba con que los jugadores lesionados necesitaban descansar.

Varios compañeros de equipo pasaron zumbando a mi lado y les di la espalda, queriendo ocultar mi conversación con Erik. Paranoico, lo sé. Me daba igual. Quería salir de esta conversación desesperadamente. Tenía que demostrarme a mí mismo que mi visita al hospital no había significado nada... o las miradas que le había echado.

—Tu candado sigue en mi taquilla —dije.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Tío, ya hemos hablado de esto cien mil veces. Sé que necesitas tiempo para recuperarte de tu golpecito en la cabeza, pero...

—¿Quieres dejar de llamarlo «golpecito en la cabeza»? Fue mucho peor que eso, y lo sabes.

—Excusas, excusas. Has tenido todo el tiempo del mundo para quitar tu candado de mi taquilla y sacar tus cosas de ahí.

Erik frunció el ceño. Parecía que, por primera vez, había cabreado al señorito Guay.

Como he dicho, tenía que hacer algo, y cambiar de tema no iba a bastar. Era obvio que había malinterpretado el motivo de mi visita al hospital. No importaba lo que dijera, insistiría en que había algo más. Y que conste que no soy el único cabezota aquí.

Obviamente, no iba a dejar que Erik se enterara de las cosas que me estaban pasando. Antes, cualquier pensamiento que no fuera sobre hockey era sobre chicas, chicas y más chicas. Ni una sola vez había pensado en un tío, para nada. Tenía que ponerle freno a eso antes de que esos pensamientos se descontrolaran.

—No te entiendo, tío —dijo—. En un momento haces algo superamable y al siguiente vuelves a ser un auténtico gilipollas.

—No te hagas el sorprendido. Has sabido cuál es mi postura desde el principio. No finjamos que hay algún tipo de misterio que resolver, ¿vale?

Erik mantuvo la boca cerrada. Recordad dónde estabais cuando oísteis esto porque es algo totalmente monumental, amigos. Y también se estaba cabreando. Se le había puesto la cara roja. El señorito Guay podría explotar si seguía metiéndole caña.

—Pero no soy un mal tío —dije—. Sé que todavía te estás recuperando. Por mí vale que sea mañana por la mañana.

—Qué amable por tu parte. Muchas gracias, Kayden.

Sarcasmos aparte, su expresión decía: *«Creía que podríamos haber tenido algo bonito sobre lo que construir»*. La canción de los moñas de todo el mundo. A mí me daba igual construir sobre nada. Como capitán del equipo, iba a ponerme firme.

—De nada —dije.

—Nos vemos.

—Hasta luego.

—Ciao.

Se dio la vuelta y se dirigió a la salida antes de que yo pudiera alejarme patinando de él. Os lo digo, incluso recuperándose de una

conmoción cerebral, ese chaval tenía que quedarse con la última palabra.

9

ERIK

Los pensamientos sobre Kayden dieron vueltas en mi cabeza como un torbellino durante toda la semana y media que estuve alejado del equipo. Claro que era un grano en el culo, pero estaba seguro de que su afirmación de que habría hecho lo mismo por cualquier compañero de equipo era una auténtica gilipollez. Para empezar, vi la verdad en sus ojos. Y segundo, la oí en sus palabras cortantes. Pero Kayden Preston sabía cómo poner palos en las ruedas. Lo aprendí por las malas cuando volví al vestuario mientras el equipo todavía estaba en el hielo. En la taquilla del capitán, agarré el candado y giré la ruedecilla de un lado a otro, pero el trasto ese no se movía.

Así que lo intenté de nuevo.

El mismo problema.

Tiré con fuerza varias veces, dispuesto a arrancarlo, y entonces lo examiné. El candado que tenía en la mano no era el mío. Sí, era negro con números blancos, pero este tenía un diseño ligeramente diferente. Luego bajé la vista al suelo y encontré mi candado con el cierre cortado.

Mis ojos recorrieron el espacio hacia la izquierda y vi mi ropa y mi equipación tiradas en un montón. Seamos realistas: quienquiera que

lo hubiese hecho, quería que lo viera.

Respiré hondo y noté que ya se me aceleraba el pecho. Hasta entonces había mantenido la calma, pero ahora iba a perder los estribos.

Ahora que lo había asimilado todo, sentí un calor que me recorría el cuerpo. Mis manos se cerraron en puños. Quería a Kayden en ese vestuario de inmediato para poder cantarle las cuarenta por la putada que me había hecho.

Pero no era estúpido. Esperaría a que terminara el entrenamiento y todo el mundo se hubiera ido… excepto Kayden. Le encantaba soltar ese rollo de que «el líder es el último en irse», pero al menos así sabría dónde y cuándo encontrarlo.

Además, lo quería para mí solo.

Después del entrenamiento, una vez que todos se hubieron duchado y marchado, encontré a Kayden completamente solo. Mis manos volvieron a cerrarse en puños. ¿Qué iba a hacer con ellos? Nada bueno, decidí. Me convertiría en un salvaje como ese grandullón idiota de Kayden si no me controlaba, así que respiré hondo de nuevo.

Actuaba con total naturalidad, metiendo desodorante, gomina y un peine en su taquilla, como si no hubiera hecho nada malo. A pesar de mi intento por mantener la calma, me dirigí directamente hacia él.

—Bienvenido de nuevo —dijo con un tono desenfadado que le habría sonado legítimo a un imbécil, pero yo sabía la verdad. A Kayden Preston le encantaba restregar las cosas por la cara, y nadie me iba a convencer de que no lo estaba haciendo en ese mismo momento.

—No me vengas con la mierda de la bienvenida.

Enarcó las cejas. —¿Vaya, vaya, vaya, no estamos un poco irritables?

—No me jodas, Kayden. Te lo advierto.

—Vaya lenguaje. Tus padres, en la granja, te habrían lavado la boca con jabón por hablar así, ¿a que sí?

Apreté los dientes, esforzándome por contener el puño.

—Me has cortado el candado. No lo niegues.

Se encogió de hombros. —Claro que no lo niego. ¿Por qué iba a hacerlo?

Dios, era imposible.

—Has esperado a que me lesionara y me fuera para hacerlo.

—No justo en el momento. Llevabas fuera al menos unos días antes de que te cortara el candado y pusiera el mío.

—¿Y qué te dio derecho a hacer eso?

Oí la creciente animosidad en mi voz, pero Kayden parecía impasible, como si nada pudiera alterarlo. En el fondo, puede que disfrutara viéndome cabreado.

—¿Qué te dio a ti el derecho a poner tu candado en esta taquilla para empezar? Sabías que no debías hacerlo.

—No, no lo sabía. Y ni se te ocurra empezar con ese estúpido debate. Yo no le corté el candado a nadie. La taquilla estaba libre. Simplemente me la pedí primero.

—Te la pidieras primero o no, tuviste todas las advertencias del mundo. Te dije antes de tu lesión que tenías que quitar el candado y sacar tus mierdas de ahí. No lo hiciste. Si lo piensas, fui generoso. El líder de un equipo no puede tolerar una desobediencia así. Pero contigo hice una excepción. Supongo que tengo debilidad por ti.

Oh, Dios mío, ¿podía ser este tío más flipado?

Sentí que me venía un dolor de cabeza. Cerré los ojos y me llevé los dedos índice y corazón a las sienes. Como mínimo, Kayden pensaría que me había frustrado, lo cual era totalmente cierto. Sin embargo, no puedes mostrar debilidad ante tíos como Kayden. Es como un tiburón que huele sangre en el agua.

—A ver si me ayudas —dije—. Es que no entiendo cómo un tío puede pasar de ser un gilipollas a ser el que me llevó a casa desde el hospital, y luego volver a ser un capullo integral.

—A lo mejor siempre he sido un capullo.

Kayden hizo una pausa, como si se diera cuenta de lo estúpido que sonaba. En cualquier otro momento, habría aprovechado la oportunidad para lanzarme a por él y acribillarlo a insultos.

—Nada de esto tiene sentido —dije—. ¿Por qué viniste al hospital y me hiciste pensar que las cosas iban a ir bien entre nosotros si ibas a hacer esto?

—Es culpa tuya, De Ruiter. Ya te he dicho cien veces que no te tomaras la visita al hospital como algo personal. Pero lo hiciste. ¿De quién es la culpa?

Vale, ahora de verdad que quería pegarle un puñetazo. Daba igual lo que le hiciera a la cara que tanto había admirado. Me estaba volviendo loco. Quienquiera que dijese *«este pueblo no es lo bastante grande para los dos»* tenía razón. Esta era la versión de hockey de aquello. Me di cuenta de que Kayden y yo nunca podríamos coexistir en el mismo equipo.

—Mira —dije—, he intentado ser el sensato desde el principio. ¿De verdad tengo que tomar medidas drásticas?

Una enorme sonrisa de suficiencia apareció en su rostro. Naturalmente.

—¿Como cuáles? —preguntó.

—Oh, creo que ya lo sabes.

Kayden se señaló a sí mismo. Abrió la boca como si estuviera a punto de soltar una carcajada. Por supuesto que le parecía gracioso. Era idiota. Además, nunca podía tomarse nada en serio.

—Mírate —dijo—. Estás rojo como un tomate. Estás cerrando los puños. Dentro de poco empezarás a temblar. ¿Crees que vas a hacerme algo? Oh, por *favor*. Si no puedes ni terminar el primer tiempo de un partido de exhibición sin que te den una paliza.

—Trombley estaba jugando sucio, y lo sabes.

—Eso no cambia el hecho de que tuve que ir a rescatarte.

Estuve a punto de perder los estribos. Si eso ocurría, yo perdería, y no solo porque Kayden ganaría la discusión. Perdería la guerra porque, después de haber intentado hacerle entrar en razón desde el principio, habría perdido la cabeza.

A pesar de la creciente tensión, me fijé en el pelo que le caía sobre la frente. Sus ojos esmeralda todavía me dejaban sin aliento. La blancura de sus dientes seguía siendo casi cegadora. Volví a fijarme en aquellos hoyuelos y me sentí débil. Nunca antes me había fijado en todas esas cosas a la vez, y me abrumó.

Mi respiración se aceleró, esta vez no por la ira, sino por aquella increíble visión. Antes había intentado contenerme, pero una parte de mí quería dejarse llevar desesperadamente.

—No tenías que rescatarme —dije—. Podría habérmelas arreglado yo solo, gracias.

—Dudo que pudieras haberte arreglado mucho estando boca abajo en el hielo.

—Oh, cállate.

—No, cállate *tú*.

Kayden se lo estaba buscando.

Mis ojos se desviaron hacia su pecho, que se tensaba contra su camiseta, como si estuviera a punto de reventar. Luego mis ojos volvieron a los suyos y caí de nuevo en su trampa. No podía pensar en eso. No *debía*. Kayden estaba prohibido. No importaba lo que me dijera a mí mismo, no podía parar.

—Te juro por Dios, Kayden, que si no te callas, voy a...

—¿Qué vas a hacer, De Ruiter? Venga, dímelo. ¿Qué vas a hacer?

Ya no le miraba a los ojos. En vez de eso, los suyos se clavaron en mi cuerpo, atándome, como si pudieran controlar cada uno de mis movimientos. Y entonces ocurrió, el momento en el que estallé y crucé el punto de no retorno. Me abalancé hacia delante... o Kayden se lanzó hacia mí. Todo sucedió tan rápido que no podría asegurarlo.

Que yo supiera, lo habíamos hecho a la vez.

Caímos en los brazos del otro y nuestros labios se sellaron de inmediato. Volví a pensar en una presa que revienta y en el torrente de agua que se desborda. Nuestras bocas se abrieron y mi lengua se deslizó entre sus labios. Su lengua recorrió la mía. Saboreé la menta de su chicle mientras su barba de tres días me arañaba la cara.

Dios mío, ¡qué potentes sentí sus brazos rodeándome! Mis manos recorrieron su ancha espalda y apreté su cuerpo con fuerza contra el mío, queriendo exprimir hasta la última gota de aquel momento.

Los ojos se me cerraron. Por un segundo, fue como caer al vacío, como si me estuviera dejando llevar de la manera más liberadora posible. El mundo entero había desaparecido. En ese instante, Kayden Preston y yo éramos las dos únicas personas que existían.

Y entonces, de repente, dejamos de besarnos. Kayden me soltó y casi me caigo hacia atrás. No apartamos la mirada del otro. Al principio, sentí como si me hubieran despertado de un dulce sueño. En cuanto volví a la realidad, me quedé de piedra, sin saber qué

decir, y me negué a admitir lo maravillosamente bien que Kayden me había hecho sentir.

Por primera vez, vi miedo en los ojos de Kayden. Parecía un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

—Yo... eh... tengo que irme. —Se dirigió apresuradamente hacia la puerta del vestuario, pero sin correr. Eso habría confirmado su miedo. Cuando empecé a darme cuenta de esas cosas de Kayden, no me había imaginado que pasaría esto. No podría haber soñado con una pérdida de control tan absoluta.

Quizás debería haberlo hecho.

10

KAYDEN

Perdiste el control...

Esas tres palabras me llevaban carcomiendo desde el incidente del vestuario. Era tan incapaz de bloquear esos pensamientos como de cambiar el pasado.

Para empezar, no planeé ese beso. Ya sé, ya sé, he admitido que tengo sentimientos extraños. Desde luego, no he negado habérmelo comido con los ojos, pero no era mi intención besar a mi compañero de equipo ni cogerlo en brazos. Diga lo que diga Erik, nunca quise besarlo. Como no podía detener esos pensamientos absurdos, me dije a mí mismo que no actuara en consecuencia.

Se mira, pero no se toca. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Pero perdí el control. Algo había encendido una llama y mandé toda la razón a la porra.

Ahora que lo había besado, él me había besado y nos habíamos besado, no podía echarme atrás. ¿Cómo iba a hacerlo? El sabor a canela de su boca atormentaba mis labios. Supuse que mascaba chicle de canela. Aún sentía su barba arañándome la cara. El aroma especiado de su colonia todavía me llenaba las fosas nasales.

Podía retomar el control diciéndole a Erik que no volvería a ocurrir, pero eso significaba pensar en ello. Y tendría que admitir que

había sucedido. Erik sabría que a mí también me molestaba. Eso le daría una victoria que no necesitaba. Por otro lado, me volvería loco si no decía algo.

Vi a Erik saliendo de un aula en el Wilson Hall y le hice una seña. El muy gallina apenas se giró hacia mí antes de seguir por el pasillo. Os digo que fue la peor actuación de fingir no ver a alguien que he presenciado en mi vida. Corrí hasta él, plantándome justo en su camino, pero sin mirarlo directamente a la cara. Eso sería buscarme problemas.

Se detuvo, gruñó e intentó pasar de largo, pero le corté el paso. De nuevo, aparté la vista para no sucumbir a la tentación.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Sabes de sobra lo que quiero.

Negó con la cabeza y siguió caminando. Esta vez lo seguí.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté.

Se giró para mirarme como si le hubiera dicho que la Tierra era plana. —¿Si esto es por lo que pasó en el vestuario? Yo…

—Claro que es por eso. ¿Por qué no iba a serlo? Me besaste, joder.

—Eso es ridículo, Kayden. Fuiste *tú* quien *me* besó a mí.

Se me encogió el pecho al instante. No os podríais creer el descaro que tenía ese chaval.

Miré por encima del hombro al mar de estudiantes que nos rodeaba. Vale, nadie nos estaba prestando atención directamente, pero alguien debía de haber oído algo sobre el beso.

¡Mierda! Últimamente no daba pie con bola.

—Baja la voz, ¿quieres? —dije.

—Tú eres el que quería hablar conmigo.

—Pues claro que sí. Quiero respuestas. ¿Por qué no me dices de una vez qué está pasando? Lo planeaste todo.

—No planeé nada. Simplemente, sucedió.

—¿Estás diciendo que estaba destinado a pasar?

—Yo no he dicho eso. Lo has dicho tú. No pongas palabras en mi boca.

Por un momento, pensé que la había cagado al decirle algo a Erik, y no porque tuviera que discutir. Hablar del beso me recordaba lo increíbles que eran sus labios húmedos contra los míos. Me transportó de vuelta a tenerlo entre mis brazos, con nuestras lenguas entrelazándose. Los recuerdos de su especiada colonia me llenaron la mente, llevándome de nuevo a aquel momento, haciéndome sentir ingrávido.

Me detuve, dándome cuenta de que me sentía demasiado acalorado y a gusto reviviéndolo. Me pregunté qué habría pasado después si no hubiera roto el beso. ¿Habríamos…?

Detuve ese pensamiento en seco. Lo que había pasado no se podía deshacer, pero no iba a perder la oportunidad de recuperar el control.

Más o menos como ahora.

Eso significaba que tenía que espabilar, y rápido.

—¿Has besado a algún otro tío antes? —preguntó Erik.

—No, tío.

—Yo tampoco he besado nunca a otro tío.

—Me alegro de oír eso. Quiero decirte una cosa. Lo que pasó en…

—Y cuando nos besamos, yo…

—¿Quieres callarte ya de una vez con eso?

Noté la urgencia en mi voz. Por primera vez en mi vida, me sentía desesperado. Entonces volví a mirar por encima del hombro, seguro de que esta vez alguien nos había oído. De momento, los estudiantes que había cerca parecían estar a lo suyo, como si oyeran conversaciones como esta todo el tiempo. Pero eso no significaba nada. Soy Kayden Preston, con un futuro en la NHL, y no podía ganarme la fama de ir besando a tíos.

Has perdido el control…

Erik no era el único que no se callaba. Mi voz interior tenía mucho que decir desde el beso.

—Si no quieres hablar de ello, ¿por qué me has parado en el pasillo? —preguntó.

—*No* quiero hablar de ello. Quiero decir, no quiero entrar en pormenores. Solo quiero hacerte dos preguntas: ¿por qué me

besaste y cuánto tiempo llevabas planeando hacerlo?

—¿Hablas en serio?

—Claro que hablo en serio.

—No planeé nada. Simplemente pasó. Habría sido perfectamente feliz si te hubieras quitado de mi vista y no hubiera tenido que hablar contigo más de lo necesario, pero las cosas no salieron así. Y no actúes como si me muriera de ganas por besarte.

—Bueno, te morías de ganas. Se notaba.

—A ti también se te veía bastante metido en el ajo, colega.

—Que te jodan.

—¿Nos sentimos un poco amenazados, Kayden? Si lo piensas, debería ser yo quien te hiciera esas mismas preguntas a ti.

—¡No soy gay!

Escupí las palabras. Esta vez, los chavales de alrededor *sí* que me oyeron, lo que supe por sus miradas de asombro y sus cejas arqueadas. Sé que Erik no había dicho eso, pero tenía que asegurarme de que supiera que yo era totalmente hetero. Pero si no me callaba, acabaría cavando un hoyo demasiado profundo como para escapar.

—No estoy diciendo que lo seas —dijo—, pero no lo dirías por la forma en que me besaste.

—Te la estás buscando, De Ruiter.

—Con lengua y todo.

—No voy de coña, tío.

—Por cierto, yo tampoco soy gay.

—Pero me besaste.

Hizo una pausa y frunció el ceño, como si yo hubiera hecho el comentario más estúpido del mundo.

—Nos besamos —dijo—. No puedes cambiar eso por mucho que lo intentes. Eso significa que algo está pasando. Niégalo todo lo que quieras.

—No fue nada.

—Me lo imaginaba.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

—Huyes de la verdad en cuanto supone una amenaza para ti. Como cuando nos besamos. Pasó. No puedes hacer como si no

hubiera sucedido. Y no te engañes, tuviste tanto que ver con ese beso como yo.

Me tapé los oídos con las manos una fracción de segundo y luego las quité. Una negativa tan rotunda a escuchar solo empeoraría las cosas.

¿Que si de verdad quería respuestas? Joder, claro que sí. Pero también quería echarle toda la culpa a Erik. Era obvio que se moría por mí. Él era el que iba a conseguir que la vida en el equipo de hockey de los Larkin Lions fuera superincómoda. Peor aún, no me dejaba crear mi propia narrativa. No, espera, era él quien no me permitía aclarar las cosas, valga la ironía.

—Mira —dije—, por lo que a mí respecta, no ha pasado nada. Solo quiero volver a un tiempo en el que mis labios nunca habían tocado los de otro tío. Por mí, perfecto, si a ti te parece bien.

—Yo haría lo mismo, pero sé que no puedo cambiar el pasado. Esa es la diferencia entre tú y yo.

—No, tío, la diferencia entre tú y yo es que tú te obsesionas con gilipolleces y yo no.

—O quizá es que a mí no me da miedo afrontar cosas que me hacen sentir incómodo.

Me detuve. Menudo gilipollas. A mí no me daba miedo nada, y se lo iba a demostrar. Aunque no soy un mal tipo. Había mantenido la calma. Cualquier otro se habría llevado un puñetazo por decir eso.

Has perdido el control. Eras el amo del universo hasta que ha llegado este crío y te ha mirado fijamente a los ojos.

—Mira, tengo que ir a clase —dijo—. Si no tienes nada inteligente que decir, me largo.

Cerré las manos en puños y sentí cómo se me tensaban los hombros. Había querido aclarar las cosas, y él les había dado la vuelta... y me había obligado a mirarle de nuevo a esos ojos. Madre mía, era para perderse en ellos. Normal que hubiera perdido el control. De repente, me descubrí deseando que el beso se repitiera. Quería cogerlo en brazos. Soñaba con recorrerle la espalda con las manos y apretarle el culo. Se me colaron en la mente pensamientos sobre quitarle la camiseta por la cabeza y dejar al descubierto su

musculoso pecho. No podía detener esos deseos por mucho que lo intentara.

Cuando volví en mí, me di cuenta de que esos sentimientos parecían intensificarse cuando estaba enfadado con él. Cuanto más me enfadaba, más ganas tenía de besarlo. No podía permitirme perder los estribos ahora.

Erik echó a andar de nuevo y yo le agarré la muñeca, anclándolo frente a mí. Se zafó de mi agarre. Le miré a los ojos de nuevo y me obligué a apartar la vista.

—¿Qué coño haces? —preguntó.

—No te vas hasta que yo diga que puedes irte.

O hasta que yo hubiera reescrito la historia y ambos entendiéramos que el beso nunca había sucedido. Me miró con asco y se dirigió a clase. No intenté alcanzarlo. Ya me había metido en un lío gigantesco por haberle exigido respuestas.

—No volverá a pasar —le grité—. ¿Te enteras?

No se giró.

Has perdido el control...

Nada de esto habría pasado si hubiera mantenido la calma. Eso significaba que no podía volver a perder el control. Tenía que luchar contra esos impulsos con cada fibra de mi ser. Vi a Erik caminar por el pasillo hacia clase y cerré los ojos. Sí, había dejado clara mi postura, aunque no hubiera oído mi último comentario, pero me sentía insatisfecho. A esas alturas, ¿acaso importaba quién tenía la última palabra?

11

ERIK

No voy a mentiros. Cuando Kayden se me acercó en el campus, quise huir. Vale, quería hablar de lo que había pasado entre nosotros, aunque se hubiese comportado como la mula terca que era. Me había pillado con la guardia baja y necesitaba ordenar mis ideas para enfrentarme a él en mis propios términos. Cuando me siguió por el pasillo, me di cuenta de que pensaba mucho más en el beso, en su lengua en mi boca y en sus brazos rodeándome. Hasta que sus labios se encontraron con los míos, yo había sido Míster Guay, el Rey del Pensamiento Racional, y había ido y perdido la cabeza. Si permitía que estos sentimientos me dominaran, volvería a pasar.

Hasta ese momento, había sido completamente hetero. O, al menos, nunca había tenido motivos para pensar lo contrario. Tuve una novia en mi ciudad durante casi todo el instituto. Estábamos muy colados el uno por el otro, pero rompimos en nuestro último año. Aquello dolió, pero ni de lejos lo suficiente como para hacerme pasar de las tías y empezar a desear a los tíos.

Además, no había mirado a todos los tíos que veía de la misma forma en que me quedaba embobado mirando a Kayden. No fichaba a los tíos en las cintas de correr del gimnasio. Mis ojos no se

desviaban hacia todos los tíos buenos del campus. Había empezado a pensar en Kayden Preston. Creedme, si hubiera dependido de mí, tampoco lo habría mirado de esa manera. Se habría quedado en un segundo plano, como una ocurrencia tardía, un idiota incapaz de controlar sus emociones ni para salvar la vida. Si yo fuera gay, estaría totalmente por debajo de mi nivel y no merecería ni un segundo de mi tiempo.

Después de aquel último enfrentamiento, le había dado más vueltas al asunto. Me di cuenta de que no importaba que Kayden fuera el único tío en el que me había fijado. El hecho de haberme fijado siquiera tenía que significar algo, y no podía ignorar las señales.

Kayden no había vuelto a decir nada al respecto, pero eso no era ninguna sorpresa. Después de todo, así era Kayden. Me había evitado cuando fui al entrenamiento mientras aún me recuperaba. Así era él, también. Ya deberíais saber a estas alturas que odio dejar cabos sueltos y no podía dejar este asunto pendiente.

Cuando llegó mi primer entrenamiento de vuelta, me preparé para liarla. Y no me refiero a que Kayden fuera a buscarme las cosquillas. Mis ojos lo siguieron todo el tiempo. No podía seguirle el ritmo porque no paraba de pensar en él. Claro, mis compañeros de equipo achacaron mi juego lento a la recuperación, pero yo sabía la verdadera razón.

Admito que evité hablar de esto con Kayden antes. ¡Por el amor de Dios, estábamos en público cuando me paró! Volver a verlo hizo que todos esos sentimientos afloraran de nuevo. Mis pensamientos sobre él se intensificaron y supe que no podría evitarlos para siempre.

Sentí un enjambre de mariposas en el estómago en el momento en que decidí acercarme a él. Habría dado cualquier cosa por evitarlo, pero sabía que los problemas no se solucionan solos.

Esperé a que el resto del equipo saliera después del entrenamiento, consciente de que esta misma situación nos había metido en problemas la primera vez. No importaba. Teníamos un montón de cosas que aclarar.

Me quedé atrás y lo observé en su taquilla —*mi* taquilla, técnicamente— mientras se peinaba. Normalmente los nervios no me jugaban una mala pasada, pero nunca me había enredado con un tío de esta manera.

Kayden cerró la puerta de la taquilla, se giró y me vio esperándolo. Se echó la bolsa al hombro y pasó a mi lado en dirección a la puerta. Nadie dijo que fuera muy sutil.

—Quieto ahí —dije con mi voz más autoritaria.

Se detuvo y sonrió a medias, como si se burlara de mi intento de tomar el control.

No importaba por qué sonreía. Volvió a mostrar esos hoyuelos y me volvió loco. Si antes me había sentido nervioso, iba a acabar hecho un manojo de nervios antes de que esto terminara.

—¿Qué? —preguntó.

—Tenemos que hablar.

Regresó con paso firme hacia el centro del vestuario, dejó caer la bolsa en un banco cercano y se cruzó de brazos. La conversación había empezado de maravilla, sí señor.

—Seguro que puedo adivinar de qué quieres hablar —dijo.

—Correcto.

—Entonces, ¿qué ha cambiado? Te negaste a hablar de esto cuando te lo pedí. De hecho, saliste huyendo.

—No salí huyendo. Simplemente me retiré de la conversación porque te estabas poniendo difícil.

Se dio la vuelta, confirmando mi argumento. Al menos no tendría que ver su atractivo rostro. Por otro lado, la vista de su espalda fuerte y sus anchos hombros no ayudaba mucho.

—Sí, bueno, pues a lo mejor no quiero hablar de eso ahora —dijo —. Y menos si vas a sacar lo que hiciste la última vez.

—No quería. *Tuve* que hacerlo.

Se le escapó una carcajada al volverse hacia mí. Claro, cualquiera diría que no me estaba tomando en serio, pero hay que entender cómo funcionan los Kayden de este mundo. Significaba que lo tenía contra las cuerdas y que debía mover ficha.

—¿*Tuviste* que sacar eso a relucir? —preguntó.

—Sí, tuve que hacerlo. Y tenemos que hablar de ello más que nunca.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—En la granja no nos guardamos las cosas. Las afrontamos de frente.

—Vale, De Ruiter, pero no podemos tener una charla larga y tendida sobre el tema después de ordeñar las vacas y llenar los comederos.

—Tienes miedo, Kayden.

—No lo tengo.

Podrías haber jurado que le había caído un rayo. Sus ojos prácticamente se clavaron en mí.

—Sí que lo tienes —repliqué—. Estás cagado de miedo. Te estás burlando de mí para disimularlo.

—Has perdido la cabeza.

—Si lo piensas, lo que hicimos no fue tan raro. Es bastante normal.

—¿De qué estás hablando ahora?

—He estado un rato pensando y me he acordado de una clase de sexualidad humana que tuve en el instituto. El profesor nos dio estadísticas sobre cuánta gente ha tenido una experiencia homosexual. ¿A que no adivinas? Son como seis o siete de cada diez.

—Oh, Dios mío, ¿ahora me vienes con estadísticas? ¿Tienes que ponerte en plan friki conmigo?

Dios, de todos los tíos del mundo a los que besar, ¿por qué a alguien tan cabezota como Kayden Preston?

—¿No te sientes mejor sabiendo que esto le pasa a un montón de gente? —pregunté.

—¿Supongo que lo que hicimos cuenta como una experiencia homosexual?

—No exactamente. Para que cuente como…

—¿Quieres callarte de una vez?

Había que oírlo. Su voz debió de subir una octava. Se volvió de nuevo y se pasó los dedos por el pelo. Por supuesto que negaría

sentirse amenazado por el tema. No sería Kayden Preston sin una doble dosis de terquedad.

—Mira —dije—, yo tampoco me lo creía. En plan, si un tío besa a otro tío, entonces no puede ser hetero de verdad. No al cien por cien. Y el número de tíos que supuestamente han hecho mucho más que eso es de locos. Pero cuando nos besamos, empecé a pensar.

—Si hubieras pensado algo, colega, no tentarías así a la suerte.

Solo a él se le ocurriría verle un fallo a que alguien analizara un problema de forma racional. Su voz ya no sonaba tan fuerte y autoritaria como antes. No podía negar que el beso le había afectado tanto como a mí. No podría mantener esa farsa para siempre.

Y yo tampoco.

Ya he dicho que no puedo mentirte, así que te contaré el resto. Me descubrí mirando de nuevo el pecho de Kayden y recordé lo increíble que había sido sentirlo contra el mío. Los recuerdos del sabor de su chicle de canela picante cuando nuestros labios se juntaron se arremolinaban en mi mente. Si esos pensamientos me habían consumido a mí, podías apostar a que Kayden estaba en el mismo barco.

No digo que quisiera besarlo otra vez. Era lo último que *quería*. Una parte más profunda de mí se sentía obligada a besarlo. Lo anhelaba. Tenía una necesidad que satisfacer. El hecho de que Kayden Preston —el gilipollas de campeonato— despertara esos sentimientos en mí no tenía ningún sentido. Me habían despojado de gran parte del control.

—No quiero discutir —dije—. Solo quiero ayudar.

—Pues no lo hagas.

Uf, este tío era imposible.

—¿De verdad vas a fingir que no ha pasado nada?

—Eso es lo que te he dicho antes, tío.

—Me lo imaginaba.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Sí, otra vez con lo mismo. Que sepas que estoy tan flipando con esto como tú. Intento encontrarle un sentido y tú aquí, intentando reescribir la historia.

—No, no lo hago.

—¿Que no?

—Nop. Intento borrar la historia. Hay una gran diferencia.

De todos los tíos con los que podía haberme liado, Kayden Preston era el peor. No es que hubiera querido que pasara con ningún tío, pero eso ya lo sabéis. Si hubiera podido elegir, habría caído en los brazos de alguien con más de dos dedos de frente.

Habíamos llegado a un punto muerto. Ni de coña iba a hacer lo más sensato y afrontar la situación. Como ya he dicho, estaba asustado. Si se lo volvía a decir, se le iría la pinza, y eso no ayudaría en nada.

En las películas, este problema se soluciona con otro beso. Los personajes superan sus miedos y se dan cuenta de lo mucho que lo deseaban en realidad.

Eso estaba descartado. Yo quería afrontar el problema y luego pasar página.

Kayden se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Si le dejaba irse ahora, perdería mi oportunidad de pasar página y el beso me volvería loco para siempre.

—Espera un segundo —dije—. ¿Adónde te crees que vas?

—A pirarme de aquí, lejos de ti. ¿Qué te parece?

—Aún no hemos terminado.

—No eres el único que puede escaquearse de una conversación importante.

—Ya, pero esto es diferente.

—¿Por qué?

—Porque yo sí tengo algo inteligente que decir.

Kayden se dio la vuelta, con los hombros tensos, y apretó los labios en una línea fina. Quería soltarme un puñetazo. Lo sé. Y si quería, que lo intentara. Me preparé para el golpe.

—Me piro, tío —dijo—. Tengo que escribir a unas tías.

—Ah, ya veo, sobrecompensando.

—¿Qué coño significa sobrecompensar...? Da igual.

Salió por la puerta y yo le seguí. Dios, me estaba convirtiendo en Kayden.

Me miró por encima del hombro. —¿No pillas las indirectas, o qué?

—Las tuyas, no.

—Me da igual el beso, me dan igual los hechos y las cifras, y me das igual tú.

—Y también te da igual que me llevaras a casa desde el hospital cuando no tenías por qué hacerlo.

Su labio superior se curvó en una mueca de desprecio, pero yo no me eché atrás.

Cuando se marchó furioso, supe que esto no acabaría aquí. Y me preocupó cuánto tiempo aguantaría mi fachada de fortaleza.

Como ya he dicho, no puedo mentiros.

12

KAYDEN

Perdí el control. Puedo admitirlo. Erik quiere que penséis que no tengo nada de autoconciencia, pero eso son gilipolleces. Conozco mis defectos y no necesito que me esté dando la matraca.

Cuando me peleé con aquel macarra en el Mister Goodbar, perdí el control y pasé la noche en el mejor calabozo de Buffalo. Besar a Erik fue mi último ejemplo de pérdida de control, y las consecuencias parecieron aún peores. No es que fuera a admitírselo a Erik. Para empezar, demostraría que tenía razón sobre que soy un impulsivo. Y, en segundo lugar, sugeriría que yo en realidad quería ese beso.

Y ya sabéis que Erik se pondría las botas con eso. Saber que me había costado contenerme le daría poder. Cuando se me acercó en el vestuario, volví a mirarle a los ojos, queriendo agarrar a mi compañero de equipo, atraerlo hacia mí y sumergirme de lleno en otro beso.

Eso sería un desastre. Nunca podría volver a besarlo, a pesar de las ganas. Lo único que podía hacer era evitarlo por completo, lo cual sería imposible. Lo vería en el hielo y me le quedaría mirando demasiado tiempo, pensando en lo que podría ser. Entonces él haría

algo para cabrearme y yo reaccionaría, lo que sería una daga en mi corazón.

Después del estudio de la grabación, me quedé en la sala del equipo, que se parecía mucho a un aula, pero era donde el entrenador analizaba para nosotros la grabación del partido. Entendía el riesgo de quedarme allí después de que todos se hubieran ido, pero yo era el líder y tenía una responsabilidad, sin más. El problema era que Erik también se consideraba el líder y también se quedó, lo que eran malas noticias.

Quizá pensaba que yo era estúpido, pero no era tonto.

Cogí mi archivador lleno de información de ojeo, con la esperanza de salir pitando antes de que Erik pudiera contarme su última investigación sobre chicos que se besan con chicos. Justo cuando empezaba a empujar la puerta para abrirla, oí su voz.

—Kayden, ¿adónde crees que vas?

Me detuve. No es que tuviera que hacerlo. No tenía por qué recibir órdenes de él, pero tenía los nervios destrozados y no quería que me tomara la delantera.

—A clase —dije—. No eres el único que tiene sitios a los que ir.

—No hasta que haya hablado contigo.

Me volví hacia él, preguntándome con quién se creía que estaba hablando. Hizo lo mismo el día anterior. Si este crío pensaba que podía ir de autoritario conmigo, la llevaba clara.

—Mira —dije—, no tenemos nada que decirnos. Y sé lo que vas a decir. Que los tíos heteros hacen cosas como esta todo el tiempo, bla, bla, bla.

—Eso no es lo que he dicho.

—Como si lo hubieras dicho. Te lo digo yo, son gilipolleces.

—¿Entonces por qué no me miras directamente?

Solo cuando dijo eso me di cuenta de que tenía razón. Estaba mirando a otro lado. Incluso cuando intentaba encararlo, una parte de mí quería mirar más allá de él, hacia las taquillas. Cualquier cosa para evitar mirarle directamente a la cara.

Y no era solo porque me diera asco. Esto era supervivencia. Incluso admitir eso para mis adentros me pareció una pequeña derrota. Por otro lado, podía ganarle a Erik en su propio juego

mirándole a esos perfectos ojos azules, manteniéndome fuerte y sin derrumbarme.

Podía superarlo a base de voluntad.

Así que me volví hacia él. —¿Te estoy mirando ahora, no?

—Ya te ha costado.

—Si intentas buscar pelea, De Ruiter, te has equivocado de persona.

—¿Ah, sí?

—Sí, de verdad. Y sé lo que me vas a decir. ¿Y sabes qué? No quiero hablar de ello, y no quiero hablar contigo. Estoy harto de esta mierda. Apártate de mi camino.

Cuando intenté salir por la puerta, sentí la mano de Erik en mi hombro. Me puse tenso y sentí un calor por todo el cuerpo. Normalmente, le habría partido la cara a cualquiera que me hubiera tocado de esa manera. Así era como había perdido los estribos muchas veces. No era solo que me tocara, sino que lo había hecho después de que ya le hubiera dicho que me iba.

—Quítame las manos de encima, Erik.

No me hizo caso.

—No tendría que tocarte si te pararas a entrar en razón un minuto.

—¿Entrar en razón? Lo que me dijiste ayer fue una soberana gilipollez.

Quería creer eso con todas mis fuerzas. Si seguía diciéndomelo, me lo creería. Pasara lo que pasara, no admitiría nada.

—Tienes miedo —dijo.

—¿Qué?

—He dicho que tienes miedo, tío. Límpiate las orejas.

Ya me lo había dicho antes. No podía permitir que se saliera con la suya llamándome eso otra vez.

—Retira eso, tío —dije.

—¿O qué? ¿Me vas a hacer algo?

—No si haces lo que te digo. Venga, retira lo que has dicho.

—¿Retirar el qué? ¿Que tienes miedo? Ni de coña, tío. Solo digo la verdad.

Lo empujé. Tampoco me culpéis por eso. Se lo tenía bien merecido. Pero había un problema: empujar a Erik significaba que mis manos entraban en contacto con su pecho, permitiéndome sentir el músculo firme bajo su camisa. Nadie podía mantener el control después de sentirlo así. En los segundos que siguieron, volví a mirarle a los ojos y me sentí débil.

Pero la cosa empeoró: él me devolvió el empujón. Sentir sus fuertes manos golpear mi pecho desencadenó muchas de las mismas sensaciones. ¿Conocéis el dicho de liar la troca? Pues eso se aplicaba perfectamente aquí. Para empezar, ya pisábamos terreno inestable, y un intercambio de empujones provocaría un desastre.

Mis ojos permanecieron fijos en los suyos. Lo empujé de nuevo, sintiendo sus músculos firmes por segunda vez. Habría dado cualquier cosa por experimentar su contacto una tercera vez. Si lo hacía, solo Dios sabía lo que pasaría.

Erik no me devolvió el empujón. Yo no volví a atacar. Nos quedamos paralizados un momento, mirándonos fijamente a los ojos, perdiéndonos el uno en el otro. De repente, todo lo que había contenido brotó libremente, como un diluvio que revienta una presa.

Caímos en los brazos del otro por segunda vez, nuestras lenguas al instante dentro de la boca del otro. Esta vez, nos manoseamos como animales. No rompimos el beso a los pocos segundos, aterrorizados por nuestros actos. Disfrutamos del momento, absorbiendo el calor y la pasión. Él me sujetó la nuca con la mano, empujándome más profundamente en el beso, y yo le pasé los dedos por el pelo.

Y sentí su erección apretada contra mi pierna.

Hostia puta. Era real. Había excitado tanto a Erik De Ruiter que notaba su miembro duro como una piedra contra mi pierna. Peor aún, sentí un hormigueo bajo la cintura y descubrí mi propia erección tensándose contra mis vaqueros.

No recordaba haberme empalmado la primera vez que nos besamos. Eso no significa que no ocurriera. Estaba tan metido en el momento que no podía recordarlo con seguridad. Erik había ejercido el mismo poder sobre mí que yo sobre él. No podía negar que me

sentía totalmente excitado. Tampoco podía negar que sentía los calzoncillos mojados.

No tenía por qué admitirle esta última parte a Erik, pero yo lo sabía, y con eso ya era bastante malo. Significaba que mi excitación no era accidental.

Nuestros labios sí se separaron, pero no nos apartamos como la última vez. Ambos jadeábamos. Besé la mejilla de Erik, sintiendo su barba rasposa en mis labios, y planté besos por su cuello. Él echó la cabeza hacia atrás y gimió, lo que me dijo que ahora lo tenía justo donde quería.

Alguien podría entrar y vernos. Esa advertencia resonó en el fondo de mi mente, pero no lo suficiente como para hacerme parar. Le saqué la camisa de los pantalones, listo para levantársela por la cabeza porque ese era el siguiente paso lógico.

Entonces me detuve y me despegué de Erik, cuyos ojos permanecían fijos en mí, hambrientos. Yo también me sentía totalmente voraz.

Cuando caímos de nuevo en brazos del otro, besándonos profundamente, supe que no podía permitirme ceder. Tenía que hacer algo, así que me aparté, pero sin brusquedad.

—No puedo hacer esto —logré decir sin aliento—. Esto está yendo demasiado lejos.

—Pero si todavía no hemos hecho nada.

Pero vamos a hacerlo, quise decir. *Si seguimos así, va a pasar, y no habrá excusa en el mundo que pueda cambiarlo*.

Si llegaba a pasar, él sabría que yo lo deseaba tanto como él. Quizá lo deseaba incluso más, porque me costaba horrores controlarme. Bajé la vista hacia el enorme bulto en sus vaqueros, que aún no había disminuido. Nunca antes le había mirado la entrepierna a un chico a propósito, pero me encontré a Erik duro, palpitante y listo para la acción. Quería tocarlo, sujetarlo con la mano y apretarlo. No había nada que pudiera hacer para desterrar ese impulso, esa necesidad.

Cuando vi que sus ojos se deslizaban hacia mi entrepierna, miré hacia abajo y descubrí mi propia erección, más que lista. ¿Acaso Erik deseaba tocar mi erección tanto como yo ansiaba manosear la suya?

—Esto ha sido un error —dije.

—No, no lo ha sido.

—Te digo que ha sido un error, una cagada monumental. No me corrijas, ¿vale?

Cogí la mochila, me la colgué al hombro y salí por la puerta a toda velocidad. Una vez en el pasillo, me puse la mochila por delante para que los que pasaran no me vieran con la tienda de campaña montada.

Había sobrevivido a este asalto con Erik De Ruiter, pero volvería a verlo. Cuando lo hiciera, volveríamos a caer en los brazos del otro. Eso estaba cantado. Y cuando ocurriera, ¿cómo diablos íbamos a detenernos?

13

ERIK

Estabas empalmado, me susurró mi voz interior mientras me ataba los patines, listo para saltar al hielo. *Y Kayden también estaba empalmado. Notaste cómo se apretaba contra tu pierna*.

Siempre podía contar con mi voz interior para señalar lo obvio, sobre todo cuando no quería oírlo. ¿Acaso podía negarlo? Últimamente pasaba mucho tiempo empalmado, y todo gracias a Kayden. Y tampoco es que me pasara en momentos oportunos. Los pensamientos sobre nuestro beso (besos, *en plural*, me recordó mi voz interior) me inundaban la mente al azar y me excitaban. A veces tenía que ponerme los libros o la bolsa de hockey delante para que nadie se diera cuenta.

Y antes de que preguntéis, la respuesta es no: no me gusta tener que admitirlo. Me da miedo. Pero creo que negarlo haría más mal que bien. Vamos, que no podía fingir que la tenía como un fideo después de lo que había pasado.

Además, habría sido mentira.

Eso sí, significaba que Kayden tampoco podía escapar de esto. Le había gustado el beso tanto como a mí. Si quería discutirlo, le recordaría que había sentido su polla dura contra mi pierna, así que más le valía no salirme con la chorrada de que llevaba un plátano en

el bolsillo. Entonces nuestro único debate sería sobre cuál de los dos la tenía más dura. Parecía una pregunta trampa.

Os puedo contar todo esto porque no era eso lo que más miedo me daba. ¿Queréis saber qué era? Quería que me la metiera.

Ahí está. Ya lo he dicho. No solo había tenido yo una erección y había sentido el miembro palpitante de Kayden apretarse contra mi pierna sin flipar, sino que además quería su polla dentro de mí.

Puede que ahí me haya pasado de la raya. Lo siento. Es que quiero enfrentarme a las cosas que me asustan. Es mucho más de lo que podría decir de Kayden. Y, hablando de su alteza real, lo vi sobre el hielo en cuanto salté a la pista.

El tío insistía en ser el primero en salir al hielo para el entrenamiento matutino, aunque no fuera el capitán. Eso ya dice algo. Y también sé por qué había llegado extratemprano. Tenía que ganarme. Quería asegurarse de que los demás lo encontraran a él primero y a mí segundo. No había otra razón.

Verlo allí me revolvió las tripas. Si hubiera sido solo un beso, podría haberlo sobrellevado. Ya lo habíamos hecho antes y no se había acabado el mundo. Pero empalmarme y sentir su miembro —y quererlo dentro de mí, claro— lo cambiaba todo.

Pero él no estaría por la labor. No Kayden Preston, el rey de los chulos. La idea parecía una locura hasta para mí.

Cuando entré en el hielo, patiné directo hacia Kayden, y él se alejó de mí de inmediato.

Pues claro.

La regla cardinal número uno al tratar con Kayden es no dejarle nunca que te salga con sus gilipolleces de tipo duro y machito. Lo seguí porque de verdad creía que ignorar las cosas, incluyéndome a mí, podía hacer que desaparecieran.

Patiné tras él, negándome a que me despachara.

En lugar de mirar por encima del hombro, Kayden mantuvo la vista fija al frente.

Insistí.

—¿No pillas la indirecta? —preguntó.

—Tú también la tenías dura, ¿sabes?

—Gracias por la información, profesor.

—Perdona si intento relajar un poco el ambiente.

—¿Relajar el ambiente? Tío, ni siquiera deberías volver a sacar el tema. Se supone que tienes que fingir que nunca ha pasado.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Ha sido el puto momento más aterrador de mi vida.

—Ah, y a mí no me ha afectado en absoluto, Kayden.

Eso es, dijo mi voz interior. *Él tenía un empalme de cojones, y tú también, pero tú en realidad querías que te la metiera. Esa es la diferencia. ¿Por qué no le cuentas esa parte?*

Cerré los ojos y respiré hondo. La idea me asustaba, pero no lo suficiente como para ahuyentarla. Nada me impediría enfrentarme a esto. Le había contado a Kayden cómo lidiamos con los problemas en la granja y pensaba mantener la tradición.

—Mira, no le veo sentido a hablar de esto —dijo—. Los dos sabemos de sobra lo que pasó.

—Ya te he dicho lo común que es est...

Levantó la mano para detenerme. —Y cuanto más hablemos de ello, más difícil será olvidarlo.

—Seis o siete personas de cada diez, Kayden. Seis o siete.

—Gilipolleces.

—¿No es esa tu respuesta para todo?

—Si creo que algo es una gilipollez, puedes jugarte el culo a que lo digo bien alto.

Ahora lucía una sonrisa diferente, una que decía «no me jodas». Agarró de nuevo el stick, avanzó por el hielo y empezó a lanzar la sarta de discos uno por uno a la portería vacía.

A estas alturas, ya sabréis que lo seguí. Bueno, Kayden también conocía mis manías y se dio la vuelta, dedicándome su mirada más feroz hasta la fecha. Levantó los labios por encima de las encías, enseñando los dientes, como un perro a punto de morder. No me inmuté, pero esa mirada me alarmó igualmente.

—Te encanta tentar a la suerte, ¿a que sí, De Ruiter?

—Parece que quieres pegarme.

—Quizá sí.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—¿Por qué no te largas de aquí de una puta vez antes de que te parta la cara? Mi puño tiene vida propia.

—No lo harás.

Inspiró hondo. Quizá quería gritar. Si lo estaba volviendo loco, quizá debería considerarlo misión cumplida. Puede que Kayden no esperara que el canadiense racional tuviera cojones de acero. Ese era su problema.

—¿Cómo sabes que no lo haré?

—Porque nos hemos besado. Dos veces. Y te he puesto cachondo.

—Que te den, tío. El que estaba cachondo eras tú.

—Estábamos los dos cachondos. ¿Podemos estar de acuerdo en eso al menos?

Me moría de ganas de soltar una broma sobre cómo podríamos haberle sacado un ojo a alguien con nuestras erecciones, pero Kayden no estaba ni de lejos para bromas. No iba a fastidiarlo todo para ganar esta discusión. Además, su silencio era toda la respuesta que necesitaba.

—Estábamos los dos empalmados —dije—. ¿Sabes por qué? Porque hay algo entre nosotros.

El stick de Kayden produjo un chasquido al golpear el hielo, lanzando un disco a la portería. Un eco resonó por toda la pista. Pasó al siguiente disco y al siguiente, y yo lo seguí.

—Ninguno de los dos lo planeó —dije—. Es lo que hay.

Ninguna respuesta por parte de Kayden.

—En vez de huir de lo que ha pasado, deberíamos afrontarlo. Sin miedo.

Oí a Kayden musitar algo como: «No sabes cuándo parar, tío», por lo bajo.

—Sé lo que vas a decir, pero creo que la mejor manera de lidiar con esto no es solo hablarlo, sino... ver si hay algo más.

Kayden levantó la vista entonces, con los ojos muy abiertos. Yo seguí sin inmutarme, pero por primera vez, sentí que las cosas podían pasar de feas a horribles.

Me señaló con el dedo. —Ese es el tipo de mierda que nos va a meter en un lío todavía más gordo.

—No. Solucionará nuestros problemas. Ya verás.

—No quiero ni oír hablar de ello. Solo quiero fingir que nada de esto ha pasado.

—Sabes que eso no funcionará nunca, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Porque huir de la verdad nunca funciona.

—Mira, tío. No sé tú, pero yo soy hetero. Totalmente.

Intenté no poner los ojos en blanco, pero a juzgar por la respuesta de Kayden, debí de hacerlo de pena.

—¿No me crees?

—No es que no te crea, es solo que...

—Te lo voy a poner fácil. Sé por qué estoy aquí. Quiero ganar un campeonato para Larkin y luego entrar en el draft de la NHL. Esos son mis únicos objetivos. No necesito ninguna complicación.

—Por si no te has dado cuenta, yo tampoco necesito complicaciones. Por eso estoy intentando resolver esta mierda.

Siguió lanzando discos a la portería. Ese gesto indicaba que, por lo que a él respectaba, la conversación estaba zanjada, pero yo sabía que no era así. Era la enésima muestra de la cabezonería de Kayden.

—Esto va a ser incómodo —dije.

Lanzó otro disco a la portería, pero falló. Susurró «joder» y volvió a tirar.

—¿Y cómo solucionamos esto? Estamos en el mismo equipo.

—Ya lo sé.

—Entonces debería importarte arreglarlo tanto como a mí. ¿Cómo...

—Simplemente no me hables. —Se irguió, sacando pecho—. Es así de sencillo. Si no nos hablamos, si evitamos todo contacto, si fingimos que el otro no existe, entonces no tendremos que preocuparnos de ceder a nada.

Golpeó otro disco con fuerza, como si cada una de mis palabras lo enfureciera más y más.

—No es tan fácil como...

—No te lo tomes como una sugerencia, De Ruiter. Tómatelo como una orden.

Señaló la salida como si esperara que me fuera en ese mismo instante. Bueno, podía irse olvidando.

—No puedes estar hablando en serio.

—Pues claro que sí. Y recuerda que te está hablando el capitán del equipo.

—Capitán del equipo mis cojones. Si fueras tan buen capitán, no huirías de las cosas que te asustan como un puto gallina.

Quizá esta vez Kayden sí que me habría soltado un puñetazo. Supongo que nunca lo sabremos. El resto de nuestros compañeros entró en tropel en la pista antes de que pudiera hacer alguna estupidez; según sus estándares, claro. Kayden aprovechó la oportunidad para escapar, mezclándose con los demás, sabiendo que yo no tendría piedad de él.

No le quité los ojos de encima en ningún momento. A veces, cuando sabes algo en lo más profundo de tu alma, tienes que aferrarte a ello. Incluso cuando la otra persona está siendo increíblemente cabezota.

Especialmente cuando la otra persona está siendo increíblemente cabezota.

Así que, tal vez, me tocaría a mí ser el que persiguiera a Kayden. Estaba a la altura del desafío.

14

KAYDEN

Vi a Erik saliendo del gimnasio con la bolsa de deporte colgada del hombro.

¡Mierda!

Si pudiera tener un superpoder, sería la capacidad de desvanecerme al instante. O de teletransportarme a otro lugar; a cualquier otro lugar. Le di la espalda y eché a andar en dirección contraria, sabiendo que no podía dejar que me viera. Si lo hacía, querría hablar, y no me cabía duda de cuál sería el tema del día.

Así que apreté el paso.

—¡Kayden! —me llamó.

Me quedé helado y cerré los párpados. *Joder.* Debería haber sabido que no iba a poder escaparme de este crío.

Se acercó corriendo, zarandeando la bolsa de deporte, y levanté una mano para detenerlo antes de que empezara a parlotear.

—¿Qué? —preguntó.

—Sabes de sobra qué, Erik. No me hagas hablar.

—Ah, esto otra vez. Fingir que no pasa nada. El festival de la negación. Entendido.

Levantó el pulgar. El muy listillo.

Me alejé de él. Sí, ya sabía que esa táctica fallaba cada vez que la intentaba, pero ¿cuántas opciones tenía?

—Mira —dijo—. No estoy diciendo que debamos ir a casarnos. Solo digo…

—¿Casarnos? Haré como que no has dicho eso, colega.

—Claro que lo harás. Eres un neandertal cabezota. Lo único que intento…

—Sé lo que intentas, colega. Y déjame decirte que tengo otros planes.

—Ni siquiera sé de qué hablas.

—Un campeonato. La NHL. ¿Eres tonto o qué?

—Lo dices como si pudieras conseguirlo con solo chasquear los dedos.

—Soy el dueño de mi propio destino. Puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿El dueño de tu propio destino? Tío, ¿no es esa una forma un poco menos machita de decir que eres el puto amo del universo?

Me detuve, sabiendo que tenía que explicar esto de una manera que hasta Erik De Ruiter pudiera entender.

—¿Sabes qué es lo que más odio? —pregunté.

—¿El qué?

—Las excusas. La gente las pone para todo lo que va mal en su vida. Las ponen para justificar no haber conseguido las cosas que deberían haberles ido bien. Tienes mucho más control sobre tu vida de lo que crees.

—Vaya, Kayden, si tuvieras tanto control, quizá no te habrían metido en el calabozo después de tu noche de juerga en el Mister Goodbar.

Antes le habría saltado encima. No, le habría partido la cara por sacar el tema. Pero como era capaz de controlarme mejor de lo que mi compañero de equipo pensaba, no hice ni lo uno ni lo otro. Sabía que tenía que pensar en mi beca. La reacción del entrenador Hardison también importaba. Erik De Ruiter podía apuntarse esa.

—Eres un cómico de primera, De Ruiter —dije—. No dejes tu trabajo.

—No intento hacer gracia.

—Gracias a Dios.

—Solo quiero oír hablar de todas esas cosas que crees que puedes controlar. Tus impulsos, desde luego, quedan fuera.

—Ah, ¿vuelves a hablar de mi empalme? —Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me había oído. Por suerte, parecía que no.

—Sí.

Asintió, con esa sonrisa estúpida, como si le pareciera la cosa más graciosa del mundo.

—A lo mejor no puedo controlar el hecho de que se me haya puesto dura como una piedra por tu culpa, pero puedo controlar todo lo demás, gracias.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no puedo controlar mi polla, pero no voy a dejarme llevar. Así de simple.

Erik no respondió, pero yo sabía en qué estaba pensando. Cosas como *«vas a dejarte llevar tarde o temprano»* o *«los tíos siempre piensan con la polla»*. O quizá diría: *«No puedes fingir eternamente que no significó nada»*. Si de verdad pensaba eso, es que no me conocía muy bien.

—Sé que quieres autoconvencerte de que no fue nada —dijo—, pero recuerda lo que te dije de las seis o siete personas de cada diez.

—Ah, sí, los numeritos. Sabes, te diría lo que puedes hacer con tus estadísticas, pero me preocupa que eso también te ponga cachondo.

Se burló de mí. En serio. Tendríais que haberlo visto. Para ser un jugador de hockey, el chaval podía ser delicado, pero me daba igual. No era como si quisiera que se enamorara de mí.

—Vale, de acuerdo —dijo—. ¿Por qué no sigues y me cuentas todo sobre ese gran destino que tienes trazado?

—Ya te lo he dicho. Voy a ganar un campeonato para Larkin y me seleccionarán para la NHL. Voy a jugar en los Buffalo Sabres.

—Kayden, sabes que…

—Cállate, ¿quieres? Esta es mi fantasía..., quiero decir, mi destino.

Por una vez, hizo lo que le dije.

—No puedo conseguirlo si tengo distracciones —dije—. Y desde luego no puedo conseguirlo si hay complicaciones.

Seguimos caminando. Sabía que nunca podría librarme de este chico, así que no permitiría que la sangre me hirviera.

—No puedes controlar ninguna de esas cosas —dijo él.

Fue agradable su silencio mientras duró.

—Claro que puedes —dije—. Puedes trabajar como una bestia y vivir, comer, dormir y respirar hockey. Y, como te he dicho, no dejar nunca que las complicaciones hagan descarrilar tus esperanzas y tus sueños.

—Vale, te seguiré el juego. ¿Qué vas a hacer cuando hayas conseguido esas cosas a base de fuerza de voluntad?

—Pues me casaré, por supuesto. Con una mujer, De Ruiter. Será una rubia despampanante. Y tendrá un nombre que sonará exótico, pero será totalmente estadounidense. Puede que sea modelo o puede que no. Oye, a lo mejor gana más dinero que yo, como cuando Gisele valía más que Tom Brady.

Resopló como si me acusara de soñar despierto. Podía reírse todo lo que quisiera. Iba a pasar, pero vamos, porque lo decía yo.

—Y vamos a tener tres hijos —dije.

—No dos con cinco como el resto de Estados Unidos, ¿eh?

Negué con la cabeza. —No. Tres hijos. Me parece un buen número. Yo soy el mediano de tres. El mayor se llamará como yo. Los otros dos tendrán nombres que suenen inventados, pero que molen de todos modos. Y todos nacerán con un palo de hockey en las manos.

Él negó con la cabeza.

—Después de mi primera victoria en la Copa Stanley, voy a tener más contratos de patrocinio de los que pueda gestionar. Viviré de eso y guardaré mi sueldo del hockey en el banco. Nunca se sabe cuánto va a durar tu carrera como jugador.

—¿Quieres decir que no puedes controlar cuándo terminará tu carrera en el hockey? ¡Vaya por Dios, no me digas!

—Quizás otros jugadores no puedan controlarlo. Yo sí. Pero por si ocurre algo totalmente inesperado, necesitaré un plan B.

—Eso es lo más sensato que has dicho en toda esta conversación, ¿lo sabías?

—Es mucho más sensato que tu sarta de gilipolleces sobre que todo el mundo en el planeta se lía con gente de su mismo sexo.

Erik nunca había dicho eso. No exactamente. Lo sabía, pero me daba igual. Había sido tan tocapelotas que no veía ninguna razón para no devolverle el mismo comportamiento exasperante.

—Y luego me retiraré —dije—. En mis propios términos, naturalmente, pero no hasta que tenga al menos cuatro anillos de la Copa Stanley en los dedos.

—Bueno, menos mal que no le has puesto un número exacto.

—¿Te hace gracia?

—Qué va, tío. Estoy un poco preocupado. Estés en lo que estés, es hora de bajar la dosis.

—Que te jodan.

—Qué respuesta más ingeniosa. Actúas como si el futuro estuviera escrito.

Negué con la cabeza otra vez. —Puede que no esté escrito, pero puedes hacer que tu vida sea lo que tú quieras. Te sorprendería lo que puedes lograr con pura fuerza de voluntad.

—Y puedes hacer que las cosas *no* sucedan por exactamente los mismos medios.

—Seguiré haciendo publicidad después de retirarme, pero la pasta gansa vendrá del circuito de conferencias.

—Anda, no te flipes tanto...

—Así es. Las organizaciones se morirán por pagarme al menos diez mil pavos por discurso. No, veinte. Y me recogerán en limusina. Me alojaré en los mejores hoteles, con todos los gastos pagados, por supuesto. Y la gente se dará palmaditas en la espalda por haberme conseguido para una conferencia. ¿Y sabes por qué? Porque soy el puto mejor jugador de hockey que ha existido.

—Qué bonito, Kayden. ¿Vas a incluir eso en tu discurso del Salón de la Fama?

—Ya he escrito un borrador, si quieres leerlo.

Erik agitó la mano delante de mis ojos como para asegurarse de que me encontraba bien. Dentro de poco me preguntaría cuántos

dedos me estaba enseñando.

—¿No me crees? —pregunté.

—Creo que se te ha ido la pinza del todo, Kayden. Espera, retiro lo dicho. A lo mejor ya se te había ido antes de conocerte y no te habías dado cuenta. El beso, especialmente el empalme que te provoqué, debe de haberte hecho perder la cabeza.

—A este tipo de mierda me refería, tío.

—¿A qué?

—A toda esta mierda de los besos y los empalmes. Se convierten en una distracción. Te impiden lograr las cosas que quieres en la vida. Cuando tenga esa esposa preciosa, y sobre todo cuando tengamos a nuestros tres hijos, no quiero recordar que alguna vez se me puso dura por un tío.

—Eso es muy tuyo, sí señor.

—Y te diré otra cosa: no quiero que me hables. Y punto.

Erik hizo una pausa, como si deseara con todas sus fuerzas soltarme otra pulla, pero lo detuve antes de que pudiera.

—Sé lo que vas a decir —dije—, así que ahórrate el aliento. Estaremos en el mismo equipo de hockey, pero de ahí no pasa. Estrictamente profesional. No nos diremos más de lo necesario.

—Pero...

—No estoy de coña, tío. Querías saber cómo puedo ser el amo de mi propio destino. Pues así es como se hace: tomando el control, poniéndote firme y eliminando todo lo que pueda interponerse en tu camino.

Vi una puerta abierta en un edificio cercano, me colé por ella y me perdí entre un mar de gente. Era la única forma de perder a Erik. Sí, huir físicamente de nuestra conversación antes de que hubiera terminado oficialmente fue de mala educación. Pero, con todo lo que le había aguantado, los modales estaban totalmente en un segundo plano.

Lo único que quería era escapar de él y no tener que volver a pensar nunca más en sus labios cálidos, su tacto firme o su palpitante erección.

Si eso no funcionaba, siempre podía darme una ducha fría.

15

ERIK

No os creáis nada de lo que os cuente Kayden. Se monta este numerito ridículo, presumiendo de que es el amo del universo, de que lleva las riendas de su vida y de que puede controlar cualquier situación con la que se topa. Venga *ya*. No había hecho ese comentario sobre su pelea de chulo de barrio para hacerme el gracioso, ¿sabéis? Lo había dicho porque no era capaz de controlar casi nada.

Si creía que podía reprimir sus impulsos a base de fuerza de voluntad, la llevaba clara. Vi la forma en que me había mirado. Después de esa última conversación, mi propia fuerza de voluntad pendía de un hilo, pero no iba a dejar que aquello me afectara. En lugar de ignorar esos sentimientos, quería comprenderlos.

Kayden jamás comprendería eso ni aunque viviera cien años. Punto.

Después del entrenamiento, esperé, sentado solo en un rincón, con la cabeza gacha y los dedos entrelazados. Tenía la intención de volver a enfrentarme a Kayden, pero no sabía exactamente qué decir. Normalmente planeaba mis conversaciones difíciles, ensayándolas en mi cabeza antes de que tuvieran lugar.

Observaba a Kayden junto a su taquilla, admirando su espalda fuerte y sus hombros anchos mientras se peinaba. Dejó el peine, el desodorante y la gomina en la balda de arriba antes de cerrar la puerta. Entonces se giró y sus ojos se posaron en mí. Sé que lo hicieron. Podía fingir que yo no existía todo lo que quisiera, pero yo sabía que no era así.

Yo había protagonizado sus sueños húmedos y sudorosos tanto como él los míos.

—¡Quieto ahí!

Kayden se quedó helado. Era un cabezota de narices, pero todavía respondía a mis órdenes, al menos si le infundía autoridad a mi voz. Me levanté y me acerqué a él arrastrando los pies.

—Creía que te había dicho que no me hablaras. —Me dio la espalda.

—Ya lo sé, pero ¿desde cuándo recibo yo órdenes de ti?

Se giró y enarcó una ceja como si no pudiera creer que me atreviera a hablarle de esa manera. Ahora le miraba fijamente a esos impresionantes ojos verdes. Antes me había sentido asustado, como si estuviera al borde de un precipicio a punto de caer a un abismo. Ahora las consecuencias no importaban.

Sin miedo.

Pero Kayden seguía teniendo miedo. De hecho, estaba cagado de miedo. Lo sabía, aunque él lo negara.

—Te estoy diciendo que no me jodas, De Ruiter. He sido bueno hasta ahora.

Kayden hinchó el pecho, ejerciendo una autoridad muy suya. Pero eso no me asustó. Cuanto más se hacía el duro, más ganas tenía yo de doblegar su fuerza. Intentó apartar la mirada, pero alargué la mano, le toqué la barbilla con los dedos y le obligué a mirarme de nuevo.

Me miró fijamente a los ojos, intentando recuperar el control, como si eso fuera a merecer la pena. Después de todo, no podía permitir que yo lo dominara. Me sentí ligero y con un hormigueo, excitado por la expectación, pero sin miedo.

—Te doy diez segundos para que te largues.

Negué con la cabeza.

—Te lo advierto, De Ruiter. Te lo estás buscando.

—¿Qué vas a hacerme, eh?

—Sabes de sobra lo que haré. Ahora, aléjate de mí de una puta vez antes de que…

Su voz sonaba débil, igual que la mía. A ninguno de los dos nos quedaban fuerzas para detenernos. Recordé la sensación de impotencia de los dos besos. Había experimentado la sensación no solo de dejarme llevar, sino de no tener más remedio que ceder.

La fuerza de voluntad no significaba nada cuando la tensión era tan alta.

Caímos en los brazos del otro de nuevo, como si no pudieran dejarnos solos en una habitación sin que sucumbiéramos a nuestros impulsos. Me empujó contra las taquillas, como para atraparme. Estrelló su cara contra la mía. Nuestros cuerpos se apretaron con fuerza, permitiéndome sentir su pecho agitado y también su potente erección contra mi pierna otra vez.

Querías tenerla dentro, dijo mi voz interior.

Y todavía quería. Eso solo ocurriría si Kayden no rompía el beso esta vez. No daba señales de querer parar nada.

Me plantó besos por la mejilla antes de enterrar la cara en mi cuello. Jadeé, echando la cabeza hacia atrás, deseando nada más que someterme a él. Luego le pasé las manos por la espalda, sintiendo el calor de Kayden.

—Siento tu polla —jadeé.

—Puedo sentir la tuya.

—Te quiero dentro de mí.

Kayden no prometió meterme nada, pero expresar mis deseos en voz alta lo impulsó a rodearme la carne con su mano y apretar. Jadeé de nuevo y luego gemí como si fuera la primera vez que alguien que no era yo me tocaba. Entonces le agarré la polla a Kayden, acariciándosela y amasándosela a través de los vaqueros. Dios mío, en mi mano parecía todavía más grande que cuando la apretaba contra mi pierna.

—Joooooder.

Kayden también sonaba como si nadie lo hubiera tocado ahí abajo antes. Sabía que no podía ser verdad. Que un tío le hiciera eso

por primera vez debió de volverlo loco de la mejor manera posible. Al menos, así era como me sentía yo.

Tenía que verle la polla, tenía que acariciársela al desnudo, tenía que saborearla. Peor aún, necesitaba quitarme los pantalones. Si no lo hacía, podría volverme loco.

Sus brazos se enredaron con los míos mientras sus dedos buscaban mi camiseta. Agarró un puñado de tela, me la quitó por la cabeza y la tiró al suelo. Antes de darme cuenta, sus labios habían encontrado mi pecho, besándome los pectorales. Se llevó mi pezón izquierdo a la boca y sentí la calidez húmeda de su lengua envolviéndolo. La hizo girar a su alrededor antes de mordisquear.

—Oh, joder, sí. —Esas palabras se escaparon de mis labios mientras mis dedos se hundían en su pelo.

Entonces le rodeé la espalda con el brazo, buscando el borde de su camiseta, tirando de ella hasta el cuello, pero me costó pasársela por la cabeza. Él se la arrancó, la tiró a un lado y expuso ante mí su pecho perfecto y su tableta de chocolate. Los contemplé como si fueran un banquete. Luego pasé la lengua por el surco entre sus pectorales, besándole el pecho y el estómago, bajando más y más, hasta que llegué a la hebilla de su cinturón.

Nada me impediría coger lo que quería..., lo que necesitaba.

—Lo quieres, ¿a que sí? —dijo. No era una pregunta, sino una afirmación—. ¿Y vas a ser un buen chico?

Sonreí, pero no asentí.

—¿Cómo sé que te vas a portar bien?

Sonreí más ampliamente para hacerle saber que haría que mereciera la pena.

—Entonces, a ver qué tienes.

Dio un paso atrás para dejar que yo hiciera los honores. Le desabroché el cinturón, dejando que las correas colgaran, y luego desabotoné el botón superior de sus pantalones. Cogiendo la cremallera entre mis dedos, le abrí la bragueta y él mismo se bajó los vaqueros. Eso dejó a la vista unos bóxers que apenas podían contener ya su carne. Se los quité, dejando que su polla saltara libre.

La verga circuncidada de Kayden parecía un gancho vuelto hacia arriba. La cogí con la mano, acariciándosela, besando toda su longitud y mordisqueándole la punta antes de metérmela con avidez en la boca.

—Oh, joder... —jadeó Kayden—. Chúpame la polla. Eso es. Así.

Oh, sí, habíamos llegado a un punto de no retorno y no podíamos hacer absolutamente nada al respecto.

Me metí su miembro hasta el fondo de la boca, notándolo caliente y palpitante. Lo trabajé con la mano, retorciéndolo y acariciándolo, bañándolo con mi lengua. Los gruñidos y gemidos de Kayden me alentaban. Cuando su respiración se aceleró, supe que lo tenía rendido en mis manos. Entonces se apartó de mi boca, enganchó las manos bajo mis brazos y me levantó para ponerme de pie.

Debió de saber que yo necesitaba quitarme los pantalones con una urgencia terrible, porque no perdió el tiempo. Se agachó y tiró de ellos hacia abajo, casi arrancándome la polla de los bóxers como un animal.

Sus ojos se abrieron como platos cuando la contempló. No sabía si el tamaño lo había dejado atónito o si estaba impresionado por ver la polla de otro hombre tan de cerca por primera vez. Nada de eso importaba realmente. Solo me importaba haberme desnudado finalmente para él.

Cuando me la metió en la boca, sentí que me desmayaba. Y entonces cerré los ojos, moviendo la cabeza hacia atrás y hacia delante contra las taquillas. Sus dedos se enroscaron alrededor de mi verga mientras abría la boca de par en par y metía el glande más allá de sus labios. Si algo podía decir, era que nunca antes había chupado una polla, pero eso no importaba. Lo único que me importaba era sentir la cálida humedad de la boca perfecta de Kayden.

—Oh, Dios mío, nene —dije—. Chupas jodidamente bien.

Las yemas de sus dedos tamborileaban en la parte inferior de mis huevos, volviéndome loco. Lo mismo que su increíble pelo rozándome el estómago mientras se ponía manos a la obra conmigo.

Me sentó mejor que ninguna otra vez que alguien me hubiera metido la polla en la boca.

E iba a correrme. Puede que Kayden no tuviera experiencia chupando pollas, pero la sensación era increíble de todos modos, y sabía que explotaría en su boca en cualquier momento. No podía permitir que eso sucediera.

Quieres su polla dentro de ti, me recordó mi voz interior.

Era cierto. La quería dentro de mí. Quería que Kayden me follara. Si me corría ahora, probablemente no llegaríamos a esa parte. Quizá me la chuparía hasta hacerme acabar y recobraría el juicio. Fuera como fuese, tenía que demostrarle que tenía aguante de verdad.

Me aparté de su boca, intentando calmar mi respiración agitada. Cuando me miró, con una expresión hambrienta ardiendo en sus ojos, lo ayudé a levantarse. Le eché los brazos al cuello y nuestras miradas volvieron a encontrarse, como si estuviéramos a punto de fundirnos en otro beso profundo.

—Fóllame —dije.

No preguntó «¿Hablas en serio?» ni «¿Estás seguro?». De hecho, no dijo nada en absoluto. El hombre que ya había redactado su discurso para el Salón de la Fama parecía empeñado en dejar que sus actos hablaran por él. Kayden tomó el control con toda la confianza y la fuerza que yo quería que tuviera.

No necesitábamos decirnos nada más. Sus ojos me lo ordenaron. Me recosté en un banco cercano, haciéndome un ovillo y llevando las piernas hacia atrás hasta que las rodillas casi me tocaban el pecho.

Entonces escupió en su dedo y lo introdujo en mi culo, centímetro a centímetro.

Me quedé con la boca abierta. Lo observé mientras me miraba con tanta intensidad, como si fuera a darme lo que yo quería, pero a su debido tiempo. Y solo si me portaba bien. Su dedo era una delicia, pero me preguntaba cómo me las arreglaría con toda su polla dentro de mí. ¿Cómo era de grande, por cierto? ¿Veinte centímetros? ¿Veintidós? Cuando le eché un vistazo, parecía más grande que antes.

Kayden siguió metiéndome los dedos en el culo, dilatándome, pero no podía dejar que lo hiciera para siempre. De hecho, no podía

aguantar ni un segundo más sin su polla.

—Ahora quiero la de verdad —dije—. ¡Fóllame!

Su expresión no cambió. Tenía la misma mirada de poderosa determinación que me había parecido tan jodidamente sexi al instante. Cualquiera habría jurado que se había olvidado por completo de haber discutido conmigo, de haberme prohibido hablarle o de haber negado sus verdaderos sentimientos en absoluto.

Kayden escupió en su mano, lubricándose aquella polla dura. Me puso una mano en una de las piernas, empujándome un poco hacia atrás, mientras colocaba su polla en el borde de mi culo. Cerré los ojos e inspiré hondo, sin saber qué esperar. Lo único que sabía era que la deseaba con todas mis fuerzas. Entonces empezó a empujar dentro de mí, poco a poco, centímetro a centímetro. Jadeé, apretando los dientes. Dolía. Mentiría si dijera que no. Pero fue increíble de todos modos. Kayden se tomó su tiempo, introduciendo su miembro en mí, y finalmente suspiré de placer.

Cuando abrí los ojos, el pelo de Kayden le caía sobre la frente con ese mismo aire ridículamente sexi que me había cautivado desde el principio. Y a medida que su polla se hundía en mi estrecho agujero, su mirada pasó de ser confiada y fuerte a absolutamente decidida. Se le enrojeció la cara y se le dilataron las fosas nasales. Quizá no era el dueño de su propio destino, pero no podía negar que había tomado el control total de la situación.

Una vez que estuvo completamente dentro de mí, hizo una pausa, dejándome sentirlo todo.

—Ahí está —dijo—. Te gusta.

De nuevo, no era una pregunta, sino una afirmación.

—Joder, sí.

Las palabras salieron casi sin aliento. No podría haber soñado con sentir tanto placer.

Empezó a entrar y salir de mí lentamente, introduciéndose en mi culo y permitiendo que me acomodara antes de alcanzar la máxima velocidad. Su pelvis se estrellaba contra mi trasero. Grité, importándome una mierda quién me oyera. Si alguien entraba —nuestros compañeros, el entrenador Hardison, el director deportivo

de la Universidad de Larkin—, se encontrarían con un espectáculo increíble. Ni eso me habría detenido. Jamás había experimentado una magia como esta en mi vida, y no quería que se acabara.

Kayden me sujetó las piernas ahora, obligándome a llevar las rodillas contra el pecho. Su pecho se apretó contra mi espalda. Liberé los brazos y los enrollé alrededor de su cuello, atrayéndolo hacia mí. Se inclinó y me besó, sumergiendo la lengua en mi boca, mientras me follaba con fuerza.

Cuando sus labios se separaron, me sonrió, como si él tampoco hubiera experimentado nunca una emoción semejante.

—Quieres más —dijo.

—Ajá.

—*Dime* que quieres más.

—¡Quiero más!

—Dime que soy jodidamente sexi.

—¡Eres jodidamente sexi!

La respiración de Kayden se aceleró, igual que la mía cuando estaba seguro de que me iba a correr. Eso no significaba que le faltara aguante. Me había follado con fuerza y sin descanso, como un poseso. Nadie podía aguantar eternamente en semejante ardor. Cuando se salió de mí, esperaba que explotara, pero no lo hizo. Me ayudó a ponerme de pie y después se tumbó en el banco, con el cuerpo ahora resbaladizo por el sudor.

Se tumbó bocarriba, con la polla dura como siempre, apuntando al techo. Como antes, no necesité que me dijera nada. Conocía sus órdenes. Me subí al banco, pasé una pierna por encima de las caderas de Kayden, con las rodillas apoyadas a sus costados, y me deslicé sobre su polla.

Recibir su polla me resultó muy fácil ahora, como si lo hubiera hecho cien veces antes. Kayden me folló con fuerza y rapidez, martilleándome el culo, y yo volví a gritar de placer. Me eché hacia atrás, con los brazos apoyados en el banco, hundiéndome en su miembro al ritmo de sus embestidas.

—Dime que quieres más —dijo Kayden.

—Quiero más.

—Dime que eres mío.

—Soy tuyo.

Con la polla de Kayden dentro de mí, diría cualquier cosa que él quisiera. Sus deseos eran órdenes para mí.

Yo quería aguantar más por Kayden. De verdad que sí. Pero ya no podía soportarlo mucho más. Él no paraba de darme en los puntos clave, una y otra vez, cada vez más fuerte y más rápido, con sus manos pegadas a mis costados. Finalmente, bajé la mano, me rodeé la polla con los dedos y apenas necesité tocarla para provocar una explosión. Se me pusieron los ojos en blanco mientras el semen brotaba de mi polla, manchando el pecho y los hombros de Kayden. Cuando bajé la mirada, lo encontré con la boca entreabierta, con una expresión casi de pánico.

Parecía contener la respiración ahora, con los dientes apretados. Las últimas embestidas de Kayden fueron las más fuertes y rápidas hasta el momento, como si hubiera dado lo último que le quedaba antes de salirse de mí. Cuando la mano de Kayden se aferró a su polla, sentí un torrente de semen caliente en mi pierna mientras él cerraba los ojos con fuerza.

Me aparté de él, jadeando en busca de aire. Si me hubieran dicho que algo así pasaría, habría esperado sentir arrepentimiento en el momento en que termináramos. Pero el arrepentimiento nunca llegó. Me senté a su lado, deseando que el momento durara para siempre. Cuando puse mi mano sobre la de Kayden, él la cogió. No la apartó. Y tampoco se levantó y se fue sin más. Podríamos haber estado en nuestro propio dormitorio en lugar de en el vestuario, disfrutando de una felicidad perfecta.

16

KAYDEN

Me gustó lo que pasó entre nosotros. De hecho, me *encantó*. Ah, sí, no habría alardeado de ese rollo con los chicos y ni de coña le habría dicho a nadie que me había encantado. Pero era verdad. Había algo en esa pérdida de control que me resultó tan dulce, tan correcto..., tan perfecto. Me sentía hambriento, y solo un revolcón con Erik De Ruiter me satisfaría. Y a mi compañero de equipo, igual. Por mucho que el sexo me hubiera dejado agotado, no dormí en toda la noche, pero tampoco fue para tanto. La escena se repetía una y otra vez en mi cabeza, en un bucle infinito. Me relamí, soñando con un segundo asalto.

Al día siguiente, me quedé mirando a Erik en la sala del equipo durante tanto tiempo que las palabras del entrenador Hardison se convirtieron en un murmullo ininteligible. Imagina al típico chaval que se duerme en clase y no se entera de nada de lo que dice el profesor. Mientras admiraba a Erik, pensaba en él desnudo. No, eso no es del todo correcto. Al principio no estaba completamente desnudo. Se podría decir que lo desnudé con la mirada, prenda a prenda, hasta que se quedó en cueros.

Oh, Dios, me volvía loco.

Mientras me dejaba llevar por mis ensoñaciones, recordé la expresión de éxtasis en su cara. Sus gemidos de placer todavía resonaban en mis oídos. También hice que se corriera. Pasara lo que pasara, eso siempre se sentía como un logro.

No podía dejar pasar algo así. Normalmente, habría fingido que una pérdida de control como esa nunca había ocurrido. Debería haberme sentido avergonzado, pero no fue así. Me sentía bien; demasiado bien como para ignorarlo.

Cuando el entrenador Hardison nos dio permiso para irnos, me quedé, no para pasar el rato con Erik, sino porque yo era el líder. Erik también se quedaría, viéndose a sí mismo como el líder, porque así era como funcionaba mi compañero de equipo. Solo que, por una vez, eso me beneficiaba. Y punto.

Erik me echó un vistazo y luego apartó la mirada, dirigiéndose a la puerta. Ya sabes, como si me hubiera visto, pero hubiera fingido que no. Eso, después de la mejor experiencia de su vida.

Me deslicé delante de la puerta, bloqueándole el paso.

—¿Piensas quedarte ahí plantado todo el día? —preguntó.

—Depende.

—¿De qué?

—Depende de si vas a hablar conmigo o no.

—Mira, si es por lo que pasó en el vestuario...

—Oh, no es nada de eso, Erik. Quería hablar contigo sobre la crisis en Oriente Medio. ¡*Pues claro* que quiero hablar contigo de lo que pasó en el vestuario!.

No respiró hondo ni puso los ojos en blanco. Su sola vacilación me dijo que no quería hablar de esto, como si quizá fuera un tema delicado para él.

—Hoy tienes buen aspecto —lo recorrí con la mirada de arriba abajo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Habría esperado que caminaras raro después de la paliza que te di.

—Búscate una vida, Kayden.

—Fue muy caliente, ¿sabes? Nunca he experimentado nada parecido en toda mi vida.

—Pues ya somos dos.

—¿Fue tan bueno para ti como para mí? Espera, ¿qué estoy preguntando? Por supuesto que lo fue.

Un «*soy Kayden Preston*» habría sonado como un final natural para esa frase, pero me contuve. Si Erik pensaba que yo era un gilipollas engreído antes, es que todavía no había visto nada.

El chaval miró la puerta como si buscara una salida. Antes, había sido *él* quien bloqueaba la puerta para evitar que yo escapara. Ahora, se habían cambiado las tornas. Si quería jugar, podía contar conmigo.

—¿Vas a alguna parte? —le pregunté.

—Sí. A clase.

—No hasta que hayamos hablado de esto. Es por el bien del equipo.

Supongo que esas fueron las palabras mágicas, porque entró de nuevo en la habitación arrastrando los pies y se dejó caer en un asiento.

—Supongo que no podemos dejar pasar algo así —dijo—, aunque iba a ocurrir tarde o temprano.

—¿Qué coño quieres decir con que iba a ocurrir tarde o temprano?

—Vamos, Kayden. Hasta un imbécil como tú puede darse cuenta.

Antes, me habría cabreado con él por soltar un insulto así. Ahora me importaba una mierda. Este era el tío al que había controlado, dominado y provocado un orgasmo. Le había dicho que me dijera que era sexy, y me lo había dicho. Solo tenía que mantener la calma y la confianza, y todo saldría a mi manera.

—Veo que necesitas ayuda con esto —dijo—. Me deseabas con locura.

—No, *tú* me deseabas *a mí* con locura.

—Da igual. La cosa se estaba poniendo bastante tensa entre nosotros. Caliente, de hecho.

Me enarcó una ceja. Sí, sonaba la mar de orgulloso de mí mismo, pero ¿por qué no iba a estarlo? Piénsalo. En lugar de acobardarme, aproveché el momento y le mostré a Erik un éxtasis como nunca antes había conocido..., o como tampoco yo había experimentado.

—Di lo que quieras —dijo él—, pero esto no habría pasado si no hubieras sido tan cabezota. Si hubieras puesto los pies en la tierra, si hubieras estado dispuesto a hablar de algunas de estas cosas…

—Huy, huy, espera. Para el carro, tío. Esto no ha sido un error.

—¿No?

—Lo dices como si estuviera enfadado por lo que hemos hecho o como si me arrepintiera…

—¿Y no es así?

—Ni de coña. Ha sido increíble. No sé cómo no me he metido antes en este rollo.

—Entonces, ¿vas a empezar a liarte con tíos ahora?

—No he dicho eso.

¿Entonces qué estás diciendo?, me pregunté. *¿Acaso lo sabes?*

—Creo que ya no te sigo, tío —dijo—. Por cierto, ya es oficial.

—¿El qué es oficial?

—Has tenido una experiencia homosexual.

—¿Las dos veces que nos morreamos antes no fueron suficientes?

—No. No cuenta como experiencia homosexual a menos que llegues al orgasmo. No según los expertos.

—Otra vez con lo mismo, no.

—¿No quieres pensar que lo que hicimos fue normal?

Solo a Erik De Ruiter se le ocurriría convertir la experiencia más excitante de nuestras vidas en un proyecto de ciencias.

—Mira —dije—, no nos desviemos del tema. Lo que estoy diciendo es que sí que ojalá hubiera pasado algo así antes, pero solo quiero liarme *contigo*.

—Qué tierno.

Se puso de pie, inexpresivo, como si ya hubiera tenido bastante de esta conversación, y se dirigió a la puerta. Me apresuré a detenerlo.

—¿Qué quieres decir con «qué tierno»?

—Me alegro de que no estés enfadado. Me alegro de que no te arrepientas. Y me alegro de que puedas asimilar lo que hicimos.

—¿Y...?

—¿Y qué?

—Vamos a repetirlo, ¿verdad?

Se encogió de hombros, como si no fuera a decir que no, pero tampoco tuviera intención de comprometerse.

—Vas a jugar a ese jueguecito, ¿eh? —pregunté—. ¿Todos los canadienses hacéis esto?

—¿Qué tiene que ver esto con los canadienses?

—En ser unos plastas. Sois todos unos plastas. Solo te he hecho una pregunta sincera. Y no habría tenido que hacerla si hubieras respondido a la primera.

—No.

No lo he oído bien. Es decir, he oído la palabra, pero mi cerebro no la ha registrado. No me duelen prendas en admitir que a mí nadie me dice nunca esa palabra. ¿Por qué coño tuvo que ser Erik De Ruiter el primero?

—Vale —dije—, haré como que no acabas de decir eso.

—¿Y por qué? No cambiará la respuesta.

Vale, este chaval ya me había tocado las narices antes, pero ahora estaba poniendo mi paciencia a prueba de verdad. Aunque no podía estallar. Si lo hacía, se pondría mucho más duro.

—Sé que querías que pasara —dije—. No lo niegues. No digo que yo lo quisiera. Solo estoy dispuesto a aceptar que pasó, que me encantó y que vuelvo a por más.

—No va a pasar, Kayden.

—¿Por qué no?

—Porque no es el tipo de cosa que haya hecho nunca.

—Pues, *claro*. Yo tampoco había estado nunca con un tío. No digo que lo haría con cualquiera. Solo contigo. Así que, ¿qué me dices de repetirlo?

Negó con la cabeza.

Me atraganté, intentando forzar las palabras para que salieran. Se me disparó la tensión. ¿Qué coño tenía que decirle a este chaval para convencerlo?

—Mira —dije—, sé que el vestuario es un sitio un poco raro, por no mencionar que cualquiera podría habernos pillado. Y el banco era muy duro…, pero no tan duro como estaba yo, ¿eh?

—Ya estás otra vez felicitándote a ti mismo.

—Pero puedes venir a mi casa, y podemos hacerlo en una cama de verdad. Tengo compañero de piso, pero no está nunca. No te preocupes por la intimidad.

—No es una cuestión de intimidad, Kayden. Bueno, quizá un poco sí. No te voy a mentir. Sí que lo deseaba, pero sentí que me había precipitado.

—¿Ahora quién es el que tiene miedo?

—No tengo miedo, Kayden. ¿Me ves negando algo?

—No.

—No puedo hacer esto así como así. No cuando tengo la cabeza despejada.

—Supongo que no tenías novia en casa, ¿no?

—Sí, la tenía.

—¿Y nunca se tiraba el rollo contigo?

Enarcó una ceja como si aquello fuera demasiado grosero para su delicada sensibilidad.

—Teníamos sexo —dijo—. En Canadá la gente tiene sexo, ¿sabes? Pero no era solo echar un polvo rápido, si entiendes lo que quiero decir.

—No creo que entienda lo que quieres decir.

—No puedo acostarme con alguien así de fácil.

—Ese tren ya ha pasado, tío.

—Sí, es demasiado tarde porque los dos nos dejamos llevar y ya no hay vuelta atrás. Si de verdad hubiera sabido lo que hacía..., si hubiera estado pensando con claridad...

—No lo habrías hecho.

—Quizá no en ese preciso momento, pero...

—Vale, no sé adónde quieres llegar con esto. ¿Estás diciendo que no lo habrías hecho si no hubieras perdido la cabeza?

—Algo así.

Hice una pausa, sumido en mis pensamientos. Erik aprovechó esa oportunidad para escabullirse por la puerta y dejarme allí plantado como un completo idiota.

Te lo digo, este chaval era imposible. Primero, quería que yo hablara de las cosas. Segundo, lo dejó todo por mí. Tercero, empezó a ponérmelo difícil. Quizá todo formaba parte de su plan maestro. Se

estaba haciendo el duro. Si era así, estaba totalmente dispuesto a seguirle el juego.

17

ERIK

Tenía que ser Kayden, actuando como si pudiera tenerme cuando le diera la gana, como si yo fuera una especie de juguete sexual. Que conste que no me arrepiento de lo que pasó. Era inevitable que acabáramos acostándonos tarde o temprano. Al mismo tiempo, tenía que poner un límite en algún momento. Esa es la cuestión. No me arrepentí de pararle los pies cuando quiso más sexo, por mucho que yo también lo deseara. Simplemente no podía permitir que Kayden llevara la voz cantante como si estuviera al mando.

Probablemente pensáis que esto habría vuelto las cosas raras entre nosotros. Pues tengo noticias para vosotros: las cosas ya eran raras entre nosotros. Claro que el sexo ayudó a aliviar parte de nuestra tensión inicial, pero abrió la puerta a una nueva serie de problemas.

Cuando me topé con Kayden cerca del Alumni Arena, no hui de él. Al contrario, fui directo hacia él, aunque pareció sorprenderle que fuera yo quien iniciara una conversación. Supongo que quería coger el toro por los cuernos.

—Siento haber sido tan brusco ayer —dije—. No era mi intención. Supongo que no sabía qué decir.

—No pasa nada. Siempre dejo a mis amantes sin palabras.

Hinchó el pecho, pasándose las manos arriba y abajo por el torso con esa sonrisita estúpida que haría que cualquiera pareciera satisfecho de sí mismo. Kayden también parecía impresionado consigo mismo, pero eso era lo habitual en él.

—Ya estás otra vez —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Te comportas como si estuvieras muy orgulloso de ti mismo. Es como si quisieras que te diera una palmadita en la cabeza como a un niño pequeño, que te diera una galleta y te dijera que lo has hecho muy bien.

—No te matarías por hacerlo.

—Eso no va a pasar, Kayden, pero tú eras el que quería tener esta conversación profunda ayer. Así que hablemos.

Esbozó una media sonrisa, como si mi intento de mantenerme firme le resultara entretenido. Ya vería que no estaba de broma.

—Bueno, el caso es que mañana por la noche voy a tener la casa para mí solo —dijo—. Si quieres venir, te aseguro que haré que merezca la pena.

Incluso me alzó las cejas. ¿Era esa su mirada de «ven aquí»? El tío no tenía ninguna vergüenza.

—Estoy ocupado.

—Ah, ya entiendo. Vas a estar ocupado lavándote el pelo.

—No.

—¿Haciendo la declaración de la renta?

—Tampoco.

—Vale, esas son las dos únicas excusas de mierda que conozco que usa la gente para librarse de follar. Y nadie las ha usado nunca conmigo, que *a mí* no me ha pasado, así que sácate esa idea de la cabeza. ¿Cuál es el problema?

—No tengo ningún problema.

—¡Y una mierda que no! Habría pensado que agradecerías la invitación. La casa es bonita y cómoda. Podemos follar en una cama y no en el banco de un vestuario.

—Oh, qué suerte la mía. Vaya lujo.

—Vas a ser un grano en el culo con esto, ¿verdad?

Hice una pausa, dándome cuenta de que podíamos estar discutiendo en círculos así todo el día.

—Vamos, Kayden. No es que quiera tocar las narices.

—Sí que quieres.

—No me arrepiento de lo que pasó, ¿sabes? Me gustó lo que hicimos y todo eso…

—¿Solo te gustó? ¿No te *encantó*?

—Dios mío, Kayden, si te vas a poner tan inseguro…

No sabía qué me había impedido soltarle una hostia hasta ahora. Pero ya lo sabía. Seguía estando guapísimo y no quería desfigurarle esa cara bonita. Y, si lo dejaba KO, no volveríamos a acostarnos nunca más. La cosa era así: no podía decirle a mi compañero de equipo que en realidad sí que quería repetir. Eso le habría dado ventaja. Cualquier cosa que hiciéramos tendría que ser bajo mis condiciones, así que tenía que llevar yo las riendas.

—Voy a ir al grano —dije—. No me sentiría cómodo acostándome contigo otra vez. Al menos, no en estas circunstancias.

—¿Estamos incumpliendo la ley? ¿Va a aparecer la poli del folleteo para detenernos y meternos en el talego de los cachondos?

—No, idiota. Es solo que…

—De Ruiter, debes de ser el único jugador de hockey del planeta al que le importan las circunstancias. Te estoy ofreciendo sexo fácil. Van a ponerte a punto sin que tengas que mover un dedo. Es un chollo. Nadie en su sano juicio haría preguntas.

—Y nadie más soy yo.

Antes, me habría adelantado a Kayden a la carrera, con la esperanza de perderlo de vista. Ahora entendía que tenía que comunicarme con él. Si no lo hacía, perdería la oportunidad de decirle lo que de verdad pensaba. Se me ocurrió un plan.

—De verdad que eres imposible —dijo—. ¿Lo sabías?

—No tan imposible como crees. Voy a lanzarte un salvavidas. Nunca prometí que volvería a acostarme contigo. Podría tratarlo perfectamente como un rollo de una noche. Sí que quiero repetir, pero solo si todo es perfecto.

—¿Eras así de raro con esa supuesta novia que tenías en Canadá?

—No, Kayden. No era raro con ella. ¿Es eso lo que quieres oír?

—Solo quería un sí o un no, tío.

—Para que lo sepas, lo que lo hacía diferente no era que no fuéramos compañeros de equipo. El sexo entre ella y yo tenía sentido porque primero fuimos pareja. Y nunca nos odiamos. Era normal. Sin complicaciones. Como te he dicho, estoy totalmente abierto a que vuelva a pasar. Y sé cuáles son las circunstancias adecuadas. Lo que no sé es si tú tragarías.

Kayden hizo una pausa y luego abrió los ojos de par en par, como si se le hubiera encendido una bombilla en la cabeza.

—Espera un segundo —dijo—. ¿No querrás decir…?

—¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo de nada.

—Déjate de chorradas, tío. Conozco esa mirada. Además, ni siquiera me has dejado decirte en qué estoy pensando.

—No voy a casarme contigo solo para que nos divirtamos un poco, joder.

Casi me doblo de la risa. Los estudiantes que nos rodeaban se giraron para mirarnos, pero me dio igual. Si Kayden iba a decir una gilipollez, más valía que el resto del mundo también se enterara.

—¿Quién ha dicho nada de casarse?

—Como si lo hubieras hecho. —Parecía a punto de dar una patada en el suelo y montar una pataleta. Era tan típico de Kayden.

—No estoy diciendo que debamos casarnos. Solo quiero que sepas que no puedes conseguir de mí lo que quieres con un simple chasquido de dedos. Vas a tener que currárselo. Ya te dije que tengo mis principios.

—Pues claro que los tienes. Soy el único tío al que has dejado ponerte el mundo patas arriba.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué no te lo pongo fácil? —dije—. Si quieres follarme otra vez…, si de verdad, *de verdad* quieres…, deberíamos intentar tener una cita de verdad.

Farfulló unas cuantas palabras inconexas, como si supiera lo que quería decir, pero le hubiera dado el cortocircuito mental más grande de la historia.

—¡No soy gay!

De nuevo, la gente que pasaba se giró y nos miró.

Perfecto.

Me encogí de hombros. —Tú no sabes lo que eres. Después de lo que pasó en el vestuario, deberías olvidarte de las etiquetas.

—Claro, claro, seis o siete de cada diez.

—Exacto. Y tampoco soy el tipo de tío que puede tener sexo barato y sin sentido. Ya hemos hablado de esto.

—¡Oye, que eso no te impidió montarte en la Space Mountain!

Vale, casi se me escapa la risa otra vez, pero no porque me hiciera gracia. Kayden había conseguido superar su propia idiotez, lo cual no era para tomárselo a broma.

—Eso fue solo porque perdí el control —dije—. Nos pasa a los mejores. Ahora que se ha disipado el humo, siento que vuelvo a tener el control. Por primera vez desde que empezó todo esto, sé exactamente qué hacer.

—Ah, claro, ¿y supongo que querrás que me presente en tu casa con flores y mierdas de esas?

—Saca la cabeza del culo, Kayden. No he dicho nada de eso.

Apretó los párpados y gimió. Le había hecho jaque mate y eso lo estaba volviendo loco. Pero no me importaba. Significaba que yo tenía el control absoluto de la situación.

—No busco nada del otro mundo —dije—. Algo sencillo, para que al menos podamos decir que lo hemos hecho.

—¿Para ver si va a alguna parte?

—Exacto.

—¿No decías que no eras gay?

—Ajá.

—Ayúdame a entenderlo. No eres gay, pero me estás chantajeando sexualmente para que tengamos una cita.

—No es chantaje sexual, Kayden. Además, tú dijiste que no eres gay, pero te acostaste conmigo una vez y estás prácticamente suplicando por otro asalto.

—Que te jodan, tío. No estoy suplicando.

Cuando me señaló con el dedo, se me escapó una carcajada. Juro que no intentaba provocarlo. Creedme, él ya había hecho mucho para causar animosidad entre nosotros. Además, yo solo había dicho la verdad. No era culpa mía que no pudiera soportarla.

—No me gusta hacia dónde va esto —dijo—. Me preocupa a qué nos llevará tener una cita.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que nos lleve a acostarnos juntos?

Se quedó helado, como si no supiera qué decir. Por supuesto que no lo sabía. Los tíos como él nunca tenían respuestas ingeniosas.

—Esto es una estupidez —dijo—. Sabes que ningún otro tío del equipo sería tan difícil.

—¿Estás diciendo que nuestros compañeros de equipo se acuestan con otros tíos?

—No, no digo eso. Solo digo que… —hizo una pausa, como si tuviera que tragarse sus siguientes palabras antes de que salieran de su boca. Hacía todo lo que podía para no gritar—. Ya sabes que ningún jugador de hockey que se precie rechazaría sexo fácil…, sobre todo cuando lo desea tanto como la otra persona.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Ah, claro. Eres el tío con principios.

—Lo tomas o lo dejas.

Cuando me alejé, dejándolo proverbialmente mordiendo el polvo, me di cuenta de que había vuelto a tener la última palabra.

Hay cosas que nunca pasan de moda.

18

KAYDEN

Primero es el amor, luego viene el matrimonio. Ya sabes cómo sigue la cancioncilla. Esa era la loca dirección que Erik intentaba tomar. Si hubiese dicho eso delante de él, se le habría ido la olla. No, espera, habría encontrado la forma de darle la vuelta a la tortilla. Habría dicho algo para pintarme como un salido obsesionado con el sexo. Cualquier cosa que dijera podría ser, y sería, utilizada en mi contra por el jugador más chiflado del equipo de hockey de los Larkin Lions.

Y sí, mi compañero de equipo tenía que estar loco. ¿De qué otra forma se explica que rechazara un polvo fácil? Peor aún, ¿acaso no sabía lo que pasaría si tuviéramos una cita? Para empezar, la gente nos vería. Erik respondería a eso recordándome que cualquiera podría habernos pillado follándonos en el vestuario. No se daba cuenta de que la amenaza de que nos descubrieran era algo bueno. Aumentaba la emoción.

Durante nuestro segundo partido de exhibición, no podía dejar de pensar en el sexo. No era nada raro. Normalmente, el sexo era en lo segundo que pensaba después del hockey, solo que lo habitual era fantasear con acostarme con tías. Pero ahora todo era Erik, Erik

y más Erik. Recordaba el dulce sabor de sus labios y el calor de su culo perfecto. Solo de pensarlo, me empalmaba.

Y lo más increíble de todo es que, normalmente, esos pensamientos no me distraerían. Me rondarían por la cabeza, pero sin afectar a mi juego. Sabía que después del partido podría ir y satisfacer ese deseo.

Debería haber podido quitarme este gusanillo también, pero Erik tenía que levantar barreras y complicarlo todo. Bueno, ganamos a St. Bonaventure a pesar de que yo tenía la cabeza en las nubes. Los partidos de exhibición no significaban nada, pero yo siempre juego para ganar, así que para mí sí importaba. Si Erik no entendía eso de mí, lo descubriría más pronto que tarde.

El equipo celebró una cena en La Nova Pizza, en West Ferry Street. Me senté frente a Erik, casi sin decirle nada, fingiendo que me importaba un pimiento mientras no le quitaba ojo de encima. Al principio pareció no fijarse en mí, dando pequeños mordiscos a su porción de pizza. ¿Qué coño intentaba hacer? Él hablaba de que yo hacía un trabajo de mierda fingiendo que no me fijaba en él, pero vamos, que tampoco era como para que le dieran un Óscar.

Cuando nuestras miradas por fin se encontraron, ya no pudieron separarse. Ambos queríamos algo del otro y no podíamos negarlo. Volvieron todos los sentimientos del momento justo antes de que cediéramos y nos acostáramos. Sinceramente, me preocupaba explotar si no conseguía volver a estar a solas con Erik. Sabía que él sentía lo mismo. Tenía que ser así.

Incliné la cabeza hacia la izquierda para indicarle a Erik que saliera conmigo. Lo hice con disimulo, esperando que los demás no se dieran cuenta. Se levantó y me siguió. Gracias a Dios que podía seguir órdenes de vez en cuando.

Una vez fuera, seguí por el lateral del edificio y luego giré bruscamente a la izquierda hacia el aparcamiento trasero. No era un sitio totalmente privado. Es decir, seguirían pasando coches por West Ferry, pero probablemente no nos habrían visto con la oscuridad. Erik me siguió. Habría esperado que me preguntara por qué no podíamos tener nuestra conversación delante de la puerta. Entonces yo habría tenido que preguntarle si era tan tonto como parecía, y

eso habría arruinado toda nuestra conversación antes de que empezara.

Cuando me detuve, Erik y yo caímos en los brazos del otro, nuestros labios se unieron y nuestras lenguas entraron en la boca del contrario. Lo apreté con fuerza, queriendo sentirlo por completo. Nos manoseamos, gimiendo como si otro asalto fuera inminente. No, no nos habríamos arrancado la ropa para follarnos allí mismo. Deseaba a Erik con todas mis fuerzas, y un lugar público habría añadido emoción y todo eso, pero yo tenía límites. Cualquiera diría que no se nos podía dejar solos en ningún sitio sin que pasara algo así.

Ninguno de los dos intentó romper el beso. Ambos pretendíamos disfrutarlo al máximo, absorbiéndolo por completo.

Cuando nuestros labios se separaron lentamente, dije:

—Sabía que no podías decir que no a eso.

—Supongo que no.

Vi mi oportunidad. ¿Cómo no iba a verla? Era imposible que Erik mantuviera su actitud desafiante después de un beso como ese.

—Mi compañero de piso se va el fin de semana. Eso significa que tengo toda la casa para mí. Elige la habitación que quieras. Podemos usar la encimera de la cocina si te apetece.

Se quedó callado, sin decir nada. Y este era el chaval que tenía respuesta para todo, ¿sabes? Después del beso que acabábamos de compartir, habría esperado que se lanzara a por la oportunidad.

—¿No me has oído? —pregunté—. He dicho que mi compañero de piso está fuera el fin de semana. No tiene por qué ser la cocina. Habrá una cama y sábanas limpias. Privacidad total. Incluso habrá unas almohadas bien mullidas para que las muerdas si la cosa se pone demasiado intensa.

—Búscate una vida, Kayden.

Mi compañero de equipo no pudo evitar reírse un poco. Tenía que mantener las apariencias. Me alegraba saber que el chaval no era de piedra.

—Solo intento relajar un poco el ambiente —dije.

—Ya lo sé, pero todo lo que te he dicho sigue en pie.

Hice una pausa y respiré hondo.

—A ver si me aclaro —dije—. ¿Todavía esperas que tengamos una cita antes de hacer nada más allá de besarnos?

—Y nada hasta entonces.

Me di la vuelta, apretando los puños, a punto de gritar. Eso significaría que Erik había ganado, y yo no podía admitir la derrota. No con sexo del bueno en juego.

Las cosas no solían funcionar así. No me malinterpretéis. No digo que las chicas se me hayan tirado encima sin hacer preguntas. A veces se hacían las difíciles. En esos casos, yo pasaba de ellas. No merecía la pena.

Sin embargo, Erik era diferente. No tenía ni idea de por qué. Si solo se trataba de liarme con otro tío y satisfacer el resto de mi curiosidad, no habría sido ningún problema. Podría haber encontrado a cualquier otro chaval en el campus que estuviera dispuesto. A ese hipotético chaval le habría encantado ponerse a cuatro patas para el capitán del equipo de hockey de los Larkin Lions. Habría estado agradecido por la invitación a mi casa para un poco de diversión calentita mientras mi compañero de piso no estaba. Habría sido pan comido.

Pero yo quería a Erik. No me preguntéis por qué. Ningún otro servía. Quizás limitar toda mi diversión de hombre con hombre a un solo tío mantendría las cosas bajo control. O era el único que me ponía lo suficiente como para acostarme con él una segunda vez. Ni puta idea. Solo esperaba que mereciera la pena.

—Sobre esta cita —dije—, ¿qué se supone que diremos si alguien nos ve?

—¿Quién va a vernos?

—Ah, no sé. Esto es Buffalo, De Ruiter, no Nueva York. No es la capital del anonimato. Cualquiera de los chicos del equipo podría vernos. ¿Qué les decimos?

—Diles lo que te dé la gana.

Odiaba respuestas como esa. ¿Sabéis por qué? Siempre minimizaban mis preocupaciones como si fuera idiota. Y eso es ser amable, la verdad. Trataba mi preocupación como una nimiedad, lo que era una gilipollez como una casa.

—Como… si salimos a tomar una cerveza, ¿podría decirles que solo estamos pasando el rato?

—Si es que se lo creen.

Sonó tan taimado al decir eso, como si de verdad quisiera restregármelo por la cara. Ya sabéis, como si no fueran a suponer que él también era gay.

—¿Por qué no iban a creérselo?

—Oh, no sé, antes no es que actuáramos como supercolegas. No saben que algo ha cambiado. No deberíamos estar por ahí tomándonos unas cervezas juntos.

—¿Quizás hemos enterrado el hacha de guerra?

Se encogió de hombros. —Como ya he dicho, me da igual lo que les digas.

Era oficial. Mi compañero de equipo no solo era un grano en el culo, sino que estaba como una puta cabra.

—¿Y tú lo mantendrás con discreción?

Oh, Dios mío, ¿de verdad estaba pensando en seguirle el rollo? A juzgar por todo lo que había dicho, desde luego lo parecía. Había tenido rollos de una noche con chicas que se habían convertido en rollos de dos, tres o incluso cuatro noches. No había salido con ninguna de ellas. No estábamos enamorados. No me habían puesto las exigencias idiotas de Erik.

Era sexo. Solo sexo.

Si Erik no era gay, ¿en qué estaba convirtiendo esto?

Alargué el brazo, lo atraje hacia mí y volví a besarlo. Como mínimo, quería disfrutar de eso.

Él sonrió.

—Te gusta eso, ¿a que sí? —le pregunté.

—Sí.

Sonrió de una forma vergonzosa. Esa mirada decía que se sentía raro admitiéndolo ante cualquiera, no solo ante un tío. Si tanto le gustaba, ¿por qué no quería más? ¿Por qué tenía que complicar algo tan simple?

—No necesito llevarte a una cita para *eso*, ¿verdad? —pregunté.

—No.

—¿Cuál es la diferencia?

—Creo que sabes de sobra la diferencia, Kayden. Una cosa son los besos. He besado a un montón de chicas con las que no tenía ninguna relación. Pero el sexo no. Siempre estaba saliendo con la chica.

Vale, eso me dejó alucinado, en parte porque no entendía cómo podía contenerse tanto sin explotar. Pero había más. ¿Salir juntos? ¿Relaciones? ¿Amor? Todo esto empezaba a ser demasiado.

—Entonces, si tengo esa pequeña cita, ¿podremos por fin volver a lo nuestro?

—No lo sé.

Sentí que por fin tenía las respuestas correctas y que Erik había cambiado las preguntas.

—¿Que no lo sabes? —pregunté—. ¿Cómo que no lo sabes?

—No te he prometido nada. ¿Cómo podría? Lo único que te he dicho es que no volveríamos a acostarnos hasta que, *como mínimo*, tuviésemos una primera cita.

—Joder, es imposible hablar contigo.

Esta vez solo se encogió de hombros ligeramente, pero de alguna manera eso pareció mucho peor que las veces anteriores. Daba a entender que sabía lo exasperante que era todo aquello y que le importaba una mierda. Y lo que era peor, sabía que yo iba a tragar con lo que dijera.

—Será mejor que vuelva dentro —dijo—. Los chicos empezarán a preguntarse qué hacemos aquí fuera.

—Sí, qué gracioso eres.

¿Y sabes qué hizo? Se dio la vuelta y entró de nuevo en el restaurante sin decir ni una palabra más. Actuaba como si pudiera ganar cualquier discusión con solo chasquear los dedos, o simplemente decidiendo que la conversación se había acabado.

¡Maldita sea!

—Bueno, ¡pues ya te diré algo, vale?

No se giró. Probablemente no me creyó. Era comprensible. Ni yo mismo me creía que estuviera tan cerca de ceder.

19

ERIK

Cuando tomo una decisión, me aferro a ella. No hay término medio. Kayden no lo entendía, pero tendría que aprender rápido si esperaba conseguir algo conmigo.

Probablemente os estéis preguntando si dijo algo más sobre sexo o sobre una primera cita después de nuestro pequeño interludio detrás de La Nova Pizza. Estamos hablando de Kayden Preston. Nunca se calla, ergo, dijo de todo.

Hacía pequeños comentarios y lanzaba indirectas, siempre sobre el sexo en sí, pero no sobre nuestro enrollamiento súper tórrido, y nunca sobre tener una cita. Cualquier cosa que pudiera hacer para abordar el tema sin tocarlo de frente. Eso no me sorprendió. Conozco demasiado bien a los tíos como él. Oyen, pero no escuchan. Rechazan las reglas de siempre porque solo se aplican a los demás. Y actúan como si siempre fueran a salirse con la suya, aunque les hayas dejado tu postura meridianamente clara.

Pero en el hielo se centraba completamente en el juego, ¿verdad? *¿Verdad?*

Siento decepcionaros. Seguía siendo exactamente el mismo con los patines puestos que sin ellos. Me echaba miraditas cuando nuestros compañeros de equipo no miraban. Susurraba pequeños

comentarios cuando estaba lo bastante cerca para oírlo, pero nunca lo suficientemente alto como para que los chicos se dieran cuenta. Hacía como que bromeaba, pero yo sabía que hablaba totalmente en serio. En otras palabras, se salía con la suya siempre que podía. No respondí a los comentarios. A los tíos como él no puedes darles ninguna satisfacción. En el momento en que lo haces, entras en su juego, lo que es una pésima idea.

Pero yo sabía que Kayden estaba tan decidido a conquistarme como yo a rechazarlo. Espera, «rechazo» es la palabra equivocada. Eso implica que no quería saber nada de él bajo ninguna circunstancia. No, yo quería mantenerlo a raya y controlar la situación. Pronto, volvió a volcar su agresividad en el hockey, colándose delante de mí y robándome todos los discos. Se había vuelto aún más competitivo que antes.

Podía lidiar con eso. Era hockey. Con lo que no podía lidiar era con cómo lo gestionaba. Cuando Kayden me robó el disco una vez más, me dedicó una amplia sonrisa antes de lanzarse pista arriba. Lo perseguí, decidido a recuperarlo, pero también a borrarle esa sonrisa de la cara.

—Tienes que dejar clara tu superioridad, ¿no? —le pregunté.

—¿No te gusta? Pues ven a pararme.

No se equivocaba. Así es el hockey. Nunca quieres que tu oponente te robe el disco, pero tu trabajo es pararlo. Si no puedes pararlo, tienes que perseguirlo por la pista para recuperarlo.

Pero el retintín en su voz… iba mucho más allá del hockey. No soy estúpido. Sabía qué numerito estaba montando. Estaba cabreado porque yo había rechazado cada una de sus no tan sutiles insinuaciones. No estaba acostumbrado a eso en absoluto. Y tampoco iba a dejar que siguiera haciéndolo. Piensa en ello como su forma de decir «se acabó el tío bueno».

Pero yo no me iba a echar atrás.

—Quizás lo haga —dije.

—Venga, colega. A ver qué sabes hacer.

Eso me sonó a un desafío. Y yo estaba dispuesto a aceptarlo.

Antes de que pudiera hacer nada, me empujó. No fue lo bastante fuerte como para considerarse un empujón, pero usó la fuerza

suficiente como para que no pareciera un accidente. Me estaba enviando un mensaje, diciéndome que no necesitaba gastar mucha energía para quitarme de en medio. Me consideraba así de poca cosa.

Que yo no era nada.

Así que así es como quería jugar. Le demostraría que no era ningún blandengue.

Cuando me robó el disco una vez más, lo perseguí pista arriba. Cuando avancé hacia el disco, él escapó y yo me estrellé contra la valla. Un aspecto horrible, lo sé, pero no pensaba rendirme. Volví con sed de venganza, patinando a toda velocidad a su lado y dándole un codazo a mi compañero de equipo en el costado. Luego metí mi stick delante del suyo, intentando barrer el disco, pero fallé. No pararía hasta tenerlo. Si Kayden quería competición, se la daría. Cuando lo chequeé contra la valla, el disco quedó suelto y se lo quité de un manotazo.

Dios, qué triunfante me sentí. Hasta me reí un poco de la emoción. Quizás suene a locura, pero en realidad no lo es. Digas lo que digas de Kayden Preston, era un jugador de hockey realmente increíble. Tienes que celebrar las pequeñas victorias cada vez que consigues tomarle la delantera.

Aun así, tienes que mantener la concentración, y no soy de los que miran atrás mientras están en el hielo. Normalmente. Cuando tienes el disco, aprovechas ese impulso hasta la portería. Excepto que no pude evitarlo tratándose de Kayden, especialmente después de ver esa estúpida sonrisa. Chequearlo contra la valla no fue suficiente para mí. Tenía que dejarlo en evidencia de una vez por todas.

Kayden iba a estar cabreado solo por el golpe que le había dado. Eso no era del todo malo. Me gustaba mantener la cabeza fría incluso en los entrenamientos, pero tienes que jugar con emoción. Yo jugaba con alegría, saboreando cada momento de jugar al mejor juego del mundo. Kayden jugaba enfadado, especialmente cuando alguien —en particular el tío que se negaba a darle más sexo hasta que cumpliera ciertas exigencias— le tomaba la delantera.

A Kayden le ardían los ojos. No se andaba con más chiquitas que yo. Cargó contra mí, pero lancé el disco a la portería antes de que pudiera hacer nada. Eso detuvo la acción, al menos por el momento. Una vez que entraba en calor, no podía parar. Le sonreí a Kayden para recordarle que era su igual. No, no, espera. Le recordé a mi compañero de equipo que siempre le ganaría la partida. Se le enrojeció la cara. A ver, mi sonrisa era totalmente inocente, una expresión de orgullo por mi jugada. Su sonrisa había sido arrogante. Si no podía soportarlo, no debería haber estado en el hielo.

El entrenador Hardison pitó y anunció un breve descanso. Salimos todos del hielo, pero Kayden no se sentó a mi lado en el banquillo como antes. Se sentó en el extremo, lo más lejos posible de mí, como si lo estuviera sacando de quicio. Vaya, ¿qué había pasado con eso de recuperar el disco si no me gustaba que me lo robara? Si esa era su manera de enfurruñarse, lo estaba haciendo fatal. Además, no iba a conseguir que me echara atrás, ni en el hielo ni en la cama. De hecho, solo conseguiría que quedara peor.

Tenía la idea de que esto sería suficiente para convencer a Kayden de que viera las cosas a mi manera. Una cita de verdad antes de volver a quitarnos la ropa sería perfecta. Como he dicho, era una idea. La realidad tenía otros planes.

Cuando el entrenador Hardison tocó el silbato para llamarnos de vuelta al hielo, me sentí decidido a volver a dejarlo en evidencia. No debería haber estado pensando en citas y sexo en ese momento. Ya habría tiempo de sobra para eso más tarde.

Kayden y yo volvimos a enfrentarnos en el centro del hielo. Vi el fuego en sus ojos, sabiendo lo que quería de mí. Le devolví la mirada, recordándole lo que tenía que hacer para conseguirlo. Cuando el disco cayó, lo cogí de inmediato, pero solo lo mantuve un segundo. Ryan Detenbeck se coló y les demostró al resto de los Larkin Lions de lo que era capaz. Lo perseguí por la pista y Kayden me siguió, pero de la nada sentí que el hombro de Kayden me golpeaba.

—¿Qué coño estás haciendo?

Kayden no dijo nada.

Claro que no. Se suponía que tenía que adivinarlo yo solo.

Después de cómo se había comportado ya en el entrenamiento, sabía por qué. Daba igual que me hubiera golpeado con mucha fuerza. Esto era algo más que demostrarme a mí y a nuestros compañeros lo duro que era, más que demostrar su valía como capitán del equipo. Se había puesto violento para castigarme por haberlo rechazado.

Me escabullí de Kayden y perseguí a Detenbeck, intentando sin éxito robarle el disco. Y entonces ocurrió. Kayden cargó, estampándome contra las vallas. Ni siquiera tenía el disco. Esa embestida habría hecho vomitar a Trevor Trombley.

Probablemente pareció mucho peor de lo que fue en realidad. En plan, no me dejó inconsciente como el golpe de Trombley. Aun así, fue seco, brutal y una auténtica putada. Aterricé en el hielo, sintiéndome como el gilipollas del universo, aunque el que se había equivocado había sido Kayden.

El fuego me consumió. Casi no sabía lo que se sentía con ese nivel de rabia, pero ese golpe activó un resorte en mi interior. Ese fuego se hacía más y más intenso cuanto más tiempo permanecía en el suelo.

No podía quedarme en el suelo sin más, no podía no hacer nada. Tenía que actuar.

—¡Pequeño hijo de puta! —dije entre dientes mientras me levantaba del hielo.

A ver, puede que yo sea tranquilo... por lo general, pero hasta yo tengo mis límites. Ni de coña me iba a tragar esa mierda. Si no hacía algo en ese mismo instante, Kayden pensaría que podía pisotearme, y habría tenido razón.

Oí el silbato del entrenador Hardison, que detenía el juego, pero eso me importaba una mierda. Mi motor se estaba revolucionando, listo para la sobremarcha. Sí, siempre me han enseñado a jugar con cabeza, pero también he aprendido a defenderme cada vez que alguien me hace una putada de las gordas.

En aquel momento, no me importaba que mis sentimientos por Kayden hubieran cambiado. No me importaba que nuestras lenguas se hubieran metido en la boca del otro. Que hubiéramos tenido el sexo más ardiente del universo parecía ahora un recuerdo lejano.

Después de ese golpe bajo, Kayden Preston se convirtió en el enemigo público número uno.

Cuando me puse en pie, recorrí el hielo con la mirada hasta que encontré a Kayden. Tenía cara de pasmado, como si de verdad no se esperara que un flojo como yo tomara represalias. Pero se lo iba a demostrar. Cargué contra Kayden, le clavé el hombro en el pecho y lo tiré al hielo.

Luego me levanté, dejé caer los guantes y lo reté a que se me acercara.

—¿Qué te parece eso, cabronazo? —le pregunté—. *¿Eh?*

Kayden se incorporó, con la cabeza tambaleándose. No se molestó en despejarse antes de volver a ponerse en pie a toda prisa. Se tambaleó un poco, pero se estabilizó por poco sin caerse de culo.

Estaba preparado para él.

Cuando se abalanzó sobre mí, le lancé un puñetazo, pero fallé. Había agachado la cabeza, clavándome el hombro en el pecho como yo le había hecho a él, pero no pudo derribarme sobre el hielo. Le agarré la camiseta con la intención de pasársela por encima de la cabeza, pero nuestros compañeros se habían arremolinado a nuestro alrededor. Un compañero diferente me sujetó cada brazo y otro le había echado los brazos alrededor de la cintura a Kayden, intentando separarnos.

¿Dónde coño estaban estos tíos cuando Kayden me había soltado el golpe bajo?

Oí un griterío de voces de mis compañeros que chillaban: «¡Separadlos!» y «¡Venga, tíos, calmaos de una puta vez!». Pero me importaba una mierda. Ya os he dicho que soy incapaz de echar el freno una vez que me revoluciono. Continué la pelea de todos modos, forcejeando contra los brazos de mis compañeros, pero no pude hacer nada. Cuando por fin consiguieron separarnos, el propio entrenador Hardison me cogió y me empujó de vuelta a la caja de castigo, como si estuviéramos en un partido de verdad.

El entrenador tenía que saber que esto no era normal en mí. Tenía mi propia forma de plantar cara, pero esta ocasión pedía medidas más drásticas.

Solo había un problema: ¿qué le diría al entrenador cuando me preguntara qué había provocado todo aquello en realidad?

20

KAYDEN

—Estoy profundamente decepcionado contigo, Erik —dijo el entrenador Hardison.

Música para mis oídos. Por una vez, el niño bueno se iba a llevar la bronca que se merecía. En serio, ¿a qué venía ese golpe bajo que me había soltado en el hielo? Estuvo totalmente fuera de lugar. Yo lo único que había hecho era darle un toque de atención, y él había perdido los estribos. Incluso quise meter baza, pero sabía que era mejor no interrumpir al entrenador cuando estaba en racha.

Nos había sentado a los dos en su despacho después del entrenamiento, que había terminado en el momento en que nuestros compañeros nos separaron. Otra cagada para Erik, para que conste.

Erik no dijo nada. Podría haberse quedado ahí sentado con la cabeza gacha, revolcándose en su vergüenza. Para él, esto debía de ser como si lo mandaran al despacho del director por primera vez. Claro que él no sabría lo que se siente, porque era tan pelota que eso nunca le habría pasado. Menudo jugador de hockey.

—Siempre he pensado en ti como el claro ejemplo de madurez de nuestro equipo —continuó el entrenador—. Eres la voz de la razón. Eres de primer año, lo sé, pero este es un equipo joven, y

otros jugadores se fijan en tíos como tú. Hasta les he dicho que pueden aprender mucho de ti. Ahora empiezo a sentirme estúpido.

No pude ocultar mi sonrisa. Era demasiado bueno.

—Y cuando tú pierdes así los estribos, los demás van a pensar que no pasa nada si ellos también lo hacen. Entonces tendremos caos en lugar de trabajo en equipo. Nadie ha ganado un campeonato así. Ahora, dime, ¿por qué lo has hecho?

Erik masculló algo que no entendí. Parecía tan avergonzado… Deberíais haberlo visto. Si hubiera sabido que iba a parecer tan blandengue en el despacho del entrenador, lo habría provocado para que se peleara conmigo hace mucho tiempo.

Erik seguía sin decir nada. Una parte de mí quería decirle al entrenador que no solo era un buscalíos, sino también un provocador. Si eso no hubiera revelado demasiado, probablemente lo habría dicho.

Por ahora, disfrutaría viendo cómo le echaban el sermón a Erik.

—Quiero que seas consciente de tu puesto en este equipo —dijo Hardison—. Tienes una posición de responsabilidad.

—Sí, señor.

Sí, señor. *Sí, señor*. Sonaba tan perfecto, como algo que habría dicho en la granja cuando su padre se lo llevaba al cobertizo. De hecho, fue tan perfecto que di una palmada de satisfacción.

Y eso llamó la atención de Hardison.

—Tú tampoco te libras, Preston —dijo.

Había abierto la boca para hablar, pero me callé de inmediato.

—También vi los golpecitos que le diste. No soy estúpido. No me gusta cómo ha reaccionado Erik, pero tienes que admitir que lo provocaste bastante.

Asentí, pero me mantuve en silencio. Vale, de acuerdo, se habían vuelto las tornas y ya no me hacía gracia. Ahora estaba yo en el punto de mira, pero ni de coña iba a parecer un flojo.

—No necesito recordarte la de problemas en los que ya te has metido esta temporada, y eso que ni siquiera hemos jugado el primer partido.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿por qué andas buscando pelea con tus propios compañeros?

—No lo sé. Supongo que…

¿Supongo que qué? ¿Cómo esperaba terminar esa frase? «El hockey es un deporte duro, y debería acostumbrarse al juego duro en los buenos y viejos Estados Unidos». Eso también habría fracasado estrepitosamente.

O podría decirle que nos habíamos dado el mejor sexo de nuestras vidas. Y luego podría añadir que estaba cabreado porque no quiso darme el segundo asalto cuando se lo exigí.

Perfecto, ¿verdad?

Ni siquiera ahora podía mirar directamente a Erik, porque todos mis deseos más ardientes volverían a inundarme.

—Estoy esperando —dijo el entrenador.

—No sé. No debería haberlo hecho. Ha sido una tontería.

—¿Eso es todo? A juzgar por la tensión que hay entre vosotros dos, diría que es mucho más que eso. Además, sé que tú y la verdad no sois muy amigos.

Ahora le tocó a Erik mostrar su regocijo resoplando. Paró en el momento en que Hardison le lanzó una mirada. Por supuesto. Él no podía saber qué pasaba exactamente, pero entendía que no era ninguna nimiedad. No había casualidades. Si Hardison lo veía, ¿podría verlo el resto del equipo?

—Sí —dije—. Eso es todo.

Hardison hundió un poco las mejillas como si estuviera sopesando lo que yo había dicho. Sabía que se lo decía solo porque no le iba a contar la verdad. Mejor dicho, porque no *podía* contársela. Pero, ¿qué coño se suponía que iba a decir? ¿Que Erik De Ruiter tenía el culo más perfecto de esta galaxia y de cualquier otra, y que solo quería follármelo otra vez?

Otra respuesta cojonuda.

—Ya hemos tenido conversaciones como esta antes, a solas —dijo Hardison—. Ya sabes que habrá graves consecuencias para ti si

este comportamiento persiste. Y, Erik, ahora tengo que hacerte la misma advertencia. No toleraré peleas en mi equipo, punto. A partir de ahora, tolerancia cero, y eso va por los dos. ¿Entendido?

Ambos musitamos que sí. Bueno, Erik musitó «sí, *señor*», porque no se le pueden quitar los modales de chico de pueblo. Además, era el mayor pelota que había visto en mi vida.

Hardison era de esos tíos que no pueden soltar lo que tienen que decir y callarse. Tenía que meter unas cuantas pullas más justo cuando pensabas que había terminado.

—También quiero que ambos entendáis que no solo estáis en un equipo de hockey, sino en la universidad. Ya no estáis en el instituto. Se espera que os comportéis como adultos. Eso significa que tenéis que resolver vuestras diferencias. Nadie lo va a hacer por vosotros.

Incluso el parlanchín de Hardison me sorprendió con eso. Normalmente, este era el punto en el que la figura de autoridad decía: «Venga, chicos, daos la mano y haced las paces». Y tú seguías el paripé, pero seguías odiando al otro porque así es como funcionan estas cosas.

—Eso es lo que vais a hacer vosotros dos, empezando desde ahora —dijo—. Y recordad, si queréis mantener un puesto en este equipo, más os vale arreglar vuestros problemas muy rápido. Que tengan un buen día, caballeros.

Se levantó y salió por la puerta, dejándonos solos. Normalmente, eso era peligroso por otras razones. Cuando nos pusimos de pie y nos encaramos, miré a Erik a los ojos por primera vez desde la pelea. Quería besarlo, quería sentir sus brazos y su espalda. Quería agarrarle el culo y sentir su miembro duro presionado contra mí.

—¿En qué estabas pensando ahí fuera? —preguntó—. Podrías habernos metido a los dos en un buen lío.

—Ahí te equivocas, De Ruiter. Te *he* metido en un buen lío.

—Sí, qué buena respuesta.

—Mira, sé que se me ha ido un poco de las manos ahí fuera…

—¿Un poco de las manos? Has sido jodidamente brutal, Kayden. Criticaste ese mismo golpe bajo cuando lo hizo un oponente. ¿En qué te hace esto mejor que Trevor?

—Porque no te he dejado fuera de combate. Has vuelto con las pilas cargadas y listo para seguir.

—¿Y a quién le importa? Ha seguido siendo un golpe bajo.

—No intentaba hacerte daño de verdad.

—¿Solo darme un poco de caña?

Me encogí de hombros y aparté la mirada. Sí, había estado mal. No debería haberlo hecho. Era una mierda y no era mejor que Trombley. Ya le había admitido al entrenador Hardison que había sido estúpido. ¿Tenía que admitírselo a Erik también?

—Pensé que a lo mejor las cosas no tenían por qué estar tan mal entre nosotros —dijo—. En serio, pensé que a lo mejor nosotros…

—¿Teníamos algo?

—Sí.

—Venga, De Ruiter. Sabes tan bien como yo que lo único que ha habido entre nosotros es un par de pollas palpitantes.

Balbuceó, como si supiera de sobra que encontraría la manera de ensuciar una conversación seria. Eso le pasaba por llevar él la conversación en esa dirección.

—Te equivocas —dijo, negando con la cabeza—. Sé que hay algo entre nosotros, algo especial. Y sé que estás cagado de miedo.

—Que te jodan, De Ruiter. Te lo advierto.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? Siempre puedo decirle a Hardison que he intentado arreglarlo todo como una persona civilizada, pero que te has puesto como un energúmeno y me has atacado igualmente.

Fruncí los labios, intentando mantener la cordura. ¿Por qué cojones tenía que tener razón este gilipollas siempre?

—También sé que por eso fuiste a por mí —dijo—. No tuvo nada de aleatorio.

—Aunque seguramente todo el mundo pensó que sí.

—Pero yo sé por qué. Es porque nos ponemos cachondos el uno con el otro, y es un milagro que hayamos aguantado tanto tiempo con la ropa puesta. Eso es lo único que importa.

—Sabes que nunca podremos coexistir en el mismo equipo, ¿verdad? —pregunté.

—¿Quién lo dice?

—Tú mismo me lo has dejado bastante claro, tío.

—Entonces, ¿no podemos coexistir porque no te doy lo que quieres y ya?

—La temporada está a punto de empezar y el capitán del equipo aún no ha sido nombrado oficialmente. ¿No te vas a volver loco cuando el equipo me dé el título que me corresponde por derecho?

—Se te ha ido la cabeza.

—No, no se me ha ido.

Me di cuenta de que habíamos vuelto al punto de partida. Eso demostraba lo que yo decía, ¿no? No éramos capaces de gestionar casi nada sin pelearnos... o follar.

—Pero vamos a estar juntos en el equipo —dije—, y algo tendrá que ceder al final.—Recuerda que nombrar al capitán del equipo depende del resto, y todos vieron la que liaste.

Tenía razón en que no sabían el verdadero motivo de todo aquello. Oh, por supuesto, él diría que lo único que importaba era que él lo supiera. Menuda gilipollez.

—En cuanto a todo lo demás —dije—, ¿la oferta sigue en pie? He oído que el sofá de este despacho se hace cama.

—Por supuesto que sigue en pie... y también las condiciones.

De nuevo, me contuve para no gritar de rabia. Por supuesto que antepondría sus estúpidas condiciones a un polvo increíble. Era tan típico de Erik De Ruiter.

21

ERIK

A estas alturas, debéis de pensar que las cosas entre Kayden y yo no podían volverse más raras. Creedme, sí que podían.

A solo dos días del comienzo de la temporada, el equipo aún no había elegido capitán y a mí me preocupaba que nunca lo hiciera. Todo el mundo se reunió en el vestuario después del entrenamiento para un anuncio. El equipo estaba entusiasmado con nuestro primer partido de la temporada regular, pero yo estaba nervioso. ¿Cómo no iba a estarlo?

Mis compañeros de equipo andaban por allí en distintos grados de desnudez, desde en ropa interior hasta solo con una toalla, y el raro jugador que iba casi vestido. Cualquiera pensaría que estaría babeando por ellos, pero no lo hacía. Nada de eso importaba, pero apartaba la vista de Kayden cada vez que entraba en mi campo de visión. Tenía que hacerlo.

Mirad, no voy a negar que sentía algo por ese tío. Cualquier idiota se daría cuenta. Y yo lo deseaba tanto como él a mí. Ah, sí, me sacaba de quicio por sistema, pero estaba bueno como el infierno y una sola probada de él exigía más. Pero tenía que mantenerme firme.

Kayden debía de sentir exactamente lo mismo... menos el sentido común, quiero decir. Seguro que sabía lo que sentía por mí, pero no se lo admitiría a sí mismo, y mucho menos a vosotros. Era más que solo sexo, y yo lo sabía. Sobrevivir a una temporada entera cuando tu compañero de equipo te vuelve loco en más de un sentido era más fácil de decir que de hacer, pero lo conseguiría.

La supervivencia significaba evitarlo a toda costa, aunque pareciera raro delante de los demás. Tomemos como ejemplo esta reunión en el vestuario. Me mantuve lo más lejos posible de Kayden. Además, me largaría lo antes posible... para ser un capitán de equipo.

Pero los tíos no se movían de allí. Normalmente, tenían prisa por ducharse y pirarse de allí. Ahora trataban el vestuario como si fuera la sede de un club, con la gente pasando el rato sin más. ¿Y por qué no? Teníamos que escuchar noticias importantes.

—¡Vale, escuchad todos! —dijo Ryan Detenbeck—. Tengo un anuncio muy importante que hacer.

Todo el mundo se calló. Dominaba la sala de la misma forma en que se suponía que debíamos hacerlo Kayden y yo. Quizá no éramos los únicos con madera de capitán, pero yo no necesitaba más competencia.

—Hemos nombrado a nuestro capitán —anunció.

Y entonces hizo una pausa, como si tuviera que mantenerme en vilo y volverme loco. Por supuesto, no podía soltarlo sin más y nombrar al capitán. Eso habría sido indoloro. Por primera vez, dudé de verdad de si me elegirían a mí. No importaba de quién hubiera sido la culpa. Aun así, había acabado en una ridícula pelea sobre el hielo con un compañero. Se suponía que yo era el que debía desalentar esa mierda. No debería haberme metido yo mismo. Mi reputación perfecta se había manchado por culpa de Kayden.

Agaché un poco la cabeza, con la esperanza de no oír el resultado. Al menos, Kayden también podía olvidarse de ser el capitán. Pensadlo bien. Él era tan responsable de lo que había pasado como yo. No es que eso curara mis heridas ni nada por el estilo.

—Vamos a hacer algo que nunca se ha hecho en la historia de los Larkin Lions —dijo Detenbeck—. Dejamos que todo el mundo votara, pero el resultado fue tan extraño que nos aseguramos de que todos estuvieran de acuerdo antes de seguir adelante...

—Por el amor de Dios, ¿quieres decirlo de una vez? —Las palabras se me escaparon de la boca.

La sala se quedó en silencio y todos me miraron. Normalmente, yo tenía un control absoluto. Era tranquilo y calmado. Era paciente. Pero Ryan Detenbeck me había puesto a prueba tardando todo lo humanamente posible en ir al puñetero grano.

—Tranquilo, Erik —dijo Detenbeck—. Creo que esto te va a gustar.

—¿Ah, sí?

—Tú espera y verás, ¿vale?

Como ya había hecho el ridículo al más puro estilo Kayden, no iba a empeorar las cosas.

—El equipo ha decidido que su mejor opción para traer un campeonato a Búfalo es empezar con el mejor capitán que podamos encontrar.

Y entonces hizo una pausa, quizá para crear un efecto dramático. Me importaba una mierda. Solo quería saber su decisión antes de partirme en dos.

—Y hemos elegido a Kayden Preston como...

—¡Sí! —gritó Kayden, levantando el puño. Luego alzó los brazos como si hubiera ganado la Copa Stanley. Si se hubiera puesto a bailar o a dar saltos, habría sido una refrescante nota de sutileza—. ¡Lo sabía, lo *sabía*! ¡En tu cara, De Ruiter! ¿No te dije que nunca te elegirían a ti antes que a mí?

Me miró directamente con una sonrisa de suficiencia cuando lo dijo, como si se hubiera olvidado de que todo el equipo estaba allí de pie para ver lo magnánimo que era. Tengo que admitir que me sentí aliviado, e incluso sorprendido, de que no me hubiera hecho un gesto obsceno.

—Pero espera un segundo. —Braxton Wilson salió de un grupo de jugadores—. Tienes que dejar que termine.

Kayden Preston se detuvo, con cara de que le hubieran pinchado el globo. Para él, debió de ser como ganar diez millones de dólares y que, un momento después, le dijeran que era broma.

—Así es —dijo Detenbeck—. Hay mucho más en este anuncio, así que necesito que os calléis todos un minuto y me dejéis terminar. Ser capitán del equipo es una gran responsabilidad, y sabemos que cualquiera que ocupe ese puesto necesita mucha ayuda. Por eso hemos decidido que no serás el único capitán del equipo, Kayden.

—¿Que no lo seré? —A su voz se le fue toda la vida.

Ah, sí, era el niño al que le habían dicho que tenía que compartir sus juguetes.

—No. La votación, en realidad, resultó en un empate justo entre tú y otro jugador. Los Larkin Lions, como equipo, han decidido nombrarte cocapitán. Compartirás las riendas con el otro compañero.

—Esperad un momento, no podéis hacer eso. Se supone que tenéis que elegir a *un* capitán. Eso significa un solo tío. *¡Yo!*

Se apuntó a sí mismo con el pulgar, como si la palabra «vergüenza» no existiera en su vocabulario.

Ahí estaba mi compañero, siendo el mismo Kayden Preston de siempre. No podía simplemente saborear la gloria de haber sido nombrado capitán del equipo, aunque tuviera que compartir el honor con otra persona. Debería haberse alegrado de que el equipo lo quisiera para algo después del numerito que montó en el entrenamiento del otro día. Eso era mucho más de lo que yo podía decir.

Fiel a su estilo, se puso las manos en jarras y fulminó con la mirada a Ryan Detenbeck como si quisiera respuestas en ese mismo instante.

—Entonces, ¿quién va a ser mi cocapitán? —preguntó—. ¿Tú? ¿Braxton Wilson?

—Te he pedido que no interrumpieras, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué estás haciendo ahora mismo?

—Interrumpiendo.

—Exacto. ¿Crees que puedes callarte la boca dos míseros segundos para que pueda terminar este anuncio?

No pude evitar soltar un bufido. Incluso tuve que taparme la boca con la mano. Al menos había reprimido la carcajada que aquello merecía. Detenbeck hablaba con los dientes apretados, y Kayden retrocedió, con la expresión más cercana a la vergüenza que le había visto nunca.

—Enhorabuena, Erik. —Sonrió y me estrechó la mano.

—¿Enhorabuena por ser capitán del equipo, quieres decir?

—No, enhorabuena por no haber hecho el ridículo como acaba de hacer Kayden.

Kayden se animó, como si tuviera la intención de cantarle las cuarenta a Detenbeck, pero se mantuvo callado. No hay nada peor que darle la razón a alguien, ¿verdad?

—Y enhorabuena por haber sido elegido cocapitán.

—Te agradezco mucho el detalle —dije—, pero ¿estás seguro de que es una buena idea?

—¿Por qué no iba a serlo?

—Oh, no sé. No nos llevamos bien. Y no es porque no lo hayamos intentado. Nos hemos tirado de los pelos, y eso lo sabéis.

—Sí —dijo Kayden—. Erik puede ser un gilipollas integral, totalmente inestable. ¿No visteis lo loco que se puso cuando tuvisteis que quitármelo de encima?

Todos se giraron hacia él. Nadie necesitó poner los ojos en blanco para dar a entender que se estaba comportando como un imbécil.

—Tío, sabemos lo raro que debe parecer esto —dijo Braxton—, y, créenos, estamos al tanto de todas las peleas.

—Eso es lo que me preocupa.

—No nos preocupa. Demuestra lo apasionados que sois. Ambos estáis comprometidos con la victoria.

—Simplemente tenéis formas distintas de intentarlo —dijo Detenbeck.

—Exacto. Erik, tú quieres ganar de una forma fría, tranquila y racional. Kayden, tú intentas ganar los partidos como un energúmeno.

—¡Oh, venga ya! —Kayden parecía a punto de estallar—. No quería este honor para que me dierais caña, ¿sabéis?

—Solo digo que tenéis lo que hace falta para ganar y que os complementáis.

Obviamente, ellos veían algo que yo no veía. Pero no podía decírselo, no después de que me hubieran concedido semejante honor. Bueno, *medio* honor.

Kayden frunció los labios y luego torció el gesto. Tenía una cara de vinagre. Era obvio que él se tomaba esto de una forma muy diferente a mí. Apartó la mirada antes de revelar demasiado, pero yo sabía lo que estaba pensando. No compartiría nada conmigo, el canadiense que le había hecho cuestionarse todo lo que creía saber sobre sí mismo. Después de todo, él era el dueño de su propio destino y podía controlarlo todo, ¿no?

Necesitaban una respuesta y yo no podía quedarme ahí parado como un idiota.

—¿No os lo estaréis pensando mejor, verdad? —preguntó Braxton —. Porque si es así…

—No, no, qué va. No digáis tonterías. Tenéis razón. Sí que nos complementamos.

Kayden esbozó una media sonrisa y levantó una ceja con lo que yo consideré una mirada de *habla por ti*.

—Entonces está decidido —dijo Detenbeck—. Os dejaremos a los dos para que resolváis los detalles. Sabemos que podéis con ello.

Y podíamos, siempre y cuando no nos dejaran solos en una habitación. Las cosas podían ponerse muy calientes, y no de la manera correcta. Quise decirle que ignorara cualquier jadeo o gemido que oyera detrás de nuestra puerta cerrada. Solo estábamos abordando un asunto muy serio.

Solo que no era un asunto de hockey.

22

KAYDEN

Le envié un mensaje a Erik para que quedáramos en el campus; una orden, no una petición. No podía limitarme a esperar encontrármelo por ahí. Teníamos un montón de cosas de las que hablar y nada de tiempo que perder. Quedó en verme junto a la torre del reloj, en el centro del campus. Parecía un sitio lo bastante seguro. Ni de coña nos meteríamos en ningún lío donde la gente pudiera vernos. Aunque tampoco habría sido una lástima volver a darlo todo, si sabes a lo que me refiero.

Llegué pronto, porque yo soy así. Erik De Ruiter también llegó pronto, pero solo por unos minutos, porque no soportaba la impuntualidad ni perder el tiempo. Sí, son buenas cualidades para cualquier capitán de equipo, pero yo sabía las consecuencias de admitirlo. Además, el honor era mío por derecho y no tenía por qué compartirlo con nadie.

Cuando mi compañero de equipo llegó, se me acercó andando tranquilamente con las manos metidas en los bolsillos. Y esta vez no tenía ningún comentario gilipollas para mí. Que lo nombraran cocapitán debió de bajarle los humos. A mí no, desde luego. Ni de coña. A mí me encendió, me empujó a hacer las cosas, pero no de la forma colaborativa que cabría esperar.

—¿Querías hablar? —dijo Erik con su mejor tono de «no me hagas perder el tiempo», como si esa mierda fuera a funcionar conmigo.

¡Pues sí que!

—Esto de no hablarnos no está funcionando muy bien, ¿verdad? —le pregunté.

—Pues a mí me va de maravilla, la verdad.

Eso era una sarta de mentiras. Lo del vestuario, con los chicos delante, había sido una cosa. La contención había sido un mal necesario. Ver a De Ruiter ahora hacía que quisiera llevármelo a un sitio a solas y rozar mis labios contra los suyos. Quería que mi lengua entrara de nuevo en su boca. Quería revivir cada instante de ardor de nuestro único encuentro. Nadie dijo que sobrevivir a esta conversación fuera a ser fácil, pero tenía que hacerlo.

—Déjate de chorradas, Kayden. Dime por qué estás aquí de verdad.

—Ya sabes por qué. Es por todo este rollo de la cocapitanía. Aún no me he decidido.

—¿Lo dices en serio?

Enarqué una ceja. Por supuesto que Erik se haría el tonto. Podía contar con eso casi tanto como con la muerte y los impuestos.

—No va a funcionar —dije.

—Entonces, ¿no vas a ser cocapitán? ¿Vas a renunciar sin más al puesto que los chicos tan amablemente te han dado?

—¿Quién ha dicho nada de que yo renuncie a mi puesto?

—Bueno, es que yo…

—Oh, no. Yo no haría ninguna locura así.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Estaba pensando en decirte que te apartes tú.

Se le dilataron las fosas nasales, frunció el ceño y la cara se le enrojeció un poco. Y eso que venía del niñato que había fingido que yo no podía sacarlo de sus casillas. Menuda sarta de mentiras. Después de nuestra pelea, sabía exactamente qué botones tocar para joderlo de verdad.

—Nunca van a aceptar eso —dijo.

—¿Ah, no?

—No. Te dirán que te vayas a paseo antes que decirme a mí que me aparte.

—¿Estás seguro de eso, colega?

—Segurísimo.

Y volvió a lanzarme esa mirada. Ya sabes, la que decía que él lo sabía todo y que era moralmente superior en todos los sentidos.

Puede que tuviera razón, pero no podía admitirlo. Cualquier concesión hacia él me parecía una rendición. Además, tenía algunas ideas en mente y sacaría la artillería pesada si era necesario.

—Vuelves a tener miedo —dijo Erik.

—Que te jodan. Dices eso cada vez que no te gusta algo de lo que digo.

—No, tío. Lo digo cada vez que es verdad. Y tú lo niegas cada vez.

—Es porque seremos dos cocapitanes que no solo no se llevan bien, sino que…

—¿Hacen cantar al banco del vestuario?

Cerré los ojos. Dios mío, no era capaz ni de hablar del polvo más increíble de nuestras vidas sin sonar torpe.

—Sí, eso —dije.

Hice una pausa mientras mi mente divagaba, recordando el momento. El sabor de los dulces labios de Erik volvió a mí, junto con la sensación de su duro cuerpo presionado contra el mío. Fue como si su polla, aún más dura, me rozara la pierna en ese mismo instante. Me había perdido tanto en el recuerdo que apenas pude volver en mí.

—Tienes miedo de que acabemos follando otra vez —dijo.

—No, no lo tengo.

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Incluso me he ofrecido a que nos acostemos otra vez. Eso debería demostrarlo. Eres tú el que se hace el difícil, colega.

—Tienes miedo de algo, Kayden. ¿Por qué no me dices de una vez qué es lo que te hace temblar de miedo?

—No le tengo miedo a una mierda.

—Si tanto quieres sexo, se puede arreglar. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿De verdad vas a obligarme a cumplir tus estúpidas condiciones, eh? —oí el tono suplicante en mi propia voz.

Erik asintió.

—Es imposible tratar contigo.

—Creo que sé lo que está pasando aquí en realidad. Para conseguir sexo de mí, tienes que enfrentarte a lo que de verdad le tienes miedo.

Me aparté de él. Decir lo que sentía de verdad lo arruinaría todo. Hasta yo lo sabía.

—Por cierto —dijo—, aquí el imposible no soy yo. El equipo te ha ofrecido una gran oportunidad y estás a punto de tirársela a la cara.

—No estoy a punto de… Espera, ¿estás contento con esto?

—Nunca he dicho que esté contento, pero lo aceptaré. ¿Sabes por qué? Porque estoy dispuesto a poner a los Larkin Lions por encima de nuestras diferencias y por encima de… lo que sea que esté pasando entre nosotros.

—Y no te atreverías a decir claramente qué es ese «lo que sea», ¿eh?

—Eh, perdona, pero soy yo el que se ha ofrecido a explorar ese «lo que sea». Soy yo el que se niega a tener sexo, por mucho que me apetezca, hasta que eso suceda.

Otra vez tenía razón. Erik estaba en racha. Como antes, no podía admitir que tuviera razón en nada. Eso era un suicidio cuando intentas reclamar el primer puesto del equipo.

—Así que a ti también te apetece, ¿eh? —pregunté.

—Sí. Al menos yo tengo algo de fuerza de voluntad. En fin, ¿de eso se trata todo esto?

—¿Eh?

—Ahora te haces el tonto, Kayden. Es comprensible. Tienes mucha experiencia en eso.

Apreté los puños y los dientes.

—Si quieres llegar a algo, colega —dije—, más te vale que vayas al grano a toda hostia.

—Sabes lo que pasará si somos cocapitanes, ¿no? No nos libraremos el uno del otro. Vas a tener que preocuparte por lo que yo piense. Yo fingiré que me importa lo que tú piensas. Si la cagas, me oirás. Para ti sería más fácil abandonar todo esto, pero no lo harás. ¿Sabes por qué?

—Vaya, ¿por qué no me lo dices tú, Erik? ¿Es por mi ego de cabezota?

—Normalmente, diría que has dado en el clavo, pero esta vez no, Kayden. Ya sabes a qué me refiero. No voy a decirlo con todas las letras.

Juraría que sabía que cada uno de sus movimientos me volvía loco, y no de la forma que uno pensaría. Verlo hablar me hacía querer tomarlo en mis brazos. Oír su voz me derretía. Podría haber conseguido lo que quería, claro, pero de alguna manera sentía que estaba prohibido. Eso me daban ganas de gritar.

Mi compañero de equipo me había tomado la delantera por primera vez. Eso lo admitiría. El buen y sano chico de granja no solo sabía que estas cosas me volvían loco, sino que no tenía miedo de usarlas a su favor.

Pero yo nunca me rendiría sin luchar. Ya lo sabéis.

—*Si* voy a ser tu cocapitán —dije—, tendremos que arreglar las cosas y llegar a un entendimiento.

—Claro. Me apunto.

—En mi casa. Mañana. A las siete.

—¡Tiempo muerto! —Hizo una T con las manos.

—¿Y ahora qué, De Ruiter?

—¿Me tomas por idiota?

—Sí.

Cerró los ojos y respiró hondo. Muy pronto, sería yo quien lo volviera loco a él.

—Ponte serio por una vez, ¿quieres? —dijo—. Sé por qué quieres que vaya a tu casa. Seguramente me recibirás desnudo.

Levanté la mano derecha y me puse la izquierda sobre el corazón mientras decía:

—Te prometo que estaré completamente vestido.

—Pero en cuanto se cierre la puerta, ya sabes lo que va a pasar.

—¿El qué?

—Caeremos en los brazos del otro. Empezaremos a besarnos, luego se nos pondrá dura a los dos y seremos totalmente incapaces de controlarnos. Entonces me meterás en la cama, y yo estaré más que dispuesto porque habré mandado el autocontrol a tomar por saco.

Ojalá no lo hubiera dicho. Cuanto más lo escuchaba divagar, más deseaba que ocurriera, pero sabía que sería un grano en el culo. Además, tenía otra cosa en mente.

—Mira —dije—, lo único que quiero es que nos veamos en privado y lleguemos a un acuerdo para poder coexistir como capitanes del equipo y ganar partidos. En serio.

Erik se detuvo y sopesó mi comentario. No tenía motivos para fiarse de mí, no después de lo que ya habíamos pasado. Lo único que podía hacer era proponerle un trato y animarlo a que lo aceptara.

—¿Por qué debería fiarme de ti? —preguntó.

—¿Te gusta conseguir lo que quieres?

—Claro que sí.

—Entonces vendrás a mi casa mañana. A solas. Apenas nos queda tiempo.

—¿Porque tienes que tomar una decisión que ya deberías haber tomado fácilmente?

—Exacto.

Erik volvió a meterse las manos en los bolsillos y se miró los zapatos, como si quisiera ocultar la mirada. Eso habría sido una clara señal de lo que estuviera pensando.

—Vale —dijo—. Mañana a las siete estaré en tu casa. Pero tienes que prometer que no intentarás solo follarme otra vez.

—Te prometo que no lo haré.

Podía hacer todas las promesas del mundo. Nunca se sabe adónde puede llevarte la noche.

23

ERIK

Miraba el reloj cada cinco minutos hasta que dieron las siete. Kayden compartía casa con otra persona del Westside. Así se hacían las cosas en esa parte de Buffalo. La gente respondía a anuncios y se mudaba con alguien de quien no sabía prácticamente nada antes de compartir domicilio.

Kayden me había enviado un mensaje dos horas antes diciéndome que no comiera mucho antes de llegar, que él se encargaba de la comida. Conociendo a mi compañero de equipo, eso significaba que tendría a mano unas cuantas bolsas de Doritos o que habría pedido una pizza. Cualquier porquería que pudiéramos meternos en la boca.

Cuando llamé al timbre, me abrió Kayden, que llevaba una camisa de vestir negra y pantalones grises. Se había peinado de una forma más conservadora, pero aun así me imaginaba un mechón de pelo cayéndole sobre la frente como una coma. Estaba guapo hiciera lo que hiciera.

Me lo habría imaginado como el tipo de persona que me recibiría con una camiseta y pantalones de chándal, con suerte. Los tíos como él suelen tratar su casa como si fuera su vestuario personal y abrir la puerta en bóxers… o con menos.

Esto último no habría estado tan mal si no me hubiera estado aferrando a los últimos jirones de mi fuerza de voluntad.

—Pasa —dijo—. Me alegro de que hayas podido venir.

Al entrar, observé todo a mi alrededor y me di cuenta de que la casa parecía mucho más bonita por dentro que por fuera. Tenía una escalera justo enfrente. A su lado, vi un pasillo que dejaba entrever la cocina. A la derecha, distinguí un salón y, un poco más allá, un pequeño comedor. Me metí en el salón en cuanto me quité los zapatos.

Un aroma cálido y celestial me inundó las fosas nasales. Pan, seguro, pero tenía que haber algo más. Inspiré profundamente, disfrutándolo por completo.

—Ponte cómodo —dijo—. La cena está casi lista.

—¿La cena?

—No pensarías que te iba a dejar morir de hambre, ¿no?

—No, es que, eh…

Me había equivocado con Kayden, al menos en cuanto a su idea de cómo recibir a un invitado. ¿Cabía la posibilidad de que me hubiera equivocado en muchas otras cosas sobre mis compañeros de equipo?

No.

Mi instinto me había dicho lo que necesitaba saber desde el principio. Y había confiado en él. Simplemente, había ciertas cosas de Kayden que me parecían lo bastante interesantes como para seguir descubriendo todo lo que pudiera.

Quieres cambiarlo, me dijo mi voz interior. *Quieres domar al chico malo hasta que sea como masilla en tus manos*.

Quizás. No lo había pensado de esa manera hasta ahora. Kayden Preston iba a ser un desafío de un modo u otro.

En la mesa del comedor había dos servicios puestos con sus cubiertos, una vela y pan recién horneado. No encendería la vela de verdad, ¿o sí? Solo la habría puesto de decoración, ¿verdad?

De repente, me sentí poco arreglado y… ¿poco preparado? Sí, eso era. No sabía que tenía que vestirme de etiqueta ni qué se suponía que era esto. Solo sabía que se suponía que teníamos que

hablar de cómo —o si— íbamos a hacer que funcionara la cocapitanía.

Obviamente, Kayden tenía un plan.

Aparté una silla, me senté y observé a Kayden junto a los fogones. Esos pantalones grises presumían un culo que no se consigue en el gimnasio. Tienes que nacer con algo tan increíble. Claro que lo había visto desnudo, pero a veces de lo bueno nunca se tiene bastante.

Lo deseaba. Daba igual qué normas me hubiera impuesto, deseaba ese culo con todas mis fuerzas.

Joder…

Respiré hondo, reuniendo todas mis fuerzas. No podía renunciar a mis principios ahora.

Kayden abrió el horno, se agachó (Dios mío, ayúdame), sacó una bandeja y luego se movió de un lado a otro por la cocina. Me giré para que no me pillara embobado. Finalmente, me trajo la cena: pollo a la parmesana. Se me hizo la boca agua al verlo.

Mi compañero de equipo encendió la vela y llenó las copas con vino tinto. Luego se sentó frente a mí y cogió una servilleta, actuando con toda naturalidad, como si aquello fuera el pan de cada día.

Ojalá hubiera sabido qué decir.

—Venga, ataca —dijo—. Es mi especialidad.

—¿Haces esto a menudo?

—Solo en el momento preciso.

Su tono sonaba seguro, pero sin la arrogancia habitual de Kayden.

—Si esto sabe la mitad de bien de lo que huele... —dije.

Cogí el cuchillo y el tenedor y empecé a comer. Sabía *mejor* de lo que olía.

Podría acostumbrarme a esto.

¿No decían que a un hombre se le conquista por el estómago? Quizá ese era el plan de Kayden. O su gran estratagema para convencerme de que renunciara al puesto de cocapitán.

De eso, que se fuera olvidando.

Tenía que admitir que, de algún modo, Kayden parecía aún más sexi sentado frente a mí que antes. Sí, era posible. Le eché unas cuantas miradas y me dio igual que se diera cuenta.

—Tal como yo lo veo —dijo—, tenemos que intentar no estorbarnos.

No iba a preguntar qué quería decir con eso. Yo nunca me había interpuesto en su camino. Por lo que a mí respectaba, había sido un compañero de equipo modélico desde el principio. Él era el que...

Sentí su pie debajo de la mesa. No había rozado el mío por accidente. ¿Pero había sido culpa suya? ¿O el mío había tocado el suyo?

—Bueno —dije—, cuando uno de los dos tenga que hablar con el árbitro, ya hablaré yo.

—¿Estás de broma? Hablaré *yo*.

—¿Por qué?

—Porque a mí los árbitros me escucharán. A ti te ignorarán sin más.

—Se te va la cabeza. A ti te expulsarían del partido por algunas de las cosas que dirías.

Me detuve ahí. Una discusión estallaría antes de que ninguno de los dos pudiera hacer nada para evitarlo. Y arruinaría esta agradable cena. Por cierto, ¿por qué se había esforzado tanto en esto? Lo único que yo quería era tener una conversación civilizada con este tío.

También tenía que aferrarme a la poca fuerza de voluntad que me quedaba. Eso significaba cambiar de tema a toda prisa.

—O sea que tu compañero de piso no está, ¿eh?

—No. Se ha ido a Cleveland para los próximos días.

—Al Salón de la Fama del Rock and Roll, ¿eh?

Se encogió de hombros como si no hubiera hecho preguntas. De todas formas, parecía demasiado preocupado para eso. Lo único que importaba era que su compañero de piso se había ido, concediéndole toda la intimidad que quisiera.

Y volví a sentir su pie debajo de la mesa. La forma en que rozó el mío eliminó toda posibilidad de que fuera un accidente.

Se te está yendo de las manos, dijo mi voz interior. *No puedes negar lo sexi que está Kayden ahora mismo. Agárrate fuerte o cederás en cero coma*.

No me inmuté ni me aparté. Cuando miré fijamente a los ojos de mi compañero de equipo, quise arrebatarle su poder, pero él no se echó atrás. Los recuerdos del vestuario, cuando se había cernido sobre mí con aquellos perfectos ojos verdes clavados en los míos, me vinieron a la mente como un relámpago.

Volví a sentir su polla dentro de mí, sus manos poderosas aferrándose a mi cuerpo, y me puse duro como una piedra. Eso hacía que estar sentado frente a él con una comida perfecta delante de mí fuera casi imposible.

Bebí un sorbo de vino, intentando con todas mis fuerzas mantener mis impulsos a raya.

Respira hondo, me dije. *Mantén la calma*.

—¿Te gusta el sitio? —pregunté.

—Está bien. Tampoco es que vaya a vivir aquí para siempre.

—¿Piensas mudarte a algún sitio?

—No me refiero a eso. Algún día voy a vivir en una mansión con el dinero de la NHL, ¿recuerdas?

—Claro.

—Estaré casado con una supermodelo rubia y tendré tres hijos, pero habrá pasta de sobra para mantener a todo el mundo.

—Ajá.

Se aferraba a su quimera de casarse con una mujer incluso mientras me la meneaba con el pie por debajo de la mesa. Por supuesto. Así era Kayden Preston. Era el dueño de su propio destino y podía hacer de su vida lo que le diera la gana.

Si eso era cierto, entonces yo podría eliminar de mi mente toda tentación por Kayden. Pero no podía. Cuando sentí que su pie volvía a rozar el mío, toqué el suyo con mi pie libre. Nuestras miradas permanecieron fijas la una en la otra, como si cada uno esperara que el otro se acobardara.

Luché por no hacer una mueca. Eso solo demostraría debilidad. Respiré hondo o de lo contrario habría explotado.

—Vivo solo —dije.

—¿Ah, sí?

—Ajá. No me va mucho eso de los compañeros de piso.

—¿No es un poco caro vivir solo?

—Es un estudio. Muy pequeño.

—¿En el Westside?

—Más o menos. Está en la calle Bush.

Enarcó una ceja como si no supiera dónde estaba.

—Está en el barrio de Black Rock. ¿Sabes dónde está el Nick's Place?

—Sí, el restaurante que hay enfrente del Wegmans.

En lugar de continuar con ese estúpido juego de pies, deslicé mi pierna a lo largo de su potente gemelo. Sus ojos se abrieron de par en par, mirándome ahora con intensidad. Entonces sentí su mano tantear mi rodilla. Mi respiración se aceleró y todas las preocupaciones que había traído conmigo se desvanecieron. En ese momento, solo existíamos Kayden y yo, y no podía negar que la erección que se había hinchado en mis pantalones se había vuelto abrumadora.

Kayden no podía negar que él también estaba empalmado. Bueno, podría *intentar* negarlo, pero yo sabía de sobra que estaba tan cachondo como yo.

Vi en sus ojos un hambre, algo que decía que quería tirarme al suelo y follármelo allí mismo. Solo que no podía permitirlo. Era yo quien se suponía que debía tener el control. Se suponía que yo debía asegurarme de que mantuviéramos la cabeza fría y tomáramos decisiones sensatas. Éramos cocapitanes, pero yo aún tenía que ser el responsable, y…

El pie de Kayden encontró el hueco de mi entrepierna y se frotó contra mi erección. Abrí los ojos de par en par. La imagen de una tetera silbando se me vino a la cabeza mientras miraba a los ojos de Kayden con más profundidad que nunca. No me acobardaría, pero sentí cómo mi fuerza de voluntad se disolvía y supe que no podría aguantar mucho más.

Cuanto más frotaba su pie contra mi entrepierna, más lo deseaba, más lo necesitaba. Me imaginé en un avión, clavando los dedos en el asiento y apretando los dientes durante el despegue. De esa manera, hice todo lo posible por aferrarme a mis principios, pero mi último hilo de fuerza de voluntad se rompió.

Me levanté de un salto, soplé la vela y barrí los platos y los vasos con un solo movimiento del brazo. Casi no oí el estrépito que hicieron al chocar contra el suelo. Kayden se abalanzó sobre la mesa y sus labios se encontraron con los míos de inmediato.

Rodeó la mesa y le eché los brazos al cuello; su palpitante miembro me rozaba las piernas. Jadeé. Dios mío, esa sensación nunca pasaba de moda. Nuestros labios permanecieron pegados mientras yo le desabrochaba la camisa, descubriendo su torso desnudo. Él me quitó la camiseta por la cabeza y ambas prendas cayeron al suelo.

Me agaché, le saqué el cinturón de las trabillas de un tirón y lo arrojé a un lado. Luego, prácticamente le arranqué los pantalones. A diferencia de nuestro primer encuentro, fui directo al grano y me sentí totalmente al mando.

Cuando le bajé los calzoncillos, su polla salió disparada y me la metí entera en la boca. Kayden se apoyó en la mesa y echó la cabeza hacia atrás. Sentí sus dedos peinándome el pelo.

—Oh, sí… —susurró, como si mi boca le hubiera proporcionado el placer suave y perfecto. Poco se imaginaba él que solo sería suave durante un rato más.

Kayden se apartó de mi boca, como si no pudiera dejar que yo tomara el control, y me bajó los pantalones hasta los tobillos de un tirón. Me apretó y me amasó la entrepierna a través de los bóxeres mientras me besaba. Luego me bajó los calzoncillos, se agachó y me miró la polla con un hambre aún mayor de la que le había visto momentos antes. Cuando se metió mi polla en la boca, cerré los ojos, gimiendo. Su lengua era tan suave, tan cálida, tan húmeda. Me desconcertaba que un hombre no se desmayara solo con esa sensación.

Sabía una cosa: no podía permitirme correrme con esto. Igual que en el vestuario. Acabar pronto habría sido un desastre entonces,

desde luego, pero ahora me jugaba mucho más.

Cuando me aparté de la boca de Kayden, él sonrió, como diciendo que estaría encantado de darme mucho más. Pero no podía permitírselo. No con lo que yo tenía en mente.

Cuando intentó volver a meterme la polla en la boca, me eché hacia atrás y lo negué con el dedo.

—Nanay —dije—. Ya basta de eso, tío.

Su sonrisa se ensanchó como si le encantara el juego, solo que yo no estaba jugando.

Me plantó besos a lo largo del cuerpo de la polla hasta llegar al glande, como preparación para chupármela de nuevo, pero me aparté de él por completo.

Poniéndose de pie, me rodeó con sus brazos y dijo:

—Seré un buen chico.

—Lo serás.

—Ajá.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Te lo prometo.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un bote de lubricante. Luego, abrió el tapón y se dispuso a embadurnarse la polla, pero le arrebaté el bote y me embadurné mi propio miembro.

Los ojos de Kayden se abrieron de par en par, como si apenas pudiera concebir lo que yo tenía en mente.

—¿Qué haces? —a Kayden se le escapó una risita al hablar.

—Favor con favor se paga, ¿no crees?

De algún modo, me pareció que mi compañero de equipo aún no estaba convencido, así que lo agarré por los hombros y lo incliné sobre la mesa del comedor. Entonces hice algo muy parecido a lo que él me había hecho en el vestuario: le deslicé lentamente el dedo en el culo.

Se quedó con la boca ligeramente abierta mientras observaba cómo le metía y le sacaba el dedo. Mantuve los ojos fijos en él, decidido a hacerle sentir eso y mucho más. Oh, sí, puede que Kayden protestara un poco antes de que pudiera hacer lo que realmente quería, pero mi intención era mantener el control absoluto.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Mmm-hmmm.

—Dime que te gusta.

—Me gusta.

—Dime que quieres más.

—Oh, joder, quiero más.

—Dime que darías cualquier cosa por tenerlo.

—Daría *cualquier cosa* por tenerlo.

Gimió.

—Pues sé un buen chico y te daré todo lo que puedas desear.

Puse la mano en su espalda, inmovilizándolo contra la mesa. A continuación, le separé las nalgas y deslicé mi polla en su culo, sintiendo cómo la estrechez y el calor envolvían toda su longitud. Comprendí de inmediato por qué deseaba tanto volver a experimentar aquello.

Ahora era mi turno.

Le metí la polla lentamente. Un gemido largo y prolongado escapó de la boca de Kayden mientras me introducía en él, seguido de otro cuando entré por completo. Oh, Dios mío, no creía haber sentido nunca nada mejor. Primero, embestí lentamente, con las manos en las caderas de Kayden, ayudándole a acostumbrarse.

Pronto aceleré el ritmo. Kayden echó la cabeza hacia atrás y luego se inclinó hacia delante mientras mi pelvis se estrellaba contra su culo. Me adelanté, le agarré los hombros con fuerza y le metí la polla hasta el fondo.

—¿Lo sientes?

—Sí.

La forma en que gruñó su respuesta me satisfizo de un modo que nunca antes había experimentado.

Y entonces ocurrió algo que no habría creído si no hubiera estado allí para oírlo.

Kayden dijo: ¡Más fuerte!

No fue una petición, sino una orden.

Así que aceleré el ritmo, follándomelo cada vez más fuerte y más rápido, deleitándome con el sonido de la piel chocando contra la

piel. Sentí que un sudor brillante me cubría el pecho y la espalda y juraría que el corazón se me había desbocado.

—¡Más fuerte! —gritó Kayden.

Volví a agarrarle las caderas, follándomelo con toda la fuerza que pude. Levanté la mano y la descargué sobre el culo de Kayden, oyendo un chasquido que reverberó por toda la habitación. Mi respiración se aceleró y no sabía cuánto más podría aguantar.

—¡*Más fuerte!* ¡Déjame *sentirlo*!

Oh, Dios mío, ¿lo decía en serio? Por un momento, me pregunté si Kayden era inhumano. Lo había follado con toda la fuerza posible y, de algún modo, todavía quería que le diera más caña.

Me aparté de Kayden, le di la vuelta y me tumbé en la mesa del comedor. Luego coloqué sus piernas sobre mis hombros y tiré de él un poco hacia delante. Cuando volví a penetrar a Kayden, me recibió sin dificultad. Entonces me lo follé tan fuerte y rápido como pude, machacándolo, escuchando sus gruñidos y gemidos. No dio más órdenes, lo que me indicó que lo estaba haciendo bien.

Los ojos de Kayden se cerraron y su boca quedó entreabierta. Metió la mano entre nosotros, se cogió la polla y se la meneó rápidamente hasta que el semen brotó de la punta. Su cara parecía casi presa del pánico cuando lo hizo. Ver aquello me hizo sentir como si una fuerza invisible hubiera subido el volumen o me hubiera puesto en modo de avance rápido. Follé a Kayden tan fuerte y rápido como pude, como si superara los límites físicos.

Sentí que un orgasmo me amenazaba, la sensación creciendo más y más hasta que no pude contenerme más. Me liberé, corriéndome dentro de él. Me estremecí por el orgasmo, pero aun así intenté seguir follándolo con fuerza. Cuando terminé, aminoré la marcha, pero me quedé dentro de él. Kayden se incorporó un poco, me rodeó el cuello con sus brazos, me atrajo hacia él y me besó en los labios.

—Joder, tío, ha sido increíble —dijo—. Nunca supe lo que me estaba perdiendo.

—Buen chico.

Sonrió y me besó de nuevo. Entonces apoyé la cabeza en su pecho sudoroso.

Cualquiera pensaría que al final me habría ido a casa, pero no lo hice. Pasé la noche en la cama de Kayden como si lo hubiéramos hecho mil veces. No fue hasta que nos quedamos dormidos cuando me di cuenta de que apenas habíamos hablado sobre cómo gestionar lo de ser cocapitanes.

Aquello ya no importaba. Tenía que descifrar todo el nuevo cúmulo de sentimientos que nuestro encuentro en el comedor había despertado en mí.

24

KAYDEN

Vale, no puedo contar el resto de esta historia sin contaros lo que pasó a la mañana siguiente. Erik se quedó a dormir en mi casa porque, seamos sinceros, cualquiera querría alargar una noche de pasión conmigo.

Cuando me quedé dormido, dormí como un tronco toda la noche. Algo increíble para un tío que nunca antes había pasado la noche entera con otro hombre desnudo en su cama. Erik y yo nos despertamos más o menos a la misma hora, pero yo me estuve durmiendo y despertando a ratos. Quería preguntarle si le iba el sexo mañanero o si lo había dejado completamente agotado. Oye, por intentarlo que no quede. Lo único que me impidió hacerlo fue el sonido de un clic que venía de la planta de abajo, seguido de un portazo y un golpe seco.

La puerta de la entrada se había abierto y cerrado, y una bolsa de deporte había caído al suelo.

—¡Joder! —dije—. ¡Mi compañero de piso ha vuelto!

Erik, literalmente, rodó fuera de la cama y aterrizó en el suelo en un gran montón desnudo. El porrazo que se dio al caer, desde luego, no ayudó mucho.

—Joder, tío —dijo—, me dijiste que se había ido a Cleveland a pasar el fin de semana.

—Ya, pero debe de haber vuelto antes. Rápido, tengo que sacarte de aquí. ¡Muévete, venga!

—¡Pero si estoy desnudo!

—¡Me importa una mierda! ¡Cállate y hazlo de una puta vez!

Recogió su ropa, pero lo empujé por la puerta antes de que pudiera ponérsela.

Y entonces se detuvo como si de verdad no supiera qué hacer. Ya sabéis, como si el estrés del momento lo hubiera superado.

—No puedo bajar —susurró.

—Entonces sal por el baño.

—Pero es que no puedo sin más…

—Cállate, ¿quieres? Nos va a oír.

Empujé a Erik hacia el cuarto de baño y señalé la ventana. Fuera había una terraza en el segundo piso a la que normalmente se accedía por una puerta de la planta de arriba, pero solo a través del dormitorio de mi compañero de piso. Erik podría salir por ahí con bastante facilidad. Mientras tanto, bajé corriendo para interceptar a mi compañero de piso, Joe, antes de que pudiera encontrar a Erik.

—Tío, has vuelto pronto —dije.

—Sí.

—¿Por qué no me has avisado?

Justo entonces vi a Erik a través de la ventana, bajando desde el tejado. Bueno, en realidad, vi su culo desnudo a la vista de todo el Westside mientras bajaba. Parecía que intentaba deslizarse por un canalón que podía ceder en cualquier momento. En lugar de escuchar a mi compañero, no podía apartar los ojos de la ventana.

—Vale, papá —dijo Joe—. No sabía que tenía que informarte de todas mis idas y venidas.

—No tienes por qué. Solo digo...

—Pero te envié un mensaje diciendo que estaba de vuelta. ¿No lo has visto?

Cerré los ojos un instante al darme cuenta de que podría haber evitado esta situación si hubiera mirado el móvil. Y no había leído los mensajes porque me había pasado toda la noche en la cama con

Erik De Ruiter, que iba a caerse del tejado en pelotas como no tuviera cuidado.

De momento, Joe no se había girado para mirar. ¿Vería el pánico en mis ojos? No estaba seguro. Pero si no se había dado cuenta de nada, de ninguna jodida manera iba a ser yo quien lo delatara.

—¿Has tenido un fin de semana movidito o qué? —me preguntó mi compañero de piso.

—¡No!

Retrocedió un paso, levantando las manos a medias en un gesto de semirrendición.

Hice una pausa, me aclaré la garganta e intenté responderle de nuevo como un ser humano tranquilo, racional y normal.

—Quiero decir, no, no lo he tenido —dije—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, me ha parecido oír a alguien arriba contigo hace un momento.

—Oh, noooooo, qué va. No tenía a nadie arriba. Debes de estar oyendo cosas, tío.

—¿Y el porrazo que acabo de oír, que ha sonado como si alguien se cayese de la cama?

—No, he sido yo, que soy un patoso.

—Y luego está el hecho de que vas en pelotas.

Me miré y me di cuenta de que tenía razón. ¡Con las prisas por sacar a Erik de casa, se me había olvidado vestirme!

Ah, sí, debía de parecer un completo idiota en ese momento. Pero no iba a llamar más la atención sobre mi desnudez. En vez de eso, lo trataría como algo normal, así que entré tranquilamente en la cocina y empecé a cargar el lavavajillas, actuando como si no pasara nada raro.

Cualquier cosa con tal de no admitir la verdad.

—¿En serio, Kayden? —preguntó.

—¿Qué?

—Tu culo, tío. Lo tienes al aire. De hecho, no te había visto nunca desnudo. ¿A qué viene esto?

—Ah, no me hagas caso. Estoy acostumbrado. Me hace sentir como si estuviera con los chicos. Lo hacemos todo el tiempo en el

vestuario.

—Ya, pero...

—Y la ropa oprime mucho. Vas demasiado vestido, Joe. Deberías probarlo alguna vez.

Miré por la ventana y vi a Erik en el jardín trasero, poniéndose los calzoncillos. Luego se puso los pantalones y la camiseta de la forma más desaliñada posible. Después intentó saltar la valla, se quedó atascado y se tambaleó de un lado a otro antes de pasar por encima.

Oí un porrazo procedente del exterior, pero Joe no pareció oírlo porque no me quitaba los ojos de encima.

—Espero que no pienses convertir esto en una costumbre, tío —dijo.

—¿Por qué no? Vivo aquí y me pasearé en pelotas si me da la gana.

—¿Y qué? Yo también vivo aquí y no soy gay para nada.

Vale, eso me cayó como un jarro de agua fría. Bastó una sola palabra, un término que no se me había ocurrido aplicarme a mí mismo. La palabra en sí no me molestaba. Pero me hizo darme cuenta de que si seguía con todo este asunto con Erik, tendría que volver a ocultar cosas a la gente una y otra vez. Tarde o temprano, atarían cabos.

En lugar de confesar nada, seguí paseándome por la planta principal, desnudo como mi madre me trajo al mundo, como si no hubiera pasado nada malo.

Por supuesto, no ayudó que encontrara los zapatos de Erik en la puerta. Los cogí y los llevé a mi habitación antes de que mi compañero de piso pudiera hacerme más preguntas.



Cuando todo esto empezó, no me habría esperado ser yo al que follaran... literalmente. Ahora que había pasado, no podía creer que me hubiera encantado.

Y que quería que volviera a pasar.

Tú sabes tan bien como yo que Erik no lo pondría fácil. Eso parecía bastante obvio.

Para muestra, se reunió conmigo en el hielo antes de que nuestros compañeros llegaran para el entrenamiento. Como sabes, ser cocapitanes significaba que teníamos que estar ahí fuera antes que nadie. También nos ofrecía la pizca de intimidad que tanto necesitábamos.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haberte follado.

Reprimí una carcajada, pero no pude evitar que una sonrisa socarrona apareciera en mi cara. Solo un chico de granja canadiense se disculparía por el polvo épico que me había echado. Lo siguiente sería castigarse por ser multiorgásmico.

—No tienes que sentirlo —dije—. Estuvo de puta madre.

—Pero perdí el control.

—Sí, vaya que si te dejaste llevar. Me encantó.

—Pero no debería haber dejado que pasara. Se supone que debo ser comedido y disciplinado. Fue esa cena increíble, lo espectacular que estabas y algo que vi en tus ojos...

—¿Sabes que no te van a meter en la cárcel por no darle mil vueltas a todo, verdad?

—No, a mí me meterán en la cárcel por meterme en una estúpida pelea de bar. Ah, espera, que en eso ya te me has adelantado.

Le dediqué otra pequeña sonrisa. Solo un tío que me había follado como Erik podía salirse con la suya con comentarios así.

—No lo entiendes —dijo—. Te dije que no íbamos a hacer nada de eso otra vez hasta que al menos tuviéramos una primera cita.

—Sí, ya sé que lo dijiste.

—Y entonces perdí el control. Cedí porque soy humano y solo puedo luchar contra mis propios impulsos hasta cierto punto. Supongo que lo que quiero decir es que no pretendo provocarte para nada.

—¿Provocarme? Espera, ¿estás diciendo que ahora vas a empezar a negarme el sexo?

Fingí un respingo, llevándome la mano al corazón e intentando con todas mis fuerzas no reírme.

—No te debo sexo, tío, pero si quieres llamarlo negarte el sexo, pues adelante. Eso será solo hasta que hayamos tenido una primera cita.

—Noticia de última hora, Erik, ya *la* hemos tenido. ¿Dónde coño estabas?

Hizo una pausa, como si no tuviera ni idea de qué narices estaba hablando.

—La única razón por la que te invité a mi casa fue para que pudiéramos estar a solas —dije—, y en un ambiente más perfecto del que jamás encontrarás en público. Me aseguré de que tuvieras una cena romántica y casera con vino e incluso una vela.

—No lo había pensado de esa manera.

—Espera un segundo, ¿me tomo toda esa molestia y ni se te pasó por la cabeza que quizá tenía otra cosa en mente?

—Supuse que esperabas tema.

—Bueno... sí, en eso sí que había pensado. Pero sabía que querías una primera cita antes de que volviéramos a ponernos como conejos.

—Qué bonito.

—Solo quería asegurarme de darte algo bonito.

—Desde luego que fue bonito. Me pillaste totalmente con la guardia baja. Fue como si de repente te hubieras convertido en un ser humano dulce y atento.

—Haré como que no has dicho eso.

—¿Por qué? ¿Porque tengo razón?

—No, porque a cualquiera que sepa usar la polla como tú se le puede perdonar algo.

No pudo evitar sonreír. Menos mal que se enorgullecía de su destreza sexual.

—Mira —dije—, si no me crees...

—Te creo, tío. Te creo. Y gracias. De verdad que te lo agradezco.

Me incliné y lo besé. Por primera vez, lo hice de forma natural y no en un arrebato de pasión. Ni siquiera miré a mi alrededor para ver si alguien podía vernos. Parecía normal. Sin embargo, me sentí

un poco tenso después, sabiendo que me estaba acercando cada vez más al punto de no retorno. Casi había cruzado esa línea cuando Joe estuvo a punto de pillarnos juntos. Estaba seguro de que sabía que la historia que le había contado era una milonga, pero no habría adivinado que me había acostado con un tío.

Pero todo eso podría cambiar algún día. Si Erik y yo seguíamos así, ¿sabes?

Tendría que explicarlo todo, lo cual no sería fácil.

—Tenemos que tener una cita de verdad —dijo.

—¿Esa cena no fue lo bastante de verdad para ti?

—Fue muy dulce y especial, claro. Solo creo que necesitamos tener una normal... en público.

—Tienes suerte de ser tan bueno en la cama, colega.

Sonrió.

—¿Por qué estás tan empeñado en que nos vean juntos en público?

—Porque quiero que volvamos a tener sexo tórrido, apasionado, alucinante, de ese que es ilegal en treinta y ocho estados. Desde luego que sí. Pero no voy a volver a perder el control como lo hice en tu casa. La única forma en que podré hacerlo es si de verdad estamos juntos, y eso significa empezar con una primera cita de verdad, en público.

Hice una pausa, consciente de las consecuencias, pero también sabía que no podía negarle a Erik lo que quería.

Era solo sexo, ¿no? Podría haberlo conseguido en cualquier sitio que quisiera. Solo que me di cuenta de que eso ya no era verdad. Erik De Ruiter era la excepción a la regla. Era la única persona, hombre o mujer, que ofrecía algo tan increíble.

Y él lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Y sabía que al final yo accedería a cualquier cosa que él quisiera. ¿Por qué si no iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para volverme loco?

25

ERIK

Antes de contaros nuestra primera cita de verdad, la respuesta es sí, tuve que salir por la ventana del baño. Sí, apenas cabía. Y sí, estaba completamente desnudo.

Quiero que sepáis que a Kayden le entró tanto pánico que no me dejó vestirme y fingir que había ido a verle por asuntos del equipo. No, él quería que saliera de la casa por las malas.

¡Las cosas que uno hace por amor!

Pero eso no es todo. Debéis saber algo del Westside de Buffalo: todas las casas están pegadísimas. Era literalmente imposible que nadie viera al tío desnudo en el jardín trasero de Kayden. Probablemente haya alguna grabación en la cámara de seguridad de algún vecino. O sea, no me había sentido tan avergonzado en mi vida. Me vestí lo más rápido que pude y huí..., ¡pero me di cuenta de que no tenía zapatos!

Ah, y tengo otra cosa que contaros. ¡Kayden Preston se chupa el dedo gordo cuando duerme!

No estoy de broma. Me desperté un par de veces durante la noche. La llamada de la naturaleza y todo eso. Estaba todo bastante oscuro en la habitación, pero una de las veces, de verdad que

parecía que el arrogante tenía el pulgar en la boca. Cuando volví del baño, ya lo había sacado. Dios, ojalá le hubiera hecho una foto.

En realidad, ojalá tuviera una foto del aspecto que tenía Kayden en la cama el resto del tiempo. Tan tranquilo. Cuando volví a meterme bajo las sábanas, me acerqué a él y le eché un brazo por encima. No es que solo fuera diferente a dormir con la novia que tenía en casa.

Era mejor.

Bueno, quedamos en el Colter Bay Grill, en la esquina de Delaware con Allen, para una buena cena. Algo discreto, ¿sabes? Esta vez, tuve la oportunidad de arreglarme para él. Llevaba la misma camisa de vestir con pantalones grises de traje que se había puesto en nuestra primera cita en su casa.

Nos sentamos junto a la ventana en la zona del bar, donde apenas podíamos oírnos con la música.

—¿Has venido alguna vez? —preguntó.

—No.

—Tío, te lo has estado perdiendo. Tienen las mejores alitas de todo Buffalo.

—¿Quieres decir que no es The Anchor Bar?

—No, colega, ahí es donde nacieron las alitas Buffalo. Este sitio las ha perfeccionado.

—Qué guay. A lo mejor me pido una hamburguesa.

Kayden enarcó una ceja como si elegir cualquier cosa que no fueran alitas de pollo constituyera una especie de pecado mortal, al menos en la ciudad de Buffalo.

Cuando vino nuestro camarero, Kayden pidió Pepsis para los dos, además de dos raciones dobles de alitas. El camarero, un joven delgado y de pelo oscuro que podría haber sido alumno del Larkin, se dirigió a la cocina antes de que yo pudiera decir nada.

—Te he dicho que estaba pensando en pedir una hamburguesa —dije.

—Sí, ya lo sé.

—Y entonces has pedido por los dos.

—Yo no lo vería así.

—¿Por qué no?

—Porque solo has dicho que estabas *pensando* en pedir una hamburguesa. ¿De verdad lo tenías decidido?

—Bueno, no, pero...

—Habrías tardado una eternidad en decidirte. He tomado la decisión por los dos.

—Pero las alitas me sientan pesadas.

—Joder, de verdad que no eres de Buffalo, ¿eh?

Él sonrió. Yo no le devolví la sonrisa. Me di cuenta de que este tipo de cosas eran parte del lote de salir con Kayden Preston. Sorprendentemente, no me sentí intimidado. Suponía un desafío y yo estaba a la altura.

—Además —dijo—, es mi oportunidad de descubrirte algo nuevo. Los canadienses no comen alitas.

—Claro que sí. Si no, ¿cómo iba a saber que se me quedan en el estómago para siempre?

—Pero tú no comes alitas *de verdad*.

—Oh, Dios, ¿qué quieres decir con eso? Por favor, dímelo, porque me muero por saberlo.

—A nadie le gustan los listillos, De Ruiter. Las alitas de verdad son las de Buffalo.

—Lo que tú digas, tío.

Decir que Kayden parecía distraído después de aquello sería quedarse corto. Mi compañero de equipo no paraba de mirar a su alrededor en el Colter Bay Grill, como si estuviera buscando a alguien o esperando que algún conocido apareciera por la puerta.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Nada.

Volvió a centrarse en mí, como si su atención no se hubiera desviado ni un segundo, pero yo sabía que no era así.

—Pues no lo parece —dije—. ¿Esperas a alguien?

—Qué va, tío. No es nada. Ah, oye, que se me ha olvidado decírtelo, te he traído las zapatillas.

—Vaya, muchas gracias, pero la verdad es que prefiero ir descalzo.

—Otra vez ese tonito de listillo.

Nos quedamos en silencio un momento; Kayden miraba por la ventana de vez en cuando y yo no le quitaba los ojos de encima. Dios, estaba tan bueno, sobre todo cuando veía cómo la luz que entraba por la ventana le daba en la cara.

Vamos, tío, mantén el control, me dijo mi voz interior. *No cedas hasta que hayas pasado al siguiente nivel*.

Agradecí que Kayden se hubiera asegurado de estar tan guapo para nuestra primera cita «de verdad». Y me alegré de que no hubiera discutido al respecto. Pero teníamos mucho de qué hablar, y me preocupaba cómo reaccionaría. Por ejemplo, si le decía el gran potencial que teníamos juntos, él le restaría importancia.

Yo tomaría la iniciativa, como ya había hecho antes.

—Sabes que esta va a ser la primera de muchas, ¿verdad? —pregunté.

—¿La primera de muchas qué?

—Citas, tío.

Lo dije lo suficientemente alto como para que me oyera por encima de la música. Él miró a su alrededor como si yo hubiera dicho algo obsceno y le preocupara lo que pudieran pensar los que nos rodeaban.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—No tienes por qué hablar tan alto, colega.

—Sí que tengo. Apenas puedo oír mis propios pensamientos aquí dentro.

—Ya, pero...

No tenía que decir lo que realmente estaba pensando. Lo sabía por los dos. Si lo decía lo suficientemente alto, otros me oirían. Sabrían que no éramos un par de colegas del hockey que habían salido a comer alitas juntos. Íbamos demasiado arreglados para la ocasión. Verían que en realidad estábamos en una cita. La primera de muchas, como había dicho.

Eso amenazaba a Kayden. No podía negarlo. Yo ya había decidido que no me importaría lo que pensaran los demás. La vida es demasiado corta para eso, ¿no?

—En fin —dije—, espero que esto no sea cosa de un día. Si vamos a seguir haciendo lo que hemos estado haciendo, entonces

tenemos que seguir saliendo así. En público. Donde cualquiera pueda vernos.

—Sí, sí, te pillo.

—Pero podríamos probar algo más pequeño, más íntimo. ¿Conoces algún sitio al que podamos ir que sea un poco más tranquilo?

—Siempre nos queda The Italian Village. Está en Grant Street.

—He visto ese sitio. La verdad es que es bastante pequeño.

—Sí, pero la comida es increíble. Llevo yendo desde que era un crío.

—Entonces, ¿crees que si vamos allí tendremos una segunda cita mejor?

Volvió a tensarse. Fue porque había usado la palabra «cita» delante de una sala llena de desconocidos con la música tan alta que era casi seguro que nadie podría haberme oído. Menuda paranoia.

Se limitó a asentir.

—No tienes por qué ponerte así solo porque he usado la palabra «cita» —dije.

—No me he puesto de ninguna manera. Solo te he pedido que hables más bajo, eso es todo.

—Pero ¿por qué iba a tener que hablar más bajo? —noté que mi voz subía de volumen, solo para fastidiarle—. Tampoco es que te haya ofrecido comerte la polla aquí mismo.

Kayden abrió los ojos como platos, como si le preocupara que alguien pudiera haber oído eso de verdad. Entonces se giró y vio a nuestro camarero cerniéndose sobre él con dos platos grandes llenos de alitas en las manos y una enorme sonrisita en la cara.

—Oiga, ¿tiene algún problema? —le preguntó Kayden al camarero—. ¿Hay algo que le haga gracia?

—No.

—Bueno, pues a lo mejor le gustaría que mi amigo se la comiera a usted aquí mismo.

Los ojos del camarero se agrandaron. Dejó los platos delante de nosotros y se apresuró a volver a la cocina.

Te juro que Kayden parecía a punto de sufrir un ataque de pánico allí mismo. Me tapé la boca, pero no pude contener la risa. Ah, sí,

podría haberme delatado a mí mismo con suma facilidad por culpa de eso, pero mereció la pena ver a Kayden a punto de necesitar respirar en una bolsa de papel.

Ahora Kayden parecía querer matarme. Sus manos se cerraron en puños, como si le hubiera encantado dejarme inconsciente de un golpe. Lo mejor de todo es que no estábamos en el hielo, así que no podía hacerlo. ¿Me soltaría un puñetazo en un restaurante lleno de gente?

—Lo siento —dije—. No me di cuenta de que venía por detrás.

—Cállate y cómete las alitas, ¿quieres?

Tenía que admitir que aquellas alitas tenían una pinta increíblemente deliciosa. El vapor se elevó de ellas en el momento en que retiré el cuenco de pretzels. Cuando le di el primer bocado a una, entendí por qué Kayden había insistido en pedirlas. Pero no olvidemos que mi verdadera queja era que hubiera pedido por los dos, algo totalmente inaceptable. Considéralo una demostración de poder. Cualquier cosa que pudiera hacer para llevar las riendas en todo lo que tuviera que ver con nosotros dos.

Eso no fue lo único que Kayden hizo para irritarme durante esta cita. ¿Sabes qué fue lo más exasperante que hizo?

La forma en que se comía las alitas de pollo.

Oh, claro, podría haber mordido los lados de cada una, comiéndose la carne en tres o cuatro bocados como un ser humano normal. Pero no podía hacer eso. No el señorito Kayden «Estrellita» Preston. Tenía que meterse una alita entera en la boca, haciéndola prácticamente desaparecer, antes de sacarla. El hueso quedaba casi sin carne antes de que lo arrojara al cuenco.

Si quieres mi opinión, eso no era más que una chulería. Espera, eso es ser generoso. En realidad, significaba que comía como un cerdo cuando consumía cualquier cosa que no fuera una romántica cena casera.

Pero no se detuvo ahí. ¡Qué va! Hablaba mientras comía. Ah, y se pringó toda la cara con la salsa de las alitas. Sería una estrella del

hockey y guapísimo de morirse, pero le encantaba lucir su cena con orgullo.

Lo peor fue cuando llegó la cuenta. En lugar de pedir cuentas separadas, cogió el tique y plantó su tarjeta de crédito encima.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Pagar.

—¿De qué demonios hablas?

—Haces tantas bromas sobre la cárcel que he supuesto que no querrías que nos encerraran por irnos sin pagar.

—No iba a decir que nos fuéramos sin pagar, Kayden. Simplemente, pensaba que querrías que pagara mi parte, eso es todo.

—No te preocupes por eso. Ya está pagado.

Kayden lo dijo con un tono que no admitía réplica. Como si no hubiera podido permitir bajo ningún concepto que le ayudara a pagar la comida. Supongo que atentaba contra su orgullo. Dios, me sacaba de quicio.

También era una de las cosas más típicas de Kayden Preston que le había visto hacer a mi compañero hasta el momento.

26

KAYDEN

Le puse las manos en los hombros a Erik antes de agarrarle los brazos y atraerlo hacia mí. Luego me di la vuelta, me subí encima de él y lo inmovilicé contra el colchón. Me incliné, le besé los labios y sentí su cuerpo desnudo contra el mío.

Probablemente os estaréis preguntando en qué quedó nuestra primera cita de verdad. Pues en esto. Volvimos a mi casa, y mi compañero de piso de verdad se había ido. Erik De Ruiter puede ser un desastre sobre el hielo, pero es todo un demonio en la cama. No se quedó a dormir —ya había aprendido la lección al respecto—, pero el resto de la noche fue jodidamente caliente.

Nuestro último revolcón lo había empezado yo follándomelo, igual que en el vestuario. Luego él le dio la vuelta a la tortilla y me folló como había hecho durante nuestra cena romántica. Descansamos un rato para recargar las pilas, pero casi podía saborear que se avecinaba otro asalto.

Me da igual lo que os haya contado Erik. Me da igual la fachada que quisiera mantener. No puedes reprimir el sexo así cuando sube la temperatura. De hecho, nadie podría rechazarme para siempre, ¿no?

Esto fue durante el día. Había mantenido las persianas bajadas y las luces apagadas, pero había dejado entrar la suficiente luz como para ver a mi compañero de equipo. Lo mantuve inmovilizado y me preparé para metérsela de nuevo, pero entonces me sorprendió dándome la vuelta. Luego saltó sobre mí y me inmovilizó, igual que yo había hecho con él.

Esbozó una sonrisa pícara que parecía fuera de lugar en un tío que se tomaba lo de meterse en la cama como si fuera un proyecto de ciencias. Pero también era sexi de cojones. La habría saboreado de todos modos, ya que conseguir que Erik se soltara así a veces parecía imposible.

Por otro lado, no podía dejar que se saliera con la suya quitándome de encima y, mucho menos, inmovilizándome. Sí, me encantaba que me follaran, pero no podía dejar que Erik pensara que él estaba al mando.

—¿Qué crees que haces? —le pregunté.

—Follarte. ¿Qué parece?

—Todavía no me la has metido.

—Una formalidad que voy a solucionar ahora mismo.

Esa sonrisa pícara se ensanchó, más sexi que nunca, cuando me separó las piernas y las levantó un poco. Luego me separó las nalgas y frotó su polla grande y dura entre ellas. Vi cómo se hinchaba su pecho al tiempo que su respiración se aceleraba por la expectación. Yo también me tensé un poco, pero en el buen sentido. Antes de que pudiera metérmela, rodé para quitármelo de encima y lo derribé sobre la cama.

Los muelles del colchón nos hicieron rebotar y él me dedicó una sonrisa diferente.

—¡Ahora *te* he pillado *yo*! —dije.

Ambos nos reímos porque nos habíamos enzarzado básicamente en un combate de lucha libre desnudos. Pero no podía dejar que se saliera con la suya. Soy Kayden Preston, lo que significa que tenía que mantener el control pasara lo que pasara.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Voy a follarte hasta dejarte sin sesos, colega.

—No, ¡voy a follarte *yo* a *ti* hasta dejarte sin sesos!

Pero esta vez no intentó quitármelo de encima como si fuera una llave de yudo. De hecho, no hizo gran cosa. Hizo una pausa, como si no fuera a dar el siguiente paso pasara lo que pasara… como si este pequeño revolcón hubiera terminado de repente.

¿Sabéis cómo lo sé?

Alargó la mano hacia el interruptor y encendió la luz.

De verdad. La cosa estaba a punto de ponerse al rojo vivo en mi dormitorio, como siempre, y el señorito Erik De Ruiter tenía que cargárselo todo.

Sé que me he esforzado mucho por mantener contento a este tío, pero esto era ridículo.

—Vale —dije—. ¿Ahora qué pasa?

Mi compañero de equipo frunció el ceño como si mi pregunta lo hubiese pillado por sorpresa. ¿Qué coño se suponía que debía decir? ¿«Muchas gracias por ponerme a cien y luego cortarme el rollo»?

—Haces que parezca que soy un pesado —dijo.

—Lo siento si soy lo bastante listo como para aprender de la experiencia, tío.

Puso los ojos en blanco, como si él también se preguntara si yo merecía la pena.

Aquí va la respuesta más fácil e inteligente: ¡pues claro que sí! ¿No acabo de decir que soy Kayden Preston?

—¿Por qué tienes que hacerte el tonto? —preguntó.

—Todo es parte de mi encanto, tío. Y cállate.

—Mira, no empecemos a discutir. Hay algo que me ronda la cabeza, así que voy a decirte lo que pienso.

—Vale, Erik, dímelo, porque me muero de ganas por saberlo.

—Estoy disfrutando mucho del sexo. Es la hostia.

—Sabía que te gustaría. —No pude reprimir una sonrisa.

Erik respiró hondo, como si no esperara que yo aprovechara ese momento para felicitarme a mí mismo. El tío ya debería conocerme mejor.

—Eso hace que lo que estoy a punto de decir sea aún más difícil —dijo.

—Oh, Dios…

—No tienes por qué soltarme un *«Oh, Dios»* si no estamos en mitad de un polvo. Solo quiero decirte que creo que es hora de pensar en el futuro.

—¿Te refieres a ganar un campeonato?

—No hablo de hockey, Kayden. Nada que ver con el equipo. Estoy hablando de *nosotros* y de *nuestro* futuro juntos.

—No había pensado en eso.

Y la verdad es que no… mucho. Mira, lo único que había pensado sobre nuestro futuro era reconocer que pronto cruzaríamos el punto de no retorno. Puede que quisiera disfrutar del momento, pero no soy idiota. Nos habíamos acercado cada vez más a ese umbral cada vez que Erik quería dar otro paso.

—Sé que dije que no volveríamos a acostarnos hasta que al menos tuviéramos una cita de verdad —dijo—, y ahora ya la hemos tenido.

—Joder, hemos tenido dos.

—Exacto. Y nos hemos acostado más veces de las que hemos salido en citas.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que tenemos que decidir cuál es el siguiente paso. Hemos follado mucho, sí. He tenido una cita contigo y no he vomitado. ¿Qué queda por hacer?

Me encogí de hombros. ¿De verdad esperaba que respondiera a eso?

—Mis padres siempre me enseñaron que se supone que hay que avanzar hacia los siguientes pasos —dijo.

—Así es como funciona en la granja, ¿eh?

—Lo que tú digas, tío. Simplemente creo que hemos llegado al punto en el que deberíamos pensar en intentar tener una relación de verdad.

—¿Qué, en plan ser novios?

Tenía la boca y la garganta tan secas que las palabras apenas me salieron.

—Si quieres llamarlo así, entonces sí —dijo.

Hice una pausa, sin tener ni idea de qué decirle.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—No tengo ningún problema.

—Sí que lo tienes. Prácticamente has soltado un gemido cuando lo he dicho.

—No lo he hecho... y aunque lo hubiera hecho, es solo porque no dejas de cambiarme las reglas del juego.

—No te estoy cambiando las reglas del juego.

—Sí que lo haces.

—¿Por qué no me explicas cómo te estoy cambiando las reglas del juego?

—Me dijiste que teníamos que tener una cita de verdad antes de volver a acostarnos. Yo me esmeré preparándote esa cena casera. Cuando volvimos a tocar el cielo con las manos, dijiste que teníamos que tener otra en público. Y yo, como un idiota, también lo acepté. Ahora que me he acostumbrado a follar contigo con regularidad, has vuelto a subir la apuesta.

Erik se incorporó y pasó las piernas por el borde de la cama, lo que significaba que podía olvidarme de que este momento desembocara en sexo. Normalmente, no me habría importado. Ahora sí, y eso me volvía loco.

—Lo siento —dije—. Ha sonado mal.

—No, ha sonado exactamente como debía. Eso es lo que piensas de verdad, ¿a que sí?

Cerré los ojos y suspiré. Con este chaval no había manera de ganar, hiciera lo que hiciera.

—Solo digo que no estoy seguro de que empezar una relación sea lo correcto —dijo él—. Al menos durante la temporada.

—Si crees que es una mala idea, siempre podemos dejar las cosas en pausa... siempre y cuando estés dispuesto a dejar el sexo en pausa.

Me llevé las manos a la cabeza, prácticamente arañándome el pelo, y me importaba una mierda el aspecto que tenía. Este chaval me estaba matando.

—No tenemos por qué hacer eso —dije.

—¿Ah, no? Hace un segundo me has dicho que una relación no era una buena idea durante la temporada. El sexo puede ser igual de distractor, ¿sabes?

—No, no lo es. Ayuda a relajarte cuando estás estresado. Es una válvula de escape genial. El sexo es como la leche: le sienta bien al cuerpo.

Él resopló. —Anda ya, Kayden.

—Mira, sabes que tenemos que ir más despacio. Las cosas están avanzando muy deprisa.

—¿De qué estás hablando? Te estoy pidiendo que intentemos ser novios. No he dicho que nos casemos.

—Claro que no. Tienes que guardarte algo para meterme presión la semana que viene.

Erik me miró, no solo como si estuviera siendo estúpido, sino preguntándose por qué me aguantaba. Me aguantaría sin importar lo que yo hiciera y por muy grano en el culo que fuera, pero no entendía por qué. Yo no tenía ni idea de por qué aguantaba ni una ínfima parte de las chorradas de Erik... pero seguiría haciéndolo.

Menudo misterio.

No me gusta meterme en cosas de las que no puedo salir. Si iniciábamos una relación oficial de verdad, me estaría metiendo más a fondo en algo que nunca había planeado. Salir sería difícil. Y cuanto más tiempo permaneciera en esa relación, más me desviaría de mi plan férreo de tener una esposa despampanante y tres hijos.

Uno no hace eso solo para echar un polvo, por muy bueno que sea el sexo.

Pero lo habría hecho. Esa era la verdad. Y ya me había metido bastante a fondo, ¿no crees?

Erik se puso de pie, exhibiendo su cuerpo desnudo ante mí mientras continuaba la conversación. Pretendía volverme loco, enseñarme lo que no podría tener hasta que cediera. Quería apartar la mirada. Por supuesto, no podía hacerlo con su polla enorme a la vista. Solo soy humano.

Jurarías que notaba cómo mi fuerza de voluntad se resquebrajaba, se agrietaba y que pronto se vendría abajo.

—Sé que piensas que estoy siendo un pesado, Kayden. De verdad que no es mi intención. Y sé que yo también he tenido mis deslices de vez en cuando, pero tengo principios y me atengo a ellos.

—La vida sería mucho más fácil sin principios, ¿no crees?

Esbozó una media sonrisa. —Tú dirás eso. Pero yo creo en lo nuestro, Kayden. No me preguntes por qué, pero creo que podríamos tener algo realmente increíble.

Me dejé caer de espaldas sobre la cama y me quedé mirando el techo. Erik no podía tener razón. Ni de coña. Él se aferraría a sus principios, pero yo tenía un plan de vida al que ceñirme. Por otro lado, debía de haber alguna razón por la que cedía ante este chico una y otra vez.

27

ERIK

Que conste que nunca he cambiado las reglas del juego. Solo quería que Kayden cumpliera unos mínimos. Piénsalo. Si no lo hubiese hecho, me podría haber utilizado por mi cuerpo y nunca habríamos dado el siguiente paso. En el fondo, yo sabía que entre nosotros había algo más. Lo sentía. Claro que daba miedo, pero uno de los dos tenía que ser lo bastante valiente como para reconocerlo y dar el salto. Seamos sinceros: los tíos como Kayden necesitan un empujoncito.

Cuando Kayden vino a mi piso de Bush Street, eso se hizo más evidente que nunca.

—Joder, tío —dijo—. Aquí apenas hay sitio para respirar.

—Venga ya, no es para tanto. Además, solo vivo yo. Es perfecto.

—Aun así, a cualquiera podría darle claustrofobia aquí en un santiamén.

Vivía en el último piso de un dúplex, en lo que probablemente había sido un ático reconvertido en dos viviendas. Kayden tenía razón. Podía llegar a ser claustrofóbico. También hacía un calor infernal cuando me mudé a finales de verano. Aparte de eso, era la situación perfecta para un estudiante universitario.

—Debe de ser un sitio muy jodido para follar —dijo Kayden.

—Solo piensas en el sexo, tío.

—¿Algún problema? Además, las paredes de este sitio deben de ser de papel. Seguro que oyes a los vecinos dándole al tema todo el tiempo.

Resoplé. Era una estupidez muy propia de Kayden, pero no se lo iba a decir. ¿Por qué? Bueno, si soy sincero, *a veces* oía a los vecinos dándole al tema. Una vez, hasta oí a una mujer decir: «*Joder, ¿eso es* todo?» después de unos treinta segundos de gruñidos y gemidos.

Mi compañero de equipo seguramente se refería a que la gente nos oiría a *nosotros* follar. Quizá le incomodaba la idea. Por otro lado, no íbamos a hacer más acrobacias en la cama hasta que al menos intentáramos ser pareja. Sí, puede que hubiera flaqueado antes en un momento de debilidad extrema, pero ahora sabía cómo ver venir un problema antes de que empezara.

Y oye, ninguno de los dos había convertido el sexo en una maratón, pero podíamos aguantar más que el vecino de abajo sin problemas.

Me senté en la silla que había frente a la tele y Kayden se dejó caer en la cama. No empezó a quitarse la ropa automáticamente, lo cual era bueno. Significaba, sorprendentemente, que tenía cierta noción de los límites. No mucha, pero me conformaba con lo que fuera.

—Sé que no tengo mucho aquí —dije—, pero tengo Netflix.

—Ah, ya veo por dónde vas.

—¿Qué quieres decir?

—Netflix. Entiendo la palabra clave, tío.

—¿Qué palabra clave?

—Ya sabes. Quieres hacer un «Netflix and chill», ¿a que sí?

Enarqueé una ceja, sobre todo porque era la cosa más tonta que había oído en mi vida. Lo único que me pareció más tonto aún fue que de verdad pareciera creer que podía engañarme con tanta facilidad.

Entonces Kayden se quitó la camiseta por la cabeza y la tiró a un lado, revelando ese físico perfectamente esculpido. Sabía que su contención no duraría para siempre… o más de cinco minutos. Tendría que hacer acopio de fuerza de voluntad por los dos.

—Vuelve a ponerte la camiseta, Kayden.

Se quedó helado, con cara de asombro. Luego cogió la camiseta, pero no se la puso.

—Erik —dijo—. Tío. No ibas en serio cuando dijiste que no volverías a follar conmigo hasta que…

—Iba en serio, tío. Tengo que protegerme.

—Pero no puedes resistirte para siempre. Mírate, tienes un empalme que no veas.

Señaló hacia mi entrepierna. Bajé la vista. Ningún empalme.

—Puedes discutir conmigo todo lo que quieras. Me mantengo en mis trece.

Esperé a que asomara una mueca de frustración en la cara de Kayden. Me lo imaginé tirándose de los pelos y gritando como un loco porque lo estaba volviendo majara. No sucedió nada de eso, lo cual me pareció una pequeña bendición.

Kayden echó un vistazo a la habitación, dubitativo, pero yo sabía que tenía mucho que decir.

—¿No sabes que empezar una relación tendrá consecuencias? —preguntó—. Es decir, la gente se va a enterar.

—No si lo mantenemos en secreto.

—Lo digo en serio, Erik. Todo el equipo se enterará. Quizá todo el instituto.

—¿Y qué?

Sus ojos se abrieron solo un poco.

—Creo que es más grave de lo que tú piensas —dijo—. Y me preocupa cómo reaccionarán los chicos.

—¿Por qué te importa lo que piensen?

—Un momento, para el carro. ¿Cómo no me va a importar lo que piensen?

—Si tenemos una relación, es asunto nuestro y de nadie más.

—Claro —dijo Kayden—. Así que no tienen por qué saberlo.

—Pero la cuestión es que no deberíamos tener que escondernos. No deberíamos sentirnos avergonzados.

Kayden no respondió.

No pretendía ser tan pesado. De verdad que era así como me sentía. Por otro lado, no podía negar que tenía razón. Por supuesto

que había pensado en esas cosas. El mundo estaba en un lugar mejor ahora, incluso para los atletas, pero siempre habría detractores. Podríamos incluso perder amigos por ser nosotros mismos. Aunque quería pensar que merecería la pena.

—¿Quién sabe? —pregunté—. A lo mejor lo han sabido todo este tiempo.

—Ni de coña.

—Sabes que tarde o temprano tendremos que dar un paso como este, ¿verdad?

Se encogió de hombros como si lo supiera, pero probablemente odiara admitirlo.

—¿Es que no quieres una relación? —pregunté—. ¿O solo te importo por el sexo?

En el fondo, sabía la respuesta. No habría presionado para tener una relación si de verdad pensara que nunca lo aceptaría. Quería que mi compañero de equipo al menos lo pensara. Si no lo empujaba, seguiríamos a la deriva, sin ir a ninguna parte.

Kayden se levantó y se paseó por la habitación, poniéndose finalmente la camiseta. Que no hubiera salido de allí hecho una furia me pareció una pequeña victoria.

—No sé lo que quiero —dijo.

Hice una pausa, preocupado por que esta conversación no fuera en la dirección que yo quería.

—¿Así que ni siquiera estás abierto a ello?

—Nunca he dicho que no esté abierto a ello. Probablemente sea el siguiente paso para nosotros, ¿no? Solo que no estoy seguro de cómo hacerlo.

—¿Por qué darle tantas vueltas? No es romántico. Solo déjate llevar.

—No puedo simplemente dejarme llevar, Erik. Ya lo sabes.

—¿Cuál es tu mayor problema? ¿Lo que pensarán los chicos del equipo?

—Los chicos..., y todo el mundo, en realidad. Pensarán que les he estado mintiendo. No sabré qué decir a nadie al respecto.

—No tienes que decir nada.

—Sí que tengo. ¿No lo entiendes? Aunque la reacción no sea tan mala, querrán respuestas a demasiadas preguntas. Si no decimos nada, van a seguir presionándome para que suelte prenda sobre todo.

—¿Como qué?

—Las tías, tío. Ya sabes el tiempo que le dedican los demás a ese tema. Si nos ven juntos todo el rato y ninguno de los dos va detrás de ninguna chica, entonces sabrán que pasa algo.

No quería darle la razón, pero también entendía a qué se refería. Los tíos en nuestra situación no suelen tener problemas para encontrar chicas disponibles. No digo que se nos tiren encima, pero ya me entiendes. Pasar de unas cuantas es una cosa. Ignorarlas por completo y no separarnos ni a sol ni a sombra podría tomarse como una señal de alarma.

Quizá.

¿Pero y qué? No tenía por qué importarnos lo que pensaran los demás. ¿Pero podía decirle eso a Kayden? Creo que ambos sabíamos la respuesta. Si quería convencer al que podría ser mi novio de que lo intentáramos, tenía que andar con pies de plomo con los temas delicados.

—Es que una vez que la pasta de dientes sale del tubo, no se puede volver a meter —dijo.

—¿A qué te refieres?

—O sea, que una vez que se sabe, se sabe. No hay marcha atrás. Sabrán quiénes somos y no podremos cambiarlo.

—¿Pero por qué íbamos a querer cambiar quiénes somos?

Hizo una pausa. Ambos sabíamos la respuesta, pero ninguno de los dos quería decirla.

—Mira, no te estoy pidiendo que hagas un gran anuncio —dije—. Solo quiero que al menos lo intentemos. Tenemos el potencial para algo increíble aquí. No puedes negar eso.

Solo entonces me di cuenta de que mi dedo lo estaba señalando directamente. Eso significaba que tenía el control de la conversación, ¿no? Agachó un poco la cabeza. Normalmente, Kayden se mostraba chulito y seguro de sí mismo, pero ahora parecía avergonzado. No

dijo que estuviera de acuerdo conmigo. Yo ya lo sabía. Pero ¿por qué tenía que ser tan jodidamente cabezota?

—No quiero perderte —dijo.

Su voz sonó neutra, como si no pudiera permitirse que ninguna emoción se trasluciera. Demasiado tarde para eso, porque no podía decirlo sin que el miedo y la tristeza le afloraran en toda la cara.

—No vas a perderme —dije.

—¿Y cómo lo sé?

—Eres un hueso duro de roer, Kayden, pero he visto tu lado tierno. Sé lo que hay en tu corazón.

—Pero...

—No estoy intentando ponértelo difícil. Quiero asegurarme de que quieres algo más de mí que solo mi cuerpo.

—*Claro* que quiero más de ti. ¿No habíamos dejado eso claro ya?

—Y yo quiero que tengamos el futuro que sé que podemos tener.

—Yo también. Es solo que...

—Tienes miedo.

Sus ojos se abrieron de golpe. Probablemente me habría soltado un puñetazo, ya sabes, si se lo hubiera dicho en los días previos a no querer perderme.

—No tengo miedo —dijo.

—Entonces estás cagado de miedo.

Puso los ojos en blanco. No era momento para bromas. Obviamente, quería meterme eso en la cabeza. Tenía que hacer algo para aligerar el ambiente, pero, de todos modos, solo había estado bromeando a medias. Mentiría si dijera que la idea no me ponía tenso a mí también. Pero no podíamos tener miedo de ser nosotros mismos. Teníamos que plantarle cara al miedo.

—Lo único que te pido es que nos des una oportunidad —dije—. Solo inténtalo.

—Y si lo hago, ¿no...?

¿No qué? ¿No le daría la espalda? ¿No le diría a todo el equipo lo nuestro? ¿No le negaría el sexo durante la próxima década?

No iba a presionarlo para que respondiera, al menos no en este momento. Si hubierais podido ver lo vulnerable que parecía Kayden en ese instante, lo entenderíais perfectamente. La única promesa

que podía hacer era que creía de verdad que teníamos un futuro brillante juntos. No me preguntéis por qué. Simplemente lo sabía.

Kayden mantuvo la cabeza gacha sobre los puños cerrados, con los ojos también cerrados. Esto debía de volverlo loco, pero sabía que no podía huir de ello.

—Vale —dijo—. Lo haré.

—¿Vas a darle una oportunidad a una relación?

Asintió, me rodeó con los brazos y me besó en los labios. Luego apoyé la cabeza en su pecho.

—Te quiero —dije.

No lo había planeado. Las palabras se me escaparon de la boca antes de que pudiera retenerlas.

Kayden permaneció en silencio.

28

KAYDEN

—¡Ocho! —gruñí, con los dientes apretados, y levanté la barra de mi pecho. Erik estaba de pie junto a mí, con los dedos curvados justo debajo de la barra—. ¡Nueve!

Mantuve la barra en alto, sintiendo la tensión —y el agotamiento — en los músculos. ¿Tenía fuerzas para hacer una repetición más? Desde luego que sí, pero aguanté todo lo que pude. La barra pesaba cuatrocientas libras, con cuatro discos de cincuenta libras a cada lado. Era ahora o nunca. Bajé las pesas hasta el pecho y apreté los párpados con fuerza. Debía de tener la cara como un tomate, pero tenía que hacerlo. Ni de coña me iba a rendir a falta de una repetición.

Por un momento, pensé que los brazos me iban a fallar y que ciento ochenta kilos de acero me aplastarían. Sería un titular interesante, ¿a que sí? —ESTRELLA DEL HOCKEY APLASTADO POR SU PROPIA BARRA—. Ni siquiera recordarme a mí mismo que era Kayden Preston, y por tanto prácticamente Superman, me infundió demasiada confianza.

—Vamos, cariño, tú puedes —dijo Erik.

Eso fue la puntilla. Casi se me cayeron las pesas encima, pero no por las razones que os imagináis. *Odiaba* que me llamara cariño.

Desde que empezamos a salir, me había llamado así demasiadas veces y, por mucho que lo corrigiera, no parecía que fuera a parar.

¿Y por qué iba a hacerlo? Esa acción era tan típica de Erik. Y casi me hizo perder el control de las pesas. Esa habría sido mi excusa, de todos modos. Cuando el acero me tocó el pecho, intenté levantarlo, pero no pude. ¡Oh, mierda! Esperé a que Erik me ayudara a subir la barra…, pero no lo hizo. ¡El tío se quedó ahí plantado!

—¡¿Quieres quitarme el peso de encima ya?! —gruñí—. ¡Joder!

Mi novio reaccionó como si hasta ese momento hubiera estado echando una cabezadita. Entonces se inclinó, me ayudó a subir la barra y la colocó de nuevo en el soporte.

¡Uf! Por los pelos. Me quedé tumbado en el banco un momento, procesando el hecho de que casi me había aplastado y sopesando si hacer lo mismo con el cráneo de Erik.

Cuando me incorporé un poco, me encontré a Erik de pie frente a mí con la mano extendida. Se la acepté y tiró de mí para ponerme de pie.

—La próxima vez, será mejor que te limites a levantar solo trescientas libras —dijo.

—Y la próxima vez, será mejor que no te quedes dormido. Y deja de llamarme cariño, ¿quieres? Ya sabes lo mucho que lo odio.

—¿Cuál es el problema, cariño? No hay nadie en el gimnasio para oírme llamarte cariño, cariño.

—Ya estás otra vez.

Esbozó una de esas sonrisas pícaras que decían que le encantaba volverme loco. Esa mirada me habría molestado un montón si no fuera el doble de sexi.

—¿Y por qué no debería llamarte así? —preguntó—. Llevamos un tiempo juntos y todo va genial.

—Eso no significa que debas llamarme con alguna estupidez.

—¿Por qué no?

—Yo no te llamo ninguna tontería.

—Pero seguro que te gustaría.

—¿Cómo crees que podría llamarte?

Me quedé helado, dándome cuenta de que había abierto la caja de Pandora.

—Puedes llamarme bombón —dijo—. Dios del sexo. El rey de los tíos buenos del mundo entero.

—Eso te subiría demasiado el ego. —¿Qué tal si me llamas «tete»?

—Cualquier cosa menos eso.

—¿Qué tiene de malo «tete»? Es mono. Mucha gente le pone ese apodo a su amor.

—Esa es la cuestión. Está demasiado visto. Y es estúpido.

—Entonces, ¿cómo quieres que te llame? ¿Bollito?

—¿Qué tal nada? Solo Kayden. ¿Puedes con eso?

Me arrugó la nariz como si yo fuera un aguafiestas. Que quede claro: soy la leche de divertido, pero hay ciertas cosas que no paso, como los motes ridículos. Y gracias a Dios que no había nadie cerca para oír los otros apodos cariñosos y ridículos que había usado.

Aunque Erik había tenido razón en una cosa. El tiempo que habíamos estado juntos había sido genial. El sexo había sido increíble y no corría peligro de volverse monótono. Además, no había pensado en chicas en todo este tiempo. Tampoco había pensado en ningún otro chico que no fuera Erik, pero habría esperado al menos fijarme en algún culo que otro. Debería haber anhelado el contacto de una mujer. Pero hasta ahora, nada.

La temporada de hockey había seguido su curso, los Larkin Lions lo habían petado y nos habíamos convertido en serios candidatos a ganar el campeonato nacional de la Tercera División. La asistencia a los partidos en casa se disparó. Nuestra pequeña universidad recibía ahora más atención mediática de la que estaba acostumbrada. Seré sincero: yo tampoco estaba acostumbrado a ese tipo de atención. La gente incluso me reconocía por la calle. La exposición a los medios deportivos nacionales era algo gordo y resultaba un poco intimidante, incluso para mí.

Hasta el momento, nadie había hecho preguntas sobre Erik y yo. Y mejor que así fuera. Necesitaba ese tiempo para hacerme a la idea de tener novio… y de pensar en él en esos términos. Los motes tendrían que esperar.

Después de terminar con el press de banca, hicimos curl con mancuernas, y no pude evitar admirar a Erik en el espejo que tenía

delante. Podría acostumbrarme a eso.

Luego nos subimos a cintas de correr contiguas, empezamos despacio y fuimos aumentando el ritmo. Me incliné y le eché un vistazo al culo perfecto de Erik. Daba igual el tiempo que hubiéramos pasado desnudos juntos, mi novio seguía estando increíble en pantalones cortos, dejándome con un hambre insaciable.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo.

—¿El qué?

—¿Cuándo se lo vamos a contar a todo el mundo?

Me giré hacia él, fingiendo no saber de qué estaba hablando. No me digas que no harías lo mismo si te vieras entre la espada y la pared.

—Vamos —dijo, como si intentara sonsacarme una respuesta—. Conozco esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa que haría cualquier cosa por escaquearse incluso de tener esta conversación. —No me estoy escaqueando de nada.

—Sí que lo haces. No soy tonto. Ya hemos pasado por esto antes.

Aumenté la velocidad de la cinta y empecé a correr a un trote ligero. Erik me igualó, como para no ser menos.

Tan típico de Erik.

—No sé por qué tenemos que hacerlo —dije—. No creo que nadie se haya dado cuenta.

—Que se hayan dado cuenta o no es lo de menos. La cuestión es que tarde o temprano deberían saber lo nuestro.

Probablemente habría salido corriendo en dirección contraria si hubiera podido. Llevaba con Erik el tiempo suficiente para saber que nunca podría librarme de estas conversaciones quedándome callado. Era persistente y seguiría sacando el tema hasta que yo cediera y lo abordara.

—La verdad es que no creo que sea una gran idea —dije.

—¿Por qué no? Y no me digas que es porque somos jugadores de hockey o que todo el mundo se volvería loco. Los medios deportivos nacionales nos vigilan todo el tiempo. ¿No te das cuenta

de lo genial que sería que lo supieran? Piensa en cómo se vería. ¡Novios en el mismo equipo del campeonato!

Se me hizo un nudo en la boca del estómago. Acababa de caer en la cuenta, pero no podía dudar en responder. Erik se abalanzaría sobre eso.

—Esa es parte de la razón, ca… bueno, quiero decir, Erik.

Sonrió ampliamente, como si el nombrete fuera contagioso.

—Sabes la distracción que eso supondría para el equipo, ¿verdad? —pregunté.

—Lo sabía.

—¿Sabías el qué?

—Sabía que ibas a decir que era una distracción para el equipo.

—No, no lo sabías.

—Sí. Podría haber terminado la frase por ti.

Tenía que admitir que probablemente tenía razón. Es que conocía a Erik mucho mejor que al principio de la temporada. El sexo constante con el mismo tío le hace eso a uno. También significaba que le seguiría la corriente en cosas que normalmente no haría. Pero ni de coña podía admitir que tenía razón. Me estaría fallando a mí mismo.

—Pero es la verdad, ¿no? —pregunté.

—Me encantaría oír cómo va a arruinar ahora nuestra oportunidad de ser campeones.

—Nunca he dicho que fuera a arruinar nuestras oportunidades de ganar el campeonato. He dicho que sería una distracción. Hay una diferencia. Y *es* una distracción que podría llevarnos a perder la oportunidad de ser campeones. Solo tienes una bala para esto.

—¡Pero piensa en la publicidad que conseguiremos!

—Sabía que ibas a decir eso.

Lo señalé con el dedo para recalcar lo que decía.

—Oh, venga —dijo—. Qué va.

—Oye, si tú puedes terminar mis frases, entonces yo puedo terminar las tuyas.

Él sonrió, negó con la cabeza y aumentó la velocidad de la cinta de correr.

Realmente conocía a Erik tan bien como él a mí. Eso significaba que sabía que esta conversación no había terminado solo porque se hubiera quedado en silencio por un segundo, o por una hora. Siempre contraatacaba justo cuando pensabas que estabas a salvo y de la forma más irritante posible.

Cuando nos bajamos de las cintas, cogimos un par de toallas y nos secamos la cara antes de dirigirnos a la ducha. Mucho más tiempo mirando su culo sin quitarle esos pantalones cortos me habría vuelto loco.

Cuando se quitó los pantalones, dejando su culo al descubierto, me quedé con la boca un poco abierta como si lo viera por primera vez. Se me aceleró el pulso y me sentí tenso por todas partes. Una parte de mí quería follármelo allí mismo.

Mis ojos prácticamente se pegaron a su trasero mientras lo seguía a la ducha. Nos pusimos bajo alcachofas contiguas. Como las duchas estaban tan vacías como el gimnasio, teníamos vía libre para examinarnos el cuerpo desnudo mutuamente y aprovechar para tocarnos el culo.

—Tal como yo lo veo —dijo—, la verdad va a salir a la luz tarde o temprano. Más nos vale hacerlo a nuestra manera.

—Sí, bueno...

En ese preciso momento me di cuenta de que me había quedado sin argumentos. Ninguno bueno, al menos. Podría haber dicho: «*Sí, bueno, pues no me gusta*», y habría parecido menos estúpido.

—Sabes que el entrenador Hardison podría tener algo que decir al respecto —dije.

—No es asunto suyo.

—Pero es su equipo. Cualquier cosa que distraiga a este equipo de hockey de su único objetivo *sí* que es asunto suyo.

Erik no negó con la cabeza esta vez. Sabía cómo funcionaba el equipo, pero me llevaría la contraria de todos modos. Por supuesto que lo haría. Era Erik De Ruiter. Por otro lado, entendía la poca razón que pudiera tener. Se nos permitía tener vida personal.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Erik—. ¿Echarnos del equipo? No lo creo.

—No te confíes tanto, cariño..., eh, quiero decir, tío.

A Erik se le escapó una sonrisa. Joder.

—Nadie en nuestro equipo es intocable. Dejó ese punto bastante claro y no creo que estuviera de broma.

—Somos los capitanes de su equipo y estamos metidos de lleno en los playoffs. Ni de coña va a pasar.

—No creo que debamos poner a prueba esa teoría.

—¿En serio?

—No, es que yo tengo algo de sentido común.

Mientras observaba cómo el agua se deslizaba por el cuerpo desnudo de Erik, regresó aquella hambre insaciable, y supe que no podría resistirme por mucho tiempo. Como no había nadie más en el gimnasio ni en las duchas, no podíamos dejar pasar la oportunidad. Me acerqué a Erik y me metí con él bajo el chorro de su ducha, con nuestros pechos rozándose.

—¿Hay suficiente agua para los dos? —pregunté.

—Ya sabes que siempre la hay.

Nuestros labios se encontraron. Nos besamos con la boca abierta mientras el agua caía sobre nuestras cabezas y nuestras pollas duras se rozaban con las piernas del otro. Eso bastó para que la conversación se detuviera, pero yo era lo bastante inteligente como para saber que no desaparecería para siempre.

29

ERIK

Para que conste, no me quedé sopa mientras Kayden hacía press de banca con ciento ochenta kilos, como él dijo. Simplemente perdió el control de la barra tan rápido que no pude reaccionar a tiempo. Vale, tuve un lapsus mental. ¿Contento? Sí, sí, sí, tengo que estar al loro por motivos de seguridad. Pero mira la otra cara de la moneda. Le dije desde el principio que ciento ochenta kilos era demasiado para intentar levantar. Que se ciñera a ciento cuarenta. Pero Kayden no me hizo caso. Tenía que hacerse el héroe y el levantador de pesas olímpico. Menuda sorpresa, joder.

Sí, le pregunté sobre lo de contárselo a los chicos. Y volvería a hacerlo. Eso no es cambiar las reglas del juego, por mucho que mi novio quisiera tergiversar las cosas. Puede que esta vez no me hubiese acusado de eso, pero sabía que lo estaba pensando. Mira, no empecé una relación para tener que ocultársela a todo el mundo. Solo quería ser normal y abierto, como cualquier otra pareja.

Habíamos pedido una pizza de La Nova a su casa porque, una vez más, su compañero de piso no estaba. Las pizzas de La Nova son contundentes, pero podíamos con ellas sin problemas, gracias a toda nuestra actividad física, tanto dentro como fuera del hielo. Kayden, todo hay que decirlo, se mantenía centrado al máximo en el

hockey y en ganar, y el sexo constante no parecía frenarlo. Mantener ese ritmo no era tarea fácil, pero tenía que bajar la marcha en algún momento, y este era uno de esos momentos.

Sentados frente al televisor, veíamos Netflix con una caja de pizza abierta en la mesa que teníamos delante. Nos habíamos hundido en los cojines del sofá, acurrucados en los brazos del otro, besándonos con los labios pringosos.

Estos momentos tampoco solían terminar solo con besos. A ver, los achuchones podían desembocar en sexo o quizá solo nos quitábamos la ropa y nos magreábamos. En este caso, sentí la mano de Kayden buscarme la entrepierna, lo que me puso la polla dura, pero no tenía prisa por quitarme la ropa. Le apreté y amasé el empalme a Kayden a través del pantalón de chándal, avivando su fuego, mientras él me besaba la mejilla y el cuello.

Podría vivir en momentos como este para siempre.

—Te quiero —dije.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

Y siguió besándome, no exactamente como si no hubiera dicho nada, pero casi. Le solté el empalme, aparté su mano de mi entrepierna, me incorporé y encendí una luz.

—¿Qué coño, tío? —Kayden sonaba como si se acabara de despertar de una siesta.

—Mira, tenemos que hablar.

—Esto va a ser sobre contarle a todo el mundo que nos tiramos los trastos a la cabeza, ¿a que sí?

—No, no es eso, pero es una forma de decirlo muy poética, ¿no crees?

Cerró los ojos y se levantó. Hasta Kayden sabía cuándo un polvo ya no entraba en los planes, pero eso no evitaba que una erección se marcara en la parte delantera de sus pantalones.

Aparté la vista de su entrepierna para no sucumbir a ningún impulso. Tengo mucha fuerza de voluntad, pero sigo siendo humano.

—Si no es eso —dijo—, ¿entonces cuál es el problema?

—El problema es que acabo de decirte que te quiero.

—Eso no es un problema. Ya lo has dicho antes.

Apreté los dientes. A veces no sabía si mi novio intentaba ser asombrosamente obtuso, si se esforzaba en ello o si la tontería le salía de forma natural.

—Ya sé que te lo he dicho antes —dije—. Un montón de veces. El problema es que nunca te he oído decirlo a ti.

—Por eso me gano algún premio, ¿no?

—El premio al Cerdo de Plata, quizá.

—Venga, sé bueno.

—Nadie da premios a los lisiados emocionales.

—Venga, tío. Hace falta mucha contención para no haberlo dicho todavía.

De nuevo, me remito a mi pregunta anterior sobre si su tontería le salía de forma natural. Incluso me pregunté si había dicho una estupidez solo para cambiar de tema. Ya sabes, para que yo estuviera demasiado ocupado intentando descifrarlo.

—Solo digo que ya me he abierto en canal un montón de veces —dije—. No debería costar tanto que tú también lo dijeras.

—Dios, ¿no te suena de algo?

—Espera, ¿es otra queja sobre que cambio las reglas a mitad de partido?

—No, he tenido novias que decían la misma estupidez.

—¿El qué? ¿Que eres un fiambre sin profundidad emocional?

—No, lo del amor. Y cállate.

Agitaba las manos al hablar como si lo hubiera descolocado.

—Entonces voy por buen camino —dije—. Y no es una estupidez, Kayden. Es algo muy importante en cualquier relación. A la novia que tuve en Canadá le decía todo el tiempo que la quería.

—Pero ¿de verdad la querías?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿por qué no estás con ella ahora mismo?

—Porque nosotros… bueno… ¡no sé!

Me puse de pie y empecé a caminar de un lado a otro. ¿Acaso era porque ya no estaba ganando la discusión?

Era típico de Kayden desviar la conversación, sobre todo cuando lo tenía contra las cuerdas. Peor aún, esta vez tenía parte de razón.

Había estado enamorado de ella, al menos en su momento. Las cosas cambian. La gente cambia. A veces estamos destinados a tomar caminos diferentes y acabar con personas diferentes.

Quizá incluso de sexos diferentes, me dijo mi voz interior.

De hecho, si me hubiera quedado con ella, era casi seguro que Kayden y yo nunca nos habríamos encontrado. Y podría haber jugado al hockey en otras universidades. Quizá fue el destino lo que me trajo a Buffalo, pero no podía decirle eso a mi novio. Él no pensaba en esos términos. Mi amor por Kayden parecía más intenso y poderoso que el que sentía por mi exnovia, pero tampoco podía mencionarlo. Sí, lo pillaba, era un jugador de hockey, pero yo también lo era. Algunos somos capaces de tener sentimientos *y* expresarlos libremente.

—Todo el rollo del «te quiero» está sobrevalorado, ¿no crees? —preguntó.

—¿Se te ha ido la olla?

—Qué va, tío. Una cosa es decirlo y otra muy distinta es demostrarlo. Es lo único que digo.

Ahora me daba vueltas la cabeza. Kayden actuaba como si aquello tuviera más sentido que cualquier otra cosa en el mundo. Gracias a Dios lo conocía demasiado bien como para tragarme esa milonga.

Quería darle la espalda. No podía dejar que viera la decepción en mi cara. Podía ser un auténtico grano en el culo. Y sabía lo que estaba a punto de decir. Iba a decirme que no estaríamos discutiendo si yo no hubiera sacado un tema que no importaba.

—Sabes —dijo—, si no hubieras sacado todo el tema del amor, no estaríamos discutiendo ahora mismo. Tampoco es que sea para tanto.

¿Ves? Prácticamente podía leerle el pensamiento.

—No tienes por qué hacerlo sonar como si fuera una molestia, Kayden.

—Perdona, pero eres un jugador de hockey. Se supone que no debes ponerte moñas. ¿Crees que los demás del equipo les echan la bronca a sus novios por no decirles lo suficiente que los quieren? ¡Buf!

—Los demás del equipo no tienen novio. Al menos, que sepamos. ¿Y de qué estás hablando? No me has dicho que me quieres ni una sola vez.

—Pero sabes lo que siento.

Lo dijo como una afirmación, no como una pregunta retórica, como suelen hacer los tíos como él. Sin embargo, esa afirmación era igual de peligrosa.

—A lo mejor no lo sé. A lo mejor para ti solo soy un trozo de carne.

Ahora lo decía más que nada para desafiarlo. Si él quería ser un gilipollas insufrible, yo podía serlo igual de difícil.

—El problema es que sé lo que siento —dijo Kayden—. Sabes lo que siento, pero es difícil soltarlo sin más.

—¿De qué coño estás hablando? Lo dices a todas horas.

—No te sigo.

—Se lo dijiste a Ryan Detenbeck una vez después de una victoria.

—¿Y qué?

—Y se lo dijiste a Braxton Wilson.

—Eso no es nada.

—¿Nada? Le diste una palmada en el culo después de decírselo. ¡Por el amor de Dios, si hasta le dijiste al entrenador Harrison que lo querías un día después de entrenar!

—¿Lo hice?

—Sí, lo hiciste. Créeme, me di cuenta.

—No te diste cuenta. Llevaste la cuenta.

—Llámalo como quieras, cariño. Sigues sin poder decírmelo a mí.

Ahora los ojos de Kayden se abrieron como platos y se pasó los dedos por el pelo como si lo hubiera llevado al borde de la locura. Lo siguiente sería salir furioso de la habitación, diciéndome que no era nada, que podría decirlo cuando quisiera. Pero yo sabía que no era así.

A los tíos como él hay que desafiarlos. Sabía lo que hacía.

—Es porque tienes miedo, ¿verdad? —le pregunté.

Kayden, que se había girado a medias, se volvió bruscamente hacia mí y vi el fuego creciente en sus ojos.

—¿Por qué contigo todo se reduce siempre al miedo?

—No has respondido a mi pregunta, cariño. Y además, siempre has dudado una barbaridad antes de cada nuevo paso en esta relación. No lo harías si no estuvieras aterrorizado en el fondo.

—Eso no significa nada.

—Sí que significa. Significa que, con cada hito, te acercas más y más al punto de no retorno.

—Ahora estás diciendo ridiculeces.

—No, no lo hago. Si no estuvieras muerto de miedo, a estas alturas no habrías tenido ningún problema en soltarlo sin más.

—Cállate y cómete la pizza, ¿quieres?

Kayden había perdido la discusión. Esa era la señal inequívoca. No lo admitiría ni sacaría la bandera blanca. Por supuesto que no. Era Kayden Preston. En lugar de mostrar un ápice de humildad, zanjaba la conversación y no ofrecía más defensa, como si seguir dialogando estuviera por debajo de su dignidad.

La discusión podría haber terminado, pero mis preocupaciones seguían vivitas y coleando. Por un lado, no podía quejarme. Habíamos tenido una gran relación de un modo u otro. Ya superaba la relación que había tenido con mi exnovia en Canadá, tanto en términos de sexo como de intensidad. Por otro lado, yo quería abrazar el futuro que podíamos tener. Esa había sido siempre mi razón para «cambiar las reglas del juego», como a Kayden le gustaba decir. Era capaz de volverse complaciente.

Pero ¿cómo podíamos tener un futuro si Kayden no estaba disponible emocionalmente?

30

KAYDEN

Mira, nunca he sentido la necesidad de dar explicaciones hasta que Erik De Ruiter entró en mi vida. Amor. *Amor*. Es solo una palabra. Cuatro letras de nada, ¡joder! Ah, sí, ha habido chicas que me han dicho que me querían. Y yo a ellas tampoco se lo he dicho. Montaron un buen pollo por eso, pero nunca llegamos a tener ninguna discusión ridícula. Esta vez, *sí* que tuve una discusión ridícula con Erik. Solo eso ya debería haberle bastado para saber que era especial.

Vale, eso ha sonado fatal. Solo digo que, a diferencia de mis exnovias, con él al menos estuve dispuesto a explicarle el porqué. *Me abrí* a él.

Pero ni así lo pilló.

Llamadme cerdo si queréis. Me da igual. Soy jugador de hockey y no me paso el día dándole vueltas a mis sentimientos. Siento si pensaba que Erik era igual. Sea como sea, sabía que la cosa no había acabado.

El hielo, antes de que empiece el entrenamiento, nos ofrece un tipo especial de tiempo a solas. Los dos patinamos por la pista de un lado a otro, lanzando a porterías vacías antes de encontrarnos en el centro.

Dios, estaba guapísimo. No tenía ningún problema en decírselo y él sonreía como si fuera un piropo exagerado. Y yo sentía por él algo más fuerte que por nadie con quien hubiera estado antes. Pero ponerlo en palabras era otro cantar.

Nos besamos, sobre todo porque quería aprovechar cualquier contacto físico que pudiera antes de que llegaran los demás. Había algo en rodear a Erik con los brazos sobre el hielo, con toda la equipación puesta, que también me atraía. Lo habría convencido sin dudarlo para follar en el hielo si no fuera porque se nos habría congelado el culo.

En fin, nuestra discusión sobre la palabra con A se me había quedado grabada. No había dejado de pensar en ello y quería aclarar las cosas, y yo soy de los que sueltan lo que piensan sin rodeos.

—No es que no te quiera —dije—. Lo sabes, ¿verdad?

Erik se detuvo y respiró hondo, como si necesitara tiempo para encontrar una forma de endulzar un «*Pues no, la verdad es que no lo sé*».

—Venga, tío. Me estás matando.

—No es tan difícil, Kayden. Solo tienes que decirlo. Te quiero. ¿Ves? Acabo de hacerlo.

—Entiendo lo que dices, pero…

—Te quiero. Mira, lo he vuelto a hacer. Puede que pierda el control con tanto amor en mi corazón.

—A ver, si pudieras…

—Te quiero. Te quieeeeero. Mil veces, ¡¡*te quiero*!!

—Joder, tío, ¿puedes mantener una conversación sencilla sin comportarte como un gilipollas?

—Lo haré si tú lo haces.

Me detuve y le sonreí con suficiencia. Quizá debería haber sabido que no debía intentar tener una conversación seria con él. Culpa mía, supongo.

Lancé unos cuantos discos por el hielo, y el sonido seco retumbó por todo el pabellón vacío. Rebotaron en las vallas. Quería decirle a mi novio que estaba demasiado distraído como para tirar con precisión, pero sabía que era mejor no hacerlo.

—Decir algo es bastante fácil si no lo sientes de verdad. —Me arrepentí de esas palabras al instante.

—No estarás diciendo que tú no lo sentirías de verdad, ¿no?

—Qué va. Solo digo que cuando la gente suelta esas dos palabritas, a lo mejor no está rebosante de emoción. Es solo algo que dicen. Ya sabes, como por obligación.

Erik se detuvo. A juzgar por sus labios fruncidos y su expresión severa, se lo estaba pensando. Tenía que saber que yo tenía razón, aunque fuera un canadiense demasiado cabezota para darse cuenta.

—Entonces, ¿estás diciendo que tú solo lo dirías por obligación? —preguntó—. Lo siento, no te sigo.

—No he dicho que fuera por obligación, tío. Solo digo que algunas personas no ponen suficiente sentimiento en las cosas que dicen. Yo quiero asegurarme de que cada cosa que sale de mi boca signifique algo.

Esa era la verdad, pero sabía que nunca le satisfaría. Volví a preguntarme si en Ontario echaban algo en el agua para que fuera tan absurdo.

Lanzó un disco a la portería y entró. No estaba mal para haber tirado desde tan lejos. Pero yo sabía que no lo hacía solo por practicar. Se ponía así cuando se frustraba, y el origen de su frustración no era ningún misterio.

—Puedo decirlo si quieres —dije—. Ya sabes, si eso te va a hacer sentir mejor y va a zanjar la discusión. No es como si se me fuera a caer la lengua. Te quie...

—¿Te avergüenzas de nosotros?

Aquello me dejó helado. Por lo visto, no soy el único que sabe leer la mente. No me gustaba nada el rumbo que estaba tomando esta conversación. No es que me arrepintiera de haber sacado el tema, pero sí que lamentaba totalmente haber dejado que las cosas se fueran de las manos.

—No me avergüenzo de nosotros —dije con los dientes apretados. Hasta yo me di cuenta de lo a la defensiva que sonaba.

—¿Ah, no? Si no te avergonzaras, ya habrías dejado que se lo contáramos a todo el mundo. Y un simple «te quiero» no sería un logro tan monumental.

—Joder, tío, por el amor de Dios.

—Y no estaríamos teniendo otra discusión más sobre esto.

Apreté las manos hasta formar puños. Iba a volverme loco antes de que tuviéramos la oportunidad de levantar el trofeo del campeonato.

—Esto te está matando, ¿verdad? —dijo.

—Y tanto que sí. Tienes suerte de tener el mejor culo del universo.

—No debería ser ningún problema de verdad —dijo—. A estas alturas, deberíamos poder ser abiertos sobre nuestros sentimientos. Y al menos deberíamos poder decirles a los demás que estamos juntos, solo para que lo sepan. Olvídate de los medios. No tenemos que gritarlo a los cuatro vientos.

—Te estás olvidando de las complicaciones. Para cada acción, hay una reacción. Es imposible saber cuál será esa reacción.

—Me parece bien.

¡Mierda!

Me sentí hincharme, como si fuera a estampar a Erik De Ruiter contra las paredes. Respiré hondo para calmarme. Que hablara con tanta seguridad empeoraba las cosas para mí. Podía soltarle una réplica, claro, pero él me machacaría con otra, y así sucesivamente. Peor aún, eso respaldaría el argumento absurdo de Erik, por muy equivocado que estuviera.

—Sé que ya dije antes que sería una distracción —dije—. No te estaba tomando el pelo. Y no sabes cómo van a reaccionar los tíos.

—Te repito que tenemos que estar dispuestos a correr ese riesgo.

—Te entiendo, pero tenemos un campeonato que ganar.

Aunque Erik me miró sin expresión, sabía lo que estaba pensando. Era como si hubiera dicho: *«¿Y qué coño importa?».* Era capaz de anteponer nuestra relación a ganar un campeonato.

Cuando me paré a pensarlo, me sentí como un gilipollas. No, espera, eso no está bien. Claro que habría puesto nuestra relación por encima de ganar. Si le hubiera dicho eso a mi novio, se habría burlado, porque está intentando hacerme quedar como un capullo insensible.

—Mira —dije—, me gustaría pensar que podemos tener las dos cosas.

—Quizá tú creas que puedes, pero te digo que tenemos que resolver esto rápido.

Por la expresión dura de Erik, supe que no bromeaba. A ver, esto no era normal para mí. Sí, mis novias me habían dado la matraca antes, pero ninguna había intentado llevar las riendas como él. Si Erik pensaba que iba a estar al mando de esta relación, la llevaba clara.

—Ya puedes quitar esa cara —dije.

—¿Qué cara? ¿Esta?

No habló con los dientes apretados como yo antes, pero no sonaba entusiasmado.

—Mira, entiendo por qué no estás contento —dije—. De verdad que lo entiendo. Pero no puedes presionarme tanto.

—¿No puedo?

Ahora Erik empezaba a sonar más como el chaval que me había robado la taquilla al principio de la temporada y menos como aquel con el que llevaba meses haciendo gimnasia sobre el colchón. Puede que no le hubiera aplastado el espíritu a ese chaval, pero vamos, que podría haberlo hecho si hubiera querido.

No le convenía tentarme.

—No, no puedes —dije yo.

—Sí que puedo. ¿Quieres saber por qué?

—Dime.

—Porque tengo el mejor culo del universo. Tú mismo lo dijiste.

—Ya sé que lo dije, pero…

Se inclinó, enseñándome todo el culo, y lo meneó. Después, su trasero se balanceó de un lado a otro como un péndulo.

Intenté no reírme, pero no quise delatarme tapándome la boca.

—¿Quieres parar de una vez? —le pregunté.

—Está bien, ¿a que sí?

—No es la manzana dulce y jugosa que suele ser.

Se dio unas palmadas en el trasero mientras continuaba con su seductor balanceo pendular. Y encima hacía ruidos de júbilo, solo para provocarme. Dios mío.

—No lo dirás en serio —dijo él—. Te mueres por meterme la polla en este culo, y lo sabes.

—Sabes que tu culo pierde parte de su atractivo cuando llevas los pantalones de hockey, ¿verdad?

En lugar de callarse y aceptar la derrota, ahora se golpeó el culo con ambas manos, luego se agarró las nalgas y se meneó un poco más. Se me escapó una carcajada y me tapé la boca con la mano antes de que pudiera acusarme de que algo me hacía gracia.

—Sabes que quieres esto —dijo—, y por eso te tengo bajo mi completo control.

Gracias a Dios que había hecho algo para romper la tensión. Pero eso no era todo. Nuestros compañeros de equipo salieron en tropel al hielo y vieron a Erik con el culo delante de mí mientras se lo palmeaba con ambas manos.

No pude evitar cubrirme la cara con las manos. Era demasiado.

Ryan Detenbeck patinó hasta mí. —Ni siquiera voy a preguntar de qué va esto.

—Probablemente sea una buena idea.

De momento, mi desesperado intento de control de daños no había arreglado nada. Habría esperado que una relación con un chico fuera diferente a lo que estaba acostumbrado con las chicas, pero me encontraba arrinconado en una esquina que me resultaba familiar.

¿Y si no podía librarme de esta? No es que quiera escaquearme de nada. Solo que podría costarme actuar como él creía que debía hacerlo.

Pero si no lo conseguía, ¿se quedaría Erik o se convertiría en un ex más?

31

ERIK

—Me vas a matar con esto —dije, mirando la lasaña y saboreando su aroma.

—Todo lo contrario —dijo Kayden—. Esto es bueno para ti. Te mantendrá en pie cuando tus niveles de energía estén a punto de irse a la mierda.

—Qué imagen tan bonita, Kayden. Bueno, Dios sabe que de verdad necesito tener las pilas bien cargadas. Hoy hemos ganado, pero todavía nos quedan más partidos antes de que ese trofeo de campeones sea nuestro.

Joder, solo decirlo me animaba el corazón. Vale, hora de confesarse: había soñado con ello constantemente, imaginando desde siempre cómo se vería y se sentiría ser campeón nacional. Habíamos currado muy duro toda la temporada, pero aún no podía creer que ahora fuera un tema de conversación real. Sin embargo, no quería gafarlo y actuar como si los partidos de los *playoffs* que nos quedaban fueran a ser pan comido. Eso sí que es una forma segura de fracasar.

Tenía que reconocérselo a Kayden. A pesar de todos sus defectos —y creedme, tenía miles—, sabía cómo hacerme sentir especial a su manera. Dicen que a un hombre se le conquista por el estómago,

pero la cena de lasaña de Kayden era algo más que comida y esfuerzo. Nos brindó la oportunidad de celebrar nuestra última victoria en privado como pareja, sin tener que incluir a todos los chicos.

También le dio a mi novio la oportunidad de despotricar sobre los próximos partidos, algo que finalmente había decidido que me pareciera encantador.

—Tienes que pensarlo así —dijo Kayden—. Los *playoffs* son una temporada completamente nueva. Todas las victorias que has acumulado en la temporada regular no significan una mierda. Tenemos que demostrar lo que valemos otra vez.

—Ya, pero estamos casi al final de los *playoffs*.

—Entonces piénsalo como un equipo de fútbol americano que vuelve al campo después del descanso. No importa lo abultado que fuera el marcador al descanso, tienes que pensar que es un partido a cero.

Por supuesto, tenía razón, solo que nunca se lo admitiría. Yo sabía todo eso y, aun así, no estaba de más recordármelo. La imagen de nosotros levantando el trofeo de campeones se coló en mi mente, una de tantas dulces ensoñaciones. Al principio, en la imagen salía yo levantando el trofeo para que lo viera el público. Entonces Kayden se me coló delante y lo agarró. Me reí un poco porque ni siquiera podía fantasear sin que Kayden intentara quedar por encima de mí.

Entonces borré esa imagen de mi mente. No podía pensar así, no con tanto en juego. No me atreví a compartirlo con Kayden porque se volvería loco. *Hay que ir partido a partido*, diría. Esa era una de las pocas áreas en las que nunca le llevaría la contraria.

Cuando por fin probé la lasaña, juré que había ido al cielo. Superaba incluso a su pollo a la parmesana, lo que consideraba una hazaña.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así? —pregunté.

—De mi madre.

—¿En serio?

—Ajá. ¿Pensabas que solo se me daba bien un plato?

—No, es que, por lo general, los chicos de nuestro equipo tienen suerte si saben cómo descongelar algo.

—Bueno, soy más polifacético de lo que pensabas, ¿eh?

—¿De verdad quieres que se sepa?

—Ni de coña, y no porque los chicos vayan a pensar que soy un blandengue. Van a esperar que les dé de comer a ellos también, y ya sabes cómo son sus apetitos.

—Buen punto.

Sabía lo que vendría después, lo único que podía seguir lógicamente a este momento. Cuando miré a Kayden al otro lado de la mesa, observando sus rasgos sexis, decidí que me parecía bien. Pero esta vez yo tomaría las riendas. A Kayden no tenía por qué gustarle.

Pasamos el resto del tiempo hablando de hockey, incluso desafiándonos con preguntas de trivial sobre hockey. Hasta que conocí a Kayden, nunca había conocido a nadie con tal dominio de la historia del deporte... quiero decir, entre los que no son canadienses.

Fue agradable poder disfrutar de la compañía del otro sin más. Ya sabes, el tipo de cosas que hacen las parejas de verdad, aunque Kayden hubiera dudado a cada nuevo paso. Aun así, sabía adónde se dirigían las cosas esta noche, e iba a ser ardiente. Pero podía esperar. Quería disfrutar del momento de relajación.

Después de que Kayden apurara la última gota de su vino, nos levantamos, nos cogimos de la mano y nos arrastramos hasta el sofá. Kayden se detuvo. Vi esa mirada en sus ojos. Tenía un hambre que ni su cena de lasaña podía satisfacer.

Hice una pausa y luego me acerqué más a él, sin apartar mis ojos de los suyos. Nos fundimos en un abrazo, pero sin manosearnos como cuando todo esto era nuevo. Tampoco hubo gruñidos ni gemidos. Nuestros labios se encontraron y mi lengua acarició la suya. Kayden sabía mucho mejor cuando nos lo tomábamos con calma.

Había aprendido a saborear cada instante de estos momentos tras ganar una muy necesaria experiencia entre hombres. Le rodeé la cintura con mis brazos, arañándole la espalda con las manos, y después apreté su pecho contra el mío. Sentí la erección de Kayden

presionar contra mi pierna. Metió la mano entre nosotros, me buscó la entrepierna y apretó mi miembro ya preparado. Gemí.

—Te gusta, ¿a que sí? —preguntó.

—Mmmhmmmmmm.

—Y sabes lo que te voy a hacer, ¿verdad?

—Tendremos que esperar a ver, ¿no?

Si Kayden pensaba que iba a tomar las riendas, lo llevaba claro. Aunque no me importaba que lo intentara. A veces, el reto lo hacía divertido. Salir victorioso lo hacía gratificante.

Levantó los brazos cuando le busqué la hebilla del cinturón y saqué la correa de las trabillas de un tirón. Mi intención era empujarlo al sofá y hacerle el amor salvaje y apasionadamente, pero no se dejó disuadir. Cuando lo besé, apartó sus labios de los míos para besarme la mejilla y la mandíbula antes de enterrar la cara en mi cuello.

La repentina sacudida de placer me hizo jadear. Eché la cabeza hacia atrás y sentí que se me doblaban las rodillas. Por un momento, pensé sinceramente que podría desmayarme. Sí, creía que podría tomar el control de la situación, pero Kayden hizo todo lo que estaba en su mano para demostrarme que tomar el control y mantenerlo eran dos cosas muy distintas.

Me agarró el culo con las manos, apretándose contra mí, y sentí cómo se me esfumaba hasta la última gota de fuerza de voluntad.

—Oh, Dios mío, te quiero —dije.

—Yo también te quiero, tío.

Un momento, ¿qué acababa de decir?

Por un instante, me pareció sinceramente que Kayden acababa de decir que me quería. Sí, *ese* Kayden. ¿Sabes?, ¿el grandullón tonto que no sabía expresar sus sentimientos ni aunque le fuera la vida en ello?

Pero eso no podía ser verdad. Este era el chico que básicamente había afirmado que su lengua sufría una parálisis temporal cuando se trataba de usar esa frase..., al menos cuando yo estaba de por medio.

—Espera —dije.

Kayden siguió besándome el cuello como si no hubiera dicho nada. Casi me arrastró de vuelta al mismo éxtasis onírico de antes. Pero no podía oír esas palabras y no hacer nada al respecto. Por lo que yo sabía, nunca volvería a decirlas.

—Para un segundo, ¿quieres?

Pero Kayden siguió, completamente inmerso en la pasión. Me sujetó a ella con él, como si intentara arrastrar a alguien bajo el agua consigo.

Finalmente, lo aparté. El hambre se encendió en sus ojos y parecía dispuesto a abalanzarse sobre mí en cualquier momento. Me tenía justo donde quería, pero no podía dejar que tomara el control después de lo que acababa de oír.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—Tú sabes lo que he dicho.

Se quedó helado, con la mirada perdida, como si *él* tampoco supiera lo que había dicho.

—Lo sé —dije—, pero se ha oído muy mal. Tenías la cara enterrada en mi cuello, por el amor de Dios.

—Te quiero.

—Sí, eso ha sido. ¿Puedes intentar decirlo otra vez?

—Te quiero.

¡Eso era! Ahora sabía cuál era el problema. Había dicho las palabras, sí, pero sonaban tan planas.

—¿Por qué has dicho eso? —pregunté.

—Porque lo has dicho tú primero… y porque esto se está poniendo muy caliente. Diré cualquier cosa si la temperatura sube lo suficiente.

Cuando bajé la vista hacia el potente bulto en los pantalones de Kayden, supe que había llevado a mi novio a su punto de ebullición, o a algo peor.

—Me lo temía —dije.

—Espera —dijo—. ¿Se te ha ido la cabeza? Pensaba que querías que lo dijera.

—Ya lo sé, pero...

Quería que lo sintieras de verdad, pensé. Pero ni de broma se lo iba a decir. Sabía de sobra que no debía estropear el momento. Tal y

como estaban las cosas, debí de haberlo frustrado.

—Y ni con esas te basta —dijo.

—No es eso. Es solo que, cuando lo has dicho..., no estaba seguro de si de verdad lo sentías.

—¿Que no lo siento? Anda, mira esto.

Con ambas manos, señaló hacia el empalme que aún no se le había bajado. Aparté la mirada. No era plan de arriesgarme a que la tentación ganara la partida.

—No hablo del sexo —dije—. Ya sé que la cosa está que arde.

—¡Y que lo digas! Menos mal que no tengo aspersores antiincendios aquí. Lo tendría todo encharcado.

—Lo único que digo es que las palabras han sonado un poco vacías. Cualquiera dudaría.

—Lo digo en serio, Erik. Deja de hacerte pajas mentales. No diría nada que no sintiera.

Solo que yo sabía que eso no era del todo cierto. Ya había habido que presionarle antes. Si no hubiera sacado yo el tema, probablemente no lo habría dicho en absoluto.

—No irás a montar un numerito por esto, ¿verdad? —preguntó.

—No estoy montando ningún numerito.

—Entonces, ¿por qué no retomamos donde lo dejamos?

Se acercó un poco más a mí y lo rodeé con mis brazos. Dios mío, el tío seguía duro como una piedra. Si no lo conociera, habría pensado que tenía un alijo de pastillas azules en el armario del baño. Me tumbó en el sofá y me hizo el amor como solo Kayden Preston sabía hacerlo.

Sí, dejé que él llevara las riendas en lugar de dominarlo como había planeado. Claro que fue bonito oírle decir esas palabras por fin, pero seguía sintiéndome insatisfecho. Como si..., ¿lo sentía de verdad o lo dijo por obligación?

32

KAYDEN

Antes de que penséis que soy un capullo sin sentimientos, escuchadme. Le dije a Erik que lo quería porque de verdad lo quiero. Obviamente, no me creyó. Mirad, algunas de las palabras más potentes y sentidas son las más difíciles de decir. Y sí, salieron de mi boca justo cuando nos dirigíamos como un cohete hacia un polvo de los buenos. Pero no es lo que parece. Lo dije cuando ya estaba todo el pescado vendido, no porque follar dependiera de ello.

Ahora mismo, casi puedo oír la voz de mi novio susurrándome al oído, dándome la matraca con que esa no es la cuestión y que decirlo en pleno arrebato de pasión no cuenta. Si Erik quisiera que me disculpara por cada estupidez que he dicho —o que no he dicho —, podríamos estar aquí un buen rato.

Por ahora, la forma en que lo había dicho tendría que valer. A ver, no digo que mi historial sea perfecto. He tenido mis momentos de mierda en todo esto. Hubo un momento del que no estoy orgulloso, cuando la realidad me golpeó de lleno.

La cosa fue así: los chicos fueron todos al Tully's, un bar de deportes a las afueras de la ciudad. Había oído que servían mejores

alitas que el Anchor Bar, el Duff's y el Gabriel's Gate juntos, así que tenía que averiguar si el rumor era cierto.

No había contado con la idea de que a los chicos también les parecería raro que Erik se separara de mi lado. Cuando mi novio se levantó para ir al baño, Ryan Detenbeck se deslizó en su taburete.

Al principio, no le di importancia. Solo iba a darme la chapa sobre el partido de la tele, nada del otro mundo.

Menuda sorpresa me esperaba.

—Entonces, ¿qué rollo os traéis De Ruiter y tú?

La música estaba tan alta que apenas oí la pregunta.

—¿De qué coño hablas?

Detenbeck se echó un poco hacia atrás, sonriendo y levantando las manos en señal de rendición.

—No hace falta que me arranques la cabeza, tío —dijo—. Solo es una pregunta.

Me metí en la boca un puñado de palomitas del cuenco que tenía delante, y luego otro. Su pregunta me había puesto de los nervios y necesitaba algo para calmarme. ¿Qué sabía él y cómo se había enterado? ¿Y por qué me lo preguntaba en medio de un bar?

Pero no podía no contestarle. Eso habría sido delatarme por completo.

—Lo siento —dije—. Supongo que te he entendido mal.

—No me digas.

—¿Qué querías decir?

—Nada, en realidad. Es solo que sois inseparables, como dos gofres que no se pueden despegar.

—Somos los cocapitanes del equipo. ¿No quieres que estemos unidos?

—Oye, que no he dicho que sea malo. Solo que me parece raro que un par de tíos a los que tuvimos que separar físicamente en el hielo se hayan vuelto como Mario y Luigi.

—Es hockey, tío. Los ánimos se caldean. Se nos fue un poco de las manos.

Se encogió de hombros. —Pero no puedes culparme por darme cuenta —dijo—. Pasáis juntos una barbaridad de tiempo. Pensé que a lo mejor os dedicabais a esconder el salchichón o algo.

—¡Pues no lo hacemos!

Detenbeck levantó las manos en señal de rendición, pero esta vez sin sonreír. Fue inteligente. Significaba que sabía que por poco se había librado de un puñetazo.

También significaba que yo era un exaltado sin autocontrol, algo que mi novio habría señalado si no se hubiera ido. Así que cerré los ojos, respiré hondo y lo intenté de nuevo.

—Lo siento —dije—. No quería saltar así.

—No pasa nada. Tendré cuidado la próxima vez que saque a relucir tus fantasías homoeróticas.

Negué con la cabeza. Ryan Detenbeck era un competidor de la hostia sobre el hielo, pero no tenía ni una pizca de sentido común.

—Y menos mal —dijo—. Sería un desastre para el equipo.

—¿Qué sería un desastre?

—Si tú y Erik De Ruiter de verdad le estuvierais dando al tema, ya sabes.

Me quedé helado, mirándolo fijamente. No, *no* sabía a qué se refería. Pero siendo Ryan Detenbeck, el listillo de manual, seguro que me lo aclararía. De momento, estaba ocupado metiendo y sacando el dedo índice en un agujero hecho con el pulgar y el índice de la otra mano.

Qué maduro.

—Solo hablo en teoría —dijo—. Sería una distracción enorme para el equipo.

—No me extraña.

—¿No te lo parece?

Entonces me di cuenta de que me había metido en un jardín. Es decir, ahora que lo había dicho, tenía que defenderme sin delatarnos ni a Erik ni a mí. Pasara lo que pasara, no podía permitir que se saliera con la suya soltando mierda como esa.

—No sé, no lo había pensado —dije.

Una mentira como un templo, claro, pero tenía que hacer algo para quitármelo de encima.

—Oye, ¿has visto a esa camarera? —me preguntó mi compañero.

—¿A cuál?

—No puedes hablar en serio. La rubia que estaba sentando a todo el mundo.

—Hemos ido directos a la barra.

—Ya lo sé, pero se supone que eres como un radar, tío. Al menos antes lo eras. Recuerdo cuando podías fichar a una rubia cañón a un kilómetro y medio de distancia.

Así que era esto. Otra forma más de ir socavándome hasta que no me quedara armario en el que esconderme. Ah, sí, quizá de verdad quería hablar de la camarera rubia sexi, ¿pero podéis culparme por pensar otra cosa?

Pero bueno, no podía dejar pasar la oportunidad de cambiar de tema.

—La he visto —dije.

Miró hacia el otro extremo del restaurante como si la buscara.

—¿Por qué no vas a entrarle, a usar un poco de ese encanto a lo Kayden Preston?

Hasta me dio un codazo en las costillas al decirlo.

Me encogí de hombros, manteniendo la vista fija en el partido de los Sabres contra los Bruins que daban por la tele. Si Detenbeck me hubiera visto los ojos, habría sabido la trola que le estaba metiendo.

La verdad es que no me había fijado en ninguna rubia despampanante. En general, no me había fijado en muchas mujeres, no como antes. Eso no significaba que hubiera renunciado a toda atracción por ellas. Simplemente, parecía que ya no me llamaban la atención como antes. Pero podía decir lo mismo de los hombres. No es el misterio que podríais pensar. Se podría decir que solo tenía ojos para Erik De Ruiter.

Pero no podía decirle eso a Ryan Detenbeck, no después de que hubiera confirmado mis peores temores: que el equipo no nos aceptaría a Erik y a mí. Peor aún, nos verían como un problema.

Ah, sí, sé que no hablaba en nombre de todo el equipo, pero me daba igual. Si un compañero hacía un comentario colosalmente estúpido, otros probablemente lo seguirían. La cuestión es esta: podría haber hecho todo tipo de comentarios sobre cómo deseaba el

cuerpo de esa camarera con todas mis fuerzas. A la larga no habría importado. Puede que Erik y yo no pudiéramos escondernos para siempre. Que saliéramos del armario era inevitable, y no de la forma que pensaríais. La verdad podía simplemente escaparse, aunque hubiera hecho todo lo posible por mantenerlo en secreto.

—No sé, tío —dije—. He estado bastante concentrado.

—Y dándote duchas de agua fría, por lo que se ve. ¿Me estás diciendo que estás demasiado concentrado?

—Sí.

—¿Incluso para una rubia cañón con las tetas más grandes del oeste de Nueva York?

—Incluso para una rubia cañón con las tetas más grandes del oeste de Nueva York. Sí, tío. En serio.

Se dejó caer contra el respaldo del taburete y soltó un bufido de frustración, como si hubiera visto a un jugador de hockey intentar un tiro increíble a puerta y fallar.

Negué con la cabeza. Mi novio parecía estar tardando una eternidad en el baño. ¿Se habría caído en el váter, joder?

En fin, Detenbeck sonaba jodidamente estúpido. Lo peor era que yo habría hablado igual que él hacía solo unos meses. La misma ignorancia, quiero decir. Sin embargo, estar en una relación no había provocado el cambio. El mérito era de Erik De Ruiter. Me había hecho pensar de forma más racional y reflexiva. Antes, habría pensado que la visión del mundo de Erik me convertiría en un blandengue. Ahora simplemente me parecía sensata.

Pero mis compañeros de equipo no iban a parar. Lo sabía. Necesitaba un salvavidas y lo encontré cuando el camarero trajo varios platos de alitas a la barra. Dios, se me hacía la boca agua solo de verlas.

—Estás como una cabra, tío —dijo Ryan.

—¿Por qué?

Se dio una palmada en los muslos con fingida frustración o sorpresa. No supe cuál de las dos.

—Preston, tío, colega, hay una rubia cañón con un culo de infarto, ¿y no vas a hablar con ella? Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Espero que sepas encajar un rechazo. Espera, ¿qué digo? Por supuesto que sabes. Has practicado mucho.

—Dice el que es demasiado gallina para hablar con una tía que *sabe* que podría ligarse.

De nuevo, me encogí de hombros en lugar de enfadarme. La influencia de Erik De Ruiter atacaba de nuevo. Además, ¿qué diablos se le podía decir a tíos como Ryan Detenbeck?

—Estoy bien así. Comiéndome mis alitas, gracias —dije.

—¿Seguro que no te has vuelto gay? —eche el puño hacia atrás y no sé cómo no le voló directo a la boca a Detenbeck, pero me contuve. Puede que Erik hubiera ajustado mi visión del mundo, pero yo seguía siendo humano.

—Joder, tío —dijo—. No sé cuándo te has vuelto tan jodidamente sensible.

—En el momento en que supe que podíamos ganar un campeonato. Ahora, ¿quieres callarte y comerte las alitas de una vez?

Se quedó callado, con una expresión que me acusaba de estar loco. Luego volvió a su taburete.

Erik regresó del baño un minuto después y fingí no darme cuenta cuando se deslizó de nuevo en su asiento. Eso fue una putada, la verdad. Olvídate de que quería robarle tantas miradas como fuera posible a alguien tan guapo, sin importar cuántas veces nos hubiéramos acostado. Era mi chico y acababa de fingir que no lo era. No es que no lo hubiéramos hecho todo el tiempo, pero esto se sentía diferente. Por primera vez, sentí vergüenza.

Comprendí por qué Erik deseaba tanto contárselo a los demás. Era una mierda mantener las cosas en secreto. El problema era que nunca nos aceptarían. No me había equivocado en eso. Por muy idiota que fuera Ryan Detenbeck, seguía siendo mi compañero de equipo, y su opinión ofrecía un anticipo de lo que podíamos esperar del resto del equipo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Erik.

—No. Nada de nada.

Otra mentira. Perfecto. Quizá no hubiera pregonado nuestra relación a los cuatro vientos, pero seguía siendo mi novio. Eso

significaba mostrar la honestidad que mostraría en cualquier otra relación. También hacía que la sensación de vergüenza que Detenbeck me había provocado doliera aún más.

Mientras veía a Erik dar sus habituales pequeños bocados a las alitas de pollo, comprendí cómo serían las cosas. Nunca podríamos decirle a nadie quiénes éramos en realidad. Si las cosas seguían así, ¿podríamos mantener nuestra relación para siempre?

33

ERIK

A veces, sinceramente, parecía que Kayden y yo no parábamos nunca. Entre el hockey, las clases, el gimnasio, los entrenamientos y, lo más importante, nosotros, cualquiera diría que no nos quedaba ni una pizca de energía. A pesar de todo, ahí estaba yo con Kayden a primera hora de la tarde, corriendo por el Westside. Empezamos en Baynes, la calle donde vivía, y nos dirigimos hacia el sur. Giramos a la izquierda en la esquina de Lafayette y luego a la derecha por la calle Putnam.

Y dejadme que os diga que el Westside era el barrio ideal para ser gay. Mientras corríamos, no pude evitar ponerme a contar el número de banderas del Orgullo que colgaban de las casas, hasta que perdí la cuenta. Ya me había fijado en las banderas antes, pero verlas ahora, por alguna razón, me hacía sentir bien por dentro.

La gente puede decir lo que quiera de las banderas, pero a mí me daban una sensación de seguridad que no había encontrado en ningún otro sitio. Me decían que era posible vivir mi verdad, ser yo mismo de forma auténtica. No sabía exactamente en qué consistía ser mi yo auténtico, pero sí que incluía mi vida con Kayden. Pero no eran solo las banderas. Veía a hombres caminando por la calle de la mano, viviendo con libertad la vida que yo quería para mí.

El problema era que yo no podría hacerlo a menos que Kayden estuviera dispuesto a subirse al carro. Sabía que no estaba preparado para esa cena de lasaña. Simplemente lo sabía. Pero algo más había pasado. Después de aquella visita al Tully's, parecía aún más reservado. No sabía qué era.

Aparte de eso, había llegado el momento. ¿Que cómo lo sabía?

¿Alguna vez os ha pasado eso de saber algo con total certeza? ¿Sin poder explicar por qué os sentíais así, pero sabiendo que era lo correcto?

Yo había tenido uno de esos momentos. Supongo que podría decirse que sentí lo mismo cuando empecé mi relación con Kayden. La primera vez acerté, y estaba seguro de que un rayo podía caer dos veces en el mismo sitio.

Había llegado la hora y se lo iba a decir a Kayden.

—Ha llegado la hora —dije.

Hizo una pausa antes de decir:

—¿A qué te refieres?

—Digo que ha llegado la hora de que dejemos de escondernos. Deberíamos dejar de fingir ser algo que no somos y ser quienes somos de verdad.

—Espera, no estarás hablando de…

—Sí, Kayden. El siguiente gran paso. Ha llegado la hora.

Cuando miré a mi novio, vi miedo, pero era distinto al recelo y la vacilación que había visto antes. Y no me refiero a un matiz de miedo diferente, exactamente. Era como si el simple tema hubiera provocado en él una sensación de pánico.

—No podemos hacer eso —dijo—. Olvídalo.

—Espera. No lo entiendo. No hace tanto, sonabas dubitativo, quizá un poco receloso. Pensé que al menos había alguna esperanza. ¿Y ahora dices que no podemos hacerlo? *¿Nunca?*

—Tío, ¿es que no sabes lo que pasaría si le contáramos a todo el mundo lo nuestro y lo que hemos estado haciendo?

—Lo que hemos estado haciendo, concretamente, no es asunto de nadie. ¿Y quién ha hablado de todo el mundo? Yo solo quiero decírselo al equipo, a los chicos más cercanos a nosotros.

—El equipo bien podría ser el mundo entero.

Entendía a qué se refería. A estas alturas, nuestros compañeros de equipo se habían convertido en nuestra familia, y el resto del mundo no importaba. El rechazo de un solo compañero sería como poner a todo un continente en nuestra contra.

Pero había llegado la hora. Yo lo sabía, aunque Kayden no. Si mi optimismo tenía que equilibrar su pesimismo en nuestra relación, que así fuera.

—Pero esa es una razón de más para ser abiertos y sinceros —dije—. Si son como nuestra familia, no deberíamos ocultarles secretos.

—Sí que deberíamos. Si me preguntas a mí, es de sentido común.

—¿Cómo va a ser de sentido común?

—Te lo planteo de otra forma: ¿se lo contarías a tu madre y a tu padre?

No había pensado en eso, al menos no todavía. Kayden había venido a Canadá conmigo en Navidad y había conocido a mis padres. Por supuesto, no les habíamos dicho la verdad. Solo les dijimos que éramos compañeros de equipo y dormimos en camas separadas. No habían hecho preguntas ni habían mostrado ninguna sospecha. En cierto modo, sentía que contárselo a mi verdadera familia era un asunto totalmente diferente. Pero también podría hacerlo. Mis padres eran conservadores, pero se preocupaban por todo el mundo, y en el fondo sabía que nos aceptarían.

—Siento que nos estamos precipitando —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que contárselo a nuestras familias de verdad será diferente a contárselo al equipo. No queremos meternos en eso. Todavía no.

—Se correrá la voz, ¿no lo sabes?

—No, qué va. Ya sabes cómo son esos tíos. Lo que pasa en el vestuario se queda en el vestuario.

—Creo que no lo entiendes, tío. Contárselo podría ser muy peligroso, y no hay vuelta atrás.

Vale, Kayden había dicho un montón de gilipolleces, pero esta vez no me pareció que estuviera siendo ridículo. De verdad se creía

lo que decía, vamos. No me gustaba que levantara muros, pero parecía saber de lo que hablaba.

—Creo que tienes que darles a los chicos más crédito —dije—. ¿No has visto las reacciones de los compañeros de equipo cuando los atletas profesionales salen del armario?

—Eso es puro teatro para la prensa, colega. Todo es una gilipollez. ¿No lo sabes?

—Ya, pero...

—Un atleta sale del armario, y entonces los medios les meten los micrófonos en la cara a sus compañeros para preguntarles qué opinan. ¿Y qué se supone que van a decir? Si dicen algo que no deben, atraerán aún más la atención de los medios, pero por los motivos equivocados.

—Pero de verdad que no creo que los chicos vayan a ir a la prensa con esto.

—Las cosas se filtran. Ya lo sabes.

—No, qué va. Ya sabes cómo funciona el equipo. La confianza es sagrada. Somos como una hermandad. Y como te he dicho, no es un anuncio para todo el mundo. Es para que nuestros hermanos sepan quiénes somos de verdad. Se acabó el fingir.

—No va a funcionar.

Ahora parecía un robot programado para no estar de acuerdo con nada de lo que yo dijera. Giramos a la derecha por West Ferry Street y nos dirigimos al oeste, hacia el río Niágara. Mis esperanzas de convencerlo se habían atenuado, pero todavía pensaba que tenía una oportunidad.

Vale, esto no era la típica cabezonería a la que Kayden me tenía acostumbrado. Esto era algo completamente diferente. Antes, al menos dejaba la puerta abierta al cambio. Ahora hacía que sonara como si fuéramos a pasarnos el resto de nuestras vidas viviendo en secreto.

No, gracias.

—Yo creo que puede funcionar —dije—. Solo tienes que confiar en mí.

—Y ahora vas a decir que es el momento, ¿eh?

—Pues claro que lo es.

—Vale, entonces digamos que salimos del armario. ¿Qué se supone que le vamos a decir a la gente? ¿Que somos gais? ¿Que somos...?

—No sé lo que deberíamos decirles. Deberíamos decir lo que nos salga del corazón.

—¿Ves? Ni siquiera lo has pensado bien antes de intentar tomar una decisión que va a cambiar nuestras vidas para siempre.

No había caído en esa parte. Nunca me había atraído un chico antes que él, pero no podía negar lo que había sentido. En lugar de luchar contra mis sentimientos, había seguido a mi corazón. Después de varios meses juntos, no había deseado a ningún otro chico ni me había fijado en un solo culo masculino en el campus, ni en ningún otro sitio. Me seguían gustando las mujeres, pero mis ojos no se habían desviado hacia ellas. Eso me decía que mis sentimientos por Kayden eran reales. No eran solo un rollo pasajero o una fase. Mi amor por él estaba aquí para quedarse.

Pero ¿en qué me convertía ese amor?

No lo sabía, e intentaba no darle demasiadas vueltas. Para ser sincero, nos habíamos enfrascado demasiado en lo nuestro como para preocuparnos por mucho más. No me molesté en preguntarle a Kayden si se consideraba gay o bi o lo que fuera. No importaba. Se había cerrado en banda en un instante.

No iba a dejar que me desviara de mi otra preocupación: algo había sacado de quicio a Kayden. No sabía el qué, pero pensaba llegar al fondo del asunto.

—¿Ha pasado algo? —pregunté.

Se detuvo y se secó el sudor de la frente. Jadeaba un poco por correr, pero sabía que había algo más que le provocaba esa respiración tan agitada. Lo mismo pasaba con el sudor que le perlaba la frente. Lo había pillado, y ahora intentaría cerrarse en banda. Por supuesto que lo haría. Era Kayden Preston. Por otro lado, yo soy Erik De Ruiter, y no voy a dejar que me venga con tonterías.

—Ha pasado algo de verdad —dije—. Te conozco demasiado bien. En vez de ser un coñazo, ¿por qué no lo sueltas y me lo cuentas?

—Nada.

—*Dímelo*, ¿quieres?

—Joder, tío, te digo que no es nada.

Pero no era verdad. Su mirada lo dejaba claro. Si no hubiera pasado nada, no se habría parado tan en seco. No se habría puesto a la defensiva con todo lo que yo decía, y no le habría dado un portazo a la posibilidad de que fuéramos nosotros mismos.

La única otra opción era que se hubiera topado con un muro. Había tenido un momento de revelación que le había hecho ver quién era él y qué significaba nuestra relación. Daba igual lo que hubiera pasado. Algo había aparecido y le había dado un susto de muerte.

Volvió a trotar y yo lo alcancé.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? —pregunté —. Sin juzgarte.

No dijo nada. La conversación había terminado. Cuando Kayden no podía ganar una discusión, la zanjaba. Llamémoslo perder por abandono en lugar de por noqueo.

—Estoy preocupado —continué—. Si queremos que esto funcione, tenemos que ser sinceros el uno con el otro, poner todas las cartas sobre la mesa.

De nuevo, no dijo nada, con la vista fija al frente.

—¿De verdad es esto lo que piensas hacer? ¿Esconderte de todo el mundo para siempre?

—¿Para qué dejar de hacer algo que funciona?

Por primera vez en nuestra relación, me preocupó que pudiéramos estar en serios problemas. No era solo porque mi novio hubiera sacado a relucir la terquedad característica de Kayden Preston. Es que no daba su brazo a torcer en absoluto. Puede que yo no supiera lo que era, pero sabía que no me avergonzaba de ello. Kayden, obviamente, sí, pero había algo más. Como he dicho, algo había pasado, y no sabía el qué.

Recordé cómo había dudado antes de superar hitos anteriores. Esto podía ser diferente, el único obstáculo que no pudiera saltar. Pero no iba a dejarlo estar. Quería pensar que su terquedad no era rival para mi optimismo. Pero si no podía superar su mayor obstáculo, ¿podríamos seguir juntos?

34

KAYDEN

No me creería a Erik De Ruiter ni aunque su lengua estuviera compulsada. Por otro lado, estaba loco por él, así que lo aguantaba. Lo que sentía por él era diferente a lo que había sentido por nadie nunca, y no solo porque fuera un tío. Y lo que es más importante, no sabía *por qué* sentía algo tan intenso por alguien que me volvía loco, pero a veces eso parecía parte de la aventura.

La tarde que salimos a correr por el Westside hizo que todo cobrara sentido. Fue como si en ese momento atara cabos. Erik quería algo distinto a lo que quería yo. Para ser justos, yo tampoco sabía *qué* quería. No digo que solo estuviera ahí para pasármelo bien. Nada tan neandertal. Salir con un chico había sido un cambio enorme en mi vida y tenía que ir poco a poco, mientras que Erik quería que diera un salto de gigante.

Bueno, un salto de gigante conlleva el riesgo de acabar en un pozo sin fondo.

Sin embargo, algo le preocupaba. Se le notaba. Acababa de follármelo y debería haber estado mirando al techo, prácticamente en pleno delirio. Pero no parecía ni de lejos tan entusiasmado como de costumbre. Normalmente gritaba de placer, me rodeaba las

caderas con las piernas como unas tijeras, entrelazaba los dedos en mi nuca y me llamaba un dios del sexo. Ya sabes, lo de siempre.

Pero esta vez no hizo nada de eso. Apenas se aferró a mí. Los pocos sonidos que salieron de él fueron los gruñidos y gemidos naturales que cabría esperar. De hecho, básicamente se quedó ahí tumbado, dejándose follar, como si quisiera acabar cuanto antes. Lo único que le faltó fue mirar el reloj mientras lo machacaba.

¿A qué venía eso?

Después, nos quedamos tumbados desnudos en su cama con Netflix de fondo. Al menos esa parte era más o menos normal. Nunca teníamos prisa por separarnos después del sexo. Le pasé un dedo por el pecho, de arriba abajo, queriendo tentarlo para un segundo asalto. Quería sacarle por fin ese entusiasmo.

Le di un par de besos, pero apenas me devolvió el gesto y no sonrió. Luego bajé la mano y le acaricié la polla, pero eso tampoco lo excitó. Ni siquiera hacerle cosquillas en la parte inferior de los huevos le sirvió de algo. Juraría que ese tío estaba hecho de piedra.

—Algo te preocupa —dije—. ¿Qué es?

Esperaba que dijera *nada* y se hiciera el difícil. Pero no dijo ni una palabra. Evitó el tema, claro, pero mantuvo el tipo para fingir que estaba bien. Y se le daba fatal.

Hora de coger el toro por los cuernos.

—Erik —dije—, no tienes por qué ponerte así. Somos pareja. Las parejas hablan.

—Claro. Hablan.

—Entonces, ¿por qué no me dices de una vez qué te pasa? No me engañas, ¿sabes?

—Dices que las parejas hablan, pero eso no es lo único que hacen.

Oh, Dios, solo su tono de voz me dijo por dónde iban los tiros, y no me gustó. Pero ya no podía parar el autobús ahora que las ruedas estaban girando. Me incorporé, listo para que mi novio lanzara su mejor dardo.

—Te entiendo —dije.

—¿Ah, sí?

Asentí con reserva.

—Claro que sí.

—¿Quieres que lo desembuchen todo y te diga qué me pasa, pero tú no fuiste capaz de hablar de lo que te preocupaba a ti durante la carrera?

¡Mierda!

Ahora sí que me *había* acorralado. Solo podía mentir o abandonar la conversación. Ninguna de las dos opciones sonaba especialmente atractiva, pero que me cantara las cuarenta tampoco.

—No estoy seguro de saber de qué hablas —dije.

—No me tomes el pelo, Kayden. Te conozco demasiado bien para eso. Durante toda la carrera…, qué coño, durante todo el día, se notaba que algo iba mal.

—¿Y cómo lo supiste?

—Estabas tenso, y se notaba. Y en el momento en que saqué el tema de salir del armario, todo se fue de madre.

—No, no es verdad.

—No me jodas, Kayden.

¿Sabes qué era lo más exasperante de él? Que tenía razón cada maldita vez que me desafiaba.

Vale, quizá no *cada* vez, pero me había cantado las cuarenta la mayoría de las veces. Esa era otra de las cosas de estar en pareja a las que tenía que acostumbrarme.

Hice una pausa, respiré hondo y esperé que mi novio no se anotara más tantos.

—¿Sabes de lo que hablo, verdad? —preguntó.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, ¿qué es?

Me pasé los dedos por el pelo. Erik pretendía insistir hasta que yo lo soltara todo. Pero no podía irme de la lengua. Hacerlo sacaría del armario a Ryan Detenbeck, sin segundas. Y, como era natural, Erik seguiría escarbando incluso después de que todo hubiera salido a la luz. También me preocupaba cómo se sentiría Erik con respecto a Detenbeck o al equipo si le contaba la verdad. Había cosas que era mejor no decir.

—Estoy preocupado —dijo.

Cuando empezaba a hablar así, siempre era señal de malas noticias.

—¿Qué te tiene tan preocupado?

—Sabes de lo que hablo. Y no te enfades porque saque el tema otra vez. Es solo que...

—No estoy enfadado.

—Bien. Si queremos llegar a alguna parte, tenemos que ser capaces de hablar de las cosas que nos molestan. Yo te estoy diciendo lo que me molesta a mí. ¿No crees que deberías hacer lo mismo y ser sincero?

—Entiendo lo que dices...

Las frases como esa solían incluir un «pero» antes de quedar en el aire. Erik lo habría sabido y se habría lanzado a mi yugular. No tenía escapatoria.

—Si entendieras lo que digo, no necesitaría señalarlo —dijo—. Se nos está yendo de las manos.

—No, no es verdad.

—¿Cómo podrías saberlo? Si ni siquiera puedes compartir un solo dato conmigo, ¿cómo puedo estar seguro?

—Porque eres mi chico.

—¿Voy a seguir siendo tu chico dentro de un año? ¿De cinco? ¿De diez?

Hice una pausa. Quería decírselo, pero no podía predecir el futuro. Solo quería disfrutar de algo genial mientras estaba sucediendo. Tenía que ser Erik el que creara un problema de la nada mucho antes de lo necesario.

—Mira —le dije—, eso no es justo. Me estoy dejando llevar, tomándome las cosas día a día. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿Día a día? ¿Dejarte llevar? Tienes el futuro más planificado que nadie que haya conocido.

—¿De qué hablas?

—De tus planes de futuro, los que tienes ridículamente trazados desde que te conocí. Si dijeras que soy tu chico para siempre, eso daría al traste con tus planes de futuro.

—No, no lo haría. Aún podría ganar un mínimo de seis anillos de la Copa Stanley y ser el Tom Brady del hockey.

—Sí, podrías hacer esas cosas y tal vez seguir siendo el gay de armario más grande del mundo. Técnicamente, todavía puedes tener tres hijos, pero puedes ir despidiéndote de la idea de casarte con una rubia despampanante con las mejores tetas de América.

Resoplé ante eso. Incluso en una situación tan tensa como esta, no pude evitar que me hiciera gracia.

—Admítelo —dijo—, por muy bueno que haya sido lo nuestro, te has aferrado a ese ridículo sueño tuyo.

—Venga, tío, no pongas palabras en mi boca.

—No pongo palabras en tu boca. Solo señalo un hecho. Sigues queriendo esas cosas, pero no puedes tenerlo todo. Mientras tanto, estás conmigo y te encantan las ventajas que obtienes de ello.

—Sí, me encantan. Y a ti te encantan las ventajas que obtienes de mí. ¿Acaso eso es malo?

—No es malo que te encanten las ventajas, pero tiene que haber algo más, Kayden. Como he dicho, te encanta lo que obtienes de estar conmigo, pero para ti esto no es para siempre.

No soy tonto. Podía imaginarme el resto de la discusión y nada de lo que se me ocurría era bueno. Daba igual lo que le dijera. Él contraatacaría con su propio argumento sobre que no me importaba y me haría quedar como una auténtica mierda. Pero no podía negar que tenía razón en una cosa. No había revisado mi plan de vida, sobre todo porque ni siquiera había pensado en ello. De cualquier modo, seguía con la idea de que me casaría con una mujer despampanante con unas tetas geniales, y si eran las mejores de América, pues mejor que mejor.

Con eso no pretendía meterme con mi novio. Dejando a un lado lo bueno que estaba, era un tío genial. Quería pensar que yo ya era mejor persona gracias al tiempo que habíamos pasado juntos. ¿Y he mencionado que el sexo era épico? Pero no había pensado a largo plazo. Los planes de futuro para los dos, sencillamente, no se me habían pasado por la cabeza porque no sabía cómo dar el siguiente paso.

Porque me daba miedo.

Eso parecía sacado directamente del manual de Erik De Ruiter. Pero era verdad y, en ese momento, solo me lo admitiría a mí

mismo.

—Mira —dije—, no sé qué quieres que te diga, pero te quiero y me importas..., y *solo* tú.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí, de verdad.

Casi toda la fuerza se desvaneció de mi voz cuando hablé. Tenía la lengua y la garganta secas. Eso tenía que significar algo, ¿no?

—¿Puedes prometerme que estarás conmigo para siempre? —preguntó.

—Sabes que en realidad no puedo hacer *promesas* así.

Mi yo de antes les habría dicho a sus novias: —*Sí, claro, estaremos juntos hasta el fin de los tiempos*. Cualquier cosa con tal de salvar el pellejo. Pero no podía decirle eso a Erik. Tenía que ser sincero en todo momento. ¿Veis? ¡Me había cambiado!

—¿Por qué no? —preguntó.

—¿Que por qué no? Porque no puedo predecir el futuro, como tampoco puedes tú, tío. Las cosas pasan.

—¿Cómo sé que no te cansarás de mí y me dejarás un día?

—Yo no haría algo así. Ni se me ha pasado por la cabeza.

—Solo estás dándome largas.

Otra vez tenías razón, Erik. Enhorabuena por darme una paliza verbal.

Se dejó caer de espaldas sobre el colchón y se quedó mirando al techo. Gracias a Dios que no había empezado a vestirse. Eso sí que habría significado que la conversación se había terminado y, peor aún, que yo había perdido.

—Sé por qué estás preocupado —dije—. Necesito que entiendas que estamos en puntos diferentes de confianza y que abrirme al mundo sobre algunas cosas no siempre es fácil para mí.

No respondió. No supe si tomármelo como una buena o una mala noticia. Podía intentar salir del paso con palabrería todo lo que quisiera, pero no me serviría de nada. Erik De Ruiter me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí mismo.

Y probablemente tenía razón: si no me ponía las pilas, nos iríamos al garete.

¿Qué se suponía que debía hacer un guaperas del hockey?

35

ERIK

—Quieres que sea tu profesor particular, ¿a que sí? —me preguntó Austin Gunn cuando lo paré después de clase.

Me quedé callado porque, sinceramente, no me esperaba esa reacción. —¿De qué hablas?

—Venga ya, no he nacido ayer. Eres el guapísimo jugador de hockey que nunca se me había acercado, por muchas miraditas sutiles que te haya lanzado.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¡Estás como un tren!

Me giré. Debí de sonrojarme. Los cumplidos siempre se agradecían, pero nunca me habían dicho algo así y no supe cómo reaccionar.

—Y de repente quieres hablar conmigo —dijo—. Es porque tienes las notas por los suelos y necesitas que el pardillo superempollón te ayude a ponerte al día. Quieres utilizarme, pero no por los motivos que yo preferiría.

Madre mía...

—No, no es por eso —dije—. ¿Y soy guapísimo?

—Sí, lo eres. Todos los jugadores de hockey lo sois, pero tú estás mucho más bueno que la mayoría, si no te importa que te lo diga.

—No me importa en absoluto, créeme.

De hecho, puedes decirlo todo lo que quieras, que yo me lo tragaré encantado, pensé.

—Oh, espera —dijo con el rostro radiante—. Hay una razón por la que has venido a verme. ¿O sea que sí te habías fijado en las miraditas?

—Lo siento, no puedo decir que sí, pero tengo algo que preguntarte. ¿Te invito a un café?

—¡Por supuesto!

Solo entonces me di cuenta de por qué mi compañero de clase se había llevado una impresión equivocada. De hecho, era posible que se aferrara a esa idea por mucho que yo lo corrigiera. No buscaba una cita, pero sí quería sacarle información.

Paramos en la cafetería del campus y le invité al café que le había prometido. Austin Gunn era un friki de la biología que ya había hecho un centenar de comentarios en clase insinuando que era gay y que había tenido unos cuantos novios. Sus observaciones sobre las miraditas sutiles lo confirmaban de sobra, ¿no?

Era un chico de estatura media, pero a juzgar por su aspecto firme, se mantenía en buena forma. No era un jugador de hockey, pero no estaba mal. El pelo y la barba rojizos le sentaban de maravilla. Al mirarlo desde el otro lado de la mesa, me di cuenta por primera vez de que era un chico muy guapo. Sexy, incluso. No tenía la costumbre de evaluar a los tíos, aparte de a Kayden, pero se podría decir que Austin Gunn estaba muy bueno en plan empollón sexi.

Cuando nos sentamos, dije:

—Esto va a sonar raro.

—A ver, sorpréndeme.

—Necesito preguntarte cómo es ser gay. Es para un amigo.

Hice una mueca, consciente de que ese era uno de los comentarios más patéticos que haría en mi vida. Y lo había soltado delante de alguien a quien no conocía especialmente bien. ¿Cómo reaccionaría?

—A ver, ¿me estás preguntando cómo es un día de mi vida? —preguntó—. Pues me levanto por la mañana, me ducho con el gel de baño con el olor más afrutado que encuentro y me seco con mi toalla de la bandera del Orgullo. Pero me estoy adelantando. También canto canciones de musicales en la ducha. Y mientras el agua caliente rocía mi delicioso cuerpo, me la meneo pensando en un Brad Pitt joven.

—No, no, no, no es ese tipo de cosas lo que quería preguntarte.

Se me escapó una risa al decirlo. Me tapé la cara.

—Entonces, ¿qué querías preguntar?

—Tenía curiosidad por saber cómo funcionan las cosas. O sea, ¿las relaciones gais son diferentes de las heterosexuales?

—Le estás preguntando al tío equivocado, colega —dijo.

—¿Y eso? Eres gay, ¿no?

—Sí, pero soy un gay con matrícula de honor.

—¿Matrícula de honor?

—Un gay de estrella dorada nunca ha estado con una mujer. Y punto. Por eso no te puedo decir la diferencia real entre las relaciones gais y las heteros.

Normalmente, ya me habría arrepentido de esta conversación, pero no esta vez. Tenía la sensación de que Austin, de una forma u otra, podía decirme lo que necesitaba saber.

—Vale —dije—. Déjame reformular la pregunta. ¿Crees que las relaciones gais y las heteros tienen algo en común?

—En cierto modo. En las relaciones entre tíos solo hay tíos, pero me jugaría la vida a que al menos uno de ellos es terco como una mula.

—¡¡Sí!!

La gente a nuestro alrededor se giró para mirarnos. Solo entonces me di cuenta de que había levantado los dos brazos en el aire. Dios mío, ¿qué demonios estaba haciendo?

—Lo siento —dije—. No quería dejarme llevar. Es que sé cómo pueden ser algunos tíos.

—Y cuando hay dos tíos de por medio, se duplica la probabilidad de que uno sea un cabezota.

—Amén.

—Pero no me has contado tu problema. Quiero decir, el problema de tu *amigo*.

—Es el problema de mi amigo.

Bebió un sorbo de café, pero no me quitó los ojos de encima. Y no parecía estar fichándome, por así decirlo. Me lanzó una mirada muy ligera, del tipo: «*Claaaaaro, lo que tú digas, Erik*».

—¿Estás seguro de que esta no es tu forma de decirme que te has dado cuenta de mis sutiles miradas?

Me subió y bajó las cejas, con un aire esperanzado.

—Estoy seguro —dije—. El problema de mi amigo es que lleva un tiempo saliendo con un chico. No se parecen en casi nada, salvo que sí tienen una cosa importante en común.

—Les encanta darse al tema, ¿no?

—Bueno, eso también, pero me refiero a una cosa importante que los ha vuelto muy competitivos entre sí.

—Ajá.

—Y mi amigo quiere a este chico. En plan amor de verdad, no solo deseo. No se lo vio venir, pero está dispuesto a dejarse llevar, a ver a dónde los lleva el amor.

—Claro.

—Y entonces le dice a su novio que lo quiere, pero el otro no se lo devuelve. Espera, eso no es verdad. Sí *que* se lo devuelve, pero mi amigo no tiene ni idea de si lo dice en serio o si es una forma de seguir metiéndose en sus pantalones cada vez que le apetece.

—Ah, el viejo truco.

—Aunque quizá no sea para *tanto*. Es más bien que mi amigo no sabe si su novio quiere o siquiera puede imaginar un futuro juntos. Peor aún, no quiere salir del armario ni contarle a un pequeño grupo de personas quiénes son en realidad.

—Cosas de heteros.

Esperé a que dijera *sin ánimo de ofender,* pero no lo hizo.

—O de tíos supuestamente heteros —dije.

—Claro.

—El caso es que mi amigo cree de verdad, en el fondo de su corazón, que pueden tener un futuro juntos. Su novio

probablemente también lo quiere, a su extraña manera, pero es un poco inseguro y no para de levantar barreras.

—La definición de manual de un gay de armario.

—¿Lo es?

—Sí. Solo que no son heteros, en realidad no. Esa es solo la farsa que quieren mantener de cara al mundo. Están metidos en el armario hasta el fondo.

—Y a mi amigo le preocupa que su novio no salga nunca del armario.

—Quizá no lo haga.

Austin sonaba muy categórico; fue su primer y único comentario verdaderamente serio de la conversación.

—Pero es que no lo entiendes —dije—. Mi amigo está preparado. No lo tiene todo claro, pero está harto de vivir una mentira. Puede que solo se lo cuente a unos pocos, ya sabes, aparte de a mí, pero ser totalmente abierto al respecto no le parece tan mala idea. Pero su novio… olvídate.

—O sea, que uno está preparadísimo y el otro puede que no lo esté nunca.

—Sí, eso es lo que digo.

—No sé qué decirte.

—*¿Qué?* ¿Te invito a un café y te cuento la vida de mi amigo con el corazón en la mano, y no sabes qué decirme?

—¿Por qué iba a tener yo todas las respuestas?

—Porque tú eres el gay, por eso.

Puso los ojos en blanco y pareció que se esforzaba por no negar con la cabeza. De cualquier modo, sabía lo ridículo que había sonado.

También me di cuenta de que había empezado a parecerme demasiado a Kayden para mi gusto. Lo único que quería era saber cómo solucionar mi problema.

—Mira, lo siento —dije—. Es que es un poco frustrante. No tengo ni idea de qué decirle ahora a mi amigo.

—Vale, puede que no tenga todas las respuestas, pero sí puedo decirte una cosa.

—¿El qué?

—Si un tío está tan preparado para salir del armario y el otro se aferra con uñas y dientes a su identidad heterosexual, la cosa no va a funcionar.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Pero y si a mi amigo se le ocurre una forma muy ingeniosa de convencer poco a poco a su novio? Entrará en razón, ¿no?

—Ni de coña, cariño. Lo siento, yo no pongo las reglas.

—Entonces, ¿qué coño se supone que tengo que hacer? O sea, ¿qué coño se supone que tiene que hacer mi amigo?

—Gracias a Dios que se está enterando ahora para poder ahorrarse todo tipo de dolor y sufrimiento.

Me eché hacia atrás en el asiento, intentando calmarme. En realidad, lo que quería era levantarme de un salto y empezar a caminar de un lado a otro porque el comentario de Austin me había afectado mucho. Pero tenía que mantener la calma o me delataría.

—Entonces ¿dices que no hay absolutamente ninguna esperanza? —pregunté.

—No he dicho absolutamente *ninguna*. Pero va a ser casi imposible que la cosa siga adelante cuando una persona quiere algo y la otra está totalmente en contra. Créeme, no hace falta ser el gay de la clase para darse cuenta de eso.

Tenía razón. En ese momento me di cuenta de con qué pocas personas abiertamente gais había hablado del tema. Quizá había acudido a él con la jodida esperanza de que tuviera las respuestas que necesitaba, pero sabiendo en el fondo que no sería tan fácil.

—Gracias de todas formas —dije, mientras nos levantábamos de la mesa.

—De nada. Sabes, siempre he querido salir con un jugador de hockey. A lo mejor me tengo que buscar uno. ¿Qué hace Ryan Detenbeck? ¿O Braxton Wilson?

Sonreí. —No sé, pero les daré el recado con mucho gusto.

—Ni te imaginas las cosas que me gustaría hacer con un jugador de hockey de esos que están como un dios. Oye, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¿El qué?

—¿Qué se siente al ducharse con todos esos jugadores de hockey? En plan, ¿cómo te aguantas para que no se te ponga dura?

No pude evitar reírme de nuevo. Este chico, Austin Gunn, era igual fuera de clase que dentro.

—No sé, tío —dije—. Simplemente intento concentrarme mucho… y poner el agua helada.

—Sería la única forma de que yo sobreviviera a eso, cariño.

A pesar de las risas, me resultó difícil no sentirme un poco deprimido. Quiero decir, Austin no había pretendido aguarme la fiesta. Simplemente estaba siendo sincero. De un modo extraño, aquello seguía siendo más valioso que cualquier otra cosa.

Justo antes de despedirnos, le dije: —¿No irás por ahí diciendo nada sobre mi amigo y su novio, verdad?—.

Me miró con la misma expresión descarada que había mantenido durante la mayor parte de nuestro encuentro.

—Oh, cielo, no me corresponde ni a mí ni a nadie sacarte del armario. Tienes que hacerlo a tu manera y cuando estés preparado.

Esta vez, no me molesté en corregirle.

36

KAYDEN

Recibí una noticia tan buena que por poco me meo encima al oírla. Me contactó un ojeador de un equipo de la NHL. O sea, de *la* mismísima National Hockey League. Un tipo llamado Leon Purvis que, en su día, también jugó en los Leafs. Bueno, el caso es que Leon dijo que había estado siguiendo a los Larkin Lions desde que el equipo empezó a petarlo a principios de temporada. Dijo que admiraba de verdad nuestra capacidad para mantener el ritmo.

Leon dijo que nunca había visto a un jugador joven con mi garra y determinación. Dijo que tengo lo que hace falta para llegar a lo más alto y que no quería que mi talento se desperdiciara. Lo siento, no quiero parecer el gilipollas arrogante en el que Erik De Ruiter me ha convertido, pero no puedo contener la emoción. En fin, el tal Leon Purvis dijo que encajaría muy bien en los Toronto Maple Leafs, pero que aún no podía comprometerse a nada, aunque me tenía «en el radar». Tendría que mantener mi rendimiento excepcional —palabras suyas, no mías— y la decisión final dependería de los directivos del equipo el día del draft.

Luego, me dijo, entre nosotros, que creía que mis posibilidades de ser seleccionado en el draft eran excelentes. La sola idea de que la NHL se hubiera fijado en mí me llenó de una nueva energía, y

apenas podía quedarme quieto o mantener un pensamiento en la cabeza. Por un momento, hasta me olvidé de toda la mierda que había entre Erik y yo.

Sin embargo, lo que no me esperaba en absoluto fue la reacción de mi novio.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

La total falta de entusiasmo y ánimo en su voz me dijo a las claras que no lo decía de verdad.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas —dije—. Un ojeador no vendría a hablarme de esto directamente si no tuviera una oportunidad real.

—No te hagas ilusiones, tío. Podrías llevarte una buena decepción.

—Venga ya, no me estoy flipando. Sé que no es seguro. Y claro, empezaría en lo más bajo de las ligas menores, pero puedo ascender a las grandes ligas en nada de tiempo. Han visto cómo le he dado la vuelta a los Larkin Lions.

—Cómo *le hemos* dado la vuelta a los Larkin Lions.

—Ya sabes a lo que me refiero, colega. Cómo le he dado la vuelta a los Larkin Lions.

Cerró los ojos y negó ligeramente con la cabeza como si yo fuera un caso perdido. Nada de lo que dijera le parecería bien.

—Lo único que digo es que he contribuido enormemente a este equipo de hockey. Y se está notando. ¿No te alegras de oírlo?

—¿Qué equipo está interesado en ti?

—Los Toronto Maple Leafs.

—¿Ah, sí? ¿Los Leafs?

—Sí, ¿qué tiene de malo?

—Oh, no sé. Has menospreciado tanto a Canadá, a los equipos canadienses y a todo lo canadiense que no habría pensado que te dejarías ver jugando en un equipo al norte de la frontera ni muerto.

—Sabes que casi todo lo que digo sobre eso es de broma, ¿verdad?

—Casi todo de broma, ¿eh?

—Eso es. Los Leafs no habrían sido mi primera opción, pero no puedo quejarme.

—Claro que puedes. Tu primera opción era jugar para los Buffalo Sabres, y actuabas como si ningún otro equipo sirviera.

—Bueno, sí, pero…

—Formaba parte del plan que tenías completamente trazado para ti, ¿no es así?

—Sí, pero…

—Junto con un mínimo de seis anillos de la Stanley Cup, una mansión con un deportivo en cada garaje, tres hijos y una mujer rubia y pechugona.

Te digo yo que Erik era prácticamente incapaz de mantener una conversación sin sacar a relucir ciertas cosas. También me di cuenta de que no había respondido a mi pregunta. Le había preguntado si se alegraba por mí, y él lo había evitado y se había lanzado a una perorata en lugar de tragarse el orgullo como se suponía que debía hacer. Quizá no lo había hecho a propósito, pero no importaba. Habría pensado que estaría al menos la mitad de emocionado que yo.

—Vale, entiendo lo que dices —dije—. Ese era mi plan a principios de año. Necesitaba soñar a lo grande, tener un objetivo enorme por el que trabajar. Pero las cosas cambian. Eso lo sabes.

Asintió porque sabía de sobra que nuestra amistad era la prueba viviente de ello.

—Cuando las cosas cambian, tienes que modificar el plan —dije —. La NHL sigue siendo mi principal objetivo y siempre lo ha sido. ¿Y quién dice que no tendré la oportunidad de jugar en los Sabres?

—¿Como que otro ojeador llame a la puerta?

—Exacto.

A ver, ya había contactado conmigo un ojeador, y la cosa pintaba muy prometedora. La idea de que otro equipo pudiera aparecer no sonaba tan descabellada.

Entonces, ¿cuál era el problema de Erik?

—Podría pasar, ¿no? —pregunté.

—Me sorprende bastante que uno ya haya hablado contigo. No he oído que hayan contactado con ninguno de los otros chicos todavía.

—Pero podría pasar. Nunca se sabe. Los Lions podrían estar muy solicitados.

Quería pensar que yo era especial, que habían contactado conmigo por una muy buena razón: era el mejor, punto. Pronto me convertiría en la élite del hockey. Era mi destino, y la prueba estaba empezando a materializarse. Pero no podía decírselo a mi novio. Solo causaría problemas.

—¿Qué ha sido de la concentración? —preguntó.

—¿Eh?

—Vamos, Kayden, sabes de lo que hablo. *Concentración*. Ha sido tu mantra toda la temporada.

—Claro que lo ha sido. Es crucial.

—¿No te preocupa que flipar con tus posibilidades de ser profesional sea una distracción?

Joder. Probablemente no debería haberme sorprendido que Erik encontrara otra forma de volver las cosas en mi contra, pero lo hizo. Me tenía contra las cuerdas, pero me recuperaría.

—Mira —dije—, sabes perfectamente lo bien que se me da mantenerme concentrado en todo momento.

—Pero si se tratara de cualquier otra cosa, me estarías diciendo que sería una gran distracción para todo el equipo.

—Oh, no, no lo haría.

—Sí que lo harías. Ya me has soltado tu discurso apocalíptico. No lo he olvidado, ¿sabes?

—Si te refieres a lo que creo que te refieres, son dos cosas distintas.

—Pues en mi mundo no lo son.

Lo admito: fui un idiota por meterme más a fondo en esta discusión. Cuanto más insistía, más formas encontraría él de volver las cosas en mi contra. Claro, podría haberme callado, pero entonces no sería Kayden Preston.

Por otro lado, la verdad es que *eran* dos cosas distintas. ¿Y le habría costado tanto callarse y alegrarse por mí? No le había oído ni un «enhorabuena» ni siquiera un «¡qué pasada!».

De nuevo, si se lo señalaba, le daría la vuelta a todo, me pintaría como el malo de la película y me haría volver a la casilla de salida.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —pregunté—. ¿Que le diga al ojeador que no estoy interesado?

—No es eso lo que intento decir. Solo quiero que seas coherente, nada más.

—Creía que *había* sido coherente. De lo único que he hablado siempre ha sido de llegar a lo más alto algún día. Ahora parece que ese día podría llegar antes de lo esperado.

Pero sabía que no era eso lo que Erik quería oír en realidad. Sabía que se refería al hecho de que yo no había aceptado salir del armario con el equipo. Y sí, estaba dispuesto a modificar una parte de mi plan y no otra. Pero tampoco es que tuviera un contrato por escrito.

Intentaría arreglar esto como solo yo sabía.

—Pero no hay nada de qué preocuparse —dije, rodeándolo con mis brazos—. Pase lo que pase, siempre serás el más importante para mí.

Le besé en los labios, esperando que eso lo arreglara todo como solía ocurrir.

—Genial —dijo, apartándose de mí—. Eso me hace sentir mucho mejor.

—No sé qué más quieres de mí.

Erik no dijo nada más, se limitó a apartar la mirada. Vaya sorpresón, ¿eh?

Mira, era imposible tratar con este tío. Ni siquiera podía tomármelo del todo en serio. Tenía que aguarme la fiesta. El problema era que yo sabía de sobra que aquello no iba a quedar así. Vamos, que si decía algo sobre el tema, él diría que me estaba distrayendo. Si la cagaba en el hielo, le echaría la culpa al hecho de que me hubiese contactado el ojeador.

Podía aparcarlo por ahora, pero sabía que el tema volvería a surgir una y otra vez cuanto más me acercase a hacer realidad mi sueño de la NHL. Con Erik o sin él, no iba a permitir que nada se interpusiera en mi camino.

37

ERIK

Kayden y yo habíamos vuelto a salir al Colter Bay Grill. Podría decirse que se había convertido en nuestro sitio. Solo que los camareros nos reconocerían como «esos dos chicos que siempre vienen juntos» en lugar de por lo que éramos en realidad: una pareja. Seguíamos sin poder ser quienes éramos, ni siquiera en un lugar familiar. Pero esa es harina de otro costal.

Aquel día en concreto, el problema giraba en torno a Kayden y sus posibilidades de convertirse en la nueva promesa de los Toronto Maple Leafs. En este caso, el problema era yo. Ya, ya lo sé. Normalmente era Kayden el que se comportaba como un gilipollas. Ahora era yo el que la había cagado, y se me hacía muy raro. Pero te digo una cosa: cuando me equivoco, no me cuesta nada admitirlo. Eso fue exactamente lo que hice mientras él se zampaba una ración doble de alitas.

Por supuesto, mi novio comía las alitas a su manera: como un auténtico neandertal. Se metía un alita entera en la boca y lo que sacaba era un hueso prácticamente limpio.

Gracias a Dios, ninguna persona civilizada que yo conociera andaba cerca. ¡Menudo espectáculo habría sido!

Casi me preocupó no poder distraerlo, pero tenía algo que me remordía la conciencia. Necesitaba soltarlo antes de que me volviera loco.

—Te debo una disculpa —dije.

Levantó la vista hacia mí con la cara pringada de salsa. Dios, no tenía vergüenza.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —preguntó, lanzando otro hueso limpio a la pila que iba creciendo.

—Por ponerme tan borde cuando dijiste que habías hablado con el ojeador de los Leafs. ¿Cómo se llamaba? ¿Larry Peterson?

—Leon Purvis.

—Sí, Leon Purvis. Bueno, a lo que iba, que fue un notición para ti. Tenías todo el derecho del mundo a estar emocionado. Debería haberte apoyado más y no lo hice, así que lo siento.

Tenía una expresión de asombro que dejaba claro que estaba flipando con que alguien tuviera la humildad de admitir algo así sin más. Llámame cateto de pueblo si quieres —lo llevaré con orgullo—, pero creo que hay que dar la cara, incluso cuando no conviene.

—Tío —dijo—, no me esperaba que fueras a soltarlo así, sin más.

—Ni yo.

—Ojalá tuviera testigos.

Reprimí una carcajada. —¿Por qué? ¿Crees que me voy a echar atrás o algo?

—No, es solo que quiero recordar dónde estaba la primera vez que has admitido que te equivocabas en… bueno, en algo.

—En cuanto lo pensé, me di cuenta de que me había equivocado. No es tan difícil.

—Entonces, ¿qué era lo que te tenía tan alterado con que me contactaran los Maple Leafs? ¿Celoso o algo?

—No es que esté celoso. Mi momento llegará. He trabajado duro y tengo una determinación de la leche. Solo tengo que ser paciente y las cosas buenas acabarán llegando.

—Estás celoso.

—Ni siquiera he insinuado que esté celoso.

—Sí, sí que lo has hecho. Pero has sido tú el que ha tenido más temple y yo he tensado la cuerda. Lo siento.

—¿Ahora quién se está disculpando?

Le sonreí. Él me devolvió la sonrisa. Joder, os juro que «sexy de cojones» no es una expresión lo bastante potente como para describir la cara que tenía mi novio en ese momento. Esa mirada me recordó por qué le había dejado pasar tantas cosas a Kayden para empezar.

—Creo que estaba de los nervios por otros asuntos —dije.

—¿Como cuáles? —Kayden tenía ahora una expresión de auténtica curiosidad, lo que significaba que necesitaba tener una buena respuesta.

—Pongamos que te seleccionan en el *draft*.

—¿A qué viene esa mierda de «digamos que»? Me van a elegir en el draft. Eso dalo por hecho.

—Vale, te van a elegir en el draft, sin duda, y punto, no hay nada que pueda impedirlo. Eso va a suponer una gran presión para nosotros, ¿no?

—Ahhh, ya lo pillo. ¿Porque un equipo profesional, incluso en las ligas menores, ocupará todavía más de mi tiempo de lo que lo han hecho los Larkin Lions?

—Bueno, más o menos, pero no exactamente.

—Y te preocupa que ya no tenga tiempo para ti..., para nosotros.

—Por cierto, yo también cuento con que me elijan en el draft. Ya sabes, tarde o temprano.

—¿Los Leafs? ¿Qué probabilidades hay de eso?

Hice una pausa. A eso me refería exactamente, solo que no quería admitirlo en ese preciso instante. En ese momento todo era hipotético, así que no podía pronunciarme. Kayden siguió comiendo sus alitas, pero hasta él debía de saber que la conversación aún no había terminado de verdad.

—Supongo que lo que intento decir en realidad es que si a mí me eligen, será otro equipo —dije.

—Sí, como los Sabres, los Bruins o los Flyers. Estar en la misma división sería lo más parecido a que jugásemos en el mismo equipo, molaría casi igual.

—Solo que no estaríamos en el mismo equipo.

Levantó una ceja ligeramente.

—Seríamos rivales —dije—. Y no hay garantía de que sea siquiera un equipo de la misma división.

—Supongo que tienes razón.

—Y hay más. Aunque *me* eligiera uno de ellos, uno de nosotros podría estar en las grandes ligas y el otro atascado en las menores. Siempre estaríamos separados.

Se detuvo de nuevo, esta vez para coger la servilleta y limpiarse la cara y los dedos. Por primera vez, pareció darse cuenta de todas las implicaciones y realidades de la situación. No pretendía aguarle la fiesta ni nada por el estilo. Aquí el optimista soy yo, no el pesimista, o al menos eso creo. Y, sin embargo, no podía evitar tener en cuenta estas cosas.

Piénsalo. Él podría estar jugando en el Madison Square Garden de Nueva York mientras yo jugaba en un estadio del que nadie había oído hablar. Podríamos llamarnos y mandarnos mensajes, pero la vida tal y como la conocíamos cambiaría por completo.

Te digo una cosa: no sabía si estaba preparado para eso. Después de todo el tiempo que habíamos pasado juntos y todo lo que habíamos compartido, me preocupaba no poder soportar estar sin él.

—Entiendo lo que dices —dijo él.

—No quiero que me malinterpretes. No digo que vaya a ser el fin del mundo, pero no será fácil, y ahora es el momento de empezar a pensar en ello.

—Crees que esto podría acabar siendo el fin de lo nuestro, ¿verdad?

Extendió la mano sobre la mesa y cubrió las mías con las suyas. Luego las retiró, al darse cuenta de cómo se habría visto si alguien en el bar hubiera mirado hacia nuestra mesa. Gestos como ese ya se habían convertido en algo natural para él.

Mi novio parecía un poco asustado, como si supiera que casi se le había escapado el secreto con tan poca provocación. Por otro lado, no parecía alarmado por el posible obstáculo en nuestro camino.

—Vale —dijo—, aunque no sea el fin del mundo, va a ser muy difícil para nosotros.

—Exacto.

—Pero si lo piensas, no todo es malo.

—¿Qué quieres decir?

—Si estoy con los Leafs, podríamos hacer que funcionara. Supongo que viviría por Toronto, aunque juegue en uno de sus equipos afiliados de las ligas menores. Y oye, tú ya tienes derecho a vivir en Canadá. No hay razón por la que no podamos tener un piso para nosotros al norte de la frontera.

Y luego explicar por qué vivimos juntos si nunca hemos salido del armario, pensé, pero me lo guardé para mí.

—Sí que lo hay —dije—. Tú podrías estar en Toronto, pero yo podría vivir en Los Ángeles. O en Dallas. O en Columbus. O vete tú a saber dónde. Y que Dios no quiera que alguna vez tengamos que enfrentarnos en el hielo. No quiero tener que patearte el culo de una forma totalmente distinta.

Kayden enarcó las cejas: —¿Vaya, vaya, de verdad quieres entrar en eso, eh?

Cuando hablaba así, mi novio bromeaba al noventa y nueve por ciento. Ese uno por ciento se debía a que era demasiado competitivo como para que esa llama se apagara del todo.

—Por supuesto que quiero —contesté—. Ganar lo es todo, ¿no?

—No, no lo es.

—¿Que ganar no lo es todo? ¿Estás loco?

—No. Ganar no lo es todo; es lo *único*.

No pude evitar reírme. Mi novio no era conocido por su sentido del humor. Si podía mostrarse genuinamente divertido durante un momento tenso o polémico, yo lo aceptaba sin dudarlo.

—Solo diré una cosa —dijo—, y no pretendo ser un capullo, pero a veces empiezas la casa por el tejado.

—¿Quieres decir que me preocupo por las cosas antes de que sea realmente necesario?

—Sí.

No se equivocaba. Siempre había sido un problema para mí. Incluso sabiéndolo, no podía evitar anticipar los obstáculos que estaban por venir.

—Lo más inteligente que podemos hacer es aparcar esto —dijo —. Al menos por ahora.

—¿En serio? Pero eso solo va a...

—Ya sé cómo suena, pero confía en mí. No es que quiera evitar las cosas. Es solo que lo que describes es únicamente un *«y si...»*. Y podría faltar mucho para eso. No confundas lo que es posible con lo que es probable.

—Ahora pareces un libro de autoayuda.

—Sé que estás de broma, pero lo que describes no está en el futuro inmediato. Eso solo pasaría si me seleccionan en el *draft*.

—Has actuado como si eso estuviera garantizado.

—Debería estarlo, pero no he perdido el contacto con la realidad, tío. Probablemente necesitemos ganar un campeonato para garantizar que nos seleccionen, ¿no?

—Vale.

—Y, por cierto, no olvidemos el asunto más inmediato que nos ocupa. Ganar un campeonato. Ya casi lo tenemos, y hemos trabajado demasiado para arriesgarnos a que se nos escape de entre los dedos.

Tenía razón en eso, y lo odiaba. Pero no podía negar que el éxito era algo que podría separarnos. En ese momento, no deseaba otra cosa que poder detener el tiempo para que Kayden y yo pudiéramos estar juntos como los Larkin Lions para siempre.

Ojalá ese deseo pudiera hacerse realidad.

38

KAYDEN

Necesitaba que alguien me aconsejara, y ni de coña iba a acudir a Ryan Detenbeck. Además, no tenía muchas luces, que digamos. Braxton Wilson también era jugador de hockey, obviamente, pero estaba casi seguro de que tenía más neuronas que Ryan Detenbeck, así que lo abordé después del entrenamiento. Le pregunté si quería tomarse una cerveza en el pub del campus; al principio dudó, pero cambió de parecer en el acto cuando le dije que invitaba yo.

Cuando nos dejamos caer en los taburetes, dijo:

—Oye, Kayden, ¿esto es una cerveza de despedida o algo así?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que, cuando te fichen y estés conduciendo un deportivo mientras una modelo cañón te la chupa, no vas a tener tiempo para pringados como yo.

—Venga ya, Braxton, siempre he tenido tiempo para pringados como tú.

Sonrió de oreja a oreja, como si no hubiera pillado la broma. Igual tenía que retirar lo que había pensado sobre que tenía más neuronas que Ryan. Aun así, puede que Braxton tuviera una mejor perspectiva en este caso.

—Pero va a ser la hostia —dijo—. No es frecuente que fichen a nadie de una universidad de tres al cuarto como esta.

—Lo sé, pero este equipo de los Larkin Lions no es un equipo cualquiera.

Y yo no soy un jugador de hockey cualquiera, quise añadir. Hasta yo sabía lo arrogante que habría sonado —aunque fuera cien por cien verdad—, así que me lo callé.

—No pareces muy contento —dijo.

—¿No?

—No digo que estés con cara de amargado, pero alguien como tú debería estar más contento con la posibilidad de que lo fichen.

—¿Porque por fin me ha llegado la hora?

—No, porque eres el jugador de hockey más creído que he conocido. Deberías estar dando saltos de alegría y restregándoselo a todo el mundo por la cara, pero has estado apagado. Casi has estado modesto.

—¿De verdad hago todo eso?

No respondió, pero no me quitó los ojos de encima. A veces, lo que no se dice tiene más fuerza que lo que sí se dice.

Entonces, Braxton dijo:

—Solo sé que si los Toronto Maple Leafs llamaran a mi puerta, me pondría tan contento que me cagaría en los pantalones.

—Si solo se quedara ahí la cosa…

Aquello solo ensanchó la sonrisa de mi compañero. Por primera vez, no quería hablar sobre mí. De hecho, tenía otro tema que tratar.

—Oye, ¿qué probabilidades crees que hay de que fichen a Erik De Ruiter? —pregunté—. En serio. Puedes decírmelo.

—¿Qué?, ¿te vas a ofender si te doy la respuesta equivocada?

—Qué va, tío. Solo es una pregunta sincera.

—Pues creo que tiene posibilidades. Quizá.

—¿Pero no es seguro?

—Tío, ¿qué coño sé yo? No soy ojeador.

Levantó las manos en señal de rendición, pero su ancha sonrisa permaneció. Solo entonces me di cuenta de que quizá había sido un poco intenso con mi pregunta. Obviamente, no le había dado muchas vueltas al tema. Tenía sentido. ¿Por qué iba a importarle?

—Perdona —dije—, solo era por saber.

—Solo por saber, ¿eh?

—Sí.

—¿Ha pasado algo?

Hice una pausa y busqué a toda prisa una respuesta decente. Era estúpido pensar que incluso un zoquete como Braxton Wilson no me calaría, así que me rendí.

—Ya que preguntas, creo que ver que yo haya despertado tanto interés en los Leafs lo ha puesto de los nervios. Le ha puesto las pilas, pero no en el buen sentido, si es que me entiendes.

—¿Como que le ha vuelto inseguro?

—¡Sí, esa es la palabra!

—Pero si él también es un jugador de hockey cojonudo. ¿Por qué coño iba a sentirse inseguro?

—No sé. A lo mejor es porque en los Larkin Lions somos cocapitanes. Básicamente hemos estado al mismo nivel, incluso cuando hemos tenido nuestros roces. Y ahora...

—Y ahora que ha aparecido un ojeador y te ha enseñado lo que es posible de verdad, sin hacerle ni puto caso a Erik, te preocupa que esté celoso.

«*Sé a ciencia cierta que está celoso*», quise decir. Y, para el caso, ha sido mucho más que el simple hecho de ser cocapitanes. Se trata de que nos hemos conocido como ningún otro tío lo ha hecho antes. Se trata de la cantidad de veces que nos hemos despertado desnudos juntos. Se trata de los sentimientos que nunca antes habíamos experimentado por otro chico. Se trata del futuro que *podríamos* tener, pero que no podíamos planificar por nuestras esperanzas y sueños... y por el hecho de que no puedo salir del armario ni aunque me vaya la vida en ello.

Si hubiera podido confiar en que Braxton lo encajaría, puede que le hubiera contado la verdad. Bueno, no *toda* la verdad, pero lo suficiente como para dar una buena pista.

—Supongo que se podría decir que sí —dije—. Solo me preocupa que pueda perjudicar al equipo. Ya sabes, por ser cocapitanes y todo eso.

—No creo que tengas nada de lo que preocuparte.

—¿Qué dices, en serio?

—Kayden, vamos, estabais a la gresca. Incluso una vez tuvimos que separaros físicamente. Y, ¿sabes qué? No perjudicó al equipo.

Eso fue porque también nos comíamos *a besos* el uno al otro, pero eso sí que no podía decírselo. Además, había sido antes de que empezara la temporada regular, no en los *playoffs*.

—Déjame preguntarte una cosa —dije—. ¿Cómo fue ser el hijo de un jugador de la NHL?

—¿De verdad me preguntas eso?

—Sí, no te hagas el sorprendido. Sé la cara de pena que se te pone cuando nadie te pregunta por tu padre.

Solo ese comentario podía hacer mella en la sonrisa perenne del tío. Braxton contaba a cualquiera que quisiera escuchar que su padre había sido elegido por los Montreal Canadiens antes de que él naciera, pero que nunca llegó a jugar para el equipo por un traspaso. Su padre tenía un anillo de la Copa Stanley por jugar como suplente para los Dallas Stars. Braxton se había criado en Texas y tenía mucho que decir sobre la vida de la familia de un jugador de hockey; normalmente solo las partes buenas, por supuesto. A mí me fastidiaba la forma en que siempre lo pregonaba como si el padre de nadie más en el planeta hubiera jugado en la NHL.

—Tienes que estar dispuesto a hacer las maletas y mudarte en cualquier momento —dijo—. Y mi madre lo sabía antes que yo.

—Claro, claro, fue elegido por Montreal antes de que nacieras.

—Sí, te lo he contado cien veces.

—A mí me lo vas a contar.

Esbozó una media sonrisa y dijo:

—Creía que querías oír esta historia.

—Pues sí.

—Entonces cállate y déjame terminar, ¿eh?

Braxton no sonaba irritado —más bien en broma, en realidad—, pero fue suficiente para que me callara.

—Papá nunca estaba en casa —dijo—. Daba igual si el equipo estaba en la ciudad o de gira. Los pocos años que jugó con los Columbus fue lo peor. Estábamos de vuelta en Texas, así que lo veía más por la tele de lo que lo veía en casa.

—Entonces, ¿qué hizo tu madre?

—Se divorció de él.

—Espera, ¿en serio?

—No enseguida. Yo era muy pequeño cuando empezó a hartarse. Aguantó el tirón todo lo que pudo porque no quería que me viera envuelto en un divorcio.

—No me has contado nada de esto.

—No ha surgido el tema.

Puse los ojos en blanco y estuve a punto de dar un puñetazo en la mesa. Como no quería que los demás se dieran cuenta, me calmé. Antes de continuar, quiero señalar que si Braxton había podido mencionar cualquier otra cosa posible sobre la carrera de su padre, también podría haber mencionado eso.

—De hecho, también fue hacia el final de su carrera —dijo—. En plan, ella ya había superado lo peor y aguantado las partes más difíciles, pero no podía seguir con ese tipo de vida para siempre. Necesitaba a alguien que pudiera quedarse en casa, tener un trabajo normal y ser un padre.

—O sea, ¿que dejó a tu padre por completo por su calendario de hockey?

—El calendario era una carga enorme para nuestra familia, sí, pero el estilo de vida, desde luego, no ayudaba una mierda.

No quería saber qué significaba «el estilo de vida». Claro, podría haber querido decir simplemente que siempre estaba de viaje o que su compromiso con el equipo lo mantenía constantemente ocupado incluso cuando estaba en casa. El tiempo en familia habría quedado relegado a un segundo plano.

Por otro lado, también podría haber sido una señal de que su padre había sucumbido a la tentación. Debía de ser un puto infierno estar rodeado de mujeres guapas todo el tiempo, sobre todo siendo jugador de hockey, y no aprovechar ninguna de las oportunidades que se le presentaban.

Pero yo no quería mujeres. Tampoco quería a otros tíos. Solo quería a Erik De Ruiter. Quería que las cosas fueran como siempre habían sido entre nosotros, solo que disfrutando de la gloria de ser

el mejor jugador de la NHL que jamás haya existido. Pero no podía decírselo a Braxton porque nunca lo entendería.

—Entonces, ¿qué coño hace uno? —pregunté.

—Tú no tienes que preocuparte por nada —dijo—. Al menos, no todavía. Estás soltero.

Ese comentario me sentó como un puñetazo en el estómago. Quizá debería haberme sentido aliviado de que lo mencionara. Eso indicaba que no sabía lo nuestro. Por otro lado, su vaguedad me molestaba.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Piénsalo. Si estás soltero ahora, deberías seguir así, tío. Cásate cuando tu carrera haya terminado. Disfruta de todas las tetas y culos que puedas pillar como jugador de hockey profesional. Así te puedes ahorrar un montón de dolor y sufrimiento.

Me detuve a pensar en ello. No le faltaba razón, pero no quería que la tuviera.

—Vengaaa —dijo mi compañero de equipo—. Conozco esa mirada. Pero piénsalo. No tienes que estar atado a nadie. Es la excusa perfecta para ir de flor en flor todo el tiempo que puedas. Cuando las mujeres guapas se te tiren encima —y lo harán—, no tendrás una esposa en casa dándote la tabarra y acusándote de ponerle los cuernos.

Braxton sonaba tanto como un vendedor de coches de segunda mano al decirlo que no pude evitar reírme un poco. Sin embargo, tenía que volver a mi tema original.

—Supongo que me sabría mal —dije—. Ya sabes, por dejar atrás a De Ruiter y todo eso.

—¿Por qué te preocuparías por De Ruiter? ¿Estás enamorado de él o algo?

Escupí la cerveza que tenía en la boca, manchándolo por completo. Él se echó hacia atrás y se miró el pecho. Entonces me limpié la boca con el antebrazo y le pasé unas servilletas a mi compañero, aunque de poco servirían.

—Joder, tío —dijo—. Dilo, pero no lo escupas, ¿eh?

—No es lo que piensas —dije—. ¿Acaso un tío no puede preocuparse por sus compañeros de equipo?

—Sí, claro que puedes preocuparte por ellos, pero hay que poner un límite. Tienes que admitir que ya es mayorcito, ¿no?

—Sí.

—Casi te pateó el culo una vez, ¿verdad?

—En tus sueños.

—Pero tiene que valerse por sí mismo alguna vez, ¿no?

—Sí.

—Pues asunto zanjado.

Solo que yo sabía que aquello, en realidad, no resolvía nada. De acuerdo, a Braxton Wilson prácticamente había que hacérselo con dibujitos, pero al final había pillado lo nuestro. Puede que estuviera de broma, pero se había acercado peligrosamente a la verdad. Pero esa no era la cuestión. Si hasta un idiota como él podía tener razón sobre la vida de un jugador de hockey, quizá Erik y yo sí que estaríamos jodidos de verdad.

39

ERIK

—Me siento mal —le dije a Ryan Detenbeck antes de hincarle el diente a una hamburguesa en el Lake Effect Diner.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque debería sentirme feliz por Kayden. Joder, debería ser el primero en animarlo, pero no lo soy. Y no es solo que me dé igual. Todo este asunto me hace sentir como una mierda.

Esa era la verdad. Ya os lo he dicho una vez, pero había pasado casi una semana desde que me enteré de la noticia y el mismo mal rollo seguía atenazándome. Sí, le había dado mil vueltas para racionalizarlo, pero nada parecía tranquilizarme.

—No todo será malo, ¿verdad? —preguntó.

—No te sigo.

—Bueno, si se va a la NHL, eso solo puede ser bueno para ti.

¿A qué te refieres?, quise preguntar. *¿Eres idiota?* Entonces me di cuenta de que mi compañero de equipo no podía saber lo mucho que me jugaba yo en realidad.

—Sigo sin pillarlo.

Ryan dejó su hamburguesa en el plato y se limpió la boca con una servilleta. —Si Kayden está en la NHL, entonces puedes

quedarte con el puesto de capitán del equipo de los Larkin Lions para ti solo.

Puse los ojos en blanco, arrepintiéndome ya de esta conversación. Tenía que ser Ryan para no enterarse de nada. Además, no me importaba tener el equipo para mí solo. Quizá me habría importado al principio de la temporada, pero habían cambiado muchas cosas desde entonces.

—Eso está muy bien y todo eso —dije—, pero preferiría ser cocapitán con Kayden a tener el equipo para mí solo.

—Eso dice mucho de ti, tío. Te lo digo en serio.

Por muy honorable que sonara, no podía contarle todos los detalles del porqué. O sea, me moría de ganas de hacerlo, pero Kayden se volvería loco.

—Ya sé que piensas que no tengo dos dedos de frente —dijo Ryan—, pero hay algo más en todo esto, ¿a que sí? En plan, no es solo porque Kayden pueda irse.

—Es solo que me preocupa no tener lo que hace falta para llegar a la NHL —dije.

—Espera, ¿lo dices en serio?

—Bueno...

—Tío, usa el cerebro, ¿quieres? Vas a llegar a las grandes ligas. No tengo ni una sola duda sobre eso. Puede que no sea tan rápido como Kayden, pero da igual. ¿Quién coño llega exactamente al mismo tiempo que otro?

Entendía lo que decía, pero eso no mejoraba las cosas. La idea de que Kayden Preston jugara en cualquier equipo profesional, incluso en las ligas menores, mientras yo seguía estancado en la universidad, me volvía loco. No se trataba tanto de que él viviera el sueño, sino de que lo viviera sin mí.

—Sé lo que dices —dije—, pero siento que, diga lo que diga la gente y por mucho que intente verlo, esto no me sienta bien.

—No me extraña.

—¿A qué te refieres?

—Sois demasiado competitivos el uno con el otro, ¿lo sabías?

Esa fue la primera observación seria que le oí en mucho tiempo. Y, lo que era más aterrador, también la primera medio inteligente. Y

además era verdad. La parte de mí que era muy competitiva quería creer que de lo bueno nunca se tiene demasiado. En el hockey, necesitas un cierto nivel de garra y empuje para tener éxito. Sin eso, tú y tus compañeros de equipo siempre acabaréis con la peor parte. Y luego acabarás poniendo gasolina para ganarte la vida y contándole a la gente que podrías haber sido un gran jugador de hockey y haber saboreado la verdadera gloria.

Por otro lado, nuestro nivel de competitividad podía convertirse en un obstáculo. Lo habíamos aprendido al principio de la temporada con el fiasco del vestuario del capitán del equipo. Los Larkin Lions podrían haber sufrido por ello. Nuestra relación había mantenido a raya gran parte de esa competitividad porque ocultar nuestro amor había ocupado más nuestra atención que cualquier otra cosa.

Ahora que Kayden se me había adelantado en su carrera, tenía que hacer algo. No podía permitir que algo así sucediera. El problema era que admitirlo me hacía sentir muy miserable y mezquino.

—Supongo que entiendo lo que dices —dije.

—Al final todo sale bien, ¿no?

Hice una pausa. Esta vez, *sí* que sabía a qué se refería, pero no me lo creía del todo. Quizá eso provenía de esa parte de mí que creía que no existían las respuestas fáciles.

—Supongo que tienes razón —dije.

—Piénsalo así: si eligen a Kayden en el draft ahora, te meterá fuego en el culo. No podrás soportarlo. Querrás demostrarles a todos que tú también puedes hacerlo. Solo podrás pensar en cómo vas a convertirte en el mejor jugador de hockey posible. Si un equipo de la NHL *aún* así no llama a tu puerta, es que están completamente jodidos de la cabeza.

No pude evitar reírme un poco de eso.

—Además —dijo—, sabes que no puedes preocuparte por mierdas como esa ahora mismo, ¿verdad?

—Recuérdame por qué.

—Porque tenemos un campeonato que ganar. Te necesitamos a tope, colega.

—Estoy a tope.

—Pero tienes que estar atento a los problemas. Si no te centras, podríamos arriesgarnos a perder. Si eso pasa, no os van a elegir a ninguno de los dos.

Entonces se me ocurrió una idea. Esperaba, por Dios, no hacer nunca algo así, pero me preocupaba de verdad poder sabotear a mi novio sin querer. Por segunda vez hoy, Ryan Detenbeck había dicho algo inteligente. El mundo se volvía cada vez más raro, ¿no?

Pero bueno, al menos tendría a mi novio para mí solo.

Cuando dejé Canadá para ir a la Universidad de Larkin, solo tenía un objetivo en mente: entrar en la NHL. Ganar un campeonato para la universidad habría sido una consecuencia de ello, pero el objetivo principal era en lo que me centraba. No había contado con conocer a alguien como Kayden Preston... y desde luego no contaba con enamorarme.

—Supongo que el único problema que queda —dije— es que me quedaré aquí estancado mientras Kayden está a saber dónde.

—Sé que eso será muy duro.

Me giré hacia mi compañero de equipo, que sonaba como si supiera algo. Debió de notar mi mirada severa, porque pareció buscar a tientas las palabras adecuadas.

—Ya sabes, porque estás enamorado de él, ¿no? —preguntó.

—Eh, ¿perdona?

En lugar de buscar las palabras a tientas, una enorme sonrisa estúpida apareció en su cara.

—Vamos, tío —dijo—. Pensé que sabrías de lo que hablo.

Hizo un círculo con el pulgar y el índice y luego deslizó el índice de la otra mano dentro y fuera de él. Sonrió ampliamente como si se le hubiera ocurrido la idea más original del mundo. Luego estalló en una carcajada, poniéndome tenso hasta que finalmente estallé.

Le agarré la mano, apretándola con fuerza, y la estampé contra la mesa. Se quedó con la boca abierta y se inclinó, haciendo una mueca de dolor.

—¡Ayyy! —dijo—. ¡Joder, suéltame, quieres!

Me daba igual que todo el mundo en el restaurante nos estuviera mirando. Quería respuestas y no pensaba soltarlo hasta que las consiguiera.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Nadie!

—Eso es una gilipollez, Detenbeck. Sé que mientes. Venga, ¿quieres cantar de una puta vez? ¿Quién te lo ha dicho?

—¡Nadie!

Apreté aún más fuerte, y él gruñó como si no pudiera soportar el dolor ni un segundo más.

—No estoy ni de coña, colega. ¡Quiero saber quién te lo ha dicho, y lo quiero saber ahora mismo!

—Lo digo totalmente en serio, tío. Nadie me ha dicho nada. ¡Era solo una broma estúpida!

Le solté la mano. Detenbeck la retiró y la acunó como si fuera un bebé, en lugar de comportarse como el duro y rudo jugador de hockey que era. Quizás mi reacción se parecía demasiado a algo típico de Kayden Preston para mi gusto, pero mi compañero de equipo me había llevado a ello.

Normalmente, me habría disculpado mil veces por una reacción así, pero no pensaba hacerlo ahora. Ryan Detenbeck y su bocaza se lo tenían bien merecido.

—Joder, tío, ¿de verdad tenías que hacer eso? —preguntó.

—¿De verdad tenías que hacer la sugerencia que acabas de hacer?

—Ya te he dicho que estaba de broma. No hace falta que te pongas como un loco conmigo.

—Quizá sí que necesito ponerme como un loco. Es la única forma de que aprendas a tener modales.

—Dios, eres peor que Kayden con esto.

Enarqué una ceja, pero no dijo nada. De todas formas, tampoco quería oír nada de él.

Así que, probablemente, también le había hecho a Kayden un comentario igual de estúpido sobre esto. Era de esperar. Y también era lógico que a Kayden no le gustara. Pero también significaba que la gente estaba empezando a calarnos, lo que podía tomarme como algo bueno o malo. Por un lado, por fin podíamos ser nosotros mismos. Eso era todo lo que yo quería. Por fin podíamos ser libres.

Por otro lado, podíamos convertirnos en el hazmerreír del equipo, lo que no sonaba tan atractivo.

Esto también me recordó que, tarde o temprano, habría que tomar una decisión. A Kayden no le gustaría, pero otros podrían acabar tomando la decisión por nosotros. Por ahora, no iba a llamar más la atención de Ryan sobre el tema de lo que ya lo había hecho.

—Anda, ponte una tirita en eso —dije—. No voy a darte un besito para que se te cure.

Y sin más, Ryan se escabulló de nuestro reservado y se dirigió al baño. Seguro que esperaba con todas sus fuerzas que no le contara a nadie que casi le había hecho llorar. No podía prometerle nada. Lo mejor que podía hacer para asegurarse de que no volviera a ocurrir era portarse bien.

Nuestro camarero regresó a la mesa con la cuenta, que seguro que mi compañero esperaba que pagara yo ahora. Lo haría para compensar por casi haberle partido la mano.

Me di cuenta de que ninguna de mis preocupaciones importaba realmente ahora. Al principio, me había preocupado perder a Kayden porque no podía salir del armario. Ahora una amenaza completamente nueva se cernía sobre nosotros. No tenía respuestas y aún menos control sobre ello. Por mucho que quisiera tomarme las cosas como venían, simplemente no podía. Ya había soñado con cómo sería la vida si ocurriera lo peor. No negaré que, a estas alturas, me preocupaba no poder vivir una vida sin Kayden Preston en ella.

40

KAYDEN

Estábamos en la final de la conferencia. Espera un momento. Voy a decirlo otra vez. *Estábamos en la final de la conferencia*. O sea, a un solo paso de la final del campeonato. Dios, qué bien sentaba eso. Me repetí esa frase hasta la saciedad. Si no lo hacía, apenas me creía que hubiéramos llegado tan lejos. Cualquiera diría que esperaba llegar tan lejos, y más allá. Se daba por sentado, ¿no? Pero había algo en el hecho de haber llegado a esa fase que me resultó distinto a lo que esperaba. Parecía un sueño, algo surrealista, y necesitaba empaparme de ello.

Mientras asimilaba todo lo que me estaba pasando, lo que nos estaba pasando, no podía evitar darle vueltas y más vueltas a la actuación de Erik sobre el hielo. Había jugado bien, no me malinterpretes. Incluso llegaría a ser genial algún día. Pero tenía esos momentos en los que se notaban sus irregularidades. Por ejemplo, bajaba el ritmo cuando debería haberlo acelerado. Parecía ir a destiempo.

No era para tanto, no me malinterpretes. Por lo que yo sabía, los nervios podrían haberle jugado una mala pasada. No es que le culpara por ello, en sí. Yo también había tenido un nudo en el

estómago; al fin y al cabo, solo soy humano. Pero la cuestión es que yo no iba a dejar que se interpusieran en mi objetivo final.

Erik había venido a mi casa después del partido. Fuimos directos a la habitación, porque todo el mundo se merecía una recompensa. El sexo seguía siendo estelar; en eso no había flojeado. Ah, sí, se suponía que debíamos dejar esas cosas a un lado por la posible distracción, pero también necesitábamos algo para aliviar la tensión. Como he dicho, solo soy humano.

Mi novio yacía desnudo en mi cama cuando me levanté y me tomé un momento para admirarlo como si fuera un cuadro en un museo. Luego me puse los calzoncillos. Aparte del sexo increíble, los Larkin Lions y llegar a la final del campeonato eran las únicas cosas en las que pensaba. Bueno, eso y volver a por un segundo asalto con Erik.

Pero volvamos al trabajo.

—Vas a tener que ponerte las pilas para la final de la conferencia, ¿sabes? —lo dije sin pensar. Daba igual. Esto era serio y había que decirlo.

—¿Qué quieres decir? Hemos ganado el partido, ¿no?

—Ya sé que sí, pero tenemos que ganar el próximo partido y luego el siguiente. No podemos andarnos con tonterías. Sabes lo mucho que nos jugamos.

—Claro que lo sé. No soy idiota.

La voz de Erik sonó tan cortante que me fue imposible no percibir las notas de irritación. Eso no me molestó exactamente, pero sabía que tendría que abordarlo antes de que interfiriera en nuestro juego.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No.

—Vamos, Erik. No te pongas así. Sé cuándo pasa algo, así que más vale que lo sueltes de una vez.

—Bueno, para empezar, no tienes por qué criticar mi juego.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—¿Que por qué no? Tío, no te corresponde a ti decirme cómo jugar al hockey. La última vez que lo comprobé, ese era el trabajo del entrenador Hardison.

—Y mi trabajo como capitán del equipo es pedirte cuentas. Quiero decir, cocapitán.

Mi novio sonrió y asintió, como si supiera que mi error no había sido realmente tal metedura de pata.

—Erik —dije—, en parte del último partido parecías un pato mareado. ¿Qué se suponía que debía decir? ¿Que eras tan elegante como una bailarina?

—¡Nada, y cállate! *No* parecía un pato mareado y no soy una puta bailarina.

—Jugaste bien, pero estuviste un poco por debajo de tu nivel habitual. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Fingir que eras Wayne Gretzky ahí fuera?

—Podrías haber hecho lo decente y no decir nada en absoluto.

—Esto no funciona así. Y lo sabes.

—¿Qué te parecería si me pusiera a analizar tu juego con lupa? No es que hicieras un partido perfecto, que digamos.

—Nunca he dicho que hiciera un partido perfecto.

—¿Y qué te parecería si yo fuera lo más directo posible? ¿Te lo tomarías en serio?

—Claro que sí. ¿Sabes por qué? Porque sé encajar las críticas. Eso es lo que nos hace mejores y me esfuerzo constantemente por conseguirlo. Y, ¿sabes qué? Si hay algo en lo que necesito mejorar, *esperaría* que me lo dijeras. No te andes con rodeos, tío.

Mi novio se quedó helado, como si lo hubiera acorralado. De repente, dejó de ser el tío que acababa de correrme como nunca gracias a su excepcional habilidad y su enorme polla. Y yo tampoco bromeaba. Sé aceptar las críticas constructivas como el que más. De verdad que habría esperado que Erik me señalara mis defectos. No era culpa mía que con el tiempo se hubiera vuelto más sensible a casi todo.

—Olvidemos esto —dije.

—De eso nada. Ahora que has sacado el tema, creo que tenemos que hablar.

Ah, sí, ese era mi lado cabezota y testarudo saliendo a relucir en todo su esplendor. Si Erik se iba a poner así, iba a tener una buena dosis de esa faceta mía, tanta como pudiera soportar.

—¿Quieres que hable? —preguntó—. De acuerdo, hablemos. Hablemos del hecho de que no jugué tan mal —de hecho, hice un partido bastante bueno— y tú te comportas como si hubiera estado jugando en una liguilla de aficionados.

—Nunca he dicho que estuvieras jugando en una liguilla de aficionados. Deja de poner palabras en mi boca.

—No he puesto palabras en tu boca. He dicho que te *comportas* como si hubiera estado jugando en una liguilla de aficionados, que no es lo mismo. Si no quieres meterte en discusiones como esta, deberías ocuparte de tus asuntos.

—Ocuparme de mis asuntos —me reí un poco—. Esa es buena, Erik. Por lo que a mí respecta, me estoy ocupando de mis asuntos. Ni siquiera es por ser cocapitán. Todos en este equipo de hockey tenemos que hacernos responsables los unos de los otros. Esa es la marca de un equipo campeón, ¿no lo entiendes?

Mi novio se levantó de la cama y se acercó a mí. Una parte de mí todavía quería acariciarle la polla y follármelo como él me había follado a mí antes, pero no iba a poder librarme de esta discusión.

—Sabes —dijo—, has cambiado de actitud desde que los Maple Leafs contactaron contigo.

Eso era. Ahora nos estábamos acercando al verdadero problema.

—Ah, ya veo lo que quieres decir —dije—. ¿Crees que mis críticas se deben a que los Leafs están pensando en seleccionarme?

—¿Pensando? ¿No has estado todo este tiempo actuando como si ya fuera un hecho?

—Tengo noticias para ti, colega. Siempre he sido así de arrogante.

Hice una pausa, deseando poder retirar esa última frase.

—En eso no hay discusión —dijo Erik—. Y tienes que admitir que te has vuelto aún más exaltado desde que apareció ese tal Leon Purvis.

—Ya entiendo lo que dices. Todo tiene sentido. No es que no te guste que te señale en qué tienes que mejorar. Estás resentido porque yo podría llegar a las grandes ligas y tú seguirás en la universidad. Bueno, tengo noticias para ti, tío. Podrías estar en la misma situación que yo si estuvieras dispuesto a esforzarte más.

En ese momento, esperaba que mi novio me soltara un puñetazo. Apreté los puños y me preparé por si de verdad lo hacía. Se le puso la cara roja y la tensión en la habitación se volvió palpable, pero no me pegó. Sin embargo, eso no significaba que todo estuviera bien. Ni de lejos.

Vale, puede que me hubiera pasado con el comentario sobre el esfuerzo. Podía reconocerlo. Tenía la humildad suficiente para admitir que me equivocaba.

—Lo siento —dije—. No pretendía que sonara de esa manera.

—Venga ya, tío. Claro que lo has hecho.

—Te lo digo en serio. No era eso lo que quería decir. Solo me he precipitado un poco.

Erik se apartó de mí como si quisiera decir que ya era demasiado tarde para retractarse. Genial. Adiós al segundo asalto.

—Es que es difícil no pensar que quizá los celos te están pudiendo —dije.

—Pues no es así.

—Me alegro de que lo hayas aclarado.

—No debería tener que hacerlo. Sí, puede que te seleccionen los Leafs. Menuda cosa. Eso no significa que puedas empezar a decirles a los demás cómo jugar al hockey.

Debería haber imaginado que algo así pasaría tarde o temprano. Por un lado, sus celos mezquinos eran evidentes. ¿Cómo no iban a serlo? Erik quería jugar en la NHL tanto como yo, y era casi seguro que yo tendría esa oportunidad antes que él. El señor Racional estaba perdiendo los papeles por ello. Ese no era mi problema.

Por otro lado, no le faltaba razón. Quizá me había convertido en un capullo aún más grande que mi yo arrogante y engreído de siempre. Debería haber tenido más cuidado al criticarlo. No es que estuviera mal hacerlo en general —¿responsabilidad total, no?—, pero quizá debería haber sabido que mi novio reaccionaría de esa manera.

Vale, voy a decirlo sin más: quizá debería haber mantenido la bocaza cerrada.

—Mira, lo siento —dije—. No creo que me equivocara al decir lo que dije, pero eso no hace que estuviera bien. ¿Tiene sentido?

—No, Kayden, no tiene sentido.

—De verdad que no quiero empezar una pelea. No ahora.

—Entonces quizá no deberías haber abierto esa bocaza que tienes.

Uf, eso fue un poco duro. De hecho, casi deseé que me *hubiera* soltado un puñetazo. Al menos eso habría sonado más como algo que haría un jugador de hockey.

—Dejémoslo estar.

Lo dijo de forma tan brusca, como si quisiera tener la última palabra. Luego se metió desnudo en el baño. Y yo le eché un vistazo a su culo perfecto, preguntándome cómo algo podía parecer tan increíble. Normalmente, habría seguido un culo como ese a donde fuera, principalmente para conseguir un segundo asalto, pero también odiaba terminar cualquier conversación de esa manera. Pasara lo que pasara, siempre necesitaba zanjar las cosas. Me di cuenta de que no había forma humana de que eso sucediera ahora. Daba igual lo que dijera o hiciera. Erik encontraría alguna manera de darle la vuelta a la conversación para ponerme en mi contra o de aumentar la tensión de alguna forma no sexual.

Y eso eran malas noticias.

Cuando oí el agua de la ducha, supe que la conversación se había terminado de verdad, me gustara o no. Y Erik había ganado la discusión, si es que darme una paliza y luego largarse contaba realmente como ganar. Ah, sí, podía reunirme con él en la ducha y cambiar de tema como solo yo sabía, pero era más listo que todo eso. Solo me quedaba esperar que esto no se convirtiera en una costumbre antes de que levantáramos el trofeo del campeonato.

41

ERIK

Tenía a Kayden en la cama, con las piernas echadas hacia atrás hasta que las rodillas casi le tocaban los hombros. Mi polla martilleaba dentro y fuera de su agujero mientras mi boca permanecía fundida con la suya. Nuestras lenguas se entrelazaban. Éramos uno solo. Durante ese breve instante, el mundo desapareció y no me preocupé por nada más. Los pensamientos sobre el partido del campeonato, el que Kayden se hubiera comportado como un gilipollas integral y el miedo a que me dejara atrás una vez lo seleccionaran en el *draft* se me habían olvidado por completo.

Mi novio me rodeó el cuello con los brazos, como si con eso pudiera atraerme aún más cerca de lo que ya estábamos, pero era imposible. Como he dicho, éramos uno solo. Y ahora viene lo más increíble: seguía pareciendo fresco y nuevo. Por muchas veces que nos hubiéramos follado desde que empezó la temporada, no se había vuelto monótono. No digo que cada revolcón con mi novio fuera como la primera vez, pero casi.

Cuando Kayden gimió y echó la cabeza hacia atrás, supe que tenía el control absoluto. Eso me hizo embestirlo con más fuerza y rapidez, provocando que la tensión aumentara. Mi propia respiración

se aceleró y sentí que el clímax se acercaba. Quería ir más despacio, dosificarme, pero mis ganas eran demasiado fuertes.

Mi novio llegó el primero a la meta. No me sorprendió. Siempre sabía cuándo estaba cerca por la forma en que se le aceleraba la respiración y me agarraba con más fuerza. Metió la mano entre nosotros, se aferró la polla y se la meneó.

—Joder —dijo—, me voy a correr.

Gruñó, y sentí chorros de su corrida caliente salpicándome el estómago, lo que me llevó a follárselo con más fuerza y rapidez que nunca. Contuve la respiración y sentí que mi propio orgasmo se acercaba cada vez más. En el último segundo, me salí, me agarré el miembro y apunté a la parte inferior de su cuerpo. Chorros de corrida aterrizaron sobre su pecho y su estómago en largas vetas blancas.

Me quedé de rodillas, observándolo mientras las últimas sacudidas del orgasmo me recorrían. Solté una de las varias respiraciones que había contenido mientras mi pecho subía y bajaba. Me reí un poco sin saber por qué, y luego prácticamente me desplomé sobre Kayden, apenas capaz de soportar mi propio peso. Besé los labios de mi novio antes de apartarme y tumbarme en el espacio a su lado.

Solo entonces pensé en nuestra conversación de ayer en su casa. Vale, no fue una conversación, más bien una discusión. Pero, ¡oye, que yo tenía razón! Bueno, digamos que no me equivocaba, pero tampoco tenía toda la razón. Kayden pensaba que estaba celoso. Desde mi punto de vista, de verdad parecía que se le estaba subiendo a la cabeza. Yo no había jugado nada mal, y él me había sacado punta a todo como si fuera el puto Gordie Howe.

Esto era cosa de dos. Él debería estar suplicándome perdón. Aun así, no me importó ser el primero en disculparme.

—Siento lo del otro día —dije—. No quería decir que se te estuviera subiendo a la cabeza y que te estuvieras comportando como el gilipollas del universo.

—No dijiste que me estuviera comportando como el gilipollas del universo.

—Ah, espera, eso debí de pensarlo solo. En fin, siento lo del comentario de que se te había subido a la cabeza, aunque cualquier otra persona diría que sí se te estaba subiendo.

—Gracias... supongo.

Kayden se levantó de la cama, cogió una toalla y se limpió mi corrida del pecho y el estómago. No pude evitar mirarle la polla, que se le había quedado flácida pero seguía pareciendo impresionante mientras se balanceaba de un lado a otro al pavonearse desnudo. Si seguía así, nunca volvería a la realidad.

—No te preocupes —dijo—. Acepto tus disculpas.

Y no dijo nada más, como si no hubiera tenido ninguna responsabilidad en la discusión, como si siguiera siendo el Míster Perfecto que había sido desde el momento en que lo conocí.

Tosí ruidosamente para llamar la atención de mi novio.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Cómo que *qué*? Creo que tienes algo que decirme.

—Ah, sí, yo también lo siento.

En realidad no lo sentía. No de verdad. Pero fue suficiente para zanjar el tema —sin segundas— y seguir adelante.

—Sin embargo, hay algo de lo que creo que deberíamos hablar —dije.

—¿El qué?

—Pongamos que te seleccionan en el *draft*. Vamos a estar separados. De eso no hay escapatoria. ¿Cómo vamos a hacer que nuestra relación funcione?

—¿Otra vez con lo mismo?

—¿Cómo que *otra vez con lo mismo*?

—Sé que ya ha salido antes, pero sigo dándole vueltas. Y me reconcome. Probablemente no pueda dejarlo pasar hasta que lo hayamos hablado.

—Ya sabes lo que opino de sacar conclusiones precipitadas —dijo Kayden.

—Sí, ya me lo has dicho.

Hizo una pausa, como si esperara que yo me tomara eso como una señal para callarme. Se diría que ya debería conocerme mejor.

—Y creo que solo deberíamos preocuparnos de ciertos problemas cuando lleguen —dijo—. Preocuparse por ellos ahora es inútil y solo servirá de distracción.

—Mira, no estoy diciendo que necesitemos un plan férreo ahora mismo.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¿Qué tal un esbozo?

Mi novio se detuvo, pareciendo considerarlo, pero sin mirarme. Permaneció ligeramente de espaldas a mí, con la vista fija en la pared, como si eso le permitiera escabullirse de cualquier compromiso al que yo intentara arrinconarlo.

—Vale, quizá un esbozo —dijo—. *Quizá*. Y me reservo el derecho a hacer cambios si lo necesito.

—Por eso se llama esbozo, Kayden.

Salí de la cama y me puse los calzoncillos, a pesar de saber que me los quitaría de nuevo dentro de poco para ducharme. Me senté en el borde de la cama y me di cuenta de que mi novio estaba prácticamente dando vueltas por la habitación.

—Si me seleccionan, seguimos juntos —dijo—. Bastante simple, ¿no crees? Estoy contento con cómo estamos. No busco nada más.

—¿Estás diciendo que no nos va a pasar nada?

—Sí, eso es lo que digo.

—¿Y qué hay de la tentación? Tienes que admitir que va a haber un montón en el hockey profesional, incluso en las ligas menores. ¿Crees que puedes con ello?

—Claro que puedo. No quiero a ningún otro. Solo te quiero a ti. A lo mejor no te lo crees, pero lo digo totalmente en serio.

—Pero no hablo de tíos. No *solo* de tíos, vamos. ¿Y las mujeres?

—¿Qué pasa con ellas?

No dije nada más. Él podía atar cabos, ¿no? Yo no había sentido atracción por ninguno de los dos sexos desde que estaba con Kayden. Ya sabes, nada más allá de encontrar a alguien atractivo, pero sin ganas de tirármelo o de estar con esa persona de ninguna manera. Y eso es mucho decir, porque soy universitario. El sitio estaba plagado de tíos y tías buenos. Técnicamente, era posible

resistir una cantidad demencial de tentaciones. Pero ¿se aplicaba eso necesariamente a Kayden?

Ni de coña.

—Vale, digamos por un momento que de verdad te dan igual los hombres y las mujeres —dije—. Pero ¿cómo vamos a apañárnoslas con todo lo demás?

—¿Cómo qué?

—Pues como la geografía, tío. Tú estarás a saber dónde y yo en Buffalo. A no ser que a mí también me seleccionen en algún sitio. Eso empeoraría las cosas, ¿no? Más complicaciones.

—Estás pensando en posibilidades que *podrían* pasar, no necesariamente en las que *pasarán*.

—Siento si yo sí soy capaz de ver los problemas aunque tú no puedas.

Cuando mi novio respiró hondo, me di cuenta de lo cerca que nos había puesto de otra pelea. No quería eso, aunque sí que quería que Kayden empezara a pensar en la cruda realidad.

Alguien tenía que hacerlo, ¿no?

—No voy a mentirte —dijo—. Probablemente has pensado más que yo en que me fichen los Leafs. Es como si estuvieras obsesionado o algo.

—¿En serio?

Asintió. —De verdad que lo parece. Y no digo que sea por celos ni nada de eso. Es solo que…

—No, ya soltaste ese comentario el otro día.

—Creía que los dos nos habíamos disculpado por esa discusión.

—Tienes razón. Joder.

Dios, cómo odiaba que mi novio tuviera razón.

—Me he dado cuenta de una cosa —dijo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre nosotros?

—No, Erik, sobre la vida.

—¿Y qué es?

—Que las cosas tienden a arreglarse al final. Por eso no me preocupo por las chorradas.

—No me puedo creer que pienses que algo tan importante como esto es una chorrada.

Sentí que se me subía la temperatura, y Kayden debió de notarlo porque se detuvo, como si se lo estuviera pensando mejor.

—Vale, no he elegido bien mis palabras —dijo—. Digamos que es algo que no puedo controlar. A ver, sí que puedo hacer *algo*, pero en gran parte tengo que dejar que las cosas sigan su curso. Cuando pasa eso, siempre parece que todo se arregla.

—Sigue sin ser una nimiedad. Estamos hablando de que te fiche un equipo de la NHL. De la élite, joder. ¿Cómo puedes decir que es poca cosa?

—Una vez más, es solo que no he elegido bien las palabras. No creo que sea *tan* poca cosa. Pero las cosas que lo acompañan están sin duda fuera de mi control. ¿Y sabes lo que se hace con lo que no puedes controlar?

No te preocupas por ello, era la respuesta que quería, pero no iba a darle esa satisfacción.

Negué con la cabeza. Como he dicho, esto podía convertirse en una discusión en cualquier momento, cosa que no necesitaba, así que quería tener cuidado. Al mismo tiempo, no podía creerme que mi novio pudiera tratar el tema con tanta despreocupación. Sabía que podía ser un cabezota, pero esto ya era ridículo.

—Sé que no me crees —dijo—, y sé que te vuelve loco, pero de verdad que las cosas tienen una extraña manera de arreglarse para mejor. Al menos en mi mundo.

—Entonces, ¿vamos a tener que esperar a ver qué pasa? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—A veces hay que vivir con un poco de incertidumbre, tío.

—Dice el tipo que tiene toda su vida planeada.

—Necesitas metas, algo a lo que aspirar. No me disculpo por apuntar muy alto. Quizá ese plan te suene a tontería, pero me he aferrado a él, siempre he creído en él, y mira hasta dónde me ha llevado.

Y ahí se detuvo. En ese preciso instante me di cuenta de que mi novio era incapaz de ver mi punto de vista. ¿Cómo se llamaba eso? ¿Falta de disponibilidad emocional?

Sí, podría decírselo. Empezaría una nueva discusión que no nos llevaría a ninguna parte. No me preocupaba tanto que negara tener

falta de disponibilidad emocional. Me preocupaba que ni siquiera supiera lo que significaba.

Mientras tanto, nuestra relación se nos seguiría escapando de las manos, y yo sería incapaz de hacer nada al respecto.

42

KAYDEN

¿Os acordáis de cómo me estuvo dando la brasa Erik por criticarle por no jugar con la suficiente intensidad en partidos anteriores? Bueno, pues supongo que se lo tomó a pecho, porque intentó dejarme en evidencia en el séptimo y último partido de la final de conferencia. Intentó robar todos los discos, hacer todos los tiros, defender a todos los rivales y echarse al equipo entero a la espalda cuando no era necesario. Hizo todo el trabajo en lugar de repartirlo con el resto del equipo, a saber por qué. Supongo que para salirse con la suya en su retorcido micromundo.

En otras palabras, estaba siendo Erik De Ruiter.

Creyó que podía hacerlo solo. No necesitaba al resto del equipo. El señorito Erik De Ruiter, el chico de campo tranquilo y sereno, la voz de la razón, el tipo que ha intentado hacerme quedar como el capullo del siglo, tenía que acaparar todo el protagonismo.

Y yo sabía por qué. Era porque lo había criticado. Vamos, que había hecho mi trabajo como cocapitán del equipo. Le había pedido cuentas, de la misma forma que esperaba que él hiciera conmigo. Probablemente era porque había muchas posibilidades de que me ficharan los Maple Leafs mientras que él se quedaría en los Larkin Lions. Puede que sea un cabezota, pero no soy tonto.

¿Sabes qué pasa cuando haces esas mierdas? Que pierdes... o te quedas a un pelo de hacerlo. Por algo se llama trabajo en equipo, ¿sabes? En nuestro caso, casi perdemos la final de conferencia porque a Erik le dio por hacer el gilipollas. Joder, que era el séptimo partido, pero seguía siendo una cuestión de principios. Cada partido era a vida o muerte, y mi novio lo sabía tan bien como cualquiera. En lugar de ayudarnos a llegar sin despeinarnos a la final de la NCAA, casi nos manda para casa.

Por raro que suene, me pregunté si quería que perdiéramos. Ya sabes, porque quizá fuera lo único que me mantendría en Buffalo. Se han visto cosas más raras. Ahí lo dejo.

En fin, no podía dejarlo pasar. Sí, sabía que las cosas entre Erik y yo habían estado un poco tensas últimamente y que decirle cualquier cosa le molestaría. Pero había demasiado en juego para todos. No *podía* dejarlo pasar. Ganar seguía siendo más importante que nada, y tenía que asegurarme de que no saliéramos perdiendo.

Vi las caras de todos, incluida la del entrenador Hardison. Nunca antes habían visto esa faceta de Erik. Todos me miraron, como si, lógicamente, yo fuera el que debía saber qué hacer, pero no se me ocurría nada.

Después del partido, Erik y yo estábamos solos en el vestuario. Había que decir algo sobre el partido, y tenía que ser ya mismo. Podría haber esperado a que volviéramos a mi casa para hablarlo, pero todo el asunto me molestaba demasiado como para quedarme callado.

—Oye, que no tenías por qué hacer todo eso —dije.

—¿Hacer el qué?

—Sabes perfectamente de lo que hablo, tío. No actúes como si fuera tonto.

Erik cerró la cremallera de su bolsa, pero no se la colgó del hombro. Quizá de verdad *pensaba* que era tonto.

—Mira —dije—, si esto es por lo que te dije el otro día, mantengo mi postura. Era por tu propio bien y por el del equipo. Tenía buenas intenciones. Lo único que quería era que te pusieras las pilas, no que volvieras e hicieras literalmente todo lo contrario.

—He jugado el partido de la única manera que sé. ¿Cuál es el problema?

Vale, eso me lo había puesto a huevo y quise lanzarle un insulto. Pero eso solo empeoraría las cosas. Incluso yo, Kayden Preston, el rey del rencor, resistiría la tentación e intentaría arreglar las cosas con madurez.

—Sabes tan bien como yo que hacer todo el trabajo menosprecia al resto del equipo —dije yo.

—¿Se están quejando los chicos?

—Nadie se ha quejado... todavía. Pero por sus miradas y su lenguaje corporal, te aseguro que no están muy impresionados.

—¿Pero no han dicho nada?

—Mira, estoy esperando que alguien, o varios, vengan a hablar conmigo en privado y me pregunten qué coño está pasando.

—Así que, hasta entonces, es solo una posibilidad, ¿no?

Uno pensaría que mi novio habría estado más contento por pasar a la final del campeonato de la NCAA. Que, como mínimo, no sentiría la necesidad de comportarse como un idiota. Pero veía que estaba tan decidido a actuar de esa manera como a echarse todo el partido a la espalda.

Sabía cómo lidiar con el Erik De Ruiter tranquilo y racional. El que era rematadamente cabezota era harina de otro costal, y me acerqué a él con cautela.

—Hemos ganado —dijo—. Es lo único que importa. ¿No lo has dicho tú mismo al menos cien veces?

—Sí, lo he dicho, y lo decía en serio. Pero tienes que jugar con cabeza. Lo que ha pasado ahí fuera... nos ha dejado peligrosamente cerca de perder.

—¿Hemos ganado o no?

—Solo intentas evitar la realidad. No necesitábamos ir a la prórroga, pero lo hicimos. No necesitábamos llegar a la tanda de penaltis, pero es lo que ha acabado pasando.

—Las cosas son así, Kayden. Si no ganas en el tiempo reglamentario o en la prórroga, acabas en la tanda de penaltis.

—Sí, ya sé que es así. Esa no es la cuestión, y lo sabes. Lo que intento decir es...

Me callé, prácticamente ahogándome con las palabras. A veces no se puede razonar con ciertas personas, y esta era una de esas veces. Mi novio simplemente se había cerrado en banda a todo lo que no quería oír. Y entonces caí en la cuenta. Tenía otra razón para ser un completo tocapelotas. No me paré a pensarlo. Lo solté sin más para pillarlo desprevenido.

—Pensabas que iba a haber un ojeador profesional, ¿a que sí? —le pregunté.

Se irguió y me lanzó una mirada como si no supiera de qué le estaba hablando.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—No digo nada, solo me lo pregunto. En plan, a lo mejor pensabas que iba a haber un ojeador profesional y querías impresionarlo. Te echaste a todo el equipo a la espalda, a mí incluido, para demostrarles que eres la verdadera estrella de los Larkin Lions. Así, al menos, estarías en igualdad de condiciones conmigo, ¿no es así?

Mi novio abrió los ojos como platos. Negó con la cabeza. Sabía que mentía como un bellaco.

—Si es verdad, puedes decírmelo —dije—. No tienes que negar con la cabeza. Usa las palabras, ¿vale? A lo mejor así podemos aclarar las cosas.

—Pero ¿por qué iba a hacer eso? Tú mismo has dicho que casi nos cuestas el partido.

No íbamos a ninguna parte con esto. Eso estaba claro. Sí, yo podía decir la verdad de buenas maneras, pero Erik se lo tomaría como le diera la gana. En cierto modo, ese era el crío en el que se había convertido desde que los Maple Leafs se interesaron por mí.

—No es que de verdad quiera meterme en esto —dije—. Tengo mejores cosas de las que preocuparme con la final del campeonato nacional a la vuelta de la esquina. Y te aseguro que no quiero que eso se estropee.

A mi novio se le enrojeció un poco la cara y se dirigió a la puerta. Lo seguí. De ninguna manera podía dejar que esta conversación

terminara sin una especie de cierre.

—¿Qué pasa, tío? —le pregunté—. ¿Vas a largarte sin más?

—No me largo sin más. Tengo que estar en otro sitio.

—Vamos, este no es el Erik De Ruiter que conozco.

Y al que quiero, me recordé.

—Puede que no —dijo—, pero tú tampoco eres el Kayden Preston que yo conozco.

Normalmente, un comentario así no me habría molestado. Pero esta vez fue diferente. Y no, no fue porque pensara que mi novio tuviera algo de razón. Fue porque vi un cambio en él, una faceta que nunca había visto antes, y no me gustó. Peor aún, no sabía si recuperaría al Erik del que me había enamorado.

Y sabía que nuestras peleas solo irían a peor. Sí, últimamente nos habíamos follado hasta la extenuación un montón de veces. No había nada malo en esa parte de nuestra relación. Pero si no éramos capaces de aprender a llevarnos bien, Erik acabaría siendo un ex más, como todas las chicas con las que había salido antes de que él apareciera. No podía permitir que eso pasara. Sí, sé que no había tenido ninguna prisa por anunciar nuestra relación al mundo. Aun así, no negaré que lo que tenía con Erik poseía más enjundia que cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

—Mira —dije—, sé que se supone que yo no soy el racional aquí.

—No, desde luego que no lo eres.

—Gracias, Erik. Muchas gracias. Te agradezco la confirmación. En fin, tenemos que hablar las cosas. Si no lo hacemos, podría convertirse en un verdadero problema para nosotros en la final del campeonato.

Erik hizo una pausa, respiró hondo y expulsó el aire por la nariz. Sabía que era verdad. Yo también lo sabía, porque ni siquiera había intentado negarlo. Y sí, había vuelto a sacar el tema del hockey. Era lo más importante del mundo para los dos. S

Se apartó de mí, pero no se limitó a marcharse. Nos fuimos juntos. Esa era la buena noticia. Quizá suene sorprendente, teniendo en cuenta que nos habíamos estado lanzando pullas todo el tiempo que estuvimos a solas. Se suponía que debíamos estar celebrando la victoria en el campeonato de conferencia, ¿no?

Nuestra relación era como una bomba de relojería. Puede que no detonara de inmediato, pero estallaría tarde o temprano, y el tiempo se estaba acabando.

43

ERIK

No era tan cerrado como Kayden me pintaba. Eso no significaba que estuviera de acuerdo con todo. Solo quería parar cualquier otra pelea antes de que empezara. Y tenía razón en una cosa: teníamos que anteponer el hockey o saldríamos perdiendo todos.

Pero ese nivel de paz entre nosotros no estaba destinado a durar. Algo aparecería y lo jodería todo.

Empatar a tres partidos era un reflejo de la final de conferencia. Eso le metería una presión de la hostia a cualquiera, pero mi novio no lo veía así.

Como era de esperar, me dijo que le encantaba sentir esa presión. De hecho, se crecía con ella. Para mí, eso no es más que una gilipollez que se inventan los tíos como él para hacerse los chulos. Afirman estar medio enamorados del peligro o de la muerte. Es como si no tuvieran ni idea de lo estúpido que suena. Me habría tapado la boca con la mano para reprimir la risa si las cosas no se hubieran puesto tan serias.

Hasta ese momento, Kayden y yo nos habíamos llevado básicamente bien durante la eliminatoria, pero no había sido fácil. Él intentaba no decir gilipolleces, pero se le escapaban de todos modos. Yo las ignoraba. Habíamos renunciado al sexo durante la

mayor parte de esas dos semanas. Sí, para la mayoría de la gente no era mucho tiempo, pero en nuestro mundo de follar con regularidad, bien podría haber sido un año. Nos habíamos tomado un descanso de casi todo lo que pudiera considerarse una distracción porque no podíamos dejar que una oportunidad tan perfecta se nos escapara de las manos. Y ahora estábamos en la recta final.

Pero la tensión se palpaba. Vaya si se palpaba. No servía de nada negarlo. Kayden se ponía un poco irritable de vez en cuando, y yo también. Ambos estábamos con los nervios a flor de piel, pero también llenos de determinación. El truco estaba en no joderla.

Sin embargo, no podíamos ignorarnos por completo. Habría sido poco realista. Ignorar cada comentario estúpido que salía de su boca habría sido imposible. Fui a su casa unos días antes del séptimo partido. Ese fue el primer error.

Pedimos la cena por Skip the Dishes, pero nada pesado como la pizza de La Nova. Comida china, algo por lo que Buffalo no era famoso. ¿Sabéis cómo come mi novio, no? Bueno, pues esto no eran alitas de pollo, pero, sorprendentemente, también se las apañó para comer como un cerdo con un par de palillos.

Chasqueaba los labios, y no solo después de meterse la comida en la boca a paladas. Lo hacía también durante todo el tiempo que masticaba. Y el sonido se hacía cada vez más fuerte. De verdad. No digo que un tímpano estuviera a punto de reventar, pero era irritante de todos modos. Me removí inquieto, respiré hondo y me obligué a mantener la calma.

A veces basta una sola cosa para que pierdas los estribos.

Al final, le dije:

—¿Quieres masticar como una persona normal, por el amor de Dios?

Y ahí explotó todo.

Se quedó helado, como si le hubiera abofeteado, que era lo que de verdad me apetecía hacer en ese momento. Casi dos semanas de contención, echadas a perder en cuestión de segundos.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó.

—Supongo que no te oyes comer.

—No, supongo que no.

—No me lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque esto es una locura, por eso. Y no se te puede llevar a ninguna parte, ¿lo sabes, verdad?

—Estamos cenando en casa, por si no te habías dado cuenta.

—Quiero decir, en teoría. Ya sabes a qué me refiero.

Mi novio no llegó a poner los ojos en blanco, pero sí que desvió un poco la mirada.

—En ese caso, no puede ser solo por cómo como —dijo.

—A lo mejor no lo es.

Sentí cómo subía la temperatura de la habitación. Se me oprimió el pecho. De hecho, se me tensó todo el cuerpo. No podía aguantar mucho más.

Ahora, el cocapitán de mi equipo lucía esa expresión que yo siempre asociaba con un intento arrogante de tomar el control de la situación. Básicamente, era una sonrisa de idiota combinada con las cejas arqueadas. No se enfadaría, no de forma abierta, pero la hostilidad estaba ahí.

—Mira, Erik, cariño, luz de mi vida, si hay un problema, ¿por qué no lo dices sin rodeos y ya está?

—Pues bien. A lo mejor lo hago. Te pasas el santo día dándome la chapa. Si no entiendes cómo eso puede convertirse en un problema, entonces no sé qué decirte.

—¿Otra vez con lo mismo?

—Sí, otra vez con lo mismo.

—Pensaba que esto solo iba de que como como un cerdo.

Se metió una bolita de pollo en la boca y masticó a propósito con la boca abierta. Luego cogió una servilleta, se limpió los labios y tiró la bola de papel sobre el plato como si hubiera terminado de comer y, de igual manera, zanjado la conversación.

—Esto es una estupidez —dijo.

—¿Qué es una estupidez?

—Erik, vas a empezar una discusión por una tontería.

—No es por una tontería. Y cállate.

Me lanzó otra mirada, una más sensata que parecía decir que intentar razonar conmigo era una colosal pérdida de tiempo. Él era el que más sabía, ¿no?

—Ya hemos hablado de esto —dijo—. Cada vez que te he mencionado algo del hockey ha sido porque tenías cosas que mejorar. No tienes por qué tomártelo como algo personal.

—Tú no tienes por qué hablarme con condescendencia.

Levantó las manos.

—Mira —dijo—. Los dos hemos tenido hockey hasta en la sopa. Hemos estado sometidos a mucho estrés y estamos cansados. Estamos los dos de los nervios. ¿Podemos acordar calmarnos y ya está?

Negué con la cabeza. Sí, soy el tipo de persona a la que le encantan los acuerdos, pero no podía dejarle dictar también los términos de una discusión.

—Te encantaría, ¿a que sí? —dije.

—Erik, ¿qué cojones te pasa?

Volví a negar con la cabeza, sin querer dirigirle ni una palabra más. Si hablaba, no sabía qué pasaría. Podría enfadarme. Podría ponerme triste. Si las cosas se me iban de las manos, podría…

No quería pensar en esa última posibilidad, esa en la que me da demasiada vergüenza siquiera pensar.

Desde luego que algo no iba bien conmigo. Kayden tenía razón en eso, aunque nunca se lo fuera a decir. Quería un campeonato, pero también quería a Kayden. Pero no al Kayden Preston que había estado viendo últimamente. Quería que las cosas entre nosotros fueran como siempre, solo que mi novio vendría con un botón para silenciarlo en los momentos en que fuera realmente necesario, pero a él parecía no importarle.

—Quizá no sería tan malo si no tuvieras que actuar de esa forma tan jodidamente superior —dije.

—Es porque puede que me seleccionen en el *draft*.

No lo dijo como una pregunta, sino como una afirmación. Tampoco intentaba engañarme. Esta vez, tampoco eran las típicas gilipolleces de Kayden Preston. Ahora, cuando hablaba, parecía saberlo… y yo no tenía forma de negarlo.

Como si estuviera a un pelo de anclar esa idea en la realidad… y yo tenía que actuar rápido.

¿Pero qué coño iba a decir?

—Ya me lo imaginaba —dijo—, y he de decir que es una auténtica mierda que no puedas apoyarme más.

—¿Quieres dejarlo ya, Kayden?

—No, tío. No voy a dejarlo. Tú has empezado esta discusión y ahora voy a terminarla yo.

Giré la cabeza, esperando haber logrado lanzarle mi mirada más furiosa. Si lo conseguí, mi novio no pareció inmutarse en absoluto.

—Genial —dije.

Diera igual lo que pasara, esta conversación no iba a acabar bien. Todo porque él no podía comer como una persona normal y corriente. Vale, quizá me había embalado y para él no tenía ningún sentido, pero no se habría producido ninguna discusión si Kayden afrontara los problemas cuando surgían en lugar de ignorarlos sin más.

—Como ya te he dicho, hemos estado todos con los nervios a flor de piel —dijo Kayden—, y esto ya casi ha acabado. Solo queda un partido. Aun así, tengo que decir que es una putada que no me apoyes más.

—Te he apoyado. ¿Dónde coño te has metido?

—¿Estás drogado, tío? Además, todo esto es una estupidez. Estás montando un pollo por mi forma de comer a pocos días del partido de hockey más importante de nuestras vidas.

—No es por tu forma de comer. Eso es solo un síntoma.

—Sí, claro, eso lo mejora todo.

—Y ahora me echas la culpa de todo. Genial, Kayden. Simplemente genial.

Sus manos se estrellaron contra la mesa con la suficiente fuerza como para hacer tintinear los cubiertos. Las retiró al instante como si no hubiera sido su intención. Al parecer, yo le sacaba de quicio.

—Mira —dijo—, ya tendremos tiempo de sobra para discusiones como esta cuando hayamos ganado el partido y tengamos el trofeo del campeonato nacional en nuestras manos. Joder, a lo mejor entonces ya ni importa porque estaremos demasiado ocupados

regodeándonos en la gloria. Ya sabes, si no eres tan cabezota como para no darte cuenta de lo bueno cuando te pasa.

—Que te jodan, Kayden.

Esas dos palabras mágicas lo sentenciaron todo. Nos habíamos dicho muchas cosas, pero nunca eso. Se quedó sentado como si no supiera qué decir.

Me levanté, dejando la cena a medias, y me dirigí a la puerta.

—Espera un momento —dijo—. ¿Adónde coño crees que vas?

—Adonde me dé la puta gana. Es un país libre.

Al principio, Kayden no se levantó, como si tal vez no creyera que de verdad iba a plantarlo allí de esa manera. Solo cuando me puse los zapatos y eché mano al pomo de la puerta se levantó de un salto. Corrió hacia la puerta con toda la velocidad y la elegancia que cabría esperar de cualquier jugador de hockey. Cuando abrí la puerta, su mano se aferró a la mía. Le miré la mano, pero no me aparté... todavía.

—Tío, no puedes largarte en mitad de una discusión así.

—Pues mira cómo lo hago.

Y salí por la puerta.

Sí, ya sé que no es así como suelo reaccionar, pero eso fue lo que hice. Había llegado a mi límite. Al salir por la puerta, supe que necesitaba alejarme de Kayden, al menos por ahora. El hecho de que él llevara las de ganar en la discusión no ayudaba, pero había algo más. No podía soportar la idea de que un campeonato pudiera separarnos, y que luego lo seleccionaran en el *draft* y desapareciera de mi vida para siempre.

Cuando me metí en el coche y me fui, me di cuenta de que eso era exactamente lo que estaba pasando.

44

KAYDEN

Le envié un mensaje a Erik para decirle que iba para su casa. No contestó. Me importó una mierda. No podía irse sin más en mitad de una discusión como esa. Vale, de acuerdo, sé que había tensado mucho la cuerda con él, pero no podía dejarme colgado así. Necesitaba zanjar el asunto. No hay nada de malo en ello. Si a eso le sumamos nuestras circunstancias actuales con el séptimo partido a la vuelta de la esquina, creo que mis actos eran más que comprensibles.

La casa de Erik estaba en el barrio de Black Rock, que se encontraba en el límite del Westside, donde vivía yo. Aun así, no tardé nada en llegar. Cuando aparqué el coche, volví a mirar el móvil y vi que no había contestado. Dios, eso era tan típico de Erik De Ruiter.

Abrí la puerta lateral y subí las escaleras hacia su piso y llamé a la puerta. Al principio, no contestó. Por supuesto que no. ¿Por qué iba a dejar de ser un coñazo ahora?

Así que volví a llamar, esta vez un poco más fuerte. Y luego, un poco más fuerte todavía. Finalmente, mi novio abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—He venido a terminar la discusión que has empezado tú. ¿Tú qué crees?

Y entré en el piso pasando por su lado. Se quedó con la boca abierta, lo que se sumó a su conmoción.

—¿Pero qué coño haces? Esto da grima, Kayden. ¿No lo entiendes?

—¿Que da grima? Sí, muy bonito, tío. Yo quiero arreglar esto como hombres, zanjar el asunto, pasar página y tú te pones a insultar.

Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. Sí, estaba poniéndole a prueba la paciencia, pero él había hecho lo mismo conmigo muchas veces.

—¿No quieres arreglarlo? —le pregunté.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—¿Nunca has oído hablar de dejar que alguien se desahogue un poco antes de volver a sacar el tema?

—Sí, he oído hablar de eso, y me parece una soberana gilipollez. Si tienes un problema, pones las cartas sobre la mesa. No te lo guardas. Y tampoco lo dejas para más tarde. Eso no es sano.

Me senté en la silla que había frente a la tele y me estiré. Luego bostecé profundamente, poniéndome demasiado cómodo. Eso hizo que mi novio abriera los ojos como platos. Significaba que no me iba a ir a ninguna parte y que tendría que vérselas conmigo.

—Bueno —dije—, todo esto empezó porque no me apoyaste y querías sabotear a todo el equipo y…

—¡Fuera!

Señaló la puerta como un profesor que echa a un niño de clase. Me quedé sentado, tapándome la boca con la mano mientras fingía otro bostezo. A ver, en realidad no quería que me fuera. Solo tenía que hacer algo para mantener su propia credibilidad.

—¿Por dónde iba? —pregunté—. Ah, sí, que no me apoyabas. Por eso tuve que…

—¡¡Fuera!! —gritó esta vez más fuerte. Noté unas pequeñas vibraciones en el suelo. Si nosotros podíamos oír a los vecinos follar

escandalosamente, entonces ellos podían oír a mi novio ordenarme que me largara de su piso.

Quizá *sí* que necesitaba un poco de tiempo para calmarse. No soy tonto, ¿sabes? ¿Pero cuánto tiempo sería suficiente? Mira, sé que soy terco como una mula, pero esta vez tengo una buena excusa. El séptimo partido era en solo unos días y no podía arriesgarme a que estuviéramos cabreados el uno con el otro cuando saltáramos al hielo. Pero no podía dejarle ganar. Simplemente no podía.

A mi novio se le enrojeció la cara. Debía de estar rabiando por dentro. Sí, tenía mal genio si le apretabas las tuercas lo suficiente. Y sí, ya casi habíamos llegado a las manos antes, pero ahora no teníamos a un equipo entero de compañeros para separarnos. Entendía lo desagradable que podía ponerse la cosa.

Pero no me iba a mover de allí.

Aunque creía conocer a Erik De Ruiter de pe a pa, todavía podía sorprenderme de vez en cuando. Como ahora mismo. No sabía de dónde venía realmente con esa mierda de echarme de su piso ni hasta dónde llegaría.

De nuevo, no pensaba moverme de allí.

—Tío, ¿qué coño haces? —preguntó—. Estás ahí sentado sin más.

—Lo sé.

Noté el tono jactancioso en mi voz y no pensaba retractarme.

—Y te he dicho que te largues de mi piso. No estaba de broma. No quiero verte. No te lo he dicho por gusto, ¿sabes?

Apoyé las manos en los reposabrazos y me incorporé. Mira, no sabía qué hacer. Habíamos llegado a un punto muerto y no quería que el problema fuera a más, así que me limité a ser el Kayden Preston que sabía ser. Me puse de pie y me acerqué a mi novio, pero no lo besé. Podía imaginarme cómo habría acabado aquello si lo hubiera hecho de repente. En vez de eso, le eché el aliento en el cuello para que disfrutara del calor. Pronto estaría comiendo de mi mano.

—¡Fuera! —dijo otra vez, ahora con el ceño fruncido.

Vaya con lo de que comería de mi mano.

Me mordí el labio, sin querer ceder, pero comprendiendo que tenía que retirarme, al menos por ahora.

—Sabes que si me voy ahora, no volveré —dije.

—Sería la respuesta a mis plegarias.

—Bien. Pues me voy.

—Genial.

—En serio. Me voy.

—Pues que no te dé la puerta en el culo al salir.

—Lo digo en serio, me voy. Ya me he ido.

—Entonces, ¿por qué sigues ahí de pie?

Mi novio me había vuelto a pillar.

Levanté las manos, gruñí y salí por la puerta. Se cerró de un portazo detrás de mí casi tan pronto como estuve fuera del piso.

Miré por encima del hombro, deseando tener algo pesado para tirárselo, pero luego me di cuenta de que era mejor que no lo tuviera. Ambos habíamos causado ya suficiente daño con las palabras.

Me detuve un momento, imaginando que mi novio saldría corriendo del piso, queriendo retirar todo lo que había dicho. Entonces me suplicaría que lo perdonara, y yo al menos fingiría pensármelo. Pero no lo hizo. Supongo que eso solo pasaba en los libros y en las películas.

Al final, me obligué a bajar las escaleras, igual que había tenido que obligarme a salir del piso. Había intentado irme de farol, y todo me había salido el tiro por la culata. Pero no podía arrepentirme. Solo podía vivir de una manera: cogiendo el toro por los cuernos. Y si Erik De Ruiter no podía soportar eso...

Puede que Erik también hubiera ganado. Esa era otra cosa que me volvía loco. Perder una batalla contra él ya era bastante malo como para encima perder la puta guerra.

Una vez abajo, me dirigí a mi coche y me metí, pero no arranqué el motor. No podía. Una parte de mí quería largarme de allí y volver a casa. Otra parte sentía cómo la realidad de lo que acababa de ocurrir me inundaba la mente.

Me llevé las manos a la cara. No, no lloré, pero tampoco podía enfrentarme al mundo todavía.

Dios mío. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Es decir, ¿de verdad tenía que hacer eso? Y quizá Erik tenía razón. Lo de seguirle hasta su piso para continuar la discusión había sido realmente espeluznante. Quería pensar que no todo había sido tan malo. Quería creer que tenía buenas intenciones, pero no podía analizar todo lo que había pasado en menos de diez minutos y negar que había sido un desastre.

Las manos empezaron a temblarme y me las quité de la cara. Tenía náuseas. ¿A Erik le habría pasado lo mismo?

A saber.

Quiero decir, había sido él quien me había echado del piso.

En fin, puedo admitir que estaba temblando y que tenía náuseas por puro miedo, y nada más. Por lo general, no entendía lo que significaba tener miedo. Necesitaba afrontar las cosas de frente porque no podía dejar que el miedo se interpusiera en mi camino. Y, aun así, el miedo se convirtió igualmente en un obstáculo. La peor discusión que había tenido jamás con mi novio no había llegado a las manos porque las palabras ya tenían la fuerza de un puñetazo.

Y esas palabras no tenían vuelta atrás.

Mi novio... ¿Podía siquiera seguir llamando así a Erik? Después de la pelea que acabábamos de tener, me costaba creer que aún pudiera meterlo en esa categoría. No porque no quisiera. Era puro sentido común. Una cosa era amenazarme con echarme de su piso para salirse con la suya. No podía ordenarme de verdad que me fuera y pensar que podíamos seguir juntos.

Todo el esfuerzo que he invertido durante las últimas semanas para asegurar que el camino tortuoso que hemos estado recorriendo no perjudicara al equipo se ha ido al garete. Al menos no podía culparme a mí mismo por ello.

A la mierda. Sabía cuáles eran mis esperanzas y mis sueños. Lo sabía desde antes de tener siquiera constancia de la existencia de Erik De Ruiter. Lo único que conseguiría preocupándome por esto sería dejar que Erik se interpusiera en su camino. En ese preciso instante me di cuenta de que debería haber confiado en mi instinto

desde el mismísimo principio: que Erik De Ruiter era un imbécil y no era ni de lejos tan genial como se creía.

Estaba mejor sin él. Y no es que estuviera resentido por la discusión. Era la pura verdad. Cuando lo pensé de esa manera, las manos me dejaron de temblar. Las náuseas se me aliviaron un poco, pero no del todo. Me sentí lo bastante firme como para meter las llaves en el contacto y arrancar el motor. Respiré hondo. No quería irme, pero tenía que hacerlo.

Mientras conducía por Bush Street en dirección a Grote, comprendí que podía estar yéndome del piso de Erik De Ruiter por última vez. Y no me importaba.

Eso me decía a mí mismo, al menos.

45

ERIK

No pegué ojo esa noche después de echar a Kayden de mi apartamento. Y no me refiero solo a dar vueltas en la cama. Toda la discusión se repetía constantemente en mi mente como un bucle infinito. Incluso eso parecía el menor de mis problemas. O sea, ¿seguía Kayden siendo mi novio? ¿Habíamos roto? Nunca consigues la ruptura limpia que quieres en estas cosas. Lo descubrí enseguida. Siempre queda algún cabo suelto, y nuestra ruptura no fue una excepción. Tampoco esperaba pasar página pronto.

Normalmente, me habría despertado con un mensaje de Kayden. Solía ser algo sobre lo sexi que me encontraba o las ganas que me tenía. Por muy coñazo que pudiera llegar a ser, sus mensajes eran una forma genial de empezar el día. Cuando no encontré ninguno esa mañana, el vacío no pudo ser más evidente. Había pillado la indirecta, lo que me dejó de piedra. Aunque no voy a quejarme. Lo había echado por una buena razón y no me arrepentía de nada.

Habíamos roto. Como he dicho, en realidad no habíamos usado esas palabras, pero era evidente. Ya había pasado por esto con chicas. Sabía cómo iba. Dolía como el demonio, pero el dolor sería temporal. La clave era seguir adelante, manteniendo las cosas lo más normales posible. Normal, en mi caso, significaba ir a entrenar y

concentrarme. Ir a entrenar significaba no solo ver a Kayden, sino también tratar directamente con él. Tratar directamente con él me volvería loco…, ya sabes, a menos que me convirtiera en el tipo de tío que sencillamente no puede controlarse.

Cosa que no era.

Después del entrenamiento, nos quedamos los dos un rato más, como siempre, pero no nos dijimos nada. ¿Y por qué íbamos a hacerlo? A esas alturas, ¿qué quedaba por decir?

Me eché la bolsa de hockey al hombro y salí del vestuario. Mientras cruzaba el campus, Braxton me llamó.

—¿Adónde vas, tío? —preguntó.

—A casa. Necesito descansar. No he dormido nada esta noche.

—¿Tienes un minuto?

Me encogí de hombros ligeramente. Como cocapitán, quería estar siempre disponible para mis compañeros, como debe hacer un buen líder. Los dos últimos días me habían agotado y, desde luego, no estaba del mejor humor. Lo único que quería era derrumbarme en la cama, aunque Kayden no estuviera allí para amortiguar mi caída.

—Claro —dije.

—Es por ti y por Kayden, tío. Estoy preocupado.

Justo el nombre que no necesitaba oír. No podía dejar entrever que hubiera problemas, pero era obvio que a Braxton no se la colaría.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ha pasado algo, ¿a que sí? Es que se nota. Y el resto del equipo también se ha dado cuenta. El entrenador Hardison, también.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Pero si es demasiado personal para hablar de ello, entonces…

—¿Qué te hace pensar que es tan personal?

—No sé. Es una sensación que tengo. La misma sensación de que algo va mal, sin duda. No sé cómo llamarlo exactamente. Solo sé que pasa algo.

Esa misma náusea en la boca del estómago, que siempre aparecía cuando pensaba que alguien había descubierto nuestro

secreto, llegó puntual. Solo que ya no me importaba tanto. Habíamos roto, ¿recuerdas? No teníamos que ocultar nada. Quizá mi compañero pensara que por fin había descubierto cuál era nuestra historia en realidad, pero ya no quedaba nada por descubrir.

Lo nuestro se había acabado. Fin. Terminado.

—¿Tanto se nota? —pregunté.

—Bueno, solo se nota que, obviamente, ha pasado algo entre vosotros dos. A lo mejor ha sido de repente, o a lo mejor no. No sé. Quizá me he perdido algo. Todos sabemos que habéis tenido una especie de relación de amor-odio desde el principio.

—Supongo que sí…

—Es raro, de todas formas. Hace una semana estabais perfectamente y ahora…

Hice una pausa. ¿Cómo me iba a sacar de la manga una excusa creíble? Tampoco es que tuviera que hacerlo. Lo que había pasado entre Kayden y yo no era asunto de Braxton. Podía quitármelo de encima si quería. De hecho, podía hacer lo mismo con cualquiera de mis compañeros. En el estado en que me encontraba, nada parecía importar.

—Es personal. —Levantó ambas manos en un gesto de que me detuviera, como si no necesitara decir nada más—. No pasa nada. Lo entiendo.

—Me parece bien.

—Solo una cosa.

—¿El qué?

—Vais a aprender a llevaros bien sin importar lo que haya pasado, ¿verdad?

—¿Eh?

Mi compañero de equipo sonrió. —¿Cómo no vas a saber de qué hablo, tío? Es como si hubieras admitido que ha pasado algo. Me parece bien que no me cuentes el qué. Pero tenemos el séptimo partido a la vuelta de la esquina. Significa un mundo para cada uno de nosotros. No podemos arriesgarnos a echar por la borda todo lo que hemos hecho esta temporada.

—Ya sé que no podemos.

Me di cuenta de que romper con Kayden no significaba librarme de críticas que no tenía especial interés en oír. Al menos no tendría que responder ante Braxton de ninguna otra manera.

—Estamos *así* de cerca de ser campeones. —Utilizó el pulgar y el índice para demostrar que la distancia entre los Larkin Lions y un campeonato de la NCAA era poco más que un pelo.

—Créeme, lo sé.

—Y ya sabes lo que pasará si no trabajamos todos como una unidad cohesionada, ¿no?

—Vaya, Braxton, ¿por qué no me lo cuentas tú?

—Que podemos decirle adiós.

Quise decirle a Braxton que estaba loco. Y lo estaba. Piénsalo: había cargado con el equipo a mis espaldas durante todo un partido. Al final, habíamos ganado el título de la conferencia. Me daba igual que Kayden hubiera montado un pollo por ello. Lo único que me impediría volver a hacerlo sería que Kayden se dedicara a algún tipo de sabotaje.

¿Y de quién sería la culpa?

Por ahora, no empezaría la casa por el tejado, como le gustaba decir a mi exnovio. Iba a tranquilizar a mi compañero.

—Creo que estaremos bien de un modo u otro —dije.

—¿Pero *tú* estarás bien?

—Por supuesto.

Braxton hizo una pausa, con los ojos fijos en mí, pero no se atrevió a decir lo que fuera que estuviera pensando.

—A veces tienes que tragarte el orgullo, pase lo que pase —dijo —. Y sin importar lo que la otra persona haya hecho.

—Pero es que el tío se presentó en mi casa. Fue raro. Todo pasó justo después de que yo…

Me detuve, dándome cuenta de que casi había revelado mucho más de lo que pretendía. Además, no me servía de nada intentar explicárselo. En todo caso, debía intentar asegurarle que todo iría bien.

—Todo irá bien —dije—. En serio.

—¿Lo dices de verdad?

—Ajá.

—Menos mal, porque por un momento parecía que habías roto con alguien o algo así.

Se echó a reír, creyéndose muy gracioso, pero sin darse cuenta de que prácticamente había dado en el clavo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Oh, ya sabes a qué me refiero. Has roto con una chica alguna vez, ¿no?

—Sí.

—Pues esto es un poco como eso.

—¿A qué te refieres?

—Venga, ya sabes. Los primeros días siempre son un poco miserables. Quizá más. No duermes, y si es muy gordo, tampoco comes. Sé cómo es tu apetito, pero sí que pareces muy cansado.

Cerré la boca, sabiendo qué derroteros tomaría esta conversación si le daba la oportunidad. Pero debería haberlo sabido. Una vez que un compañero de equipo empieza a hablar de algo que no quieres oír, no hay quien lo calle.

—En este caso es un poco diferente —dijo—. Me refiero al equipo. Normalmente, solo tienes que lidiar con una persona que ha pasado por la ruptura. Nosotros tenemos que lidiar con las dos partes.

—Sí, lo siento. Tienes razón. Voy a controlarme, te lo prometo.

Hasta ese momento, no lo había pensado de esa manera. Braxton Wilson tenía razón. Por ahora, necesitaba alejarme del tema lo antes posible.

—Entonces, ¿vas a quedar para recoger las cosas que te has dejado en su casa? ¿O lo hará él primero?

Mi compañero de equipo sonrió. Esa sonrisa se le borró de la cara cuando vio que a mí no me hacía ni pizca de gracia. Agotamiento aparte, la verdad es que no estaba de humor. Braxton era un buen tío, pero nadie había dicho nunca que fuera la persona con más tacto del mundo. Al menos no me había preguntado cómo iba a encontrar a alguien que la chupara tan bien como Kayden Preston. Ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso hasta entonces.

—Sabes, tienes la gracia en el culo, tío —dije.

Pero no podía negar que había dado en el clavo. Es decir, si se planteaba esto como la ruptura que era en realidad, cabía la posibilidad de que descubrieran nuestro secreto. Ahora que habíamos terminado, se podría pensar que no querría que nadie se enterase de que me había pasado meses en una relación con un tío. Y era verdad. Pero también se convertiría en un problema para el equipo y pondría en peligro el campeonato. Y para *eso* sí que no estaba.

46

KAYDEN

Puede que sea un chaval y entiendo que parezca un presumido, pero sé un par de cosas sobre el mundo. Por ejemplo, sé que puedes hacer estupideces y fingir que la gente no se da cuenta. Puedes pasarte años pensando que te estás saliendo con la tuya, pero en realidad no es así. La gente a tu alrededor se da cuenta de muchas cosas, pero nunca dice nada.

A menos que lo hagan.

Que te descubran el pastel te deja hecho polvo. No sabes cómo reaccionar. Lo único que sabes es que no tiene sentido negar nada, pero eso no significa que no vayas a intentarlo de todos modos.

Ryan Detenbeck fue esa persona totalmente observadora al día siguiente de que Erik me echara de su apartamento. Al principio, como es natural, intenté actuar como si no hubiera pasado nada. Luego quise evitar el tema por completo. Pero a Detenbeck, un tío que no destacaba por su gran cociente intelectual, no se la colaron.

Habíamos quedado en el gimnasio del campus y yo no había sacado el tema de Erik De Ruiter en todo el rato. Resultó que no hizo falta. Nuestra interacción durante el entrenamiento debió de decirlo todo.

—¿Qué ha pasado, tío? —preguntó.

—Nada.

Me miró, con una expresión ligeramente distinta a su habitual cara de pasmado. Era una de esas miradas que decían que sabía de sobra que no era «nada». También decía que no debía molestarme en mentir. Como he dicho, puedes disfrazar la verdad todo lo que quieras, pero hasta la persona más densa del planeta se acabará dando cuenta tarde o temprano.

Al principio, me puse a cargar discos en una barra, con la esperanza de evitar responder o cualquier otra pregunta. Cuando los ojos de Detenbeck no se apartaron de mí, supe que me habían acorralado y que, aun así, estaba atrapado.

—Está un poco enfadado conmigo —dije.

—¿Os habéis peleado o algo?

—Supongo que se podría decir que sí.

—Uuuuh, ya pillo. Como una pelea de enamorados, ¿no?

Me detuve y lo miré fijamente. Por su bien, esperaba que se le diera tan bien leer las expresiones faciales como a mí.

—Y luego uno de los dos, o los dos, os fuisteis a la cama enfadados.

—Que te jodan, Detenbeck.

Me di la vuelta para marcharme enfurruñado, decidido a no escuchar sus gilipolleces. En realidad, solo estaba huyendo porque no sabía qué responderle. Mi compañero de equipo me agarró del brazo y tiró de mí para que volviera. Entonces me detuve y respiré hondo.

—Un poco sensible, ¿no? —preguntó.

—No si supieras de qué iba la discusión.

—No creo que importe de qué iba la discusión.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos un campeonato que ganar, por eso. Si estáis de uñas, no podría haber sido en peor momento.

Pero me echó de su apartamento, quería decir. *Yo no me levanté y me fui. Si hubiera sido por mí, habríamos solucionado el problema allí mismo. Pero nooooo, Erik tenía que ser tan Erik, y no se ha solucionado nada*.

Sin embargo, no podía decirle eso. Normalmente, Ryan Detenbeck no era el tipo más serio ni en el mejor de los casos, pero ni siquiera él querría escuchar el juego de las culpas. No importaría quién tuviera la culpa ni de qué. Se suponía que teníamos que solucionarlo. Así es como funcionaban los equipos de hockey.

Ojalá Erik se pareciera más a Ryan Detenbeck.

—Entiendo lo que dices —dije—, pero no creo que sea tan sencillo.

—¿Así que vas a dejar que ponga en peligro el campeonato para todo el equipo? ¿Es eso?

—Ni de coña, tío. Lo solucionaremos.

Me recosté en el banco, me coloqué bajo la barra, la levanté y empecé a empujarla desde mi pecho, una repetición tras otra.

Una parte de mí quería creer lo que acababa de decir, y la otra no. Es decir, pensaba que Erik podría haber entrado en razón. Claro, había estado silencioso y frío, pero eso solo duraría un día o dos hasta que recapacitara.

A no ser que no lo hiciera.

Podía ser lo bastante cabezota como para levantar un muro entre nosotros para siempre. Eso se convertiría en un problema, y parecía que nuestros compañeros de equipo ya se habían dado cuenta. Si Ryan Detenbeck se había percatado, entonces todo el mundo podría descubrirlo. Cualquiera pensaría que no me culparían por las gilipolleces de Erik De Ruiter, pero ya me habían echado la bronca por no ser yo quien agitara una varita mágica y lo arreglara.

Si Detenbeck supiera...

Me incorporé después de mi primera serie, con la esperanza de que mi compañero se hubiera cansado del tema. Pero no hubo suerte.

—Entonces, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Nada.

—¿Sobre qué fue la discusión?

—En realidad no fue una discusión.

—¿Qué ha pasado?

—Joder, tío, ya te he dicho que no ha sido nada.

—Pero en realidad no es «nada». Lo has dicho tú mismo.

—Sabes que vas a volverme loco de remate, ¿verdad?

—Es mi trabajo, ¿no?

Cuando me sonrió, no pude evitar reírme un poco. Al menos era capaz de inyectar un poco de humor en una situación totalmente tensa.

¿Pero qué se suponía que debía decirle? Hasta el momento, Erik no había hecho ningún movimiento para arreglar las cosas. Como era nuestra primera pelea seria, no sabía cuánto tardaría en entrar en razón... *si* es que lo hacía alguna vez. —¿Entonces no me vas a contar qué pasa?

—No, y tampoco sé cómo va a acabar esto. Vamos, que por lo que yo sé, Erik va a ser terco como una mula el resto de su vida.

Eso le arrancó una carcajada a mi compañero.

—Ya lo solucionaremos de un modo u otro —dije.

—Así que todavía no habéis decidido quién se queda con la custodia de los niños, ¿no?

Lo miré de reojo, pero pareció no darse cuenta.

—Supongo que en vuestro caso es quién se queda con los compañeros de equipo.

Se echó a reír, pero yo no me uní. Sabía que intentaba ser gracioso. Incluso traté de apreciarlo, pero no pude reírme con él.

Y entonces se detuvo en seco, casi como si supiera que no debería haber dicho nada. Esa era mi oportunidad.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¿Eh?

—Has insinuado algo. ¿Qué quieres decir?

—Tío, no hay nada... Vale, si de verdad quieres saberlo, parece que habéis sido pareja, en serio, al menos durante un tiempo. Y ahora habéis roto, y se nota.

—¿Por qué?

Me temblaron un poco las manos. ¿Ya no estaba bromeando? ¿Había estado bromeando *alguna vez*? Quiero decir, recordaba lo estúpido que se había comportado aquella noche en Tully's. Yo me lo había tomado como una broma estúpida.

—Bueno, sé que pasar un montón de tiempo juntos no tiene por qué significar nada, pero vosotros pasabais mucho tiempo juntos.

—Sí, eso lo dice todo.

Me hizo un gesto con la mano, obligándome a levantarme del banco. Cuando me levanté, se deslizó por debajo de la barra y la agarró con los dedos.

—Y luego está la forma en que interactuáis —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—La forma en la que os comportáis el uno con el otro. No es como amigos o compañeros de equipo.

—Venga ya.

—Estoy esperando a que le digas a Erik: *«Cariño, ¿me traes el bolso?».*

—Tío, tienes suerte de que no te deje caer la barra encima.

—Pero eso no es todo. Vosotros dos habéis tenido ese rollo raro de amor-odio desde el principio. —Y empezó con sus repeticiones—. Durante los primeros tiempos, nadie sabía muy bien qué pensar. Y luego fue como si todo fuera genial durante muchísimo tiempo. Y entonces, de repente...

—De vuelta al odio, otra vez.

—«Odio» es solo una forma de hablar.

—Sí, ya lo sé.

—Pero, sinceramente, parece que estáis pasando por una especie de ruptura rara. Esa es mi opinión sincera. No te puedo mentir.

En lugar de temblar, me tensé. Me había pillado. Aunque habíamos roto de verdad y por mucho que yo lo hubiera negado todo, me tenía acorralado. Una parte de mí pensó que debía confesárselo para no tener que volver a preocuparme por esta mierda nunca más.

Pero, ¿eso resolvería mis problemas o los empeoraría?

—No hemos roto —dije finalmente.

—No he dicho que lo hayáis hecho.

—Pero lo has insinuado.

Ahora mi compañero de equipo me dedicó una de esas miradas que decían que yo era la persona más rara que había conocido en su vida.

—No estoy diciendo eso —dijo—. Solo digo que *es como* si lo fuera.

Pero, sinceramente, a mí aquello no me parecía mejor.

Se incorporó, se bajó del banco rodando y se puso de pie.

—¿Te ralla eso o qué? —pregunté.

Se encogió de hombros ligeramente, como si no lo hubiera pensado *tanto*. Pero entendí lo que probablemente estaba pasando. Llevaba jugando al hockey desde que tuve edad para ponerme un par de patines. Erik y yo habíamos sido casi con toda seguridad el blanco de las bromas del vestuario, todas las cuales habrían girado en torno a la idea de que éramos pareja. Me sorprende que nadie hubiera hecho un dibujo obsceno de nosotros.

Si lo hubieran hecho, habría sido el tipo de humor de vestuario que cabría esperar, pero para mí habría sido un tema delicado.

—No te estoy diciendo que hagas nada, tío —dijo—. Solo digo que, si esto se interpone en que ganemos un campeonato, eres un capullo y todo es culpa tuya.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, eso y que no querré volver a verte en la vida.

Ryan Detenbeck no podía decir algo serio sin un aire de estupidez.

—Sí, bueno, como ya te he dicho, esto es cosa de dos —dije.

Eso era realmente todo lo que podía decir.

47

ERIK

Debería haber sabido que Kayden no iba a mantenerse alejado de mí para siempre. O sea, nos las habíamos apañado de maravilla para evitarnos durante los últimos días. Ni mensajes ni llamadas, apenas nos dedicábamos una mirada. Sí, el séptimo partido de la final del campeonato era mañana, y que no nos habláramos no ayudaba a nuestras posibilidades. Pero yo no podía cargar con la culpa. No era culpa mía que el comportamiento de Kayden se hubiera vuelto incontrolable y que yo hubiera tenido que tomar cartas en el asunto. Y no habíamos roto.

Guardar silencio sobre la ruptura parecía lo más apropiado, ya que, para empezar, nunca le habíamos anunciado nuestra relación a nadie. Lo mejor era que nos ignorásemos por completo. De esa forma, podríamos seguir adelante con nuestras vidas después de este partido.

Pero Kayden no era sensato. Se me acercó en el hielo después de nuestro último entrenamiento, una vez que todos los demás se habían metido en el vestuario. Como he dicho, debería haberlo sabido.

Al principio, no sabía qué quería en realidad. Aunque debería haberlo sabido. Sentido común, ¿no? Sentía que podía predecir

todos y cada uno de sus movimientos. Él se había quedado en un extremo del hielo mientras yo permanecía en el otro. Cuando me miró fijamente desde el otro lado de la pista, supe que no podría escapar de él. La cuestión era si tendría las agallas de ir a por lo que quería. Todo lo que sabía de Kayden me decía que sí.

Dios, esos momentos fueron jodidamente incómodos.

Finalmente, patinó hacia mí y yo cerré los párpados con fuerza. Mandarlo a la mierda no ayudaría. Me sentaría bien, pero abriría una brecha aún mayor entre nosotros, y ninguno de los dos podía permitirse más animosidad.

Se detuvo frente a mí, pero, sorprendentemente, no me lanzó virutas de hielo. No lucía su habitual aire arrogante, ni esa chulería, pero tampoco parecía avergonzado. Sí, quería analizar cada uno de sus movimientos, pero entendí que eso tampoco serviría de nada.

—Necesito hablar contigo —dijo.

—Y yo necesito ducharme.

—Entrenamiento duro, lo sé.

—No, es por tener que pasar menos de cinco minutos cerca de ti, tío. Cualquiera se sentiría sucio por dentro.

Su expresión no cambió. Normalmente, se le ocurriría una réplica para un comentario como ese. No sería una *buena* réplica, pero no se quedaría callado.

Estamos hablando de Kayden Preston.

—Mira, deberíamos hablar —dijo—. Es por el bien del equipo, para aclarar un poco las cosas.

—Vale.

Me giré un cuarto de vuelta, incapaz de mirarlo de frente. La incomodidad me consumía y no podía reprimirla. Kayden tenía razón. Quizá una charla no sería tan mala idea. Habían pasado unos días y nos habíamos calmado un poco. Quizá incluso podría pasar por un ser humano racional. Pero aun así odiaba tener esta conversación. No tenía ni idea de adónde nos llevaría ni si me apetecía ir por ese camino.

—Tenemos que tener claro, como mínimo, qué está pasando —dijo—. Y luego tenemos que dejar atrás algunas cosas de verdad.

—¿Como qué?

—¿No es obvio? Llames como llames a lo que pasó entre nosotros la otra noche, tenemos que fingir que *no* pasó.

—¿Por qué? —esperé a que Kayden resoplara y dejara ver su frustración, pero mantuvo la calma.

—¿Por qué? Porque la gente se está dando cuenta. Y está haciendo preguntas.

No se equivocaba en eso. Braxton Wilson me había sacado el tema. Por lo que yo sabía, había hecho lo mismo con Kayden. Si no era Braxton, quizá otro compañero de equipo se había dado cuenta y había empezado a hacer preguntas. En ese caso, Kayden tenía razón, pero no me apetecía fingir que no había pasado nada. No digo que yo hubiera sido perfecto, pero Kayden había estado jodidamente siniestro y yo no podía con eso.

—Quieres una aclaración —dije—. Genial, ¿qué quieres aclarar?

Esbozó una media sonrisa. Debía de sentirse tan incómodo como yo. —Ninguno de los dos dijo que hubiéramos roto —dijo.

Hizo una pausa, como si esperara que yo estuviera de acuerdo. No quería decir más de lo estrictamente necesario. Hablar solo conseguiría empeorar nuestro problema. Piensa en el silencio como mi único mecanismo de defensa en esa situación.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Pues qué?

—Venga, Erik. No me lo pongas tan difícil. Si en realidad no *dijimos* que lo dejábamos, entonces…

De nuevo, no respondí.

—Joder, tío —dijo—. Siempre he sabido que eras cabezota —un grano en el culo, en realidad—, pero nunca pensé que fueras *tan* cabezota.

Me quité los guantes de un tirón, los estampé contra el hielo y resoplé.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya sabes lo que quiero de ti. No hace falta repetirlo.

—Claro, ¿una simple conversación para saber a qué atenernos?

—Eso es.

—¿Acaso no es obvio?

—Supongo que sí, pero con toda esta confusión, no puedo estar del todo seguro. Y no sé qué va a pasar ahora ni si debería seguir adelante. Tal como están las cosas, la gente dice que parece que estemos rompiendo.

—¿A ti también te lo dicen?

—Sí, y si nos lo dicen a los dos, entonces probablemente haya algo de cierto en ello, ¿no?

Me encogí de hombros. Entendía lo que quería decir, pero no iba a darle ninguna ventaja.

—Y eso significa que van por buen camino —dijo Kayden.

—Sea lo que sea ese camino. ¿Estás diciendo que crees que lo supieron todo el tiempo?

Ahora fue él quien se encogió de hombros. —Quizá no *todo* el tiempo. Lo supieran o no, ahora saben que hay algo raro entre nosotros, y eso no ayuda.

Suspiré. —¿Y se supone que yo tengo que hacer algo al respecto?

—Si me preguntas si quiero que agites una varita mágica y lo arregles todo, la respuesta es no. Solo digo que deberíamos…

—¿Deberíamos al menos fingir que todo va bien?

—Si es lo que tenemos que hacer para superar el séptimo partido, pues joder, claro que sí.

No sabía si podría hacer eso ni por un millón de dólares. Ni por diez millones. Sentía lo que sentía, y al diablo con las apariencias. Eso lo había aprendido de Kayden Preston, ¿no?

No veía ninguna razón para cambiar ahora.

Pero no era ingenuo. Tarde o temprano tendríamos que abordar el tema. No había escapatoria. Quizá fingir que no había pasado nada ayudaría a corto plazo, pero solo serviría para que nuestros problemas se enquistaran.

—¿Por qué no vamos directos al grano? —dijo—. ¿Hemos roto?

No respondí a eso. Como ya he dicho, podría llevarme a un lugar al que no quería ir. Además, si Kayden no lo sabía, era obvio que él tampoco había tomado una decisión. Si ese era el caso, ¿por qué iba a saberlo yo?

Sus ojos azules permanecieron fijos en mí. Incluso ahora, después de todo lo que habíamos pasado, esos ojos podían derretirme. Su poder era demasiado grande como para ignorarlo. No podía dejar que tomara el control, así que me aparté de él.

Kayden se colocó delante de mí, y sentí de nuevo el poder de aquellos ojos azules. Respiré hondo varias veces, inspirando y espirando, despacio y con calma.

—¿Y bien? —preguntó.

Ahora no podía evitarlo. Si decía que habíamos roto, sería definitivo. No habría vuelta atrás. Oh, claro, la gente volvía con los tíos con los que había roto, pero esto sería diferente. Si de verdad lo *decía*, entonces estaría atrapado por mis propias palabras.

Y hay otra cosa: sus ojos eran algo así como el sol. Sabes que no deberías mirarlo directamente, pero lo haces de todos modos. Cuando cedí a la tentación, empecé a pensar en sus labios apretados contra los míos. El dulce sabor se sentía nuevo otra vez. Recordé la primera vez que sentí su polla dura rozarme la pierna. Sobre todo, pensé en la primera vez que nos habíamos arrancado la ropa y nos habíamos fundido en uno.

Tenía que dejar de pensar en eso. Me estaba matando.

—Mira —dije—, no entremos en esto.

—¿Por qué no? Necesito respuestas, y tú también.

Cerré los ojos con fuerza, deseando que todo esto desapareciera, pero comprendí que no lo haría mientras él siguiera allí de pie, con ese aspecto tan increíble.

Pero quizá eso era todo lo que Kayden Preston había sido siempre: un semental despampanante sin nada más que ofrecer.

—Sabes que esto solo va a perjudicar al equipo, ¿verdad? —preguntó.

Me alejé de él patinando. Y no miré hacia atrás. Si lo hacía, tendría que volver a mirarle a esos ojos azules. Si le miraba a esos ojos azules, podría empalmarme. Si me empalmaba, entonces...

Me había liberado y sobreviviría un día más.

Y no le debía nada. Habíamos roto. Punto. Aunque no nos hubiéramos puesto de acuerdo en cómo llamarlo exactamente, eso era lo que éramos.

A estas alturas, volver con él parecía la mayor locura del mundo.

48

KAYDEN

El séptimo partido empezó con los himnos nacionales de Estados Unidos y Canadá. Cada nota del himno nacional canadiense se me clavaba como un puñal. Sí, sí, ya sé lo mucho que me he metido con los canadienses, pero es verdad. Nunca habría esperado emocionarme lo más mínimo con esa canción, pero ahora no podía negar que se me habían saltado las lágrimas.

Me las sequé, esperando que nadie se diera cuenta.

El himno me hizo pensar en Erik. Sin rodeos. Ni me molestaría en negarlo. De hecho, hizo más que hacerme pensar en Erik. Me hizo pensar en todos los buenos momentos..., y en los malos. En retrospectiva, ni siquiera lo malo parecía tan terrible. A veces tienes que lidiar con esas cosas malas para llegar a un final mejor.

Quería creer que era posible un final mejor. Quizá Erik no lo habría creído, pero yo no podía quitarme esa idea de la cabeza. Fue como un momento eureka. Sabía lo que quería en este mundo, pero me preocupaba que estuviera fuera de mi alcance.

The Star Spangled Banner me devolvió a la realidad. Me emocioné por motivos distintos, pero mis sentimientos por Erik no me habían abandonado. Reprimí el impulso de mirar a mi novio...,

exnovio..., lo que fuera, porque me preocupaba que no sirviera de nada.

Me recordaría lo que quería y lo que necesitaría para conseguirlo. Y no puedes detener el inicio del séptimo partido porque has tenido la revelación personal de tu vida.

El público rugió desde el momento en que terminaron los himnos y se encendieron las luces. Era ensordecedor.

El disco no tardaría en caer y nuestro destino quedaría sellado. Me armé de valor para lo que viniera.

El título se decidiría entre nosotros, los Larkin Lions, y un equipo llamado los Bobcats. Me enfrenté a un jugador de hockey que era un auténtico armario, un tal Holbrook. No me daba miedo, pero sabía de lo que era capaz. Es decir, podía dejarme con el culo en el hielo sin pensárselo dos veces. Me esforcé al máximo por sacar de mi mente los pensamientos sobre Erik De Ruiter mientras Holbrook y yo nos mirábamos.

Cuando el disco cayó, Holbrook me lo arrebató y se deslizó por el hielo a toda velocidad. Lo perseguí, reuniendo toda la energía posible, pero no pude alcanzarlo.

Holbrook metió el disco en la red. Así, sin más.

De verdad, no habían pasado ni treinta segundos del primer tiempo y los Bobcats ya habían marcado su primer gol.

El público de Buffalo, que al principio del partido había amenazado con dejarnos sordos, se quedó en silencio. Miré a Erik. No me miró directamente. Sabía lo que debía de estar pensando. Diría que no estaba del todo metido en el partido. Que estaba distraído. Que por eso los Bobcats nos habían marcado un gol tan rápido. Si me hubiera mantenido centrado exclusivamente en el hockey, donde debía estar, eso no habría ocurrido.

Claro que, si Erik se hubiera limitado a responder una simple pregunta, mi cabeza podría haber estado lo bastante despejada. Podría haber tenido algo con lo que pasar página. Por otro lado, podría haber empeorado las cosas. Al fin y al cabo, ya me costaba bastante mirar su preciosa cara sin querer besarle los labios. No podía... Vale, me detuve ahí, porque los pensamientos que estaba albergando me distraerían aún más.

Solo perdíamos por uno a cero. Sí, los Bobcats habían golpeado pronto, pero eso no tenía por qué ser una sentencia de muerte. Quedaba un montón de hockey por jugar. Ya me habían pasado cosas malas en otros partidos, incluidos goles rápidos del rival.

Pero nunca antes te había pesado tanto el corazón sobre el hielo, dijo mi voz interior.

Cállate, pensé. *Cállate sin más*. Que mi voz interior tuviera una opinión no significaba que tuviera que escucharla. Haría lo que siempre había hecho cuando me derribaban en un partido: sacudirme el polvo y levantarme de nuevo.

En el siguiente saque neutral, me hice con el disco y me adentré en territorio de los Bobcats. Holbrook me placó contra la valla, haciéndome perder el disco. Erik lo cogió, se fue directo a la portería y tiró, pero falló. Un montón de jugadores se liaron entre sí y los árbitros pitaron.

Otro saque neutral, esta vez en territorio enemigo. Un jugador llamado Errington, un tipo tan grande y fiero como Holbrook, cogió el disco y se dirigió hacia nuestro lado del hielo. Erik y yo lo perseguimos, y yo reuní hasta la última gota de energía que me quedaba para seguirle el ritmo. Errington tiró a nuestra portería y Ryan Detenbeck lo paró.

Gracias a Dios.

Menos de un minuto después, los Bobcats seguían en nuestro campo. Lanzaron a portería, esta vez un tiro rápido y potente, y Ryan Detenbeck no pudo pararlo. Acabó de rodillas en el área. Luego se inclinó hacia delante, con ambos guantes sobre el hielo.

Esperaba con todas mis fuerzas que Detenbeck no pensara que era culpa suya. Los Bobcats eran potentes, como ya habíamos aprendido en los seis partidos anteriores. Ahora querían arrollarnos por completo y estaban peligrosamente cerca de conseguirlo.

El público local nos estaba abucheando. Antes habían estado en un silencio sepulcral, pero ahora de verdad nos *abucheaban*. No me lo podía creer. Sí, el público puede ser veleta, pero el público de Buffalo no se equivocaba. Tenían todo el derecho a abuchear a un equipo que estaba a punto de perder el séptimo partido del encuentro más importante de la historia de los Larkin Lions.

Así que ahí estábamos, perdiendo por dos a cero antes de que terminara el primer tiempo. No miré a Erik. No sabía si podía recurrir a él directamente para que me animara. Debería haber podido hacerlo pasara lo que pasara, pero la cosa no estaba clara. Habíamos ganado mucho hasta ese momento, pero la cuestión era que todas esas victorias las habíamos conseguido *juntos*.

Cuando se gana juntos, lo lógico es que también se pierda juntos, ¿no?

Pues yo no creía que fuera a ser así. Si perdíamos, sería por separado. O sea, pasaría *porque* no nos habíamos mantenido unidos como se suponía que debíamos hacer.

Repito, no culparía solo a Erik por ello. Yo había contribuido lo suficiente a crear el lío en el que nos habíamos metido, aunque hubiera sido yo el que quería aclarar las cosas.

En fin, volviendo al hockey. El primer descanso me dio la oportunidad de recuperar el aliento, tanto en sentido figurado como literal. Como podéis imaginar, el entrenador Hardison nos echó una bronca de las buenas en el vestuario. Dijo que nos faltaba garra, determinación y, sobre todo, corazón. No miré a Erik en todo el rato. No podía. Estaba demasiado abrumado por la emoción. Si íbamos a ganar un campeonato, tendríamos que hacerlo juntos. Si no lo hacíamos juntos, no quería ni el puto título.

Sí, habéis oído bien. No sabía si quería ganar el Campeonato Nacional e iniciar mi carrera profesional si no podía compartirlo con Erik.

Todo el estúpido plan de vida me pasó por delante de los ojos. Me di cuenta de que no significaba nada si Erik me odiaba. El campeonato no significaría nada si no pudiéramos compartir la gloria sintiendo lo mismo el uno por el otro que cuando estábamos en nuestro mejor momento.

Sí, ya sé que ir perdiendo por dos a cero en el séptimo partido de un Campeonato Nacional no era el mejor momento para pensar en estas cosas. Pero no podía evitarlo. A veces, las mayores revelaciones de nuestra vida llegan en los peores momentos.

Pero quizá no era *tan* inoportuno. Quizá era el momento perfecto para darme cuenta de eso.

Era ahora o nunca.

Antes de volver al hielo, el entrenador Hardison dijo:

—Quiero ver energía en todos y cada uno de vosotros. Os lo jugáis todo ahora, pero no quiero que actuéis como si estuvierais en un hoyo del que no podéis salir. Jugad como si el marcador estuviera a cero.

Nadie se molestó en decirle que su analogía se aplicaba a los partidos de fútbol americano empatados al volver del descanso. El hockey era diferente, sobre todo cuando ibas perdiendo por varios goles.

Cuando volvimos al hielo, me coloqué detrás de Erik, pero tuve que cerrar los ojos. No podía mirarlo. Me distraería aún más. ¿Y qué haría entonces?

Patiné hasta el centro del hielo y respiré hondo. Podíamos ganar este partido. Tenía que creerlo. *Teníamos* que creerlo. De nuevo, no sabía si lo que me esperaba sería solo un trofeo y una fachada de gloria, pero sin Erik.

Cuando el disco volvió a caer, me sentí perezoso, pero empujé con todas las fuerzas que pude. Holbrook me arrebató el disco y se adentró en nuestro campo, igual que antes. Lo perseguí, pero metió el disco en la portería.

El público de Buffalo nos abucheó de nuevo. Justo lo que necesitaba.

Tres a cero, y parecía que no había vuelta atrás. Agaché la cabeza, algo que no había hecho en toda mi vida. Pero los Bobcats me habían desmoralizado tanto que no pude evitar sentirme derrotado.

Por supuesto, no era solo el marcador lo que me había desmoralizado. Había mucho más que eso.

Finalmente miré directamente a Erik. No había agachado la cabeza, pero podía leerle la expresión. Él sabía, tan bien como yo, que el campeonato se nos estaba escapando de las manos y que no podíamos hacer nada al respecto.

49

ERIK

Estábamos perdiendo. Y por mucho. Bueno, a grandes rasgos, tampoco es que estuviéramos perdiendo por *tanto*. El marcador se estaba desequilibrando, sí, pero no nos habíamos metido en un hoyo del que no pudiéramos salir. No creía que tuviéramos motivos para que cundiera el pánico. Kayden seguramente estaba perdiendo los estribos. Así era Kayden. Quería remontar, pero no sabía cómo.

Pero yo sí que tenía una idea bastante clara.

Mantener la cabeza fría era la clave para ganar en el hockey, aunque Kayden no lo creyera. Podríamos ir perdiendo por diez goles al empezar el tercer tiempo, pero eso no significaba que tuviéramos que tirar la toalla. Vale, apenas habíamos dado señales de vida en este partido, pero aún nos quedaban veinte minutos de juego.

Podíamos conseguirlo. Solo teníamos que creer.

Cuando entramos en el vestuario, no miré a Kayden porque habría sido demasiado doloroso. Tenía que mantener el equilibrio. Por otro lado, haría todo lo que fuera necesario para ganar el partido.

A mi manera.

Me encargué del saque neutral al principio del tiempo. Cuando el disco cayó, miré fijamente a los ojos a Holbrook y no dejé que me asustara. Los tíos como él utilizan su tamaño y su ferocidad para intimidar a los rivales, y no iba a permitirlo. Le arrebaté el disco y me lancé pista arriba. Sin embargo, no usé toda la fuerza, energía e intensidad que podía reunir. No, patiné con confianza, convencido de que podía moverme sin perder el disco.

Y lo hice.

Mi primer tiro a puerta no entró, pero no era el fin del mundo. Ni siquiera tuve que decírmelo a mí mismo. Hacía mucho tiempo que me había mentalizado para saberlo.

Aún nos quedaban poco menos de veinte minutos para hacer nuestro trabajo, ¿no? No tenía por qué seguir machacando la portería como un loco. Solo tenía que mantener la cabeza fría y ser persistente. Si Kayden me hubiera escuchado más, puede que no estuviéramos en esta situación. Pero no iba a utilizar el tercer tiempo del séptimo partido para echarnos las culpas. Simplemente iba a encargarme de los Bobcats.

Menos de treinta segundos después, volví a tener el control del disco y giré por detrás de la portería. Lo metí en la red como si mi stick fuera una escoba, y la afición de los Larkin Lions enloqueció.

Por fin, miré a Kayden. Verlo no me dolió. Te juro que pensaba que mirar esa cara me mataría, pero no lo hizo. No sabía qué vio en la mirada que le eché, pero esperaba que supiera que quería que confiara en mí.

Cuando el disco volvió a caer, Kayden tomó el control, pero lo perdió después de que Errington lo estampara contra la valla. Lo seguí, le robé el disco a Errington y me dirigí de nuevo a la zona de los Bobcats. Desde allí, tiré a puerta, pero fallé. De nuevo, no era el fin del mundo. Teníamos tiempo. Solo teníamos que mantener la calma, ser persistentes y estar decididos.

Luché como un jabato para recuperar el disco. Una vez lo tuve, volví a tirar y fallé. Sí, era jodidamente frustrante, pero no iba a perder los nervios. Aún teníamos tiempo de sobra para culminar la faena.

Tras un tercer tiro fallido, Kayden intervino, armó el brazo y le dio al disco con todas sus fuerzas. Su stick restalló contra el hielo y envió el disco volando a la red. Yo hacía las cosas a mi manera y, supongo, Kayden Preston siempre las haría a la suya. Podía aceptarlo si él también podía. Lo que importaba era que los Larkin Lions por fin habían marcado.

El público volvió a enloquecer. Kayden dio una vuelta por detrás de la portería con los brazos en alto. Nuestros compañeros se reunieron a su alrededor, rodeándolo con los brazos... excepto yo. Me mantuve al margen y no lo abracé. Una parte de mí no habría deseado otra cosa que echarle los brazos por encima a mi compañero, pero sabía que no debía.

No *podía*, más bien.

Al menos, no en ese momento. Había conseguido mirar fijamente esa cara perfecta suya sin volverme loco, pero el contacto físico de verdad sería tentar a la suerte.

Ahora el marcador era de tres a dos. No había razón para pensar que no podíamos conseguirlo. Solo teníamos que creer.

Pero también teníamos que ser realistas. Los Bobcats no se iban a rendir sin más. Deseaban el Campeonato Nacional tanto como nosotros. Contraatacaron de inmediato, acercándose peligrosamente a marcarnos de nuevo y a poner la victoria otra vez fuera de nuestro alcance. Sabía que teníamos que resistir. Corrí pista abajo, aparté a Holbrook con el brazo para evitar una carga y disparé a puerta. Su portero intentó pararlo, pero el disco se le escurrió y entró en la red.

Los Bobcats nos habían impresionado al principio con sus rápidos ataques, pero Kayden encontró la forma de volver a su territorio de inmediato. Ahora que íbamos empatados a tres, nos quedaban poco menos de dos minutos de juego. Cualquiera que haya visto hockey sabe lo largos y prolongados que pueden ser los finales de los partidos reñidos. Los entrenadores piden todos los tiempos muertos que tienen, intentando aprovechar al máximo cada segundo que queda en el cronómetro. Estos finales son de infarto para los aficionados en las gradas y para los que lo ven en casa. También pueden ser increíblemente tensos para los jugadores. Pero yo no iba a dejar que la ansiedad me dominara. No podía.

Si Kayden y yo íbamos a ganar algo, tendríamos que hacerlo juntos. Había llegado a creérmelo de verdad, y de ninguna manera iba a cambiar de opinión ahora. Hasta ese momento, habíamos vuelto a funcionar como una máquina bien engrasada justo en el momento adecuado, y yo seguía teniendo fe.

Kayden y yo nos deslizábamos por el hielo arriba y abajo, sincronizados. Nunca me había sentido tan grácil con unos patines como en ese momento. Nos pasábamos el disco el uno al otro, dándolo y cogiéndolo, cooperando como nunca antes lo habíamos hecho. Fue algo mágico. Lo mejor de todo es que cualquiera habría jurado que nunca nos habíamos peleado.

Lo de haber echado a Kayden del apartamento no había ocurrido. La discusión que lo había provocado no significaba nada. Todas las pequeñas cosas que nos habían separado dejaron de importar.

Cuando entramos en el territorio de los Bobcats, le volví a pasar el disco. Luego él me lo devolvió, y yo lo lancé a la portería justo cuando el tiempo se agotaba y sonaba la bocina. Su portero estaba de rodillas en el área de gol, tras dejar que el disco se le colara, concediendo el gol de la victoria.

El público de Buffalo enloqueció. Habían pasado de un ruido ensordecedor a un silencio sepulcral, y de nuevo a un estruendo ensordecedor en el transcurso de tres periodos. Jugábamos en un pabellón de tamaño moderado para los estándares universitarios, pero apenas podía oír mis propios pensamientos.

Casi me derrumbé sobre el hielo. Habría pensado que mantener la calma me habría permitido conservar toda mi energía, pero, sinceramente, me preocupaba no poder mantenerme en pie ni un segundo más.

Y entonces apareció Kayden de repente, asegurándose de estar allí mismo para evitar mi caída. Me rodeó con sus brazos, apretándome con fuerza. Como en los viejos tiempos... y como deberían ser las cosas.

Quería besarlo con todas mis ganas, pero no sabía si podía. Sí, se podría pensar que el momento nos habría impulsado a hacerlo, al diablo con el público, pero entendía que existían ciertos límites.

Y entonces nuestros compañeros de equipo se acercaron, rodeándonos con sus brazos. Fue un momento de equipo agradable, sí, pero yo quería disfrutar de estar a solas con Kayden el mayor tiempo posible.

Sin embargo, no podía quejarme. Incluso en ese mismo momento, comprendí que Kayden y yo habíamos superado una cantidad de cosas demencial. Habíamos sobrellevado nuestra intensa atracción mutua. Y luego habíamos seguido adelante a pesar de nuestra relación y de la gran cantidad de desafíos que había supuesto. Habíamos roto, pero aun así encontramos la manera de trabajar juntos y ganar el primer Campeonato Nacional en la historia de los Larkin Lions.

Ese tiempo a solas con Kayden tendría que esperar.

Cuando volvimos patinando al banquillo, los entrenadores nos recibieron con abrazos. Normalmente, odio los abrazos, incluso en las mejores circunstancias, pero en ese momento me pareció bien.

Por supuesto, debería haber sabido qué más esperar. Alguien se nos acercó sigilosamente por detrás con una nevera llena de Gatorade y nos la vació por la espalda a Kayden y a mí. Aunque estaba helado, probablemente eso había formado parte de los sueños de Kayden. Desde luego, había formado parte de los míos. Pero lo realmente importante para mí era el momento que vendría después.

Siempre había soñado con que me entrevistara la ESPN después de ganar un campeonato. O la NBC Sports. O quien fuera. Alguien con un micrófono se me acercaría y hablaría de la reñida batalla. Me preguntarían cómo lo había conseguido, y yo les diría que sabía que podíamos hacerlo. Que solo teníamos que echarle muchas agallas y determinación. Luego me preguntarían qué iba a hacer a continuación. No les diría que me iba a Disneylandia. En todo caso, intentaría decir algo original. Sin embargo, toda la preparación mental del mundo no me había preparado para ese momento.

Resultó que ese sueño estaba a punto de hacerse realidad.

50

KAYDEN

Dios mío, Dios mío, Dios mío. Había pasado de verdad. En serio. Aquello por lo que tanto había trabajado durante toda la temporada, de verdad que *había pasado*. Claro, puede que no hubiera sucedido exactamente como había pensado, pero eso no importaba. De verdad que *había pasado*.

Al principio, no me lo creía. Todo parecía tan surrealista, como sacado de un sueño. Escuchaba el rugido de la multitud y me empapaba de su emoción, pero no sentía ningún subidón de adrenalina por las venas. Al principio, solo me sentía paralizado, probablemente porque la realidad de todo aquello todavía no me había calado. Pero había pasado de verdad, los Larkin Lions éramos campeones, y nadie podía arrebatárnoslo.

Y lo más importante era que Erik y yo lo habíamos conseguido juntos.

Cuando sonó la bocina, no me lo pensé dos veces y le eché los brazos al cuello. Y él me apretó con la misma fuerza. Simplemente lo hice, sin preocuparme por su reacción. Supongo que ganar puede solucionar un montón de problemas. Antes, habría dudado que ni siquiera un Campeonato Nacional pudiera arreglar el desastre en el que se había convertido nuestra relación.

Por otro lado, no era como si hubiéramos vuelto. Todavía no. Puede que me hubiera apretado así por obligación. En un momento como ese, habría parecido una locura no hacerlo. Estaba pletórico tras la mayor victoria de su vida. Quizá no debería haberle dado tantas vueltas.

Yo lo único que quería era mirar a Erik, contemplar su precioso rostro y recordar todos los buenos momentos que habíamos pasado. Ganar el campeonato juntos lo superaría todo, por supuesto, y quería vivir ese momento el mayor tiempo posible. Pero Erik se alejó de mí patinando. Aunque no iba a dejar que eso me desanimara.

Al volver a la realidad, me di cuenta de que varios miembros del personal del pabellón estaban desenrollando una alfombra roja sobre el hielo. Y entonces un tipo alto con traje y un micrófono de la ESPN salió a la alfombra. Sí, estaba pasando de verdad... y nos estaba pasando a *nosotros*.

Y ahora, la guinda del pastel: vi a uno de esos mismos empleados llevar el trofeo del campeonato hasta la alfombra. Cuando nos pusimos en fila como equipo, el trofeo fue pasando por las manos de cada uno de nosotros antes de entregárselo al entrenador Hardison.

Al principio, el que habló fue el director deportivo de la Universidad de Larkin, Sy Wilkins. Ya sabéis, porque él personalmente tenía mucho que ver con haber ganado este partido, ¿verdad? Los jugadores éramos meros peones. Primero había que dar las gracias a los de los trajes. No importaba, la verdad. No se me quedó ni una palabra de lo que dijo. Sinceramente, había desconectado de casi todo. La emoción por la victoria por fin me había golpeado con demasiada fuerza como para escuchar a Wilkins, pero había mucho más. No podía apartar los ojos de Erik, que estaba de pie a mi lado, pero no se había girado para mirarme. Si él sentía lo mismo, me estaba haciendo esperar para decírmelo.

El mismo Erik De Ruiter de siempre, ¿no?

Entonces el reportero le puso el micrófono en la cara al entrenador Hardison. Algo de lo que dijo sí que me caló. Dio un discurso que incluía principalmente las palabras que cabía esperar, como «trabajo duro», «determinación», «agallas» y «muy

orgulloso». Lo mejor de todo fue que usó la palabra «perseverancia», que pensé que nos resumía a Erik y a mí a la perfección. Volví a girarme hacia Erik, evaluando su reacción a todo lo que pasaba a nuestro alrededor. Parecía feliz, pero no tan emocionado como debería, dada la trascendencia del momento. Le faltaba algo, eso lo sabía de sobra. A mí también me faltaba algo.

El reportero les puso el micrófono en la cara a varios compañeros antes de detenerse delante de mí.

—Ha sido una remontada increíble —dijo—. ¿Cómo lo ha conseguido?

Siempre había soñado con lo que diría la primera vez que me entrevistaran en directo por televisión. Mi discurso sería tan apasionado, tan conmovedor. Los canales de deportes lo repetirían durante días. Pero ahora, con el micrófono en la cara, me había quedado prácticamente en blanco.

—Ha sido un camino largo —dije—, pero sabía que lo conseguiríamos.

—Nunca tuvo dudas, ¿eh?

—Ni una sola. Creo en este equipo y todos creemos los unos en los otros.

—Tengo entendido que es usted el capitán del equipo. ¿Es correcto?

—Sí, es correcto.

Y entonces todo el mundo, especialmente Erik, se giró para mirarme como si hubiera salido de casa sin ponerme los pantalones.

Hice una pausa, comprendiendo que me habían pillado.

—Espera, lo siento —dije—. Quiero decir, soy el *co*capitán. Mi otro cocapitán está aquí mismo, a mi lado.

Le pasé un brazo a Erik por los hombros y lo apreté. Debería haberme sentido tenso por lo que estaba a punto de hacer, pero no fue así. Todo parecía tan correcto.

De momento, nadie del público local de los Larkin Lions se había marchado, lo cual era genial. Mejor aún, todos estaban en sus asientos, con la atención puesta en nosotros. Quería que todo el mundo viera lo que estaba a punto de ocurrir, y esperaba que recordaran dónde estaban cuando lo vieran.

—No podría haberlo hecho sin este chico —dije—. Ha estado conmigo en las duras y en las maduras, pero sobre todo en las duras. Me ha aguantado y me ha cambiado por completo como persona.

Sabía lo que quería decir. Tenía las palabras en la punta de la lengua, listas para ser pronunciadas, pero no conseguía soltarlas. Cuando miré a Erik a los ojos, reuní la fuerza para decir por fin lo que había que decir.

—Al principio de la temporada —dije—, no soportaba a este chico. Me volvía completamente loco. Y entonces las cosas cambiaron. De hecho, cambiaron *muchísimas* cosas. Él me retó. Yo le reté a él. Y luego pasaron muchas cosas que pusieron mi vida patas arriba.

Entonces hice una pausa. Podía hacerlo. Sabía que podía. La verdadera pregunta era si a Erik le seguiría pareciendo bien. De momento, el reportero no me había quitado el micrófono de la cara, así que sabía que tendría la oportunidad de soltar la bomba.

—No hay mejor momento que este para decir lo que siento de verdad. —Entonces, me volví hacia Erik y lo miré fijamente a sus preciosos ojos, enamorándome de él de nuevo—. Erik, de ninguna manera podría haber hecho esto sin ti. No creo que pueda volver a hacer *nada* sin ti. Te quiero más de lo que puedas imaginar.

Su expresión no cambió. Ningún enfado ni pánico ante mis palabras. Tenía que lanzarme. Me incliné y le besé en los labios. No se inmutó, no me apartó, no intentó escapar. Me pasó un brazo por el cuello mientras nos fundíamos en el beso. Nuestros labios se separaron medio segundo y vi una mirada de satisfacción y aprobación en sus ojos antes de que nos sumergiéramos de nuevo en otro beso profundo.

Por un momento, todo lo demás desapareció: el público, nuestros compañeros de equipo y el reportero de la ESPN. Éramos Erik y yo, y nada más importaba. El público rugió con el beso, y yo no aparté mis labios de los de Erik De Ruiter durante un buen rato. Cuando nuestros labios se separaron de nuevo, miré a mi alrededor y examiné las expresiones de todos.

Encontré una leve sorpresa en los rostros de nuestros compañeros y del entrenador, pero no lo llamaría conmoción. Más bien parecía que no sabían cómo responder. Incluso vi algunas sonrisas. Volví a rodear a Erik con el brazo, apretándolo con fuerza, y le besé la mejilla. Por fin había dado el paso y no me arrepentía de nada.



El vestuario estaba lleno de abrazos, risas, gritos, música y champán. Ah, y también estaba lleno de discursos. Alguien había mencionado unos puros, pero que tendríamos que fumárnoslos fuera.

Supongo que yo había soltado la verdadera bomba delante del público de los Larkin Lions —y en directo por televisión—, pero quedaban muchas más cosas que decir en el vestuario. Por mí no había problema. Era imposible que lo que Erik y yo acabábamos de hacer ocurriera sin que nos preguntaran más al respecto. Cuando todo se calmó, Ryan Detenbeck nos miró a Erik y a mí con una extraña expresión de orgullo en su rostro.

—Así que, Kayden, Erik, ¿hay algo que hayáis querido contarnos?

Miré a Erik buscando su aprobación. Cuando asintió levemente, me adelanté y hablé por los dos.

—Sí —dije—, hay un montón de cosas que queríamos contaros a todos. Simplemente, nunca supimos muy bien cómo hacerlo.

—Entonces, ¿vosotros sois...?

—Una pareja. Sí, eso es. Creo que eso es lo que somos.

Detenbeck enarcó una ceja como si no supiera muy bien cómo tomarse aquello, pero nos permitiría contar tanto o tan poco como quisiéramos. ¿Éramos una pareja o no? ¿Cuánto tiempo llevábamos juntos?

Nadie nos había juzgado. Podía palpar el ambiente. Si a alguien le hubiera molestado nuestra relación, me habría dado cuenta enseguida. Todo apuntaba a que nuestros compañeros de equipo

estaban orgullosos de que no tuviéramos miedo de ser nosotros mismos.

De momento, todo bien.

—Sí, totalmente —intervine—. Al principio de la temporada, me robó la taquilla y actuó como si nada. Me entraron ganas de darle un puñetazo.

—Tío, era mi taquilla, y lo sabes.

—Anda ya, De Ruiter. Era mi taquilla, y lo sabes de sobra.

Y entonces me detuve y volví a perderme en sus ojos. Supongo que hay cosas que nunca cambian. De un modo extraño, no quería que lo hicieran. Lo que de verdad quería era volver a besarlo, pero eso tendría que esperar.

—¡Es increíble! —dijo Braxton Wilson—. ¡Todo este tiempo dándole al tema y nosotros sin enterarnos de nada!

No pudo reprimir una risa bonachona al decirlo. Ryan Detenbeck agarró a nuestro compañero y prácticamente se lo llevó a rastras. Sabía a lo que se refería, no obstante. Braxton solo era un compañero de equipo diciendo las gilipolleces típicas de un compañero de equipo. No significaba nada. No pude evitar reírme un poco yo también.

—Qué gracioso, Braxton —dijo Erik, incapaz de contener su propia risa—. Pero sí, hemos estado juntos casi toda la temporada. Quería contároslo a todos, pero Kayden no me dejaba.

Le di un codazo a Erik en las costillas con la fuerza suficiente para que me prestara atención.

—Venga ya, tío —le dije—. Sabes que no es verdad.

—¿Ah, no?

—Al final lo habría hecho.

—No, no lo habrías hecho.

—Sí que lo habría hecho.

—Anda ya, Kayden.

—Lo estoy haciendo ahora, ¿no?

Y entonces sonrió de oreja a oreja, como si solo hubiera discutido conmigo para tocarme las narices. Típico de Erik De Ruiter.

—Aunque no parecéis novios —dijo Ryan Detenbeck.

—¿No? —pregunté.

—No, parecéis un matrimonio.

No pudimos evitar reírnos de eso también.

—Pero está muy guay —dijo—. Me alegro por vosotros.

Cuando recordé la conversación que había tenido con él en Tully's, me costaba creer que ahora le pareciera tan guay. Quizá había cambiado al enfrentarse a la realidad. Nuestra relación ya no era una simple teoría. O podría haber estado diciendo gilipolleces sin más. Todos en el equipo nos habíamos despachado a gusto con eso.

—Sí, me alegro por vosotros, tíos —dijo Braxton—. Solo hacedme un favor y no me miréis el culo en la ducha, ¿vale?

Esta vez, tanto Detenbeck como el entrenador Hardison amenazaron a Braxton con el puño, y este reculó. Erik y yo negamos con la cabeza, sabiendo que nuestro compañero siempre sería un zopenco. Lo que me pareció más interesante de todo es que nadie dijo que nos aceptara o nos apoyara. No tuvieron que decirlo. Ya lo sabíamos.

Pero la reacción de nuestros compañeros no fue todo. No podía creer la respuesta que recibimos en los días siguientes.

51

ERIK

Durante los días siguientes, el beso que Kayden me había plantado delante de todo el pabellón se repitió una y otra vez en la ESPN. Los comentaristas todavía tenían mucho que decir al respecto. No podía encender la tele sin ver los labios de Kayden Preston pegados a los míos. En realidad no lo vi, pero Braxton Wilson me dijo que las mujeres de *The View* incluso lo mencionaron. Lo llamaron «un paso importante hacia adelante». Durante esos días, fuimos la pareja de América; todo el mundo hablaba de nosotros y de nuestra gran victoria, pero, sobre todo, del beso.

Y sí, hubo algunos *haters*. Esa gente siempre existiría. Kayden y yo no habríamos tenido que ocultar quiénes éramos todo este tiempo si no fuera por ellos. La cuestión es que no eran más que troles que salían de debajo de sus puentes para quejarse de cualquier momento bonito. Hice lo más inteligente y simplemente los ignoré.

Además, no podía negar la enorme cantidad de positivismo que habíamos recibido por el campus. Estudiantes, profesores e incluso entrenadores nos felicitaron no solo por la victoria, sino por nuestra valentía al ser nosotros mismos. De algún modo, pensé que solo mencionaban nuestra victoria de pasada. Para ellos, parecía que el

beso había sido la verdadera victoria. Nuestra recién descubierta capacidad para vivir nuestras vidas como realmente éramos era la verdadera gloria.

Por primera vez desde que estaba con Kayden, me lo creí de verdad. Al principio, dejarnos llevar por nuestros deseos e impulsos había sido emocionante. Bueno, una emoción que provenía de nuestra total y absoluta pérdida de control. Al principio, el secreto no parecía tan malo. Aumentaba la emoción, pero pronto comprendí que necesitábamos que lo que fuera que estuviéramos haciendo se convirtiera en algo más. Dios, hacía solo siete meses, nunca habría esperado que fuéramos una pareja de verdad. No habría soñado con que fuéramos sinceros sobre todo esto.

Sentí como si me hubieran quitado un peso de los hombros. Solo entonces me di cuenta de la carga que había estado llevando todo ese tiempo. Aquel beso me liberó de esa carga para siempre.

Por supuesto, abrió la puerta a otras cosas, como que mis padres en Canadá se enterasen de lo que nos traíamos entre manos.

Y que se habían enterado viendo el partido como todo el mundo.

Les dije que no era gay. Tampoco era bisexual, en sí. Sinceramente, no sabía lo que era, y las etiquetas no significaban nada para mí. Lo único que importaba era que estaba enamorado de Kayden Preston y que todo el mundo lo sabía. En el fondo, sabía que mis padres lo entenderían. Equilibraban su vida de conservadurismo rural con un amor genuino por la gente, especialmente por su propio hijo.

Mi padre me dijo que siempre nos querrían y nos aceptarían a Kayden y a mí. Añadió que podía llevar a Kayden a la granja conmigo cuando quisiera. Eso era todo lo que necesitaba saber.

Los padres de Kayden no fueron fríos, parecían más sorprendidos que otra cosa. Él dijo que todo estaba bien y que se acostumbrarían a la idea de que compartiera su vida con un chico muy pronto.

De vuelta en mi casa, Kayden y yo habíamos disfrutado de una excelente comida de pizza y alitas de La Nova. Sí, mi novio se comió las alitas de la única forma que sabía, y yo tendría que vivir con ello. Lo que comiéramos no importaría, al menos por un tiempo. Además, nos merecíamos darnos un capricho después de ganar el

campeonato. Mientras comíamos, sentía como si nunca hubiera pasado nada malo entre nosotros. La agradable sensación de paz que sentí en ese momento me convenció de que habíamos vuelto a los viejos tiempos. Hasta ahora, no habíamos dicho nada del elefante en la habitación. Sinceramente, no habíamos tenido tiempo para nada de eso. Habíamos estado demasiado ocupados concediendo entrevistas, leyendo todo lo que el mundo del deporte decía de nosotros en internet y viendo las repeticiones de nuestro beso en la ESPN una y otra vez.

Pero, al final, tendríamos que hablar de ello. La realidad podía tomarse un descanso, pero no desaparecería para siempre.

Me incliné y besé los labios de Kayden, que todavía estaban grasientos por la pizza y picantes por las alitas. Sonrió y me devolvió el beso. Al saborear sus labios y sentir su duro cuerpo contra el mío, quise que todo valiera la pena. Pero aun así, tenía preguntas y no podía esperar a tener las respuestas.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté.

Él enarcó una ceja y dijo:

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, ¿qué es lo siguiente? ¿Adónde vamos a partir de ahora?

Entonces cogí el mando a distancia y apagué la tele por primera vez en lo que parecieron días.

Volví a ponerme cómodo, acurrucándome contra Kayden y colocando su brazo sobre mí. Cerré los ojos un momento, absorbiéndolo todo. Volvía a ser normal. Era perfecto. Podría quedarme a salvo en sus brazos para siempre.

—Nunca dijimos que volvíamos a ser una pareja —dije—. Sé que estamos pasando el rato en casa del otro, acurrucándonos, besándonos y todo eso. Pero nunca hemos dicho que hayamos vuelto.

—Tampoco dijimos que lo habíamos dejado.

—Ya lo sé, pero…

En eso, Kayden tenía razón. Nunca lo habíamos dejado, pero esa era la realidad, aunque no lo hubiéramos dicho con palabras. Por

otro lado, no podíamos darnos un beso así delante de toda América y no acabar juntos otra vez.

Esas eran las reglas.

—Vale —dije—. ¿Así que volvemos a estar juntos?

—Sí. Solo que esta vez va a ser diferente a la primera.

—¿Solo vas a ser el pasivo?

Se rio y negó con la cabeza. —No, será diferente porque todo el mundo lo sabe. No tenemos que escondernos. Podemos ser nosotros mismos.

—Claro. ¿Y ser nosotros mismos significa que podemos hacerlo público en las redes sociales?

—¿Qué significa eso?

—Vamos, Kayden, ya sabes de lo que hablo. Podemos publicar nuestro estado sentimental en las redes sociales para que todo el mundo se entere y que no nos importe lo que piensen.

—Habría pensado que el beso que no paran de poner en la ESPN era una forma lo bastante directa de decírselo al mundo.

—Ya me entiendes.

Sé que es raro, pero publicarlo en las redes sociales de verdad significaba algo para mí. Nunca antes había hecho algo así. Había tenido una novia en Canadá, pero nunca lo hicimos. Kayden había tenido su buena ración de novias, pero ninguna habría durado lo suficiente como para anunciar nada públicamente.

Le pasé un brazo por los hombros a mi novio y me di cuenta de que todos mis fracasos anteriores habían ocurrido por una razón. Ah, sí, me había sentido fatal por haber roto con mi novia de Canadá. Al principio también me había asustado mi conexión con Kayden. Ahora sabía que todo aquello había pasado por algo.

—Al equipo le parece bien lo nuestro —dijo él.

—Sí, nunca me habría esperado que las cosas fueran a salir así.

—Pero las cosas podrían cambiar en cuanto salgamos ahí fuera, al gran mundo del hockey profesional.

—En este caso, nuestros compañeros son nuestros compañeros. Nos apoyarían en las duras y en las maduras porque así es como funciona. Pero un equipo nuevo podría no verlo de esa manera.

Seríamos los nuevos. No nos deberían ninguna lealtad. Y no tienen por qué…

Kayden se inclinó y me besó en los labios, calmándome. No es que me hubiera alterado tanto, pero me detuvo antes de que pudiera ocurrir. Me hizo ver que mis preocupaciones no eran tan importantes como yo creía y que no tenían importancia. Gran parte de lo que habíamos afrontado con todo esto ya no importaba.

—Sabes que no tienes que preocuparte por toda esa mierda —dijo Kayden—. Lo único que importa somos nosotros.

Para ser el que más se había resistido a hablar abiertamente de lo nuestro, ahora sonaba de lo más natural. Me tranquilizó como necesitaba que lo hiciera un novio.

—Tienes razón —dije—. Lo único que importa somos nosotros.

Nos besamos de nuevo, y bajé la mano entre las piernas de mi novio para apretarle un poco la entrepierna. Un sonido de satisfacción se le escapó de la boca.

Volví a encender la tele y me recosté en los cojines del sofá. Kayden me besó los labios de nuevo, suave y dulcemente, antes de que su lengua se deslizara entre los míos. Dios mío, era tan perfecto y siempre tan nuevo. Por el rabillo del ojo, nos vi besándonos en la tele otra vez.

Lo saboreé, sabiendo que esto no duraría para siempre. Ahora éramos la pareja de América, pero tarde o temprano tendríamos que volver a la realidad. Aun así, me preguntaba si el beso llegaría a formar parte de esos diez mejores momentos que se retransmitirían en los canales deportivos durante décadas. Si así fuera, me parecería perfecto.

52

KAYDEN

Pasó más de una semana hasta que todo se calmó. Durante ese breve periodo de tiempo, la gente nos llamaba la Pareja de América. Debía de sonrojarme cada vez que lo oía. Sin duda, sonaba un poco raro, pero de un modo bueno. Nunca antes había tenido que buscar la aceptación. Cuando tanta gente nos colmó con ella, no supe qué pensar.

Ser el centro de atención podía ser genial dependiendo del motivo. Normalmente me gustaba que mis asuntos privados siguieran siéndolo. Sin embargo, no me arrepentía de nada. Parecía que a la gente le había encantado el beso, que le encantábamos *nosotros*. Aunque las cadenas de deportes habían dejado de retransmitir el beso, varios medios de comunicación se habían puesto en contacto con nosotros para entrevistarnos. He soñado con muchas cosas, pero sentarme para una entrevista con *The Advocate* no había sido una de ellas. Lo mismo se aplicaba a prácticamente cualquier cosa que no estuviera directamente relacionada con los deportes.

Vale, de acuerdo, admito que había soñado con salir en *The Tonight Show* después de mi primera (o sexta) Stanley Cup. Me había imaginado sentado en el sofá, intercambiando ocurrencias

ingeniosas con el presentador y demostrándole a América lo gracioso que era. Pero eso era diferente.

Habíamos dicho que sí a todas las entrevistas. Me parecía increíble haber pasado de estar cagado de miedo por contarle a nadie quiénes éramos a desnudar nuestra alma en las entrevistas. Seguía teniendo mis esperanzas y mis sueños, pero ahora comprendía que todos, tarde o temprano, nos encontramos con una bifurcación en el camino. Solo que puede que no siempre podamos elegir qué camino tomar. Cuando eso ocurre, lo mejor es dejarse llevar.

—Entonces, ¿qué le vas a contar al entrevistador? —preguntó Erik.

—¿Sobre qué?

—No sé..., sobre cómo nos conocimos, sobre cómo íbamos a machacarnos las cabezas el uno al otro antes de, ya sabes, empezar a machacarnos otras partes del cuerpo.

Resoplé. Evidentemente, algo de mí se le había pegado a Erik, igual que a mí se me había pegado algo de él. Si se lo hubiera dicho, habría soltado algún comentario ingenioso sobre el tiempo que nos habíamos pasado frotándonos el uno contra el otro.

Muy maduro.

—¿Por qué no dejamos que hagan ellos las preguntas y nosotros damos las respuestas? —dije.

Se encogió de hombros ligeramente, como si pudiera aceptarlo. En el fondo, creo que tenía un discurso entero en mente. Quería que la entrevista se desarrollara de una determinada manera. Podía entenderlo. Yo había planeado muchísimas cosas, solo para ver cómo cambiaban, pero no se frustraban. Ocurren cosas maravillosas aunque no sean exactamente como te las habías imaginado. Aun así, no pude evitar pensar que mi novio tenía otra cosa en la cabeza.

—¿Quizá podríamos hablar de lo difícil que es ser una pareja que quiere llegar a las grandes ligas? —sugerí.

Erik se giró hacia mí, como si le hubiera leído la mente.

—Te vas a los Leafs, ¿verdad?

No era una pregunta. Habló como si lo supiera a ciencia cierta. Su voz sonó apagada por primera vez desde que habíamos ganado

el campeonato, algo que tenía que pasar tarde o temprano.

—Supongo que sí. Es una oportunidad única en la vida. No puedo dejarla pasar.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Estas conversaciones habían sido un baile delicado en el mejor de los casos, y no quería causar problemas. No después de que hubieran pasado tantas cosas increíbles.

—¿Has oído algo? —preguntó.

—No es seguro.

—¿Y no me lo has contado?

—Estaba esperando el momento adecuado. Además, no quería preocuparte por eso cuando teníamos tantas otras cosas por las que estar contentos. Quería disfrutar de la victoria, de la gloria y de tener todas las miradas puestas en nosotros. Ha sido increíble.

—Lo sé.

—Nunca he vivido nada igual. Probablemente no vuelva a vivirlo en toda mi vida.

—¿Incluso si ganas seis Stanley Cups como has jurado que harías?

Hice una pausa y dije: —Sí, incluso si gano seis Stanley Cups.

Cuando Erik giró la cabeza, supe que no lo había convencido.

—Como te he dicho, no es una garantía absoluta. Leon Purvis me dijo que el campeonato me ha acercado todo lo posible a la garantía de ser elegido en el draft. Pero, ya sabes, siempre hay complicaciones.

—¿Y que todo el mundo del deporte se haya enterado de que hemos sido pareja casi toda la temporada no les ha hecho cambiar de opinión?

Negué con la cabeza. No podríamos haber hecho esto hace diez años, y mucho menos hace quince o veinte. Pero no sabía si decir eso tranquilizaría mucho a Erik.

—Mira —dije—, sabes que nunca te menospreciaría si me eligen a mí en el draft y a ti no. Además, que un equipo de la NHL no te fiche a la primera no es el fin del mundo. Lo sabes.

—Eso no es lo que me preocupa, Kayden.

Hicimos otra pausa y supe que mi novio estaba muy preocupado. Quizá debería haber sabido que este tema no iba a desaparecer.

—¿Crees que nunca podrá funcionar? —pregunté. Erik no asintió, pero no le hizo falta. Sabía que seguía aferrado a la idea de que la situación haría imposible que tuviéramos una relación normal.

—Quiero que demos el siguiente paso —dijo Erik.

—¿Cuál crees que es el siguiente paso?

No se encogió de hombros como había hecho antes. —Quieres que nos casemos. —Lo dije como una afirmación, no como una pregunta.

—Sí, Kayden. De verdad que sí.

Hice una pausa, deseando lo mismo, pero sin saber cuándo debía ocurrir.

—No tenemos que hacerlo ahora mismo ni nada de eso —dijo Erik—. Si no me eligen en el draft, tendré que terminar los estudios. Y entonces tú estarás fuera todo el tiempo. Si no te veo nunca, entonces…

Le puse un dedo en los labios y lo mandé callar.

—Escucha, no tenemos que preocuparnos por nada de eso —dije.

—¿Cómo que no tenemos que preocuparnos? Va a ser un problema constante.

—Pero es un problema manejable si tienes en cuenta todo lo que ya hemos pasado y superado.

Hizo una pausa como si ya lo tuviera contra las cuerdas. Ahora tenía que asestarle el golpe de gracia.

—No habríamos llegado tan lejos si no hubiéramos perseverado —dije—. Piénsalo. ¿Cuántas veces podríamos habernos rendido y marchado?

—Bueno, una vez nos rendimos.

Sonrió a medias, como si supiera que solo lo había dicho por tocar las narices. Podía aguantarlo. Tendría que hacerlo. Después de todo, me esperaba toda una vida de esa desfachatez.

—Sabes lo que quiero decir, ¿verdad? —pregunté.

—Creo que sí.

—Ganamos el campeonato, a pesar de todo lo que pasó, porque perseveramos. Recibimos toda esta atención de los medios porque perseveramos. Te estoy diciendo que sigas adelante. Podemos con cualquier cosa que el mundo nos eche encima si perseveramos.

Finalmente, Erik asintió.

—Podemos dar los siguientes pasos tan rápido o tan lento como quieras —dije—, pero sí sé que, si de verdad me eligen en el draft, nos compraré la casa más grande de Buffalo.

—O de Toronto.

Le devolví la sonrisa. Él me sonrió también. Lo atraje hacia mí y le besé los labios.

—O Toronto —dije—. El hogar está donde tú estés.

53

ERIK

Pasaron unas cuantas semanas más. Llevaba unos días guardando un secreto y no quería contárselo a Kayden hasta que llegara el momento oportuno. No es que quisiera mantenerlo a oscuras ni nada por el estilo. Sinceramente, no estaba seguro del motivo exacto, ni siquiera de si tenía uno. En todo caso, necesitaba creer que esa información era cierta.

Habíamos salido al Colter Bay Grill, donde la gente ahora nos vitoreaba cuando entrábamos. Pero yo sabía que su reacción no era tan descomunal porque hubiésemos ganado un Campeonato Nacional para los Larkin Lions. O al menos, no *solo* por eso.

Buffalo es una ciudad que acepta a todo el mundo, aunque fuera demasiado difícil de ver cuando Kayden y yo manteníamos nuestra relación en secreto.

Casi me había acostumbrado a recibir una cálida bienvenida en muchos de los sitios a los que íbamos por la ciudad. El gimnasio, los restaurantes e incluso el supermercado eran lugares ideales para que nos colmaran de halagos. De nuevo, yo sabía perfectamente por qué. Antes, me habría parecido aterrador que todo el mundo conociera nuestra historia, incluso si eso significaba vivir con una

sensación de libertad con la que nunca habría podido soñar. Ahora sentía que me había estado perdiendo algo todo este tiempo.

Fuimos hasta nuestra mesa de siempre mientras la gente nos daba palmaditas en la espalda por el camino. Habíamos pasado de ser prácticamente invisibles a héroes en un abrir y cerrar de ojos. Nuestro camarero nos dio la chapa, lo cual no supuso ningún problema. Sería una preparación excelente para cuando llegásemos a las grandes ligas.

Tenía razón en lo de la perseverancia. Si no hubiéramos demostrado grandes dosis de ella, nunca habríamos sobrevivido al séptimo partido de la final del campeonato. Y desde luego que no habríamos seguido juntos. Incluso ahora que las cosas nos iban a las mil maravillas, odiaba admitir que tuviera razón en algo, y mucho menos al cien por cien.

—Tienes algo en mente —dijo—. ¿Qué es?

—¿Qué te hace pensar que tengo algo en mente?

—Porque apenas has tocado la comida y casi no has dicho nada. Además, puedo leerte la mente. ¿No lo sabías?

Dejé en el plato el alita de pollo que tenía a medio comer. Ahí me había pillado. A veces los pensamientos se me atascaban en la cabeza y acababan por apoderarse de mí. Me había pillado en uno de esos momentos. Me había quedado absorto, pensando en lo que quería contarle pero que había reservado para el momento adecuado. Ahora, tendría que soltarlo todo.

—Si puedes leerme la mente, entonces no necesitas hacer esa pregunta.

—¿Eh?

—Lo que quiero decir es que, si pudieras leerme la mente, ya *sabrías* lo que estoy pensando. No habría ninguna razón para preguntar.

Cogió otra alita, se la metió entera en la boca y la sacó casi sin carne. Luego la arrojó sobre el creciente montón de huesos.

Había cosas que nunca cambiaban.

—Se acerca el *draft* —dijo.

—Ya lo sé.

—Vas a ser feliz estando conmigo de un modo u otro, ¿verdad?

—Claro que sí.

Tenía que decir eso. Después de todo lo que habíamos hablado, al menos tenía que hacerle pensar que me tomaría esto con entereza.

—Incluso sabiendo mis posibilidades —dijo—, me preocupa que pase algo. Como que, no sé, todo lo que Leon Purvis me dijo que pasaría se vaya al traste. Que surja algo que sacuda el *draft* y lo joda todo para ellos… y para mí.

—Eso no va a pasar.

—¿En serio?

—Todo va a salir bien, Kayden. Lo vas a conseguir.

Me miró como si cuestionara mi cordura. A fin de cuentas, yo quería que se quedara en Buffalo, ¿no?

—Estaba pensando que, si me eligen en el *draft*, puedes venirte de gira conmigo. En plan, no tenemos por qué estar separados más de lo estrictamente necesario. Es una forma de hacer que funcione.

—Si el equipo lo permite. Es decir, tendrán sus reglas.

Hizo una pausa, como si le sorprendiera que la idea no me entusiasmara más.

—Sé que el calendario de los Lions podría ponértelo difícil. Pero como te he dicho, vamos a hacer que funcione de un modo u otro.

Sonreí. Una parte de mí quería contarle mi secreto, pero otra quería mantenerlo en la inopia el mayor tiempo posible.

—En el peor de los casos, nos casamos y yo nos mantengo a los dos durante un tiempo —dijo—. Quizá durante mucho, mucho tiempo. No me importa. Supuse que habría pasado lo mismo si mi sueño original se hubiera hecho realidad.

—¿El de tener una esposa y tres hijos?

—Sí.

—Entonces, ¿ahora voy a ser tu esposa?

Hizo una pausa; sabía que estaba bromeando, pero se negó a caer en la trampa.

—Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—Creo que sí —dije.

—¿Te molestaría dedicarte a otra cosa que no fuera jugar al hockey?

—No creo que tenga que hacerlo.

—Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? Pero creo que tu momento en el hockey llegará de verdad. Confías en ti mismo.

—La verdad es que debería.

Se detuvo y enarcó una ceja, como si supiera que tenía que haber algún significado oculto en mi comentario. Reuní hasta la última gota de fuerza para evitar que una sonrisa asomara a mi cara.

—Algo pasa —dijo—. ¿Por qué no me lo cuentas?

—No, ¿por qué no me lo cuentas *tú* a *mí*? El que lee la mente eres tú, ¿no?

Esbozó una media sonrisa. Una relación con este tipo de piques no podía ser mala del todo. Se lo diría sin más. Esperaba que llegara el momento perfecto, pero supuse que eso nunca pasaría.

—He recibido una llamada de Leon Purvis —dije.

Mi novio negó con la cabeza, ya fuera por incredulidad o como si no supiera de quién demonios estaba hablando.

—¿Eh? —dijo.

—Leon Purvis. De los Toronto Maple Leafs. Un pez gordo. Va de traje y corbata a todas partes.

—Ya sé quién es. Pero ¿por qué iba a llamarte Leon Purvis?

Hice una pausa.

—¿Te rindes? —pregunté.

—Claro, ¿qué quería?

—Vamos, Kayden, no me obligarás a soltarlo, ¿verdad?

Se quedó callado, moviendo los labios, sopesando todas las posibilidades. Y entonces sus ojos se abrieron como platos.

—¿Los Leafs también quieren seleccionarte a ti? —preguntó.

—Bingo.

—¿En serio?

—Ajá. Bueno, es como te dijo a ti. No es una garantía blindada. Puede que tengan que hacer cambios sobre la marcha. Ahora que me he presentado al *draft*, quizá otro equipo me elija primero.

—Ni en tus sueños.

—Si puede pasarte a ti, también puede pasarme a mí. —Me eché hacia atrás en la silla, adoptando el mayor aire de suficiencia que pude—. Y ahora, ¿qué me dices a eso?

—Me parece genial. Resolverá todos nuestros problemas.

—Y me dijo que a los Leafs les encanta la idea de que una pareja juegue en el equipo. Sería algo sin precedentes. Seríamos como pioneros, ¿no crees?

Kayden se detuvo, como si necesitara asimilarlo, incluso después de todo lo que nos había pasado. —Nunca pensé que algo así pudiera suceder —dijo Kayden.

—Ni yo. Claro que eso no significa que vayamos a estar siempre en la misma plantilla al mismo tiempo.

—Sí, así son las ligas menores.

—Sé que no es perfecto, pero las cosas no podrían habernos salido mejor, ¿no crees?

Sonrió.

No podíamos quejarnos de la situación. Seguía siendo mejor que la idea de quedarme en Búfalo mientras Kayden jugaba al hockey en cualquier parte de Estados Unidos y Canadá. Pero no era lo único que pensaba. Se me había ocurrido que la atención mediática que habíamos recibido podría haberme dado el empujón que necesitaba para que me seleccionaran. O quizá los Toronto Maple Leafs no pudieron evitar fijarse en lo bien que Kayden y yo habíamos funcionado como equipo.

—No estás celoso, ¿verdad? —le pregunté—. ¿Esto no se convertirá en una de esas situaciones en las que te niegas a compartir tus juguetes, o sí?

—Claro que no. No seas ridículo.

—Entonces, ¿no vas a felicitarme?

—¿Por qué no esperamos a que te hayan seleccionado de verdad primero?

Le sonreí. Vale, yo podía ser un grano en el culo, pero mi novio se llevaba la palma.

54

KAYDEN

Nueva York. Luces brillantes, ruido constante y gente suficiente para hacerte sentir como sardinas en lata por las calles. Erik no había estado nunca, y yo quería asegurarme de que se empapara de todo lo que pudiera de la Gran Manzana mientras tuviéramos la oportunidad. Habíamos volado al JFK, cogido un autobús hasta Manhattan y nos habíamos alojado en el Helmsley New York, en la esquina de la Cuarenta y dos con la Tercera.

Cruzar aquel escenario para saludar al comisionado de la NHL con un apretón de manos fue otro sueño hecho realidad. Ver a Erik seleccionado en la siguiente ronda me provocó los mismos nervios. Y entonces miré a la multitud, absorbiéndolo todo. Si ser seleccionado producía semejante subidón, solo podía imaginar cómo sería ganar mi primera Copa Stanley.

Nos habíamos ido de Buffalo como Campeones Nacionales con un futuro brillante. Volveríamos a Buffalo como seleccionados de los Toronto Maple Leafs. Consideré el viaje a Nueva York una forma perfecta de ocuparnos de los negocios y también de celebrar. Algunos estaban con sus familias. Otros solo querían celebrarlo con amigos y compañeros de hockey. Erik De Ruiter era la única persona con la que yo quería celebrarlo.

Una vez que volvimos a la habitación del hotel, vi el hambre en los ojos de mi novio, y mi intención era darle lo que quería. Pero primero pensé que debía aclarar las cosas.

—Qué noche más increíble, ¿verdad? —preguntó él.

—Desde luego. Sabías que todo iba a salir bien, como te dije, ¿a que sí?

Se quitó la corbata aflojada de debajo del cuello de una sacudida, la tiró sobre la cama y empezó a desabrocharse la camisa.

—A estas alturas ya sé lo mucho que te gusta tergiversar la historia —dijo.

—¿Por qué lo dices?

—Es sencillo, Kayden. Fui yo el que te enseñó a mantener la cabeza fría y que las cosas pueden salir mejor de lo que piensas.

—Quizá se me está pegando algo tuyo.

Por supuesto, yo esperaba que se me pegara mucho más de Erik De Ruiter. Pero él se lo tomó con calma y me hizo esperar.

—Así que de verdad crees que te enseñé a dejarte llevar, ¿eh? —preguntó Erik—. Fui yo el que nos hizo ganar el Campeonato Nacional jugando con calma y seguridad.

—No ganaste nada tú solo.

Le miré fijamente a los ojos, con unas ganas locas de follármelo. Luego respiré hondo, sintiendo cómo me ponía duro como una piedra.

Ahora mi novio me devolvía la mirada, y supe que su hambre no esperaría ni un segundo más.

—Cállate y fóllame —dijo.

Me empujó sobre la cama y se abalanzó sobre mí justo cuando levantaba la cabeza. Nuestros labios se encontraron, y su lengua se introdujo en mi boca al instante. Sentí la polla palpitante de mi novio rozarme la pierna, invadido por la misma emoción al rojo vivo que había sentido por primera vez el otoño pasado.

Erik restregó su cara contra la mía, su barba recortada rascándome como papel de lija. Cuando su boca abandonó la mía y encontró mi cuello, jadeé, a punto de desmayarme. Si hubiera estado de pie, se me habrían doblado las piernas, se me habrían aflojado las rodillas. Le rodeé el cuello con un brazo, aferrándome a

él. Incluso con Erik encima de mí, mi pecho subía y bajaba agitadamente, solo para poder lidiar con el inmenso placer.

Ondas de calor me recorrieron el cuerpo mientras Erik frotaba su polla dura contra la mía a través de los pantalones. Respiré hondo de nuevo, absorbiendo cada ápice de la sensación. Luego se deslizó por mi cuerpo mientras sus manos mantenían mis hombros pegados al colchón. Ahora, con su cara suspendida sobre la mía, miró mi cremallera como si estuviera imaginando el festín que se escondía debajo. No se relamió los labios, pero aun así percibí su hambre. Mi novio cogió el tirador de mi cremallera y la bajó lentamente. Luego me bajó los pantalones y los calzoncillos más allá de la cintura, liberando mi polla.

Y entonces se llevó mi polla a la boca, su lengua lamiendo el glande y humedeciéndolo con su cálida saliva. Mi boca se abrió y jadeé. Al principio, me quedé mirando el techo mientras el placer me envolvía. Luego levanté la cabeza, queriendo ver a Erik De Ruiter ponerse manos a la obra conmigo. Observé cómo su cabeza subía y bajaba sobre mi pelvis hasta que mis ojos se pusieron en blanco y mi propia cabeza cayó de nuevo sobre el colchón.

Erik De Ruiter me llevó al borde del clímax antes de parar y masturbarme la polla. Quería que lo follara, tal y como había dicho, y no haría nada para impedirme cumplirlo.

Su sonrisa y la risa pícara que la siguió me atraparon más que ninguna otra cosa. La sonrisa y la risa me decían que le encantaba mi polla, amaba mi cuerpo y me deseaba dentro de él más que nada en el mundo.

Y entonces se arrancó la camiseta y sonrió de oreja a oreja. Luego se quitó los pantalones y los bóxers, dejando al descubierto una polla que se erguía en ángulo. No podía mirarla sin que se me hiciera la boca agua. Rodeó la cama y me metió su miembro en la boca, que ya lo esperaba. Mientras la movía hacia delante y hacia atrás entre mis labios, le ahuequé el culo con una mano, ayudándole a meterla y sacarla.

Cuando mi novio aceleró el ritmo, mi otra mano le agarró el culo, pero no necesitaba mi ayuda. Me folló la cara con fuerza y rapidez, y

yo me agarré con fuerza, haciendo todo lo posible por no tener arcadas.

Escuché cómo su respiración se aceleraba, volviéndose agitada y rápida. Reconocería ese sonido en cualquier parte. Mi novio iba a correrse. Si seguía a ese ritmo, ocurriría al instante, así que aflojó la marcha. Le sujeté la polla cuando la sacó de mi boca. Le pasé la lengua por la punta y alcé la vista, buscando una mirada de aprobación. Erik me miró con el rostro impasible, totalmente concentrado en lo que hacía. Entonces, le recorrí la polla con una mano y le hice cosquillas en la parte inferior de los huevos con la otra.

Luego se inclinó, me besó en los labios y apretó su mejilla contra la mía.

—Fóllame —susurró.

No hizo falta que me lo dijera dos veces.

Lo agarré por los brazos y lo tiré sobre el colchón, donde rodamos el uno sobre el otro hasta que por fin conseguí inmovilizarlo.

—Ya te tengo —dije.

Una sonrisa apareció en su rostro cuando lo miré fijamente a los ojos. Luego le besé en los labios, saboreando cada instante, porque nunca tenía suficiente de Erik De Ruiter.

Usé saliva para lubricarme la polla porque me negaba a romper la magia del momento para buscar el bote de lubricante en mi bolsa de lona. Me deslicé en el culo de Erik centímetro a centímetro. Aquel gemido constante y prolongado que soltaba cuando entraba en él siempre era música para mis oídos. Una vez dentro, me moví despacio, hasta que lo hube dilatado lo suficiente como para follárselo con fuerza y rapidez. Sus piernas se enroscaron a mi alrededor y sus pies se aferraron a la parte baja de mi espalda.

Mis labios se encontraron de nuevo con los suyos y, como tantas otras veces, nos convertimos en uno. Solo que esta vez fue muy diferente a las demás.

Y entonces salí de mi novio y le di la vuelta. Puso el culo en pompa para mí y yo le di un fuerte azote en una de las nalgas,

produciendo un sonoro chasquido. Gruñó de placer, pero no gritó. No existía el dolor para él cuando usaba mis manos de esa manera.

Ahora mi novio estaba lo bastante dilatado como para que yo entrara de una sola vez. Un grito de éxtasis se desgarró en su garganta y mi mano volvió a azotarle el culo antes de que yo acelerara el ritmo, follándoselo con fuerza.

Extendí los brazos, le agarré los hombros y aproveché el impulso para embestir a mi novio con más fuerza y rapidez que nunca. Erik no me dijo con palabras que le encantaba cómo se la estaba metiendo, sino con gruñidos, jadeos y gemidos. En ese momento, sentí que no tenía una resistencia limitada como cualquier otro ser humano. Sentí que podía durar para siempre y que nada podía detenerme.

Finalmente, le di la vuelta de nuevo y lo penetré en el borde de la cama. Le levanté las piernas y se la metí a una velocidad vertiginosa. Cuando abrió los ojos de par en par, una mirada que podría confundirse con pánico apareció en su rostro. Supe que mi novio iba a correrse. Se agarró la polla y se la meneó hasta que un semen blanco y caliente aterrizó en su pelvis y su estómago.

Eso fue todo lo que necesité para rematar la faena. Cuando vi a mi novio llegar al clímax, me di cuenta de lo humano que era y de que *sí* tenía una resistencia limitada. Esa visión me impulsó. Follé a Erik De Ruiter tan fuerte y rápido como mi cuerpo me lo permitió, echando la cabeza hacia atrás, como si un fuego se hubiera encendido bajo mi cintura.

Contuve la respiración, intensificando el clímax creciente. Finalmente, salí de mi novio, le di a mi polla varias sacudidas rápidas y eyaculé chorros de semen por su estómago y su pecho. Él siguió jadeando y yo también. Y entonces me incliné y lo besé profundamente.

Después, nos quedamos tumbados en la cama, mirando al techo, cubiertos de sudor, agotados. Nuestras manos permanecieron unidas mientras nuestra respiración por fin se calmaba.

—Menos mal que nos seleccionaron a los dos, y para el mismo equipo —dijo Erik—. No sé qué habría hecho si no hubiera sido así.

—Yo tampoco lo sé.

—Y al menos ahora tenemos algo menos de lo que preocuparnos.

Esa era la verdad. No me importaba lo que dijera nadie. Mientras tuviera a Erik De Ruiter a mi lado, tenía todo lo que necesitaba.

POSTFACIO

Hola, cariño 🍂

Gracias por leer *Puckéame si me odias*. Espero que hayas sentido cada mirada afilada, cada roce prohibido, y cada maldita tensión entre Erik y Kayden tanto como yo al escribirla. (¿Amor? ¿Odio? ¿Por qué no ambos? 😈)

¿Quieres más hockey, más rivalidad, más pasión que derrite el hielo?

🎯 La serie ***Puck y Pecado*** continúa con nuevas parejas, nuevas tensiones... y sí, *más escenas en los vestuarios que no deberías leer en público*.

👉 Descubre el segundo libro aquí: **mybook.to/PAP2S**

¿Te va lo más oscuro, peligroso y completamente prohibido?

Entonces tienes que conocer a *El Príncipe del Mal* — mafia, obsesión, y un hermanastro que debería ser intocable… pero no lo es.

Es el primer libro de mi serie ***Dioses de Montcove***.

👉 Léelo aquí: **mybook.to/GOM1S**

Gracias por sumergirte en este caos emocional conmigo.

Nos vemos muy pronto — sobre el hielo... o en las sombras 😘

Con cariño,

Holly